
CRISTINA PUJADAS
LA SINLOBO
WOLVES & FAES

La Sinlobo

WOLVES AND FAES

(PARTE I)

CRISTINA PUJADAS

Tres razas. Un destino.
Y una chica sin lobo que puede cambiarlo todo.

© Septiembre 2025, Cristina Pujadas, SafeCreativity.
DL B 17999-2025

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación o trasmisión sin autorización expresa y por escrito de la autora, excepto el uso de citas puntuales siempre y cuando se incorpore la referencia correspondiente al libro y/o a la autora.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia no intencionada por parte de la autora.

Portada: Imágenes Midjourney® con edición, retoques y maquetación mediante Procreate®

Sinopsis

En un mundo dividido entre hombres lobo, faes y humanos, nacer diferente es casi una condena.

Rubis nació loba, pero nunca consiguió transformarse. Huérfana y sin recursos, ha pasado toda su vida intentando encontrar su lugar en la manada y en un mundo que no termina de reconocerla.
Sin embargo, todo cambia cuando Riker, el alfa heredero de la poderosa manada Atrum, la reconoce como a su pareja predestinada.

¿Puede una loba incompleta convertirse en la luna del alfa heredero?

Su condición de Sinlobo pondrá a prueba los designios de la diosa Luna y la irresistible atracción entre ellos… mientras, en las sombras, parece gestarse una conspiración fae que amenaza con romper el frágil equilibrio entre razas.

El destino los unió.
El mundo hará todo lo posible por separarlos.


Feralis Lunaris
Glacialis
Sangre de Ámbar
Noctis
Atrum
Lega
Lupinus
Ferus
Arra
Silvestres
Ululatus
Fe de Aurora
Aetheris
Mejón
Wolves and Faes



CAPÍTULO 1

UNA LOBA TALLA XS

APORREÉ CON EL HOMBRO la placa de metal de la taquilla. Las bisagras estaban tan desgastadas que renqueaban, como todo en el Palm Institute; como maña no tenía mucha —y menos aún paciencia—, solía decantarme por hacer acopio de mi mala leche, que de eso andaba sobrada.

Tras el golpe, la puerta se abrió emitiendo un chasquido.

Muchos describirían el contenido de aquel diminuto armario como un caos de proporciones épicas, aunque yo no le presté demasiada atención. Mi tolerancia al desorden era otra de mis muchas cualidades. Dejé la mochila sobre la sudadera granate, la única nota

de color en un uniforme gris oscuro deprimente que no mejoraba el ambiente cetrino y miserable de lugar.

Me aseguré de que la mochila quedara en una posición más o menos estable encima de aquella montaña de objetos *random* y, tras hacer algunos equilibrismos, conseguí sacar la bandolera que estaba en la base sin que todo acabara desparramándose por el suelo. Sonreí, sintiéndome victoriosa, porque aquello era un verdadero reto.

Abrí la bandolera para asegurarme de que dentro estuvieran las deportivas blancas y el chándal del instituto, compuesto por unos pantalones deportivos grises y una camiseta blanca de manga corta con una insulsa línea granate en el cuello. Al menos el estampado no era a rayas oscuras, verticales, como si fuéramos poco más que una panda de presidiarios. En el Palm Institute solo estudiábamos la élite de la sociedad humana y licántropa. Por si os lo estáis preguntando, sí, estoy siendo irónica. Ese era otro de mis muchos encantos.

Cerré con fuerza la taquilla. Un pequeño capricho, lo admito, pero era una forma como cualquier otra de hacerme oír. Una protesta carente de palabras que decía mucho sobre la mierda de lugar en el que estaba y lo jodida que era la vida —la mía, al menos—.

Se proyectó sobre mi metro sesenta la silueta de un tipo enorme y, pese a que soy una loba, me sobresalté. El «Me cago en todo» que solté llamó la atención de los humanos que caminaban por el pasillo, haciendo que me sintiera más gilipollas que de costumbre.

—¡Idiota! Me has asustado —mascullé entre dientes, intentando ignorar las miradas de unos y otros. Odiaba justo eso: ser el centro de atención.

En un lugar como en el que estábamos, podía acabar siendo peligroso; la opción más inteligente era pasar desapercibida y no molestar a nadie. O, al menos, no cabrear a mis congéneres lobos.

—Podrías saltar por la ventana de los aseos —me soltó aquella mole de carne mestiza. Mi mejor amigo cruzó los brazos sobre su pecho, manteniendo su cuerpo recostado sobre las taquillas, con expresión indiferente.

—¿Saltar por la ventana del primer piso? Ya, claro, Re, ¡qué gran idea! —me burlé.

A ver, por poder, podría. Pese a ser un tanto canija y tener un cuerpo que muchos describirían como frágil, era una loba. Más o menos. Quiero decir que, al margen de no cubrir las expectativas raciales en lo referente a fuerza o tamaño, carecía de la habilidad para transformarme en lobo, pese a mi edad. De ahí que las zorras de mi curso disfrutaran llamándome la Sinlobo, lo que era tan humillante como preciso, así que tampoco podía hacer como que me cabreaba al respecto.

En mis más oscuras fantasías me recreaba dándoles una buena y merecida paliza, pero, más allá de en mi imaginación, era una opción poco realista: cualquier lobo que estuviera en el Palm Institute era más fuerte que yo; además, como todos ellos podían transmutar, disponían de zarpas y dientes con los que hacerme pedacitos en el tiempo en el que yo me cagaba en mis ancestros.

Soñar es gratis, al menos.

—¿Te lo estás planteando? —Hice una mueca mientras elevaba el mentón para observarle. Re era un tipo grandote de aspecto despreocupado, todo músculo y abundante testosterona. De ahí esa cicatriz que cubría su ceja izquierda, que le daba un toque salvaje cuando la elevaba sobre esos ojos con tonalidades doradas.

—No. —Puse los ojos en blanco.

He de admitir que estaba cañón, pero no había ese tipo de «algo» entre nosotros, aunque muchos en el instituto daban por sentado que éramos pareja.

Si bien nuestras especies son biológicamente compatibles, y no es raro encontrar algunos mestizos en tierra de nadie, tras el *Tratado de la Buena Convivencia entre Taxones,* lo cierto es que los lobos menosprecian a todo lo que no sea capaz de transmutar. Lo que incluye a los mestizos, a los humanos y, claro, también a mí.

—Venga, Rubis, si te das a la fuga, yo te cubro. —Sabía que lo haría. En un par de ocasiones se había permitido la licencia de meterse con algún lobo. No es que él tuviera muchas más posibilidades que yo, pero la mierda compartida no apesta tanto.

Re había dado el estirón hacía un par de años y era innegable que tenía ascendencia lobuna, pese a que su madre no era una

cambiante, motivo por el que siempre había vivido con ella, entre humanos.

Sin embargo, pese a ser un mestizo, tenía la corpulencia, la fuerza y ese aire de superioridad propia de los lobos, aunque lo más llamativo eran sus ojos, de un color ambarino que era característico de los pura sangre de una de las manadas más importantes del norte de nuestro territorio, los Sangre de Ámbar. Ese detalle bastante vistoso evidenciaba cuál era la ascendencia de su padre, pero tampoco es que supiera mucho más de él. Por no saber, desconocía hasta su nombre, aunque no es que le importara mucho. Re odiaba a los lobos. Así, por norma general, pese a que su mejor amiga era una versión un tanto mediocre de esa especie. Supongo que me consideraba como esa excepción que adora llevarle la contraria a la regla.

—Puedo decirles que has tenido que ir a la enfermería.

—¿Qué parte de que los lobos somos inmunes a todo excepto a la plata y el acónito has olvidado? —inquirí con un deje de hastío.

Que no pudiera convertirme en loba no significaba que no lo fuera. Una que era «una decepción para el resto de nuestra especie», en palabras textuales de algunas de las omegas de varias manadas vecinas que también estudiaban en el Palm Institute. Que no significaba que en mi manada, la Fe de Aurora, no hubiera quien pensara exactamente lo mismo, pero al menos tenían la decencia de callarse. Dos veces me habían pasado un kit genético de esos para testear si tenía ascendencia humana. Mi rastro era el de una loba, pero nadie entendía cómo, a mi edad, aún no era capaz de transformarme y mostrar mi naturaleza animal.

—¿Un secuestro alienígena? —Puse los ojos en blanco—. ¿Faes?

Aquel cúmulo de estupideces me hizo reír.

—Vale, déjalo, en serio. —Re me sonrió, pero aquella emoción no llegó a su mirada. Empezamos a caminar.

La teoría de mi mejor amiga, Emma, es que, cuando me concibieron, a la diosa Luna se le olvidó darme varias cosas, entre ellas veinte centímetros, unos buenos músculos, un lobo y, además, un algo de sentido común para asegurar mi supervivencia. Dicen que

los humanos siempre tropiezan con la misma piedra, pero a nosotros nos puede el orgullo; y ahí peco, lo admito.

Entre los lobos prospera la ley del más fuerte y no la del más cabezota, por desgracia. Hacía años que había dejado de contar cuántos huesos llevaba rotos. Por una vez, no bromeo. No sabía decirle que no a una pelea, aunque siempre saliera perdiendo. De ahí la mirada preocupada de Re y que estuviera buscando excusas a cuál más absurda.

Los viernes a la tarde eran dramáticos, pero llevaba tanto tiempo viviéndolos que ya los afrontaba con una cierta indiferencia. Mientras que ese día los mestizos y los humanos acababan su jornada a mediodía, los lobos nos quedábamos para disfrutar de unas apasionantes horas de entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo. No era casual que se reservaran esas prácticas para ese momento: el fin de semana nos proporcionaba un par de días para que nuestros dones regenerativos obraran su magia, soldando huesos rotos y aliviando magulladuras múltiples con tal de que pudiéramos volver al instituto en condiciones el siguiente día lectivo. Un planazo.

—Rubis. —Re captó mi atención.

—Estaré bien y, en el peor de los casos, sabes que al menos en lo de curarme rápido sí parezco una loba de verdad. —Me obligué a sonreírle.

—Odio a esos abusones. —Lo dijo en apenas un susurro porque soltar algo así en voz alta, en medio del instituto, era jugársela. Por muy grande y mestizo que fuera, mi mejor amigo no era tan estúpido.

—Forma parte de *su* naturaleza. —Era una mala excusa, pero sonaba como un atenuante aceptable.

—Dime algo que no sepa. —Que él no me corrigiera respecto a ese *su* más que dudoso, en el que no me había incluido, teniendo en cuenta que era una loba, venía condicionado por el hecho de que no compartía ese instinto brutal y violento. Otra de mis muchas carencias.

Que conste que lo que no me faltaba era el sentido del humor, aunque solía perderlo cuando sabía que corría el riesgo de perder,

también, algún diente. ¿Que luego crecería como si tal cosa? Sí, y tal vez debería sentirme afortunada por ese detalle en concreto, pero el proceso de regeneración dolía un huevo, casi tanto como cuando te arrancaban un par de un guantazo.

Con el paso de los años había dejado atrás la ilusión de estar a la altura del resto de mis congéneres para centrarme en no acabar con un par de huesos y mi orgullo rotos en medio del pavimento del polideportivo. Ese, al menos, era un objetivo asequible.

Jillian, la profesora, era una mujer lobo de unos cincuenta que, aunque me miraba como si fuera un despojo, jamás me había obligado a enfrentarme a un lobo transmutado y solía tener la deferencia de no hacerme pelear contra los lobos de mi promoción desde hacía años.

Los pocos lobos que estudiábamos allí proveníamos de diferentes manadas de la zona. De la mía, yo era la única pringada que acudía a aquella cárcel reformada a modo de centro educativo, porque Emma, los mellizos y unos pocos cachorros más con los que apenas me llevaba estudiaban en un sitio exclusivo para lobos que había en el territorio de los Lega Lupinus, pero como valía una pasta y yo era huérfana, el Palm Institute era la única posibilidad real para que pudiera proseguir con mis estudios.

De ahí que hubiera tanto resquemor de telón de fondo. Los que estudiábamos en ese lugar no éramos más que parias de manadas pequeñas, hijos de lobos sin recursos, de esos que están al final del todo de la jerarquía. Aunque algunos aspiraban a salir de una u otra forma de esa mierda de pozo, no era tarea fácil. Una de las pocas formas de hacerlo, de dejar de ser un sirviente omega sin recursos, era demostrar tus cualidades como guerrero para que te dieran algún tipo de cargo en la protección del perímetro del territorio de la manada. De ahí que muchos se lo tomaran jodidamente en serio. Y que disfrutaran demostrando su supremacía respecto a mis enjutos y frágiles huesos en comparación a los suyos.

—Me quedaré un rato por la biblioteca, si necesitas algo, solo dímelo.

—Eres el mejor de los mejores. —Le golpeé el costado con mi hombro y con eso nos dimos por entendidos.

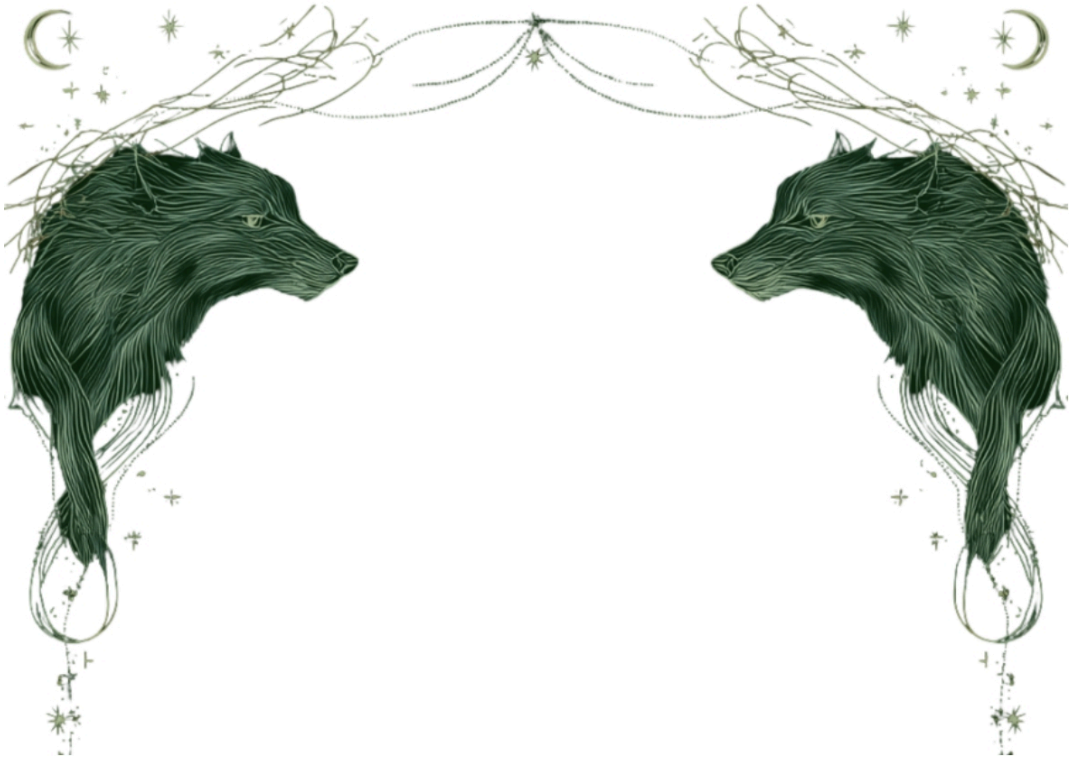
No mentía: lo único bueno de ese antro había sido que Re entrara a formar parte de mi vida. Su historia se resumía en que su madre había mantenido una intensa y apasionada relación con un lobo que, al saber que estaba en cinta, se desentendió por completo. Fin.

¿Y qué hay de la mía? Me encontraron en el bosque y nadie sabe con certeza qué edad tengo. Para llevar la contraria, algo que me gusta hacer con bastante frecuencia, en vez de unos pómulos marcados y una mandíbula cuadrada bien definida, que sería lo esperable en una loba, mi rostro estaba cincelado por líneas suaves y femeninas. Aun y así, el rasgo que más llamaba la atención era el color grisáceo de mi cabello, el cual muchos daban por sentado que se debía a que usaba algún tipo de tinte para resaltar el atípico color plomizo de mis ojos. Nada más lejos de la realidad.

Sin embargo, ninguna de esas características orientaba sobre cuál era la ascendencia de mis progenitores, a los que hacía tiempo que había dejado de llamarlos —mentalmente— padres, porque ese era un título que implicaba un cargo y un hacer. Algo más allá de dejarme en una cesta en el bosque, envuelta en una capa de terciopelo rojo, muy a lo Caperucita.

Caperucita y el lobo, ya sabes.

Hay que joderse. Por lo visto heredé de uno de ellos ese humor un tanto retorcido que era tan mío.



CAPÍTULO 2

EL ARTE DEL COMBATE

TRAS DESPEDIRME DE RE, bajé las escaleras de dos en dos con la bandolera cruzada sobre mi pecho. Llegué al pasillo y, desde allí, en apenas unas pocas zancadas me plantifiqué en el acceso principal del edificio. El terreno del instituto estaba vallado, aunque al menos habían quitado los alambres repletos de púas de cuando era una prisión de baja seguridad. Muchos de los míos se burlaban de que aquellos muros no podrían retener a un lobo contra su voluntad.

Aunque ahora fuera un centro educativo, era como si no hubiera perdido esa aura un tanto tétrica y mortecina de lo que fue antaño y me hacía sentir que yo era poco más que una rea cualquiera cumpliendo su condena. El problema se debía, tal vez, a la carencia de color.

Crucé las canchas de deporte observando que las líneas blancas estaban tan sucias y descoloridas que a duras penas podían vislumbrarse. Hasta el naranja de las anillas de las canastas se debía a la cantidad de óxido acumulado por el pésimo cuidado, en vez de a una manita de pintura que hacía años que le habría venido bien.

Empecé a caminar hacia el pabellón cuando capté un movimiento a mi derecha. Si bien la diosa no había sido muy generosa dotándome de fortaleza, al menos mi agilidad era digna de los de mi especie, así que conseguí esquivar una pelota cuya trayectoria coincidía con la posición de mi cabeza. Desvié la mirada, buscando al culpable.

En un extremo del campo se encontraba un pequeño grupo de mestizos. Tres en total, a cuál más capullo. Con el resto de los lobos no se tomaban ese tipo de licencias, incluso si les sacaban unos cuantos años y un par de cabezas, porque eran conscientes de que si poseían la capacidad de cambiar podrían desgarrarles un miembro sin demasiado esfuerzo y, si no lo hacían ellos, lo haría alguno de los lobos de su manada de cursos superiores, por eso de que los vínculos de grupo nos obligan —de una u otra forma— a apoyarnos los unos en los otros.

Conmigo, sin embargo, podían permitirse esas licencias.

De todos era sabido que no disponía de lobo.

Y que era la única loba de los Fe de Aurora entre aquellas paredes.

Elevé el labio superior y solté un gruñido, una advertencia, pero se limitaron a reír por lo bajo. Decidí seguir mi camino, entré en el pabellón y fui directa al vestuario. Había un par de rezagadas cambiándose, pero no me dirigieron la palabra. No solían hacerlo. No eran de mi manada y yo no les aportaba nada. Ellas a mí tampoco, que conste, pero me era más agradable su silencio que los comentarios hirientes de Tamara, una loba de mi curso de la manada Silvestres, y las dos gilipollas de mi edad de la manada Ululatus que solían reírle las gracias.

Fui la última, lo que tampoco era algo nuevo. Es lo que tiene que te apeteciera una mierda pasarte la tarde ahí dentro. E importarte entre poco y nada que Jillian se fijara en tus habilidades para que te

pusiera una buena nota en los parciales con los que adular a tu alfa. Al de mi manada le bastaba con que no le diera por el culo.

Observé a los lobos allí metidos, todos aún en su forma humana, y opté por buscar un lugar ligeramente apartado para calentar. Éramos treinta y siete en total, un número que no sé qué simbología tendría en tiempos antiguos, pero que se resumía en un montón de colmillos y garras.

De mi curso solo éramos ocho, cinco de los Ululatus y dos de los Silvestres, Tamara y un tipo que me daba una grima que ni te cuento; ambos se creían lo más porque su manada tenía un rango superior a las nuestras, pese a que ellos estaban taaan abajo dentro de su propia jerarquía como para que fueran tan pringados como para estudiar en el Palm Institute. Ese detalle en concreto no solía gustarles que se lo tirara en cara. No tengo claro el porqué.

Me emparejaron con una loba un par de años menor mientras los lobos de mi promoción se transformaban para perfeccionar sus habilidades como depredadores. Era en esa forma cuando nos volvíamos más rápidos y fuertes, por no hablar de las garras y los colmillos capaces de desmembrar a un humano en apenas unos segundos. De ahí que, en general, los humanos nos respetaran.

No era la primera vez que trabajábamos juntas, pero que fuera más joven no significaba que fuera un combate igualado. Me sacaba una cabeza y era fuerza en estado puro. Sus músculos se marcaban en sus brazos y podía ver en la tensión de su mentón que le excitaba el hecho de enfrentarse a alguien en un combate.

—No me seas frígida como un fae y muévete. —Solté un bufido ante su insulto y empezamos a movernos en círculo, estudiándonos.

El territorio humano era una zona neutral en la que todos podían ir y venir a su antojo, y, aunque no era raro encontrar lobos de paso en ellas, a quien ni de coña conseguirás ver es a un fae. Son esquivos y desprecian tanto a humanos como a lobos, pero han dejado de intentar matarnos, por eso del *Tratado de la Buena Convivencia entre Taxones*.

Las manadas más importantes tienen negocios prósperos con las poblaciones humanas que, pese a ser la especie más débil —especialmente desde que los faes les jodieron la mayor parte de

su tecnología—, sigue siendo la más prevalente en el planeta. Los lobos mantenemos nuestra independencia y estamos sometidos a las directrices del alfa de cada manada, aunque existe un consejo en el que participan los alfas de las tres manadas principales de nuestra zona, los Sangre de Ámbar, los lobos negros de la manada Atrum y los Ferus, de feroz, característica que dicen que los define bastante bien.

Sobre los faes, solo puedo deciros que son una especie rara de cojones. Decidieron aislarse al otro lado del Moonwhisper, territorios que reclamaron durante el tratado, y allí viven como sea que les plazca. Hay quien dice que lo hacen como en la Edad Media, sin agua corriente ni electricidad, usando sus habilidades mágicas como quien usa el canal de deportes. Nadie sabe si es un bulo o es su realidad. Lo cierto es que tampoco nos importa. Como nunca se dejan ver, no molestan o interfieren en nuestro día a día.

Personalmente, creo que les gusta esa aura misteriosa que se ha creado alrededor de su pueblo y de su magia, que se les considere fríos y cínicos, distantes y calculadores. Contrastan con nuestra sangre caliente, que nos hace un tanto ardientes y salvajes, por no decir violentos; que también lo somos, no tendría sentido negarlo.

Perdida en mis pensamientos no predije su primer ataque, lo que se resumió en que me agarró con fuerza y acabé inmovilizada al segundo siguiente. Intenté forcejear, pero era algo inútil. Era mucho más fuerte que yo. Más grande. Más todo. Las dos lo sabíamos.

—¿Puedes dejar de pensar en tu mestizo y centrarte? —me cuestionó molesta mi rival.

Me empujó contra el suelo con su fuerza sobrehumana y apreté la mandíbula para no soltar un grito de dolor tras el tremendo impacto; dejé que mi cuerpo rebotara contra el pavimento y aproveché la inercia para volver a levantarme.

—Puedes hacerlo mejor —la provoqué. A los lobos les gusta ganar, pero más aún hacerlo con un poco de drama y un mucho de sufrimiento. Lo que es una estupidez, en serio, pero les va bien para el ego.

Conocía lo suficiente a Samantha como para saber que acabaría llena de moratones, pero no era de esas lobas que disfrutaban

dañándome de forma gratuita. Mi oponente me sonrió, y lo hizo con una de esas sonrisas lobunas arrogantes y altivas. Era maja.

—¿Preparada?

Tuvo ese detalle de advertirme de que estaba a punto de lanzarse contra mí, porque yo estaba más dispersa que de costumbre. Intentó agarrarme como había hecho apenas hacía unos segundos, pero conseguí escabullirme por debajo de su brazo y me coloqué a su espalda. Usando esa ventaja, intenté sujetar sus brazos, pero no pude contenerla, dada su fuerza. Para cuando intentó lanzarme un contrataque, ya había retrocedido.

—Cada vez eres más escurridiza. —Creo que fue un elogio.

—Tú también has mejorado mucho. —Era cierto. La había visto llegar y había ido consolidándose como una guerrera que algún día sería formidable. Medía su fuerza según su oponente y usaba el cerebro para algo más que pensar a quién se cepillaría esa noche.

—No creo que tengas voz ni voto, Sinlobo. —La voz masculina de Odín hizo que me estremeciera. Era el Silvestre de mi curso, uno de los lobos con los que se solía acostar Tamara, la zorra de proporciones bíblicas de esa manada que disfrutaba torturándome.

Apenas le vi por el rabillo del ojo, pero no me sorprendió verle en pelotas allí en medio. Tenía un mucho de exhibicionista y no se inhibía al respecto con la excusa de que aún no controlaba del todo sus transformaciones.

Si por él fuera, se habría tirado a todas las hembras del instituto. De dos en dos. Le gustaba hacer ese tipo de cosas en grupo. No me preguntéis por qué lo sabía, porque no es que yo hubiera participado en alguna de sus pequeñas orgías, pero era algo que se solía comentar en los pasillos.

Por desgracia, a Samantha le debía de poner aquel macho idiota y promiscuo del último curso, porque empezó a atacar de una forma más agresiva. Genial, en serio.

Algunos lobos de su curso se acercaron y comenzaron a vitorearla con cada golpe que conseguía propinarme. Aguanté estoicamente hasta que Jillian dio por finalizada la sesión de combate. Me dejé caer y mis nalgas golpearon el suelo mientras intentaba frenar mi pulso y tomaba un par de inspiraciones algo más largas. Me dolían

todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, pero al menos esa vez no me llevaba para casa ningún hueso roto. Sonreí, satisfecha.

—Ya puedes irte al vestuario —me dijo Jillian mirándome con un gesto condescendiente—. Al resto os quiero dando treinta vueltas al perímetro en forma de lobo a un trote ligero.

Vi al capullo de Odín haciendo un chasquido reprobatorio. No era la primera vez que aquella loba me permitía escaquearme de la última parte del entrenamiento. Al principio lo hacía solo cuando tenía que ir a la enfermería para ser atendida, pero creo que ya estaba harta de tener que aguardar a que la Sinlobo acabara y, aunque la tipa era una chunga, tenía una familia que la esperaba. Lo de liberarme de esa última parte del entrenamiento era un «win to win», ninguna de las dos éramos estúpidas.

Tras conseguir normalizar mi respiración, me levanté y fui hacia el vestuario. Apenas había entrado, una sombra se coló detrás de mí. No necesité girarme para saber que era Tamara. No sabría decir si por su olor, por la forma en la que se movía a cuatro patas o por un sexto sentido, si es que los lobos teníamos de eso. La silueta de su lobo se elongó a mi espalda para pasar a una criatura de curvas generosas, músculos firmes y rostro impasible en apenas una fracción de segundo.

—La niña mimada de la entrenadora… —murmuró con un deje que supuse que pretendía irritarme. ¿Mimada? Yo no lo veía desde la misma perspectiva.

Decidí ignorarla porque sabía que no importaba lo que contestara: no le gustaría. Me tenía manía, por ponerle algún nombre a ese odio desproporcionado en mi contra. No ayudaba que yo no le siguiera el juego, negándole cualquier tipo de absurda autoridad que creyera tener sobre mi persona; no era más que una omega. Cuando intentaba manipularme, solía decantarme por enviarla a la mierda. Lo que no dejaba de tener sus consecuencias, obviamente. Después de llevar juntas cuatro años en el instituto, podría decirse que el odio era mutuo.

Apenas fui consciente de cómo se lanzó contra mí, pero no le di el placer de escucharme gritar cuando me agarró del cuello y me empujó con una fuerza inhumana contra la pared del baño,

rompiendo varios azulejos con mi espalda, cuyos fragmentos me rasgaron la piel y se me clavaron dentro de la carne.

—Si yo fuera tú, hace tiempo que me hubiera quitado la vida. Eres una vergüenza para tu manada y para el resto de nosotros. Un despojo. —Le sostuve la mirada y me escupió en la cara. Apreté los dientes mientras ella me sonreía con ese aire de suficiencia de quien se sabe vencedora antes de empezar siquiera.

—¿Has acabado?

—No acabaré hasta que tu cuerpo se esté pudriendo en una cuneta, Sinlobo.

No sé qué vio en mi mirada, miedo, tal vez, frustración, quizá, pero era evidente que disfrutaba de aquello. En momentos como ese, deseaba ser más fuerte y poderosa, ser una loba completa. Deseaba disponer de una mísera posibilidad de enfrentarla y darle una paliza... Mi realidad, por desgracia, era otra.



CAPÍTULO 3

UN BOTIQUÍN Y UN BUEN AMIGO

TRAS PRESIONAR MI ESPALDA contra la pared hecha añicos durante el tiempo suficiente como para que mi sangre empezara a deslizarse hasta llegar al suelo, decidió que no merecía su atención por más tiempo ya que, por una vez, no me apetecía oponer resistencia.

—Morir sería una forma noble de acabar con todo esto. —Me sonrió antes de liberarme. ¡Tan encantadora ella!

Esperé a que desapareciera por el marco de la puerta que daba al gimnasio antes de exhalar un suspiro.

—Mejor unos pocos cortes que un hueso roto.

Estaba dispuesta a no perder mi optimismo, pero cuando me separé de la pared fui consciente de que tenía varios fragmentos de cerámica clavados. Gruñí al ver la camiseta empapada de sangre y hecha jirones.

—Será zorra. —Apenas fue un susurro, pero estaba lleno de sentimiento.

Me saqué la camiseta con cuidado, ahogando cualquier posible gemido, y me metí debajo de una de las duchas. El agua fría solo me alivió en parte; tras el subidón adrenérgico venía el bajón correspondiente y el dolor se hacía más real, más evidente.

El proceso de cicatrización empezó a frenar las hemorragias y el agua que caía sobre mi cuerpo dejó de teñirse de color escarlata pasado unos pocos minutos. Al menos, las lágrimas que se deslizaban, furtivas, sobre mis mejillas, no dejaban ningún rastro. No sabría decir si eran a causa del dolor o por la frustración de esa vida que era mía y que, al mismo tiempo, a veces tenía la sensación de que no me pertenecía.

No era la primera vez que Tamara me soltaba eso de que el mundo sería un lugar mejor sin mí. Era una zorra meticulosa que se había propuesto destruirme desde dentro, y, aunque era consciente de su malicia, era innegable que había sembrado esa duda de si tenía sentido ser lo que yo era. Una nadie. Una Sinlobo.

Poco a poco el vestuario se fue llenando y escuché el ir y venir de las que se suponía eran mis compañeras. La sangre en la pared era fácilmente reconocible y todas sabían dónde estaba por el olor que desprendía mi cuerpo, pero nadie me preguntó cómo me encontraba. Si necesitaba algo. Y, lo más jodido del caso, es que tampoco me sorprendió el silencio táctico respecto a lo que debía de haber sucedido allí dentro. Tamara era la abeja reina del Palm Institute, y nadie era tan estúpido como para entrometerse en ese tipo de caprichos suyos.

Me limité a esperar, dentro de la ducha, a que se fueran todas. Solo entonces me permití salir. Miré el reloj y sospeché que ya no habría nadie en la enfermería, así que busqué mi teléfono móvil y le escribí un mensaje a Re:

«¿Por dónde andas?»

«¿Qué necesitas?»

«Unas pinzas y una buena dosis de paciencia»

No llegó a contestarme, pero la puerta del baño de mujeres se abrió en un tiempo récord y no me sorprendió que fuera Re quien estaba al otro lado.

—Te podrías meter en un buen lío si algún día te pillan aquí dentro.

—Mi madre estaría encantada de que siguiera sus pasos y me liara con una loba —bromeó mi amigo mientras se acercaba, pero no tardó en desviar la mirada hacia los azulejos rotos y la sangre ya seca que los cubría en parte. Tenía una nariz más sensible que la de un humano.

Me giré y deslicé un poco la toalla con la que estaba cubriendo mi espalda desnuda. Frunció el ceño, pero no dijo nada al ver aquel estropicio.

—Se me han quedado algunos trozos de cerámica dentro y dificultarán mi cicatrización, ¿puedes sacármelos?

No me contestó, pero se acercó y sacó de su bandolera una fiambrera. Alguien que no le conociera pensaría que allí llevaba el almuerzo, pero no era el caso: dentro había un par de pinzas, suturas, gasas y un desinfectante. ¿Cómo lo sabía? Fácil. No era la primera vez que la veía abierta.

Sin mediar palabra, empezó a sacarme los fragmentos. De tanto en tanto soltaba alguna palabrota, enojado, aunque ambos sabíamos que las había pasado de peores.

Apreté los dientes al ver que sacaba un sobre de color metálico de su atípico botiquín. Sabía lo que suponía eso. Algunos de los cortes eran los suficientemente grandes como para que me quedara una buena cicatriz si no se aproximaban los márgenes para facilitar el proceso de sanación. Los viales de anestesia eran caros y, por desgracia, ninguno de los dos podíamos costearlo, así que intenté relajarme pese al dolor de cada puntada. Tenía marcas por gran parte de mi cuerpo, pero la verdad es que prefería no añadir unas pocas más a la colección de decepciones, abusos y fracasos, así que

me mantuve en silencio, estoica, mientras Re intentaba dejar apañado aquel estropicio.

—Serás un médico maravilloso —le aseguré con una media sonrisa y él me la devolvió. Tenía un buen currículum, así que solo necesitaba una nota medio decente para entrar en alguna universidad pública en la que se impartiera Medicina.

—Tendré que agradecerte la cantidad de prácticas que me has permitido hacer de forma altruista a lo largo de estos cuatro años —me soltó tras revisar su trabajo—. Es tarde, es posible que ya haya llegado Emma. ¿O viene a buscarte uno de los mellizos?

—Emma —le informé. Re me dio la espalda para darme una cierta intimidad mientras empezaba a vestirme con ese uniforme de colores mortecinos.

Que aquella antigua cárcel se hubiera convertido en un instituto público no era casualidad. Su ubicación era perfecta para acoger a los humanos y mestizos sin demasiados recursos que vivían en la ciudad costera de Arra, al oeste, y la de Mejón, en la parte más al sur del pequeño pedazo de tierra en el que vivíamos. Según las políticas regionales de convivencia entre lobos y humanos, también tenía que dar asilo y formación a los lobos de las manadas circundantes que lo solicitaran, aunque no había nadie de los Aetheris, que vivían al este, detrás de una pequeña cordillera; ni tampoco de los Lega Lupinus porque pertenecían a un estamento superior y tenían institutos propios a los que acudían los lobos pudientes de nuestra comunidad. Entre ellos Emma y los mellizos, Mot y Yeri, que tenían dos años menos que nosotras.

Había autocares entre nuestro querido centro educativo y las dos ciudades humanas a las que daba asistencia, pero los lobos iban y venían por sus propios medios, lo que habitualmente se resumía en poco más de una hora a un trote ligero. En versión lobo, claro.

Emma y los mellizos solían turnarse para recogerme con una vieja furgoneta que nuestro alfa nos había facilitado, porque ir hasta la casa de la manada, donde yo vivía, podría llevarme andando varias horas. Por gusto me habría sacado el carné a los dieciséis, pero valía un dineral presentarse al examen y sabía que las cuentas de la manada no estaban en su mejor momento, así que era imposible

que el alfa dispusiera de ese dinero para algo tan banal y personal. A Emma y al resto las clases y ese tipo de lujos se lo habían costeado sus padres, obviamente, pero yo no tenía a nadie.

—Estoy.

—Te llevo eso. —Re se giró y agarró la bandolera para cargarla sobre su hombro.

Si hubiera sido cualquier otro me habría negado, por eso de que soy un tanto orgullosa, pero era mi mejor amigo y, teniendo la espalda en carne viva y todo el cuerpo dolorido, no podía menos que agradecerle el detalle. Eso y que era tan tozudo y terco como yo, así que sabía que no aceptaría un no por respuesta.

Salimos del pabellón y fuimos a recoger el resto de mis cosas al edificio principal. Éramos los únicos pringados que seguíamos un viernes tarde, a esas horas, en el Palm Institute, así que no nos sorprendió que en el aparcamiento solo hubiera una *pick-up* de color rojo que había vivido ya un par de vidas, pero aún mantenía una cierta dignidad. Sobre el capó del coche estaba sentada Emma, jugueteando con una pelota antiestrés que se lanzaba de una mano a la otra.

—Es bueno verte —le dijo Emma a mi compañero de clase cuando nos acercamos. Re se limitó a saludarla con la cabeza antes de dirigirse a la parte posterior de la furgoneta para dejar dentro mis cosas.

Aunque su relación era más o menos cordial, por eso de que eran mis mejores amigos, solían interaccionar lo mínimo el uno con el otro, lo que era un tanto incómodo, y raro, pero había aprendido a sobrellevar ese distanciamiento entre ellos.

Emma era una loba en todo su esplendor: metro setenta y seis, melena negra un tanto salvaje y ojos negros en los que podía entreverse ese porte altivo y arrogante de una ascendencia lejana de beta, aunque sus padres, ambos, eran omegas. No importaba que todo lo que había oído —y visto— de Emma solo fueran cosas buenas. Para Re, Emma era una loba. Y él odiaba a los lobos.

Emma, por su parte, había tratado con humanos y mestizos entre poco y nada. Su instituto era uno de esos restrictivos, en los que solo podían matricularse lobos, y apenas hacía vida fuera del

territorio de la manada. La mayoría de los lobos no solían sentir demasiada curiosidad por lo que se encontraba más allá de nuestras fronteras. Somos criaturas territoriales, y Emma no era una excepción. Yo, tal vez, un poco.

—Nos vemos el lunes. —Re asintió y se retiró unos pasos mientras yo llegaba hasta el asiento del copiloto para ubicarme dentro del todoterreno y Emma se situaba detrás del volante. Intenté no recostarme demasiado en el respaldo para evitar exacerbar el dolor.

—¿Qué ha pasado? —me cuestionó tras darle al contacto y hacer que el motor rugiera.

—Jillian me ha excusado de las vueltas y Tamara se ha cabreado. Que conste que los azulejos del baño han acabado peor que yo.

—¿Necesitas algo? —Negué con la cabeza mientras exhalaba un suspiro.

—Re me ha sacado los fragmentos y me ha puesto algún que otro punto.

—En unas horas las heridas estarán cerradas. —Era un buen consuelo—. Eres la loba con el proceso de cicatrización más rápido que conozco.

—Preferiría no tener que probar esa habilidad cada dos por tres y que me hubieran sido dados otros atributos.

—Cuando empieces a transmutar, el resto de los instintos vendrán solos. —Ese era el argumento que Emma solía usar para justificar todas mis rarezas y, la verdad, durante años me lo creí. Era más fácil hacerlo que asumir lo contrario.

Sin embargo, empezaba a plantearme que sería la primera loba de la historia sin esa habilidad. Era innegable que algo andaba mal en mí. Y que tarde o temprano el alfa me largaría de la manada.

—Y si no mis huesos acabarán en un museo bajo el eslogan: «La Sinlobo».

—Idiota.

—Seamos realistas, la mayoría de los lobos son capaces de hacerlo antes de los catorce.

En el Palm Institute era la única que aún no había desarrollado la habilidad, y estaba en el último curso. Tenía la sensación de que me

quedaban unos pocos meses de seguir a buen recaudo, estudiando en ese antro, sí, pero también con un techo sobre mi cabeza y un plato con comida cada noche. Los alfas cuidan de sus lobos, pero, si yo no demostraba serlo, tenía la certeza de que tendría que buscarme la vida en otro lado.

Si algo en mí no hacía clic más pronto que tarde, tendría que buscarme yo sola la vida. La posibilidad de que me expulsaran de la manada me aterraba. Quedarme sola. En la calle. Sin nada. Solo mi ingenio, mi metro sesenta y dos y una genética de lobo un tanto mediocre. Tendría que aprender a vivir entre humanos, de ahí que estudiar se hubiera convertido en mi única esperanza. La posibilidad de poderme valer por mí misma y no acabar sirviendo copas en un motel de carretera. En el mejor de los casos.

—Sufriste de una desnutrición muy severa siendo un bebé, date tiempo. —Esa siempre había sido su teoría y, en serio, durante un tiempo, hasta me la había creído.

—El que me dé nuestro alfa. —Me encogí de hombros. Emma apretó los labios, incómoda.

—¿Qué hará Re el año que viene? —Miré al horizonte. Mi mejor amiga solía cambiar de tema cuando las cosas tomaban una dirección que no le gustaba.

—Creo que intentará estudiar Medicina, aunque a veces habla de alistarse en el ejército y, las que menos, en buscar un trabajo que no le exija mucho y limitarse a vivir.

—Suena como a un buen plan. —Emma sonrió—. ¿Cómo crees que estarás para mañana? Nos han invitado a una fiesta.

—¿Una fiesta? Casi que paso.

—¡No puedes hacerme esto!

—No te hago nada, puedes ir con tus encantos de loba y arrasar sin que yo tenga que hacerte de pinche, ¿sabes?

—Pero no sería lo mismo. —Hice una mueca porque había usado ese tono meloso suyo, el de que sabía que a las malas no iba a conseguir que cambiase de opinión, pero que, si conseguía tocarme la vena sensible y darme pena, acabaría cediendo para complacerla. Es lo que hacen las buenas amigas.

—Espera, ahora que lo dices, creo que tengo un vestido con un escote a la espalda que quedaría divino con el actual estampado cutáneo que Tamara me ha hecho.

—Idiota. —Pese a su insulto, empezó a reír por lo bajo. La risa de Emma era lo mejor que me había pasado en todo el día. Lo que era una forma fácil de interpretar cómo había sido de mierda mi jornada escolar.

—¿No vas a preguntarme dónde es la fiesta?

—No, porque no pienso ir.

No es que me desagradaran las fiestas; me gustaba pasar un buen rato bailando y bebiendo con mi mejor amiga, pero me molestaban los desconocidos y aquellos que confundían la curiosidad con formas de humillación, así que no solía interesarme por los eventos que se celebraban en otros territorios.

—No te lo aconsejo, el alfa se enojaría.

—Lo dudo. —A nuestro alfa le importaba un comino qué hacíamos y dejábamos de hacer siempre y cuando no implicara un coste económico.

A Emma le encantaban las fiestas, y no me refiero a cuando los mellizos organizaban algo en su casa, lo que acababa siendo poco más de una docena de lobos bebiendo alrededor de una charca. A esas aún me apuntaba. De tanto en tanto. Por aquello de más vale malo conocido que bueno por conocer.

El quid de la cuestión era que, para que mi mejor amiga pusiera esa mirada soñadora, la fiesta debía de celebrarse en alguna de las manadas de la zona y esas, por norma general, prefería eludirlas. Si ya era malo sufrir a Tamara y a Odín en el instituto, pasaba de meterme en su territorio para que me torturaran fuera del horario escolar. Sí, había ido con Emma a alguna de las fiestas que habían celebrado en el Lega Lupinus, pero allí ella tenía un montón de amistades, porque estudiaba en uno de sus institutos, y me daba palo que tuviera que hacerme de niñera durante toda la noche. En lo referente a los Ululatus, como que pasando, y como los Aetheris eran unos rancios que raramente nos invitaban, pues también.

—Pues creo que esta vez tu alfa va a incitarte a que vayas. —Me giré para mirar a mi amiga.

—No me gusta el tono que estás usando. —Ese que sonaba a amenaza y a que no me liberaría con un no rotundo ni mi cara bonita.

—Es una invitación formal, le han enviado al alfa una carta.

—Mierda. —Me hundí en el asiento, y eso solo hizo que acrecentar el dolor, así que acabé refunfuñando por lo bajo mientras mi mejor amiga sonreía de oreja a oreja.

—Creo que el alfa prefiere que me exponga lo mínimo posible, si te tengo que ser sincera. —No es como que una Sinlobo tuviera una gran corte de admiradores esperándole ni diera demasiado prestigio a la manada que me había acogido.

—No lo creo. En cualquier caso, nos ha convocado esta noche, así que sabremos en breve a qué atenernos. —Tamborileó en el volante mientras soltaba aquello, siguiendo el ritmo de la música que sonaba por la radio.

—¿En serio?

—Lo que oyes.

—Pues pinta mal.

—Según para quién. —Me guiñó un ojo y le gruñí a modo de respuesta.



CAPÍTULO 4

LA INVITACIÓN

SI EN UNA COSA PODÍAN APRECIARSE mis genes de loba era en la velocidad a la que sanaba mi cuerpo, pero las gasas empapadas en sangre llamaron la atención de algunos lobos de la manada, que elevaban el hocico a mi paso, si bien nadie me preguntó nada. Yo tampoco di explicaciones. Era algo así como un acuerdo tácito: yo no me quejo y vosotros no me recordáis que una Sinlobo tal vez no debería vivir aquí.

El alfa nos reunió después de la cena. Éramos solo cinco lobas, entre ellas Emma y yo. Lo que era de por sí sospechoso. Quiero decir que los mellizos tenían dieciséis años, y Ted, que tendría veintipocos, tampoco había sido convocado, pero sí su hermana

Nuga, de veinte pelados, y dos lobas más que solían ignorarme, que tendrían veintitantos.

Tras esa valoración, llegué a dos conclusiones: en primer lugar, que solo habían invitado a las hembras de la manada; y, segundo, que era una maldita encerrona de algún gilipollas que pretendía encontrar a su pareja vinculada o a una candidata apropiada a la que clavarle los colmillos.

—Rubiselle. —Me tensé al escuchar mi nombre. Nadie solía llamarme así. Excepto el alfa y nuestra luna. No sé si pensaban que me daba un toque más aristocrático o qué; a quien se le ocurrió el nombre, en serio, que se lo replanteara.

—Estará honrada, claro —intervino Emma, no sé exactamente a qué cuestión.

Asentí y fingí estar totalmente de acuerdo. Más tarde ya le preguntaría.

—¿Quieres decir que es apropiado que Rubis vaya a una celebración así? —Nuga era un poco arpía, pero si su intención era liberarme del evento en cuestión, no pensaba tenérselo en cuenta. Esta vez.

—No vamos a ser nosotros quienes acoten los términos del alfa regente de una manada con semejante poder e influencia. —El alfa centró su mirada en mí, consciente de que no había estado escuchando lo que fuera que había dicho antes, no era la primera vez que desconectaba cuando empezaba con uno de sus cargosos discursos—. Y menos de los Atrum, los lobos oscuros del noroeste. Les debemos mucho.

Igual sí debería haberle prestado un poquito de atención. Los Atrum eran una de las manadas más poderosas de nuestro territorio y, además, sus límites llegaban, igual que las de los Ferus, hasta el mismísimo Moonwhisper. Lo que se traducía en que protegían al resto de las manadas menores de cualquier tipo de acercamiento o invasión de nuestros vecinos de orejas puntiagudas, alias faes. De ahí ese «mucho».

—Por supuesto, alfa. —Bajé la mirada, intentando mostrarme sumisa, incluso si el alfa y yo teníamos una relación un tanto peculiar.

Tal vez por ese detallito de nada de que no poseía lobo o quizá porque mis padres no habían pertenecido a su manada, pero el vínculo esperable entre un alfa y sus lobos nunca se había consolidado entre nosotros. Ambos lo sabíamos. Y ambos fingíamos no ser conscientes de ello.

—El alfa heredero de los Atrum está buscando a su pareja predestinada y en la misiva de su padre insiste en que la convocatoria incluye a todas las lobas de menos de treinta años sin compromiso ni compañero.

—¡Lo sabía! —Todos me miraron. Fui consciente de que lo había dicho en voz alta. Hice un mohín.

—No esperaba que tú, en concreto, mostraras tanta diligencia. —Estaba serio, pero había una cierta diversión en su mirada.

—¿Cómo no sentirme honrada de que el alfa heredero pueda disfrutar del placer de desecharnos a todas? —Parpadeé un par de veces. Nuga masculló algo por lo bajo. Creo que se planteaba que, realmente, tenía posibilidades de convertirse en la elegida.

—¿Por qué debería hacerlo? —Me observó.

—Supongo que hay quien cree en el amor verdadero, pero apenas podemos ofrecerle nada a alguien de su estatus.

—Habla por ti, Sinlobo.

—¡Nuga! —Vi el ceño fruncido y la expresión enojada del alfa; la amonestada bajó la cabeza, porque no estaba en su forma lobuna para inclinar las orejas y arrastrarse por el suelo. Era divertido cuando el poder del alfa les obligaba a hacer ese tipo de cosas. Algo bueno tenía no tener lobo, me ahorraba ese tipo de humillaciones.

—Lo más probable es que no encuentre a su pareja predestinada y que elija a alguien más apropiado, una loba con ascendencia fuerte de una manada influyente. Por lo que sé, no somos la primera manada a la que convoca. Creo que la invitación, en esta ocasión, también incluye a lobas de otras manadas de la zona. —El alfa parecía reflexionar en voz alta—. Sin embargo, iréis allí; y espero que os comportéis adecuadamente.

Intenté fingir que no me sostenía la mirada mientras decía eso último. Que hubiera vuelto magullada y hubiera repartido patadas y

puñetazos en alguna que otra ocasión, no había sido por mi tendencia a la violencia, sino para contrarrestar la de mis anfitriones.

—¿Y qué hay de las lobas que tienen un compromiso, pero no han encontrado a su pareja vinculada ni han realizado el ritual del reclamo?

—Estás pensando en Antha. —Nuga no lo negó y el alfa asintió—. Ella aceptó la propuesta de uno de los hijos de un beta de los Silvestres, un emparejamiento de lo más afortunado. —La loba sonrió mientras asentía—. Incluso si él no es su pareja predestinada y aún no se ha celebrado su enlace y, por tanto, aún no se han marcado el uno al otro como compañeros, esa ha sido su elección.

—Pero igual es el amor verdadero del alfa heredero de… —El alfa se limitó a levantar la mano y Nuga guardó silencio.

—Es posible que los Atrum prefieran evitar ese tipo de circunstancias. ¿Qué crees que haría el alfa heredero si descubre que su pareja predestinada está a punto de casarse con otro macho?

—¿Partirle el cuello? —intervine intentando no demostrar lo mucho que me estaba divirtiendo.

—¿A él o a ella? —me siguió el juego Emma.

—¿A los dos?

—Rubiselle, Emma… —Se quedó mirándonos. Emma desvió la vista hacia el suelo y yo me limité a sonreírle fingiendo una cierta inocencia. Centró su atención en Nuga—: Los machos de ascendencia fuerte pueden ser muy territoriales y, por lo que he oído del alfa heredero, es tan dominante como fuerte. Podría considerar un agravio para con su persona algo así, y una manada como la suya podría reducir a poco más que un montón de escombros a los Silvestres.

A mí me parecía un planazo, pero opté por callarme el comentario.

No me era nuevo eso de que los lobos podían volverse inestables y agresivos cuando encontraban a su pareja predestinada o elegían una compañera. Durante el ritual del reclamo, primero se producía la mordida entre el macho y la hembra para forjar un vínculo entre ellos que ayudaba al macho a controlar ese exceso de testosterona.

Según Emma, era eso y el sexo frenético que venía después durante lo que, de forma coloquial, solía llamarse «el celo», y que era la fase de apareamiento con la que se culminaba el ritual.

Antes de esto, los lobos machos dominantes podían volverse idiotas. Más de lo que eran habitualmente, quiero decir. Si olían a otro macho que hubiera cubierto a su hembra o descubrían que su futura compañera había tenido algún amante, la cosa podía acabar con un combate feroz que, aunque no acostumbraba a ser a muerte, podía llegar a serlo. De ahí que, aunque en las manadas no estaba mal visto lo de mantener relaciones sexuales esporádicas o más o menos estables con otras personas, la mayoría de los machos prefería tirarse a hembras humanas y evitarse futuros conflictos con otros lobos.

—El alfa regente no quiere que la elección de la compañera de su hijo, y futura luna de los Atrum, pueda suponer un enfrentamiento con otros grupos, lo que es de agradecer. Respetaremos las condiciones de su misiva —sentenció nuestro alfa.

—¡Pero es el alfa heredero! —protestó Nuga—. Debería tener el derecho de elegir a su compañera.

Era una mosca cojonera.

—Una pareja predestinada no la elige el hombre, lo hace el lobo. —Parecía cansado.

En la última década, había visto su cabello castaño empezar a tomar tonos grises y cómo su cuerpo comenzaba a mostrar los signos inequívocos de la vejez. Lo que era un problema.

Él y nuestra luna no habían tenido descendencia, pero como eran una pareja predestinada, habían aceptado que ese era el designio de la diosa Luna y nunca los había escuchado quejarse al respecto, al menos, no públicamente. Pero no teníamos un alfa heredero. Y eso, para una manada, era un problema mayúsculo.

—Cuando mediante el ritual del reclamo se crea un vínculo entre dos lobos predestinados, se convierten en uno. Y eso, a un alfa, le fortalece y, por ende, a su manada. Si la encuentra garantizará el futuro y la estabilidad de la manada. —Hizo una pausa—. En cualquier caso, una loba apropiada podría darle descendencia y

continuidad a los Atrum, incluso si la diosa Luna no le bendice con una pareja predestinada.

La teoría me la sabía, sí, porque formaba parte del temario de la asignatura Marco Actual de la Sociedad de los Lobos, una de las pocas que estudiábamos de forma exclusiva los cambiantes. Sabía que solo un veinte por ciento llegaban a encontrarla, así que la mayoría de los lobos optaba por elegir un compañero aceptable y clavarle los colmillos. Fin.

—Han organizado un autocar para que os recoja, y ya tienen un listado con vuestros nombres. Espero que estéis todas dispuestas mañana, a las dos en punto.

—Lo estaremos —aseguró Emma con una sonrisa soñadora. Aquello empeoraba por momentos.

En cuanto el alfa dio por zanjada la reunión, Emma me cogió de la mano y tiró de mí como si fuera un maldito torbellino hasta llevarme a mi habitación. Se dejó caer en mi cama.

En la casa de la manada vivíamos solo unos pocos omegas a los que se nos consideraba parte del servicio y atendíamos allí a las necesidades del alfa y la luna; Emma, al igual que la mayoría, vivía con su familia en una casa construida dentro del territorio de la manada.

La estancia era diminuta, aunque a su favor diré que era funcional y gozaba de una ventana. Habían conseguido meter allí dentro una cama pequeña que, dado mi tamaño, era más que suficiente, un armario esquinero y un escritorio. Con todo, sentía aquel espacio como si fuera mi hogar.

—¿No estás emocionada?

—Más bien dolorida —mascullé mientras me sentaba en la silla del escritorio.

—¿Quieres que te revise la espalda?

—Mañana.

—¿Qué opinas?

—¿De lo de la fiesta? —Emma asintió—. Que es una encerrona.

No lo negó.

—Ya has oído que no somos las únicas que iremos.

—Genial, eso significa que también estarán las del Palm Institute —farfullé molesta, pero, antes de hundirme en la miseria, una idea fugaz me alegró la tarde—: ¿Te imaginas que la compañera del alfa ese sea Tamara?

—¿Se supone que eso es algo bueno?

—Fijo que dejaría de ir a mi instituto.

—Visto así…

—Aunque claro, si el alfa regente no quiere conflictos, no sé yo qué decirte, porque esa se ha tirado a tantos machos como con los que se ha cruzado. Lo de reservarse para su compañero se lo ha pasado por el forro o, mejor dicho, por el chocho. —Emma empezó a reír—. Le gusta que los machos se enfrenten por ella, creo que la pone caliente.

—¿Y si somos una de nosotras? ¿Te imaginas convertirte en luna de una manada como esa? —Emma me miró con ojos brillantes—. Ese alfa tiene que ser un romántico. Muchos se limitarían a elegir una loba que descienda de algún alfa o de un beta; en cambio, está organizando esta fiesta y haciendo que dos omegas cualquieras sueñen a lo grande.

—Una omega cualquiera, a mí no me cuentes, que yo como que paso.

—No me niegues que, en el fondo, detrás de todas esas murallas que has construido, existe un corazoncito que también anhela un compañero, y ¿qué mejor que encontrar a tu pareja predestinada?

Me encogí de hombros, pero me arrepentí al poco, porque sentí un dolor agudo en alguna de las heridas de mi espalda.

—No creo que eso aplique a las Sinlobo; además, siento realistas, solo un veinte por ciento de los lobos encuentran a su pareja predestinada, insisto. —Emma se quedó mirándome—. Tampoco me parece un acto de romanticismo forzar a que toda hembra apropiada se desplace hasta su casa. Si quieres mi opinión, demuestra que es un arrogante.

—¡Un lobo arrogante y poderoso que busca el amor! —insistió mi amiga usando un tono de voz agudo y estridente.

—Su interés no es romántico, no es más que un estratega.

—¿De qué estás hablando?

—Ya has oído a nuestro alfa: si es cierto eso que dicen de que fortalece el linaje de un lobo, vincularse a su pareja predestinada garantiza que no pierda la fuerza que ya posee como líder de una gran manada.

—Y no tiene nada que ver, entonces, con el nudo en el estómago, con sentir ese amor a primera vista y disfrutar de una desenfrenada noche de sexo bajo la luna llena mientras reclamas con una buena mordida a esa persona que será tu compañera por el resto de tu vida.

Dejé que siguiera divagando.

El vínculo entre una pareja de lobos que llevaba a cabo el ritual del reclamo era inquebrantable. Una promesa de lealtad más allá del aquí y del ahora. Sonaba bien. Demasiado. Así que era tentador caer en el error de anhelar algo así. Quiero decir que los amores entre humanos o mestizos van y vienen, pero cuando una pareja de lobos se marca es un «para siempre». Y si eso sucedía entre dos lobos marcados el uno para el otro por la diosa Luna, implicaba un reconocimiento entre dos personas que se complementaban y que, al mismo tiempo, eran iguales.

De ahí que pocos fueran los lobos que tenían las agallas de marcar a una persona para el resto de su vida y convertirla, ya no en su esposa, sino en su compañera.

Me acerqué a la cama y me estiré al lado de Emma, tras empujarla contra la pared. Un mechón de su pelo negro acabó sobre mi boca, así que resoplé mientras me acomodaba.

—Se nos está quedando pequeña —opiné.

—Pide que te den una habitación más grande.

—El alfa vino a decirme que lo haría cuando transmutara. —Obvié decir que eso podría ser un nunca.

—Cuando tenga mi propia casa, me gustaría que te instalaras conmigo. —Lo decía de corazón, pero ese tipo de decisiones no dependían de ella. Ni de mí.

—Eso estaría bien, sí, pero es poco probable que tu pareja esté en esta manada. —Emma gruñó por lo bajo.

—Parece mentira que a estas alturas sigamos con eso de que la hembra es la que tiene que migrar a favor del macho —protestó; yo

me encogí de hombros.

Esa era una de las leyes que había aprobado el consejo de nuestro territorio. Un consejo formado por alfas, por supuesto, en el que las lunas no tenían ni voz ni voto. Nuestra realidad era que vivíamos en una sociedad machista.

A veces, envidiaba a las mujeres del mundo humano que, con sus pros y sus contras, vivían luchando por una igualdad que las lobas jamás ostentaríamos, porque la jerarquía estaba forjada mediante los vínculos que unían a todos los miembros de la manada, de forma que la voz de cada lobo dependía de su rango. No éramos iguales. Y nunca lo seríamos.

—Podríamos hablar con el alfa, cuando encuentre a mi compañero… —Se quedó pensativa.

—Tú misma.

—Me enviará a la mierda, ¿verdad?

—Si no lo hace él, lo hará el alfa de tu macho. Es lo que hay. Tú no te preocupes por mi mísera existencia. Me apañaré.

—Todo cambiará cuando transmutes.

—Existe la posibilidad de que no sea capaz de hacerlo. —Emma se quedó en silencio. No solíamos hablar de aquello. Siempre habíamos dado por sentado que lo haríamos a un tiempo. Que correríamos juntas en nuestra forma lupina las noches de luna llena. Pero habían ido pasando los años. Y seguía estancada.

¿Y si no encontraba la fuerza necesaria para transformarme? La manada me repudiaría tarde o temprano. Las dos lo sabíamos. Y no podía criticar al alfa por hacerlo. Me había dado todo lo que tenía. Más que mis propios padres, que me abandonaron para que la muerte me diera cobijo.

Me dio un golpe en el costado.

—Necesitas más tiempo. Solo eso. Y si no, siempre podríamos casarnos con los mellizos y quedarnos aquí. ¡Lo tengo! ¿Qué tal si les convencemos para compartir una misma casa y así podemos estar juntas todo el día? —Me dio por la risa tonta.

—Es la peor de las ideas que has tenido en toda tu vida, y lo sabes. —Le sonreí—. No dejes de seguir tus sueños por mí, no seas

tan tonta. —Hice una pausa—. En el peor de los casos, intentaré buscar la forma de sobrevivir entre humanos.

—No hablas en serio. —Se apoyó sobre los codos para quedar ligeramente elevada y mirarme.

—Intentaré estudiar algo, Magisterio, por ejemplo. Tal vez encuentre trabajo en algún instituto como el mío, de estos en los que hay profesores lobos, pero también humanos y mestizos.

—Hablas en serio.

—Es imposible no hacerlo. Cada año que pasa, pesa más todo lo que no soy.

—Joder, Rubis. —Apretó los labios.

—Sabes que, incluso si acabo viviendo entre humanos, seguirás siendo mi mejor amiga y podrás venir a verme siempre que quieras.

—Sigue sin gustarme.

—A mí tampoco es que me apasione, pero me parece un plan bastante realista.

—Al menos tengo la certeza de que, si te ves obligada a tomar ese camino, no estarás sola. Re siempre estará allí, por y para ti. Quizá te parece una tontería, pero eso me hace sentir mucho más tranquila. —Centró su mirada en la mía—. Creo que, si por él fuera, serías su todo, ¿lo sabes?

—No es así entre nosotros.

—Porque no os habéis dado la oportunidad de que sea de otra forma —opinó mi mejor amiga—. Que está bien, porque, te guste o no, eres una loba. Una que tarde o temprano acabará transformándose, pero si eso no llegara a suceder, sé de alguien que no lo lamentaría lo más mínimo. —Me sonrió, pero, al mismo tiempo, parecía triste, aunque intentó que no lo notara y, usando un tono pícaro, añadió —: Además he de admitir que, para ser un mestizo, ¡está cañón!

—¡Emma! —La golpeé en el costado y solo conseguí que empezara a reír a carcajadas.

—Pase lo que pase, siempre serás mi mejor amiga. —Me rodeó con sus brazos y me acercó a ella. Era mucho más grande que yo y su cuerpo se sentía más cálido que el mío.

—Y yo voy a decirte que pensar en aparearme con uno de los mellizos me está dando arcadas.

—Puestos a tirarte a alguien, yo también me decantaría por Re.

—¡Idiota! —Emma empezó a reír y, la verdad, acabé sucumbiendo a su risa y riéndome yo también.



CAPÍTULO 5

EL LOBO DE PELAJE OSCURO

NUESTRA MANADA ERA UNA DE ESAS que sobrevivían gracias a que no teníamos nada que nos hiciera valiosos para otras manadas más grandes; y el hecho de que no nos buscábamos problemas con las que teníamos más próximas, que no eran ni mucho más poderosas ni numerosas que la nuestra, así que nos tolerábamos con algo parecido a la naturalidad.

Nada teníamos que ver con los Atrum, la manada hacia cuyo territorio nos dirigíamos.

Tras la aceptación, inherente tras el discurso que nos dio el alfa anoche, había pasado a buscarle algo de bueno a aquella excursión.

Además de los canapés.

Durante años, había ansiado convertirme en loba, por si, al hacerlo, obtenía alguna pista de cuál era mi origen. Re arrastraba en su única forma, la humana, los ojos ambarinos de los Sangre de Ámbar, pero sabía que muchos de los lobos de esa manada mostraban esa característica solo en su forma lobuna. El color del pelaje, de los ojos o incluso la presencia de alguna marca en el lomo podían orientarme sobre cuál era mi origen.

Si eso no llegaba a suceder, si no conseguía convertirme en loba, tal vez nunca podría llegar a saber quiénes eran mis progenitores. Y por qué fueron tan cabrones como para abandonarme. Pero existía un «pero». Un único cabo del que, tal vez, podría llegar a tirar para descubrir de dónde venía. Ese «pero» mucho tenía que ver con el hecho de que no me había llegado a vincular al alfa ni a la que sentía como mi manada, los Fe de Aurora.

Había tardado mucho en darle sentido a aquello.

Sabía que existían lobos, alfas de gran poder, capaces de desvincularse de una manada para crear una propia. Si el alfa regente no los mataba antes, claro, porque al hacerlo podía arrastrar lobos de su manada de origen, debilitándola, y ningún líder que se tercie asumiría ese tipo de riesgos. Esa teoría, en mi caso, no se ajustaba lo más mínimo a mi perfil.

Así que solo quedaba una posibilidad que le daba sentido. Una que hizo que hace unos años me despertara a medianoche, sudorosa y agitada, como si acabara de correr un maratón en mi cama. No podía vincularme al alfa porque ya estaba vinculada a *otro* alfa. A otra manada, esa a la que pertenecían mis progenitores. Era lo esperable, lo natural, cuando nacía un lobo, que el cachorro creara vínculos con el resto de la manada de sus padres y con el alfa correspondiente.

No es que tuviera muchas posibilidades de visitar a otras manadas, y menos aún de interaccionar con sus alfas, pero supuse que si la fiesta era una encerrona para que el alfa heredero buscara entre las lobas de las manadas vecinas a su pareja predestinada o, al menos, una loba apropiada para convertirla en su luna, bien tendría que dejarse ver durante el evento y, si bien el vínculo de un

lobo con el alfa heredero no debía de ser tan sólido como con el alfa regente, esperaba que fuera lo suficientemente evidente como para que sintiera algo.

La estúpida fiesta de los Atrum podía darme la oportunidad, al menos, de descartar que mis progenitores formaran parte de una de las manadas más numerosas de entre las que había en nuestro territorio.

Con esa idea en mente, me planteé que, cuando el alfa me echara de patitas a la calle, después de conseguir establecerme por mi cuenta, en el mundo humano, tal vez podría dedicar mi interés y mi esfuerzo a aquello. A buscar cuáles eran mis orígenes. Si mis progenitores estaban vivos. O muertos. Por qué me habían abandonado en aquel claro, en medio del bosque. Me merecía, al menos, un porqué.

Contra todo pronóstico, aquel fue el mejor trayecto que había hecho en un autobús en toda mi vida. Supongo que mucho tenía que ver la tapicería de cuero negro calefactable, las ventanas tintadas y los refrigerios que nos ofrecieron a lo largo del viaje. Ni siquiera me molestó que Tamara y el resto de las lobas de mi instituto estuvieran en los asientos delanteros. No tenían tantas ganas de meterse conmigo ahora que Emma estaba a mi lado y en los asientos contiguos estaban las otras lobas de mi manada.

Jugamos un rato a las cartas, pero me pasé el resto del trayecto contemplando el paisaje mientras ella dormitaba. Éramos solo quince lobas allí dentro, pero la mayoría eran tan escandalosas que parecíamos cincuenta.

Para cuando llegamos, lo primero que me sorprendió fue que el núcleo vital de la manada, el lugar en el que vivían el alfa regente y su luna, así como el alfa heredero al que querían emparejar a marchas forzadas, más que una casa, era un pequeño castillo de piedra gris, gruesas paredes y escasas ventanas. Regio. Y un tanto asfixiante. No solo por su tamaño, su aspecto sobrio y solemne, sino también porque la abundancia que podía percibirse allí me hizo ser consciente de las carencias que teníamos en nuestra manada.

—¡Es increíble! —susurró y asentí. Eso no podía negárselo.

Bajamos del coche y observamos nuestro entorno, un poco sobrecogidas por la inmensidad de lo que nos rodeaba y la riqueza que se intuía que poseían los Atrum.

Las paredes de piedra estaban cuidadas y, bajo ellas, varios parterres repletos de flores le daban una nota de color. El aire estaba lleno de agradables fragancias. Cerré los ojos para transportarme, ya no tanto físicamente, sino de una forma mucho más íntima. A veces me gustaba sentir el mundo así, mediante el resto de mis sentidos, porque era como si la vista a veces los eclipsara.

Me vi obligada a acabar con aquel momento de introspección cuando una omega cincuentona con las mejillas repletas vino a recibirnos y nos llevó hasta el ala sur del castillo, donde se encontraban las habitaciones de invitados. Emma y yo nos decantamos por compartir una. Ninguna de las dos estábamos muy habituadas a dormir lejos de casa, sin la protección de nuestra manada, aunque dudo que nunca hubiéramos estado tan seguras como allí, en la casa familiar de los alfas de los Atrum, con decenas de lobos cuidando y protegiendo el perímetro.

—Jamás pensé que fueran tan condenadamente ricos —murmuró mi mejor amiga, dejándose caer en una cama enorme. Los muebles eran de líneas simples, modernos, y contrastaban con el legado histórico que se evidenciaba en las gruesas paredes de la construcción, que debía de haber visto a muchas generaciones sucederse, una detrás de la otra.

—Casi que no me importaría encontrar pareja aquí —solté de improviso tras deslizar mi mano sobre la sábana de seda que cubría la cama y morirme de admiración por las lobas que disponían de semejantes lujos. Emma empezó a reír a carcajadas.

—Esta noche vamos a triunfar, estoy segura.

—¿Crees que se lo tomarían muy mal si salgo a explorar el terreno? —Me conocía lo suficiente como para entender esa mezcla de contrastes que me hacían única. La necesidad de explorar, de ver mundo, mientras sentía al mismo tiempo la necesidad de esconderme entre las paredes de mi habitación, mi refugio.

—Ni se te ocurra. —Me lanzó una mirada acusatoria—. No estamos aquí para estudiarlos, sino para pasárnoslo bien y conocer a

machos de nuestra edad.

—Ya, sí, eso, pero a mí lo que me apetece es estar ahí fuera, no aquí dentro. —Me había desplazado hasta una ventana desde la que podía ver los bosques que se alzaban, majestuosos, a unos pocos metros del edificio. Esos que nos recordaban que antaño fuimos salvajes.

—Si conocemos a algún lobo majo, tal vez podríamos pedirle que mañana, antes de irnos de vuelta a casa, nos acompañara a dar un paseo.

—Preferiría hacerlo sola, pero supongo que menos es nada.

Los lobos eran muy territoriales y, aunque éramos sus invitadas, entendía que no les hiciera mucha gracia que una loba campara a sus anchas en su terreno sin supervisión. Emma tenía razón. De hecho, siempre solía tenerla. Era sensata, además de hermosa y leal.

Sentí una punzada en el pecho. No sabría decir el porqué. Tal vez la certeza de que, tarde o temprano, todo entre nosotras cambiaría. Si ella encontraba a su pareja y dejaba atrás a los Fe de Aurora o, quizá, cuando el alfa no pudiera alargar más mi estancia entre ellos y tuviera que aprender a integrarme en la sociedad humana. Apreté los labios, ignorando aquella sensación y me limité a disfrutar del paisaje desde mi posición privilegiada.

Y entonces lo vi.

Un lobo de pelaje tan negro como la misma noche acababa de salir del amparo del bosque que lindaba con los elegantes jardines que rodeaban al castillo. Dos lobos caminaban a sus costados, pero, sin saber por qué, apenas fui capaz de apartar los ojos del que encabezaba la marcha.

Sin previo aviso, se detuvo y elevó el mentón. Sentí algo en mi interior. Una convulsión. Ladeó la cabeza, y hubiera jurado que sus ojos buscaron mi posición, detrás de la ventana, apenas una fracción de segundo antes de que yo me apartara de ella, asustada.

La enorme estancia en la que se celebraba la fiesta estaba decorada con muebles rústicos y sofás de cuero añejo que

desprendían un olor que hacía pensar en la calidez de un hogar. La música sonaba por los altavoces mientras la gente hablaba y picoteaba del abundante *catering* que habían contratado.

La comida era excelente y el vino, también.

Al final, tendría que darle la razón a Emma de que el viaje sí había valido la pena. A nuestro alrededor hablaban y bailaban de forma animada algo así como un centenar de lobos y lobas a los que no conocíamos. Y eso que, por lo visto, solo se encontraban allí los lobos de los Atrum de nuestra edad que aún no estaban emparejados. Me gustó que, al menos, no nos hubieran dejado como si fuéramos piezas de ganado allí en medio, sino que nuestra presencia quedaba más o menos disimulada entre las lobas de nuestra edad de la manada de nuestros anfitriones. Un punto a su favor, no lo negaré.

Vi a Tamara y al resto en un extremo y me aseguré de estar lo más lejos posible de su mirada y, sí, también de sus garras.

La curiosidad que despertábamos en los machos era algo evidente. Aunque ese veinte por ciento de encontrar a tu pareja predestinada no era un gran incentivo, siempre había algún caso. Y la fiesta estaba bien. El ambiente. El hecho de conocer a gente nueva.

—¿En qué curso estás? —me preguntó un tipo de ojos castaños y pelo negro.

—Acabo este año —le contesté con una media sonrisa en el rostro. ¿Sería muy imprudente preguntarle por su lobo? ¿Acaso tendría también el pelaje tan oscuro como el que había visto a través de la ventana?

Emma había elegido para mí un vestido negro, en honor al color de la manada que nos había invitado al evento. Era suyo, obviamente, y si lo había aceptado se debía a que era elegante y bastante discreto, con un escote en pico en la parte frontal, pero sin muchas más pretensiones, pero lo cierto era que el tejido se ajustaba bien a mi cuerpo. No es que mis curvas fueran prominentes, pero al menos estaban en los lugares correctos.

—¿Sí? —Su sonrisa se agrandó—. ¿Qué tienes pensado hacer después?

—Me gustaría estudiar Magisterio. Se me da bien. —Estudiar más que no los niños, pero sabía que era de las pocas cosas que el alfa consideraría aceptables dadas mis circunstancias, y con tal de poder crecer en algún aspecto cualquier cosa me estaría bien.

—Rubis saca las mejores notas de toda su promoción —les contó Emma, que le encantaban las atenciones que nos estaban dando aquellos tres lobos que nos acompañaban.

—Yo no diría tanto —le contradije, incluso si estaba en lo cierto. Como loba, quizá soy mediocre, pero tengo facilidad para aprender cosas, aunque eso en nuestra sociedad no estaba muy valorado.

Se escuchó un rumor en la sala. Oí pasos tras de mí. Y sentí un escalofrío en la espalda. Una advertencia. Ni siquiera fui consciente de separar ligeramente las piernas, buscando una posición defensiva. Algo en las miradas de los lobos que estaban haciendo de perfectos anfitriones me advirtió de que esa sensación de peligro inminente tenía algún tipo de fundamento.

Una sombra se ciñó sobre nosotros.

Un lobo. Uno con la nariz ligeramente torcida, y sospechaba que no era fruto de la casualidad. Tenía la mandíbula cuadrada y los caninos elongados, lo que no podía ser algo bueno. Era algo que solo sucedía cuando alguien estaba cabreado y, por el aspecto de aquel tipo, enfadarlo era mala cosa.

La parte buena era que sus ojos no estaban sobre mi persona. Es decir, que no tenía intención de darme una paliza por ensuciar los pasillos de aquel lugar con mis sucios pies de Sinlobo. La parte mala era cómo miraba a Emma. Como si no existiera nadie más excepto ella en toda la sala. O en el mundo entero. Y lo más sorprendente es que mi mejor amiga estaba paralizada, el mentón en alto, como si estuviera dándose un atracón con el olor penetrante que desprendía el tipo, mientras los ojos le hacían chiribitas y le brillaban con una emoción contenida que apenas le permitía respirar.

—Mía.

Incluso si no lo hubiera dicho, yo ya lo intuía. ¡Cómo para no hacerlo!

Los machos habían intentado saludar al recién llegado, pero él se había limitado a ignorarlos, los ojos fijos en su presa, aunque Emma

no tenía la más mínima intención de huir, seamos realistas. Se hizo un silencio entre los lobos, aunque la música sonaba de telón de fondo.

Ya no era la única que era consciente de que ese veinte por ciento nos había atizado de lleno aquella noche. Y eso que solo habíamos venido poco más de una docena de lobas. El destino, supuse, a veces es un tanto caprichoso.

El tipo se acercó a Emma y, sin dejar de mirarla, la cogió del cogote y la besó como si le fuera la vida en aquel beso. No es que mi mejor amiga no supiera de besos, pero, joder, eso estaba en otra liga. Era una necesidad física de embeberse en ella, de que sus olores se convirtieran en uno solo y de reclamarla antes incluso de saber su puto nombre.

Me sentí feliz por ella. Porque ese siempre había sido su sueño.

Pero me encontré sangrando por dentro. Dos lágrimas. Me gustaría decir que eran consecuencia de la felicidad que sentía porque Emma hubiera encontrado a su pareja predestinada y no a causa de la tristeza que me quemaba porque ya nada volvería a ser lo mismo.

Siempre sería mi mejor amiga.

Me lo había prometido.

Pero se sentía como si acabara de perderla.

A nuestro alrededor la euforia colectiva se convirtió en caos. En vítores y aplausos, aunque ellos seguían fundidos el uno en el otro, ignorando el mundo que les rodeaba. Cuando aquel lobo se separó al fin de ella, vi que mi mejor amiga tenía las mejillas sonrojadas y jadeaba ligeramente. Se miraron y había tal intensidad en cómo lo hicieron que me obligué a apartar la mirada.

—Soy el beta Nathiel, de la manada Atrum. ¿Puedo saber el nombre de mi futura compañera? —Su voz era fuerte y desprendía autoridad.

¡Era un beta! ¡El que sería el compañero de Emma era un beta! Él la cuidaría y ella sería su todo. Y eso estaba bien. Tenía que estarlo. Ninguno de los que habíamos presenciado el encuentro dudábamos de que era el instinto del lobo el que los unía, pero sus palabras confirmaban que tenía intención de convertirla en su mujer, en su

compañera. No es que diera mucho margen a que alguien opinara al respecto, pero no se lo tuve en cuenta, porque le estaba sonriendo mientras mi mejor amiga tartamudeaba su nombre, roja como un tomate y con la mirada vidriosa por la emoción y la felicidad.

La gente se reunió a su alrededor para felicitarlos y yo me deslicé, alejándome de aquello. Me faltaba el aire. Sentía un nudo debajo del pecho. Me estremecí, tenía la sensación de que alguien me estaba observando mientras me escabullía de la sala.

Necesitaba salir de allí. Apenas podía respirar. Notaba el latido de mi corazón palpitar con demasiada fuerza. Como si al hacerlo vibrara todo mi cuerpo. Como si algo dentro de mí quisiera salir, explotar, y eso no podía ser el presagio de algo bueno. No podía estropearle a Emma la noche de sus sueños.

Necesitaba salir de allí.

Respirar aire fresco.

Sentir a la luna acariciar mi piel.

Y el mundo bajo mis pies.

Saber que seguía viva. Que seguiría luchando. Incluso si tenía que hacerlo sola.

Con esa idea en mente, conseguí deshacer el camino hasta llegar a la habitación que se suponía que compartiríamos Emma y yo esa noche. Tenía la certeza de que no sería allí donde ella acabaría pasándola, pero tarde o temprano tendría que ir a buscar sus cosas.

No podía sentirme más feliz ni triste al mismo tiempo. Jadeé cuando sentí una presión en el pecho y apreté los dientes para neutralizar esa sensación. El dolor. Un hormigueo en mis manos.

Me tuve que apoyar contra el marco de la ventana porque el mundo a mi alrededor parecía desdibujarse, como si, de repente, todo fuera diferente. Las texturas. Los colores. Como si viera todo lo que me rodeaba a través de un tanque de agua que atenuaba los colores, pero le daba un aspecto fluido al mundo, al mismo tiempo.

Arranqué una esquina de papel de mi agenda y le dejé una nota a Emma. Solo por si le alarmaba mi ausencia y venía a buscarme. No quería que se preocupara por mí.

Me saqué el vestido y lo tiré sobre la cama. Agarré unos *jeans* y una sudadera negra. Me calé la capucha, para ocultar mi rostro, si

bien mi rastro me delataba. Cogí mi teléfono móvil y me lo guardé en el bolsillo trasero de los tejanos. Dispuesta a esconderme entre las sombras de la noche. Tal vez a los Atrum les repatearía que hubiera un lobo vagando por sus terrenos, pero yo necesitaba hacer justamente eso.

Me tensé, de forma instintiva, cuando oí un ruido al final del pasillo. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Una advertencia. Ese sexto sentido mío. Dejé de respirar cuando escuché pasos lentos, firmes, seguros.

¿Era una casualidad? ¿O alguien estaba buscando a aquella pequeña loba huidiza? ¿Acaso no podía largarme de la maldita fiesta cuando se me antojara?

Dudaba que hubiera un protocolo al respecto, pero fuera quien fuera, no tenía ganas ni ánimos de enfrentarle en esos momentos. Emma lo entendería. Y me perdonaría. ¿Y si me pillaban ahí fuera? Algo se me ocurriría. O, simplemente, podría limitarme a eludirles. Podía hacerlo. Eso, al menos, se me daba bien. Fundirme entre las sombras y ocultarme en el bosque. Ni siquiera Emma era capaz de cazarme cuando jugábamos de niñas al escondite. Y esa noche… me sentía poderosa. Tal vez se debía a la luna llena.

No tenía mucho tiempo para tomar una decisión, así que, con ese pensamiento en mente, abrí la ventana. Ni siquiera titubeé al ver la altura que me separaba del suelo. No me importó. Salté al vacío, dejando que mi cuerpo se sintiera libre y ligero durante unos segundos y, justo antes de impactar contra el suelo, rodé sobre la hierba y me levanté después, usando el propio impulso del movimiento.

Podría haberme roto algún hueso, pero ni siquiera me notaba magullada. Nunca me había sentido tan bien. Tan fuerte. Tan auténtica.

Un ruido. Uno que tal vez no debería ser capaz de escuchar. Unos nudillos golpeando la puerta antes de abrirla, tras una silenciosa respuesta. Empecé a correr. Algo me advertía que debía hacerlo. Y decidí hacerle caso. No me crucé con ningún lobo hasta que llegué al límite del jardín, ese punto en el que empezaba un bosque tupido y vivo.

Me giré para observar el castillo. Algo captó mi mirada. En una de las ventanas. La sombra de un hombre. Solté un jadeo cuando le vi saltar por el marco y convertirse en lobo durante la caída. Clavó sus garras en el suelo y se alzó, mostrando un porte majestuoso. Su pelaje era negro, y juraría que era la bestia más grande que había visto en mi vida. Sus ojos buscaron los míos mientras la luna llena iluminaba mi perfil. Sentí algo. Un tirón. Una emoción extraña abriéndose paso en mi interior.

Decir que era hermoso era quedarse corto. Tenía algo. No sabría explicar el qué. Pero me asustó la intensidad que podía percibir en su mirada. Su tamaño. La expresión fiera de aquella bestia.

No debería hacerlo. Huir.

Cuando nos transformamos, perdemos parte de nuestro sentido común y son los instintos los que pueden dictar nuestras acciones, así que lo primero que se les enseñaba a los humanos era que no debían darnos un motivo para cazarlos. Eso solo exacerbaba el instinto de lo que somos. Una especie de depredadores. Sin embargo, me encontré haciendo justamente eso: le di la espalda y empecé a correr.



CAPÍTULO 6

UNA FUGA A MEDIANOCHE

CORRÍ COMO SI FUERA EL MISMÍSIMO VIENTO el que me arrastrara mientras en un campanario, remoto, sonaban doce campanadas. No debería poder escucharlas, pero también era cierto como la vida misma que lo hacía.

Sentí mis piernas alternarse la una con la otra sin ser del todo consciente del cómo. Corría. Rápido. Tanto, que bien podría parecer que volaba mientras seguía avanzando, alejándome del peligro que me perseguía, a cuatro patas, deslizándose entre las sombras.

El lobo me seguía de cerca, ansioso por hacerse con su presa.

Era un macho. Podía sentirlo, incluso si no había llegado a verle. Salvaje, azabache puro, con una esencia tan imponente como ardiente.

Ignoré esos pensamientos mientras seguía corriendo.

Tal vez me jugaba la vida o, quizá, solo una buena paliza. No me importaba. No conseguiría alcanzarme. De dónde venía aquella certeza, supongo que de la adrenalina. Si me hubiera planteado aquello racionalmente, no habría saltado por la ventana de un segundo piso. Ni huiría de un macho de semejante tamaño. En un territorio que ni siquiera conocía. No obstante, tenía la certeza de que, si me negaba a que me alcanzara, no lo haría. Había perdido el sentido común; o quizá mi loba me imbuía su fuerza pese a seguir adormecida, latente, en mi interior.

Era imposible que le diera esquiva.

Y, sin embargo, eso era justo lo que hacía.

Continué avanzando, corriendo, arrastrándome entre matorrales y ramas de árboles, mientras él seguía mis pasos. Podía escuchar su aliento, cómo sus zarpas rasgaban el suelo, ruidos que apenas era capaz de entender, al tiempo que frente a mí se materializaba entre las sombras y las texturas del mundo que me rodeaba un camino, como si el propio bosque me ofreciera su amparo y me guiara, para que yo solo tuviera que permanecer en el trazado que dibujaba para mí.

Pasaron los minutos y el lobo no consiguió acortar la distancia entre nosotros.

Seguí corriendo. Ignorando la fatiga. Obnubilada con aquella sensación radiante de poder. Tal vez aquello debería asustarme. No solo la persecución. Sino ese algo que latía en mi interior y que estaba haciendo que el mundo apenas se intuyera como siluetas borrosas a mi alrededor; que los sonidos que me llegaran me permitieran saber dónde estaba el río y una patrulla de lobos que corría a unos pocos kilómetros, o que mis pasos fueran tan rápidos como para convertirme en alguien inalcanzable para un lobo. Era inaudito. Extraordinario. Y se sentía condenadamente bien.

Escuchaba al lobo correr detrás de mí y rugir enojado, preso de la sed del cazador, mientras le ganaba metros lentamente,

distanciándome de él. Era fascinante la forma en la que reconocía el mundo que me rodeaba, incluso si nunca había estado allí, como si todo formara parte de un algo mucho más grande y todo, al mismo tiempo, fuera mío.

Avanzaba, sin sentir fatiga alguna, ansiando alejarme de allí y llegar a casa, a mi cama, a la seguridad de mis cuatro paredes, a esa vida que solo me pertenecía de forma temporal pero que era la única que conocía.

Una hora más tarde, conseguí que los pasos se perdieran en la distancia, aunque temblé cuando estuché un aullido quedo, lleno de rabia, un deje de desesperación y un mucho de inconformismo. Lo había hecho. Me había enfrentado a un lobo. En una carrera. Y le había vencido.

Pero aún sentía ese hormigueo recorriéndome de arriba abajo. El vello de mis brazos ligeramente erizado. Mi corazón latiendo con fuerza. Y ese peso. Que me ahogaba y me quemaba. Que quería salir.

Seguí corriendo.

Avanzando.

Disfrutando de aquella sensación.

El poder.

Esquivé a las patrullas antes siquiera de acercarme a ellas.

Podía sentirles pese a no ser capaz aún de verlos o percibir su rastro. Eran como motas brillantes en un lienzo de grises y negros. Apenas me supuso esfuerzo alguno hacerlo. Tal vez se cruzarían con mi rastro, pero yo ya estaría lejos, muy lejos, tanto como me fuera posible.

Dejé atrás el territorio de los Atrum y me adentré en un territorio que me era inhóspito y desconocido, el de los Ferus. Otra mala idea. Malísima. Si podía justificar mi presencia en la manada que nos había ofrecido cobijo y comida, dudaba que los fieros guerreros que protegían el Moonwhisper fueran tan amigables.

Aventurera siempre he sido, pero inconsciente, no tanto. Jamás habría hecho algo así si no fuera por el subidón que sentía, por la sensación de que el mundo y yo éramos una sola persona y que la

luna llena guiaba mi camino, como si quisiera mostrarme algo, aunque no entendía exactamente el qué.

Corrí, mi corazón latía con fuerza bajo mi pecho. Debería estar jadeando, agotada, pero nada más lejos de la realidad: nunca me había sentido tan bien, tan viva, tan consciente de todo mi yo. No tardé en localizar patrones en el bosque que me rodeaba. Me aseguré de evitar a sus patrullas y supe, por ese sexto sentido mío, sus rutas habituales. Trepé a árboles y salté de rama en rama para esquivar las líneas invisibles que recorrían de forma periódica los lobos y que podían percibirse en la tierra, en el aire que nos rodeaba, en cómo las sombras trazaban sus caminos, como cuando se ve un trozo de pavimento más gastado porque todos usan ese mismo paso. Evité exponer mi rastro o, al menos, me esforcé en hacerlo.

Si en unas horas tendría a todos los Ferus siguiéndome los pasos, solo el tiempo lo sabía.

Continué adentrándome en lugares por los que jamás soñé que correría. La noche seguía acogiéndome, acompañándome, y yo me sentía libre. Como si no acabara de ser consciente del peligro que implicaban todas y cada una de las acciones —por no llamarlas delitos— que había cometido aquella noche.

Nada tenía sentido.

Era poco probable que los Atrum volvieran a invitarme a un evento.

Me dio por la risa tonta. Algo estúpido, porque evidenciaba mi posición para alguien cuyo oído en su forma animal era extraordinario, pero no pude evitar hacerlo.

Me sentía tan liviana, ligera, que llegué a plantearme que todo aquello no fuera más que un sueño. Uno raro de cojones, en el que yo poseía habilidades únicas pese a mi metro sesenta. Tal vez los padres de esa loba, capaz de cruzar dos de las manadas más importantes del país sin ser detectada, le habrían dado un valor y no la hubieran abandonado a su suerte en medio del bosque.

Aquel pensamiento amargo enmudeció mi risa y antes de entrar en un bucle de lamento y pena, antes de que las heridas de mi pasado y mi presente volvieran a abrirse, continué corriendo y me

adentré en el territorio de la manada de lobos más hostil de todo el estado.

Sentí la presencia de dos lobos antes de ser capaz de olerlos, de oírlos. No sabría decir cómo, pero podía percibirlos. Desvié mi trayecto y los esquivé; mi corazón latía frenético ya no tanto por la propia carrera, sino por la posibilidad de que encontraran mi rastro. Pero no lo hicieron. Era como si algo en mí hubiera cambiado, a lo largo del camino, mi olor, mi esencia, lo que yo era, apenas podía sentirse.

A mi espalda quedaba poco más que un sutil aroma floral con dejes de madera. Algo que formaba parte del propio bosque, como si fuéramos solo uno. No tenía sentido. Y, sin embargo, Emma solía decir que cuando quería no ser encontrada, era inviable darme caza. Que mi olor de lobo se perdía entre la fragancia natural del propio bosque. Siempre había pensado que fingía aquello para que me sintiera un poco menos mal, por eso de no tener lobo, pero lo cierto es que nunca la había creído. Hasta ese momento.

No sé cuántas horas me pasé corriendo aquella noche, pero sí sé que cuando llegué al desfiladero entre bosques y montañas, ya en territorio humano, aún no había amanecido. Seguí corriendo hasta que llegué a los límites de mi territorio.

¿Cómo me habían guiado mis pasos hasta allí sin un solo titubeo? Supuse que mi instinto de loba mucho tendría que ver, aunque todo lo que había acontecido aquella noche se sentía como un imposible. No solo para mí, sino para cualquier otro lobo.

Elevé el mentón y me impregné de los olores cotidianos de los que durante tanto tiempo había considerado mi manada. Apenas unos pocos lobos, un territorio mucho más pequeño y limitado que los que acababa de cruzar como alma en pena. El mundo era mucho más grande y, por un momento, me planteé que nada me haría más feliz que recorrerlo entero bajo el influjo mágico de la luna llena. Esa idea me hizo sentir pletórica.

¡Jamás me había sentido tan bien!

Evité a los guardias que cubrían el perímetro de la casa de la manada y entré a hurtadillas hasta mi habitación. Con cuidado de no

hacer ruido al cerrar la puerta, observé el que era mi pequeño refugio. Me dejé caer en la cama.

¿De verdad había atravesado el territorio de los Atrum y los Ferus sin ser detectada?

¡Lo que acababa de hacer no solo era una locura, sino una proeza!

Eso o las patrullas de ambos eran tan inútiles como las nuestras.

Me obligué a contener unas carcajadas, el corazón me latía a mil por hora. Miré el mapa que tenía colgado en la pared de mi habitación, ese en el que se veía nuestro estado, el Moonwhisper y como, al otro lado, se perdía el detalle del que era el territorio fae. Observé la vasta extensión que había recorrido con una mezcla de fascinación y admiración. ¡Y ni siquiera tenía un lobo!

Desvié mi mirada hacia las montañas que se alzaban al norte de los Atrum, donde había varias manadas que vivían más aisladas respecto al resto. Entre ellas, destacaba una a la que se le atribuían habilidades sorprendentes en cuanto al sigilo. Se decía de ellos que eran astutos y que sus lobos podían escabullirse entre las patrullas más experimentadas. En tiempos pasados eran una amenaza constante para los alfas de las manadas rivales, porque evitaban los enfrentamientos directos y preferían infiltrarse en el territorio enemigo para asesinar a los líderes y hacerse así con el control de las otras. Una manada, sin alfa, deja de serlo.

Lo que yo había hecho sería propio de uno de esos espías lobunos.

¿Acaso era ese mi origen? Y, si lo era, eso me suponía dos nuevas inquietudes. En primer lugar, ¿tendría la ocasión y la predisposición de intentar ir al encuentro de esa manada huidiza para confirmar esa teoría? Y, en segundo, si estaba vinculada a ese alfa, ¿qué opinaría de que alguien de su manada fuera una Sinlobo?

Con esos pensamientos en la cabeza, la fatiga acabó haciendo acto de presencia mientras el sol se alzaba sobre nuestras tierras.

No sé si me quedé dormida o perdí la consciencia, pero, para cuando desperté, me dolía todo el cuerpo. Cada maldito músculo y cada hueso, todas y cada una de las partes de mi anatomía. Gemí al

intentar levantarme. La cabeza me daba tumbos, como si me hubiera pasado la noche bebiendo alcohol barato.

Solo entonces recordé que no debería estar allí, en mi cama de siempre, sino a muchos kilómetros de distancia. Entre sábanas de seda.

—¡Joder!

A mi alrededor todo volvía a ser como siempre; el póster que decoraba una de las paredes era de colores vívidos y el mundo permanecía estático, nada que ver con esa sensación fluida que parecía arrastrarme a su paso.

¡Cómo diablos se me había ocurrido hacer algo así!

Me gustaría decir que mi fuga nocturna había pasado inadvertida, pero el recuerdo de aquella enorme mole de pelo negro persiguiéndome de forma infatigable por el territorio de los Atrum me decía que eso no era lo que se definiría como pasar desapercibido. Mi única esperanza era que no pudiera reconocerme. Tan solo había visto una sombra o una silueta, en el peor de los casos, iluminada por la luna llena. Como si fuera un fantasma.

Apenas daba crédito a mi temeridad. Como si no hubiera sido yo la que había tomado todas y cada una de aquellas decisiones. Hice un mohín al recordar al lobo que me había perseguido durante varias horas.

¿Qué habría pasado si me hubiera alcanzado? ¿Se lo contaría a sus superiores? ¿Habría algún tipo de consecuencias a mi osadía?

Me tapé con el cojín, consciente de que, si mi vida ya pendía de una cuerda floja, mi expulsión de la manada nunca había estado tan próxima. Siempre y cuando no quisieran mi cabeza, los Atrum o los Ferus, por mi estúpida audacia nocturna. ¿Me matarían?

Ahogué un gemido contra la almohada mientras me maldecía a mí misma. ¡La que había liado!

Busqué a tientas mi teléfono y vi que se había quedado sin batería. Simplemente genial. Mi cargador —junto al resto de mis cosas— se había quedado en la habitación de la casa de la manada de los Atrum. Mierda, mierda y, nuevamente, mierda.

Me obligué a levantarme, pese al dolor atroz que sentía en cada maldito centímetro de mi cuerpo, y rebusqué en el armario hasta

encontrar un cargador de repuesto. Conecté el teléfono a la corriente y suspiré aliviada. Un poco demasiado pronto.

Apenas en unos segundos, la pantalla empezó a parpadear y pude encenderlo mientras se cargaba, lo que me hizo saber dos cosas. Que eran las once de la mañana. Y que tenía doce llamadas perdidas de mi mejor amiga, además de unos pocos mensajes de texto suyos.

O me odiaba o me quería mucho.

Por norma general, me decantaría por la segunda de las opciones, pero teniendo en cuenta el curso de la noche anterior, sentí una cierta presión bajo el pecho al ir a la aplicación para leer sus mensajes de texto. Si había encontrado mi misiva, estaba segura de que habría intentado ocultar mi ausencia, pero una cosa era darse una vuelta y otra muy diferente desaparecer por completo.

«¿Dónde estás»

Ese lo había enviado a la una de la madrugada. Lo que era raro. Quiero decir, había dado por supuesto que ella y Don Beta acabarían pasando la noche juntos, retozando como si no hubiera un mañana, teniendo en cuenta el morreo que se habían dado a modo de saludo, antes siquiera de que hubieran sido oficialmente presentados.

«Acabo de ir a la habitación y he encontrado tu nota»

«¿En qué diablos estabas pensando?»

«Más te vale volver antes de que se den cuenta
o me dé por asesinarte con mis propias manos»

Mejoraba por momentos. Hice un mohín, sintiéndome un poco culpable. El siguiente era de las cuatro de la mañana:

«No sé qué ha pasado, pero algo anda mal,
aquí todo el mundo está muy nervioso»

Los siguientes habían llegado a eso de las siete de la mañana:

«No he podido pegar ojo en toda la noche»

«Solo dime que estás bien»

¿Quién era la peor de las amigas?

Yo.

Joder, la había dejado sola en un lugar lleno de desconocidos, dando por sentado que un tipo al que ni siquiera conocíamos cuidaría de ella. Era su pareja predestinada, pero no tenía la más remota idea de si aquel beta era un gililobo de alta alcurnia o un macho que sí merecía tener como pareja predestinada a alguien tan especial como era mi mejor amiga.

Me decanté por llamarla, presa de la preocupación y la culpa.

—¿Rubis? ¿Eres tú? —La mezcla de sorpresa y angustia en su voz me alarmó.

—Claro que soy yo, ¿quién diablos si no te llamaría desde mi teléfono?

Escuché que reía e hipaba al mismo tiempo.

—¡Me tenías tan preocupada!

—Siento haberme ido así, de verdad, solo necesitaba airearme un poco, pero al final todo se complicó.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estás? —me cuestionó.

—En casa, en mi habitación.

—¡Eso es imposible! ¿Cómo diablos…? —Dejó la frase a medias, pero no fue necesario que la acabara.

Era una buena pregunta: ¿cómo diablos había llegado hasta allí?

Lo correcto, siendo mi mejor amiga, sería decirle la verdad, pero era tan ridícula, que hasta Emma tendría problemas para creérsela. Titubeé antes de contestarle:

—Me encontré con alguien. —Lo que no era del todo mentira, porque un *alguien* había saltado por la ventana y me había estado siguiendo los pasos hasta que crucé la frontera de los Atrum y me adentré en el territorio de los Ferus.

Eran mentiras piadosas. Una de esas que hacen que la vida de todos, la suya y la mía, pueda ser más fáciles.

—¿Y ese alguien cruzó medio estado para llevarte hasta el territorio de la manada?

—¿Podríamos decir que era un tipo de lo más majo?

—Solo dime que a Re no se le ocurrió meterse en el territorio de los Atrum. —Sonó más preocupada que cualquier otra cosa. No sé si mi mejor amigo sería tan osado y estúpido, pero si hubiera habido un *alguien* capaz de hacer algo así, esa era él.

—¿Y si dejamos de hablar de mí y pasamos a hablar de ti? —Cambié de tema y pude presentir que se ponía roja, incluso sin verla, cuando añadí con un ronroneo zalamero—: ¿Qué tal con tu compañero?

—Apenas estuvimos un rato juntos. El alfa heredero reclamó su presencia. Bueno, la suya y la de unos cuantos de los lobos que estaban en la fiesta.

—Pedazo aguafiestas —mascullé y la escuché reír al otro lado—. ¿Estás contenta?

—Sí. —Lo afirmó tan confiada que me hizo sonreír—. Sé que apenas lo conozco, pero es como un instinto que hace que no le sienta como a un desconocido.

—De eso se trata, supongo, ¿no? —Me obligué a sonreír—. Me alegro mucho por ti, Emma, ¿lo sabes?

—¿Tanto como para fugarte a medianoche?

—Sabes que no es porque no me alegre por ti. Es solo que…

—Lo sé. —Nos quedamos en silencio.

Emma sabía que su lugar, ahora, estaba con los Atrum.

Y yo no tenía la más mínima idea de dónde acabaría.

Supongo que cada vez importaba menos. Sin ella en la manada, ya nada sería igual. Nadie se dejaría caer por mi habitación de tanto en tanto, para animar mi aburrida existencia. Emma era lo mejor que tenía en la manada, al margen de un techo y comida caliente. Era mi única amiga. Mi confidente.

No me imaginaba una vida sin ella a mi lado. Es posible que ella, al principio, tampoco, pero ahora tenía a su compañero y haría nuevas amigas entre las lobas de los Atrum. De una u otra forma, lo superaría. Me superaría.

—No sé qué voy a decirles cuando hagan el recuento y vean que falta una loba —me dijo al cabo de un rato—. Nathiel me ha preguntado por la loba con la que compartía habitación y se ha interesado en mi mejor amiga, ¿sabes?

—Invéntate cualquier cosa, tú misma, sé creativa, y si vuelve a preguntarte algo, métele la lengua hasta la campanilla y seguro que se le olvida.

—Eres lo peor.

—Sé que no lo piensas, así que di lo que quieras. Y una cosa, Emma, te quiero.

—Y yo a ti. —Hizo una pausa—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—No desaparezcas, ¿vale? Entiendo que tendremos que ver cómo gestionamos este cambio, pero no podría ser feliz si tú no lo eres. Sigues siendo mi mejor amiga. El hecho de que haya encontrado a mi compañero no cambia eso.

—No es como que tenga muchos sitios a los que ir —intenté bromear, pero ambas sabíamos que mi futuro era incierto.

—Veré qué me invento para justificar tu ausencia, pero, a cambio, prométeme que no vas a olvidarte de mí, de nosotras, pase lo que pase.

—Te lo prometo. —Sentí un hormigueo en la piel. Me estremecí. No era la primera vez que me pasaba. Como si un pedacito de mí se quedara allí, afianzando aquellas palabras que provenían de lo más profundo de mi corazón.

Había lobos que sellaban promesas con su sangre, bajo la luna llena. Emma sabía que yo no necesitaba tantas parafernalias: solo prometía lo que estaba dispuesta a hacer, ni más ni menos.

Nos despedimos y volví a estirarme en mi cama. Nadie me esperaba hasta media tarde, así que aprovecharía para dormitar lo que me quedaba de día para recuperarme del agotamiento y del dolor que, con el amanecer, había hecho acto de presencia.



CAPÍTULO 7

COMO SI NADA

AQUEL LUNES AMANECIÓ como otro cualquiera, aunque mi mundo estaba patas arriba. Emma no había vuelto a la manada, lo que no me sorprendía, pero sí hacía evidente que todo aquello había sido real. La noticia del compromiso entre Emma y uno de los betas de la manada Atrum se había convertido en la comidilla del domingo y, aunque me había pasado todo el tiempo posible encerrada en mi habitación, era imposible no escuchar a unos u otros comentando aquello.

Tampoco es que hubiera llevado cosas de gran valor y sabía que ella las guardaría hasta que pudiera devolvérmelas. Tarde o

temprano. El cuándo dependería del alfa de los Atrum, aunque siendo el beta, supongo que su compañero sí tendría voz y voto.

Yo solo esperaba que su visita no fuera fugaz. Quiero decir que quería pensar que tendría tiempo de visitar a sus padres para presentarles a Nathiel y que, tras pedirle a nuestro alfa su transición a la manada de los Atrum, tuviera el tiempo de escaparse un rato para meterse en mi habitación, como era su costumbre, y pudiéramos, no diré despedirnos, pero lo que se hiciera en circunstancias como aquella.

A diferencia de cuando Emma me acompañaba en su ranchera, los viajes con los mellizos se me antojaban mucho más largos. Y no es que no fueran majos, en serio, pero su verborrea y su ego me cansaban pasados los primeros veinte minutos. Tampoco estaba de muy buen humor y supongo que eso no ayudaba.

Cuando bajé del coche, me sorprendió encontrarme a Re en el aparcamiento, manos en los bolsillos y aspecto de llevar un rato esperando algo. O a alguien. Lo que no era habitual, porque solíamos encontrarnos dentro del aula. Yeri miró a Re con una expresión ceñuda y le gruñó por lo bajo, remarcando su descontento ante su presencia, pero mi amigo mestizo no se inmutó.

—Tan encantador como siempre. —Me despedí del mellizo con la mano y, para cuando vi que empezaba a alejarse de nosotros, me giré hacia mi amigo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería saber qué tal tenías las heridas de la espalda.

—Bien. —Ya apenas las sentía, en realidad.

—¿Qué tal el fin de semana?

—No sabría por dónde empezar. —Emma estaba con los Atrum. Un lobo me había perseguido durante horas. Y había corrido como alma en pena durante toda la noche. ¿Podía contarle todo aquello? Obviamente, no.

—Si quieres luego puedo quitarte los puntos. —Creo que supuso que mi fin de semana me lo había pasado entre fregar platos y hacer deberes. Un planazo, vamos.

—Muchos ya han caído. —Y los otros no tardarían en hacerlo.

Mi cuerpo solía expulsarlos y Re lo sabía, pero creo que quería asegurarse de que estuviera cicatrizando bien, porque no sería la primera vez que usaba una mentira piadosa cuando me preguntaba sobre heridas, huesos rotos o cosas de esas. Ambos lo sabíamos. De ahí ese deje de desconfianza por su parte.

Entramos juntos en el aula. Esa en la que se impartían la mayoría de las asignaturas, excepto aquellas que cursábamos de forma exclusiva los lobos, para las que teníamos un aula propia, en la que a veces nos juntábamos lobos de diferentes edades. Allí era donde nos impartían: Historia de la Licantropía, Marco Actual de la Sociedad de los Lobos y la parte teórica de Estrategias y Técnicas de Combate para Lobos; la parte práctica de esa última asignatura era la que hacíamos los viernes a la tarde en el pabellón y donde yo acababa magullada semana tras semana.

Re y yo nos sentamos en una de las últimas filas, uno al lado del otro. Llevábamos años compartiendo pupitre y, como éramos dos de los alumnos con mejores resultados de nuestro curso, nos consentían un poco. Uno de los muchos motivos por los que me odiaban Tamara y el resto de los lobos de mi curso, obviamente.

—Te veo apagada —afirmó tras el primer descanso, mientras hacíamos tiempo para que llegara el siguiente profesor. Hice un mohín.

—Ha sido un fin de semana complicado. El sábado apenas dormí.

—¿Y eso? —Ladeó la cabeza y me estudió.

—Los de la manada Atrum nos invitaron a una celebración en la casa de su alfa; nos recogieron el sábado a media tarde para pasar la noche allí.

—¿Los Atrum? —Frunció el ceño—. ¿No es una de las manadas más grandes y poderosas del estado?

Para odiar a los lobos, Re sabía mucho más que otros humanos y la mayoría de los mestizos. Quizá yo tenía un poco la culpa, no voy a negarlo, porque solía hablar con mi amigo un poco de todo. Y tal vez eso incluía información de la que normalmente solo se disponía si eras un lobo.

—Sí, es una de las manadas del este, la que está un poco más al norte, justo por encima del territorio de los Ferus.

—¿Esas dos no son las que lindan con el Moonwhisper?

Asentí.

—¿Viste algún fae? —bromeó y le golpeé en el costado.

—Idiota.

—¿Y qué tal el sitio?

—En vez de en una casa, el alfa vive en un castillo.

—¿En serio? —Asentí mientras le sonreía—. ¿Y qué tal la experiencia?

No me pasó desapercibido que algunos de los lobos de nuestra aula nos estaban escuchando, así que no podía contarle todo lo que en realidad había sucedido. No me había cruzado con Tamara en la fiesta, pero tampoco tenía claro cómo había acabado aquello y, por lo poco que me había dicho Emma, el ambiente al final no era tan alegre como cuando yo me había ido. Mejor no delatarme.

—El lugar era espectacular —admití—. Comida gratis y muchos lobos. ¡Te habría encantado!

—¡Lo dudo! —me contestó Re tras soltar una carcajada.

Sin embargo, supongo que algo en mi forma de actuar me delataba. De todo lo que no le decía. Así que opté por contarle lo único que todos los lobos de la fiesta sabían:

—Emma encontró a su compañero. —Decirlo en voz alta lo hacía aún más real. Re se tensó y me miró.

—No. —Hice un mohín y asentí.

Pasó el brazo por encima del respaldo de mi silla, acercándose un poco hacia mí.

Re sabía que los lobos que se encontraban en el aula podían escucharnos, pero no pareció importarle. Que Emma hubiera encontrado su compañero suponía un cambio radical en mi vida y, aunque nunca había demostrado ningún tipo de afecto hacia mi mejor amiga, sabía que ella era importante para mí.

—¿Cómo lo llevas?

—Estoy feliz por ella. —Su mirada no se apartó de mi rostro, así que acabé cediendo ante sus ojos celestes—. Aunque también triste; la echaré de menos.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. —Asentí y me esforcé en sonreír mientras el profesor de Química

entraba en el aula y carraspeaba para llamar nuestra atención.

Nos pasamos la mañana juntos, pero, tras la pausa de la comida, me vi arrastrando los pies en dirección al aula de los lobos. La de Historia no era la peor de nuestras asignaturas, pero no tener a Re a mi lado era una carencia considerable.

Con todo, me gustaba el tono rítmico de aquel viejo lobo, el señor Ferguson, y cómo nos narraba historias que eran mitad reales y mitad solo mitos. Algunas de ellas eran de dominio público, pero otras eran secretos que se transmitían de generación en generación entre lobos.

Lo que significaba que, a diferencia del resto de las asignaturas, jugaba con desventaja. Muchos de mis compañeros ya las conocían, porque eran ese tipo de historias que les cuentan los padres a sus hijos, a modo de cuento, cuando son apenas unos niños. Para mí todo era nuevo, que estaba bien, si no fuera porque Tamara solía disfrutar remarcándolo frente al resto del aula y humillándome siempre que tenía la ocasión de hacerlo.

Me senté en el pupitre más alejado del entarimado mientras el resto de la clase tomaba asiento. Tamara y Bea me miraron de reojo, pero solo eso. Supongo que el hecho de que mi mejor amiga se hubiera emparejado con el beta de una manada poderosa igual jugaba a mi favor. Emma solo era una omega, pero ahora su estatus había ascendido. Ellas lo sabían. Yo también.

—Hoy vamos a hablar del Tratado del Setenta y Tres. ¿Qué sabéis al respecto? —Varias manos se alzaron—. Odín.

—Fue el tratado con el que acabó el Alzamiento.

—Es el último periodo de la época posterior a la Desvelación que trataremos este año —nos contó el señor Ferguson—. Ya hablamos de que durante la década en la que se produjo la Desvelación, los hombres lobo proclamamos nuestra existencia frente a un atónito mundo humano. Las tensiones entre las dos facciones se hicieron evidentes y se iniciaron varios conflictos que se intensificaron cuando los faes decidieron intervenir. Parte del mundo tal y como era fue destruido durante una guerra entre especies que duró varias décadas, hasta que llegó el año setenta y tres.



CAPÍTULO 8

UN POCO DE HISTORIA

Alguien podría pensar que el señor Ferguson hacía referencia a algo que pasó hace poco, pero pronto se celebraría el tercer centenario del *Tratado de la Buena Convivencia entre Taxones*. Nuestro maestro se paseó entre las filas de pupitres, estudiándonos, mientras empezaba a hablar:

—Fue durante ese año setenta y tres, hace casi tres siglos, cuando se consolidó el tratado, llegando a una época de aceptable y pacífica convivencia. —Hizo una pausa—. Desde entonces, humanos y lobos nos regimos por las leyes de la convivencia respetuosa, en la que nosotros aceptamos acatar las leyes humanas fuera de nuestros territorios y ellos no se entrometen en cómo se gestionan las manadas o en cómo se imparte justicia dentro de nuestras fronteras.

Algunos lobos sonrieron. La hegemonía de los lobos era evidente. Según esos acuerdos, los lobos que cometían algún delito en territorio humano eran sometidos a las leyes humanas, las mismas que llevábamos toda la vida acotando mientras fingíamos ser como ellos. Un acuerdo que nos beneficiaba, siendo pragmáticos, porque ellos no tenían ningún tipo de autoridad ni voz sobre lo que pasaba dentro de nuestras fronteras. Sabía de manadas que secuestraban humanos con los que querían un ajuste de cuentas y, ya dentro del territorio de la manada, nadie podía exigir ni siquiera explicaciones de lo que al tipo pudiera pasarle. ¿Justo? A mí no me lo parecía.

—Pero los faes —suspiró—, los faes no aceptaron someterse a la autoridad de un alfa, estuvieran o no dentro del territorio de este, así que prefirieron aislarse en los territorios al otro lado del Moonwhisper y vivir ajenos a lo que sucede más allá de sus fronteras.

—¿No tenían un cuerpo diplomático? —preguntó una loba de segunda fila.

—Sí, aunque sus representantes no suelen dejarse ver excepto en ocasiones contadas y su interés en comerciar o crear nuevas alianzas es escaso, por no decir nulo. —Hizo una pausa—. ¿Alguien sabe cómo es la jerarquía de los faes?

Una mano se alzó y el anciano lobo asintió con el mentón.

—Es una monarquía, ¿no?

—Una monarquía que viene condicionada no solo por el derecho de nacimiento, sino también por la habilidad mágica y el poder político —nos contó—. Los faes son criaturas extrañas, inteligentes y astutas. Desconfiad de ellos, siempre, porque da igual que estén vinculados a la verdad, sus palabras siempre pueden tener varias interpretaciones.

—¿Es cierto que no pueden mentir? —cuestionó una de las Ululatus.

—Lo es, pero eso no significa que no sean mentirosos. —Era una contradicción, pero casi podía entender a qué se refería el señor Ferguson.

—Eso no tiene sentido —negó Odín.

—¿Usted qué opina, señorita Rubiselle?

—Verdades a medias. —No es que me apasionara ser el centro de atención—. Si le preguntas a alguien algo, la respuesta puede estar condicionada a muchas cosas y dos respuestas opuestas podrían ser verdad al mismo tiempo.

Tamara empezó a reír e hizo el gesto de que estaba loca.

—Es un concepto interesante, ¿podría ponernos un ejemplo para clarificarlo?

—Si alguien me pregunta si es muy caro comprar un todoterreno, responderé que sí, pero si se pregunta eso mismo al beta de los Atrum, por ejemplo, lo más probable es que responda que no, porque, para una manada como la suya, lo que puede valer un trasto de esos no es más que calderilla.

La mención del compañero de Emma hizo que Tamara gruñera algo por lo bajo.

—Son dos personas diferentes —intervino Odín—. Eso no cuenta.

—De acuerdo, pongamos que alguien me pregunta si me gustan las galletas. Si las comparo con el hígado de pescado, me apasionan, pero si las comparo con el helado de fresas, mi respuesta sería que son pasables.

—Así es cómo funciona la mente de un fae, exacto. —Sonrió—. Sus verdades pueden ser manipuladas, podría decirse, pero volvamos a su estructura social —retomó la lección el señor Ferguson—. Que sepamos, la familia real lleva tres generaciones al poder, lo que puede pareceros poco, pero recordad que son criaturas longevas que pueden vivir fácilmente más de un milenio. —Nos observó mientras muchos hacíamos cálculos—. La reina posee dos consejeros, uno que ejerce el papel de diplomático y otro que es el brazo que ejecuta sus mandatos. En caso de fallecer sin descendencia, es el pueblo fae el que vota, entre sus dos consejeros, el nuevo linaje real y este nuevo rey, elegirá, asimismo, sus dos nuevos consejeros. ¿Qué diferencias y similitudes cree que existe con nuestra propia jerarquía, señorita Tamara?

—Que existe un líder nato, por derecho de nacimiento, aunque en nuestro caso solo los varones tienen derecho a liderar una manada. —El profesor asintió y se mantuvo atento, esperando que ella continuara—. Y que ellos dependen de una estructura única, como si

fueran solo una gran manada, lo que debe de imposibilitar que la reina esté pendiente de todos los faes y atienda en realidad a todas sus necesidades.

—Es un punto de vista interesante y que se acerca mucho a lo que suponen los que han estudiado lo poco que los faes nos han permitido saber sobre su cultura y su especie. —Parecía satisfecho—. Teniendo en cuenta todo eso, ¿a alguien se le ocurre qué se les pudo ofrecer para que aceptaran firmar el tratado?

—El territorio más allá del Moonwhisper —intervino Odín.

—Cierto, pero no solo eso. En primer lugar, reclamaron el mismo derecho sobre ese terreno que el que ostentan los alfas, lo que se resume en tres directrices: la ley del paso, la autogestión y el comercio libre. —Lo que se traduce en que nadie puede entrar en su territorio sin ser invitado por su reina, que tienen derecho a imponer sus leyes y normas dentro de este, independientemente de a qué especie afectaran estas, y pueden comerciar libremente con el resto de las especies si les viene de cara—. En segundo lugar, aceptaron someterse a las leyes humanas en sus territorios, igual que hicimos los lobos.

Es decir, lobos y faes podían moverse a su antojo en ciudades humanas siempre que acataran las normas básicas de buena convivencia. Nada de desmembrar a un tipo que te mira mal en un bar. Ni prender fuego a un local que se niega a servirte una copa de vino tinto. Los humanos no debían de tener mucha fuerza para negociar cuando se llevó a cabo el tratado. Quiero decir que nosotros podíamos movernos entre ellos y engendrar en sus mujeres, siempre que el sexo fuera consentido, sin sufrir ningún tipo de penalización o que se nos exigiera algún tipo de responsabilidad sobre ese cachorro, mientras que si el alfa se cruzaba podía sentenciar a muerte a un humano cuyo único delito era haber puesto un pie dentro de su territorio. Sin más. Sus leyes y sus derechos no tenían valor alguno dentro de nuestras fronteras.

Y eso les jodía, porque hecha la ley, hecha la trampa.

—¿Alguien sabe qué otras cesiones se hicieron a favor de los faes en el tratado?

Todos nos quedamos en silencio. Hasta el momento, lo que habían exigido los faes no era muy diferente a lo que habían pedido nuestros alfas. Sin embargo, el señor Ferguson había dicho algo al principio de la clase sobre que no estaban dispuestos a someterse a las leyes y la jerarquía de los alfas.

—¿Algo que tiene que ver con nosotros? —cuestionó Percy, un Ululatus que era bastante majo y que pasaba de Tamara, lo que jugaba a su favor en cuanto a mi opinión.

—Correcto. —El señor Ferguson se desplazó hacia la pizarra y escribió con letras enormes: DERECHO DE PASO.

Se escuchó un rumor en el aula.

—Es imposible —masculló alguien, no tengo del todo claro quién.

—Pero, sin embargo, es cierto. —Consiguió captar la atención de todos los presentes—. Los faes tienen derecho de paso, pero solo bajo dos condiciones: cuando se trata de una misión diplomática, con autorización expresa de su reina, o en caso de que se trate de una recuperación de un elemento, material o vivo, que les pertenezca.

—¿Qué significa eso? —quiso saber una de las amigas de Tamara.

—Aunque son pocos, algunos coleccionistas, humanos o lobos, poseen objetos mágicos de origen fae. Hay quien cree que pueden sentir la magia que emiten ese tipo de artefactos, con lo que podría tener sentido que vinieran a reclamarlos.

—¿Eso ha pasado alguna vez? —La palidez evidente del rostro de la Ululatus que había hablado me hizo pensar que la posibilidad de cruzarse con un fae la aterraba.

—No que sepamos, o que se haya documentado públicamente. —Era una de esas verdades a medias. Un «no» pequeñito, de esos que en realidad eran más bien «un no tengo la más remota idea»—. Y en lo referente a un elemento vivo, hay quien cree que fue un matiz para recuperar animales o criaturas de tipo mágico que podrían cruzar el Moonwhisper por decisión propia, aunque también podría ser una forma de garantizar que ningún alfa decidiera retener contra su voluntad a un fae.

Que era lo que se hacía con los humanos. En muchas ocasiones.

—¡Pero eso no es justo! —protestó Odín—. ¿Acaso disponemos de los mismos derechos en su territorio?

—Obviamente, no. —Se escuchó algún gruñido y comentarios enojados—. ¡Silencio! No olvidemos el contexto en el que se firmó ese tratado, muchachos. No menospreciéis a los faes por su frágil aspecto o por las armas de tiempos pretéritos que usan; son diestros en el combate, porque, en vez de décadas, llevan siglos entrenando con ellas, y poseen dones mágicos que podrían hacer arder un bosque o paralizar a un lobo en pleno salto. Fue una guerra cruenta, con muchas bajas en todos los bandos. A cambio de esa cesión por nuestra parte, la reina fae prometió mantener a su gente al otro lado del Moonwhisper, condición a la que, ciertamente, ha sido fiel a lo largo de su reinado.

No tengo claro si era algo que nos beneficiaba o no, pero era innegable que ni ellos tenían intención de relacionarse con nosotros ni a la inversa, así que, en el fondo, supuse que el acuerdo al que se llegó tampoco era del todo injusto.

—Es por ese motivo que su presencia en el mundo humano es escasa, pero sí influyente. Los faes participan en los grandes referéndums, pero no en el día a día de los humanos, a diferencia de nosotros. —Levantó las manos, como recordando el lugar en el que estábamos y cómo lobos y humanos podíamos convivir y compartir espacios físicos. Los suyos, claro. En el aula en la que estábamos un humano no tenía derecho de acceso, ni tampoco un mestizo—. Sin embargo, es probable que el *Tratado de la Buena Convivencia entre Taxones* no habría sido posible si no hubiera sido mediado por un alfa de alfas.

—El último lobo blanco —susurró alguien en la primera fila, y se hizo un silencio reverencial en el aula durante unos segundos.

—Mi padre me contó que el alfa de alfas desapareció tras el tratado. —Miró al señor Ferguson antes de añadir—: Cree que los faes lo asesinaron.

—No es el único que lo piensa, sí, pero lo cierto es que su voluntad fue respetada por los alfas de todas las manadas; iniciándose así una próspera época de paz que nos ha llevado hasta donde hoy estamos.

—Era un lobo estúpido —soltó Odín y varios lobos murmuraron algo por lo bajo—. En serio, pensadlo: se dice que era el único lobo capaz de enfrentarse a un fae y decidió firmar ese tratado para que después le dieran muerte a nuestras espaldas.

—Uno puede pensar que los faes podrían haberse aprovechado de esa situación, sí, pero el último lobo blanco creía en su palabra. La que fuera que le dieron. Si era conocedor de que aquel tratado no solo sería firmado con su sangre, sino también su vida, nadie lo sabe con certeza —nos contó el señor Ferguson—. Los faes son unas criaturas astutas que se consideran exentas de cualquier tacha, pero su palabra, en su cultura, es algo sagrado. No la dan en balde, así que él confió en la reina fae y ella cumplió con sus condiciones, pese a que siempre nos quedará la duda de si fue su vida lo que exigió a cambio.

Se hizo un silencio.

—¿Qué sabéis sobre el lobo blanco?

—Que era algo así como un rey para los lobos.

—Mi madre me contó que ese linaje poseía un pelaje de un blanco tan brillante que la luna llena se reflejaba en ellos y les confería habilidades y destrezas únicas.

—¡A mí me contaron que su voz podía hacer que cualquier alfa se arrodillara frente a ellos! —Eso era decir mucho.

Me mordí el labio inferior. ¿Qué sabía yo de los lobos blancos? Poco. Algo nos habían contado sobre ellos, hacía años, cuando nos hablaban del origen de nuestra especie. Sabía que no solían vincularse a un alfa, a una manada, porque nadie estaba por encima de ellos en nuestras jerarquías. Eran nómadas, aunque no en el sentido estricto de la palabra, porque solían establecerse en la manada de la que procedía su compañera. Lo que sí era algo incuestionable es que se habían extinguido hacía varios siglos.

—¿Por qué solo quedaba uno?

—Esa es una gran pregunta, señorita Maddison. —La loba en cuestión se removió en el asiento ante aquella apreciación—. Nuestra capacidad y facilidad de procrear es algo bien conocido, y de lo que ya han oído hablar en otras ocasiones. Ese hecho permite que

nuestras manadas crezcan y sean prósperas, pero no era así con el linaje del lobo blanco.

—¿Eran estériles? —cuestionó Bea frunciendo el ceño. El señor Ferguson rio por lo bajo.

—No, pero por la información que hemos podido recabar sobre ese extraño y extinto linaje, sospechamos que sus lobos eran demasiado fuertes como para que pudieran ser engendrados en una humana o en una loba si no existía la bendición de la diosa Luna y se forjaba primero el vínculo entre dos compañeros. —Nos dio un tiempo antes de añadir—. Es decir: solo podían engendrar tras vincularse a su pareja predestinada, algo que, como ya saben, no todos los lobos llegan a encontrar en vida.

—¿No les pasa algo así a los faes? —intervine, sin ser apenas consciente de haber hablado en voz alta.

—Es una apreciación interesante, señorita Rubiselle, porque está en lo cierto, aunque hemos de tener en cuenta que el único linaje afecto a esa condición, en nuestro caso, era el del lobo blanco, mientras que en el caso de los faes toda la población está sujeta a ese requerimiento para poder tener descendencia.

—Teniendo en cuenta que el lobo blanco se extinguió, ¡ya sabemos qué les deparará el futuro a esos orejas puntiagudas! —soltó Odín y escuché a muchos lobos de su entorno reírse.

El señor Ferguson decidió ignorar el comentario y continuar con su clase magistral:

—Al margen de ese matiz, es cierto que existen algunas semejanzas y diferencias entre los dogmas de los faes y los lobos. Ellos no creen en la influencia de la diosa Luna, pero pueden sentir el vínculo que existe con su pareja predestinada, aunque ellos usan el término «almas gemelas» para hacer referencia a una conexión que, en su caso, es más espiritual que no física.

—¡Lo que se pierden! —Odín estaba lanzado.

—Sé que todos ya conocen cómo funciona el ritual del reclamo, que se inicia con la mordida y concluye durante el celo. Poco sabemos de las fases del proceso de vinculación fae, pero sí que aparecen unas marcas rúnicas simétricas en la piel de los dos faes afectos. —Se acercó a la mesa. Solía hacer aquello cuando estaba a

punto de acabar la clase y me encontré mirando de reojo el reloj del aula. Estaba en lo cierto—. Es innegable que ese hecho, esa limitación, los convierte en una especie minoritaria cuyo destino puede estar comprometido, como bien se ha comentado antes. —Miró a Odín de reojo—. Nuestra genética, sin embargo, es algo que siempre será preservada, ya no solo entre lobos, sino incluso más allá de nuestra propia especie, creando una versión de humanos mejorada gracias a nuestra capacidad de reproducirnos más allá de nuestro propio taxón.

—Mestizos. —Tamara soltó aquello con un desdén que me hizo desear golpearla.

—Mestizos, sí. —El señor Ferguson la observó y luego deslizó su mirada sobre todos nosotros—. Sé que muchos lobos los consideran inferiores por no ser cambiantes, pero, evolutivamente, podrían considerarse una subespecie de lo más interesante porque, a diferencia de otras especies híbridas del mundo animal que suelen presentar una esterilidad marcada, no es el caso de los mestizos. Deberíamos sentirnos hasta cierto punto orgullosos de su existencia porque es una muestra de nuestra supremacía.

La palabra supremacía me chirrió, pero fingí no haberla escuchado porque el resto de su discurso no estaba mal del todo.



CAPÍTULO 9

ANTES SE COGE A UN MENTIROSO QUE A UN COJO

EL RESTO DE LA SEMANA PASÓ SIN PENA NI GLORIA.

Si mi vida antes era monótona, sin Emma aún lo era más.

Re era la única nota que le daba un poco de alegría a ese ritmo cadente de estímulos que me ahogaba. Me faltaban las risas de mi mejor amiga. Las conversaciones después de cenar y los secretos compartidos a voces. Incluso si habíamos dicho que seguiríamos en contacto, lo cierto era que no me había vuelto a escribir ni a llamar desde el domingo.

Por mi parte, había estado tentada de hacerlo un sinfín de veces, pero no quería forzarla. No tan pronto. Estaba construyendo una

nueva vida junto a su compañero. Necesitaba espacio y tiempo para poder hacerlo; así que me había propuesto esperar hasta el sábado para llamarla. Era jueves, pero llevaba desde el martes contando los días que me faltaban para poder hacerlo. ¿Ridículo? Lo admito. Sin problemas.

Quería pensar que nada habría cambiado para cuando lo hiciera. Que me contaría qué tal le había ido en el que era su nuevo hogar y si había empezado en un nuevo instituto y, tras ponernos al día, yo renegaría un rato de todas las deficiencias del mío. Se nos daba bien eso. Cotillear y criticar a un tiempo, mientras nos reíamos por los descosidos.

Mot, uno de los mellizos, me dejó frente a la casa del alfa.

Miré el edificio y me estremecí. No sabría decir por qué, pero empecé a sentir un hormigueo a flor de piel, así que me froté los antebrazos mientras buscaba el acceso trasero, la vía más rápida para llegar a mi habitación y, con un poco de suerte, no cruzarme con nadie hasta llegar a mi destino.

No es que sea asocial de base, o no mucho, pero era un riesgo que alguien me endosara alguna tarea extra y tenía una comprensión lectora para hacer.

Suspiré tras entrar en mi pequeño refugio. Ya no se sentía igual. Nada lo hacía.

¿Qué me quedaba allí? ¿En la manada?

Dejé la mochila sobre la mesa y me senté en la silla. Para cuando empezaba a sacar los cuadernos para ordenar mis tareas, entró Athila, la cocinera, con aspecto agitado.

—Tenemos visita.

—¿Qué necesitas? —Los deberes tendrían que esperar, después de todo.

—El alfa ha dado órdenes de que en cuanto llegaras fueras directa a su despacho. —Miré a la anciana, que se frotaba las manos en un gesto nervioso.

—¿Y eso?

—No sé nada, pero hazlo. Y no te demores. —Me dio la espalda y salió de mi habitación. Genial. Igual hasta me había metido en algún problema.

¿Sería ese el día en el que el alfa me echaría a la calle? Emma ya no estaba en la manada. Tal vez estaba esperando a algo así. Dudo que ninguno de los que quedaban opusieran resistencia si tomaba una decisión como aquella. No es que me despreciaran, pero no aportaba nada y no nos sobraban los recursos. Si lo hacía, no se lo tendría en cuenta. Al alfa. Ni al resto.

Me armé de valor y de resiliencia antes de ir a su encuentro.

Tras subir las escaleras que daban al primer piso, me encontré con que junto a Tobías, uno de los lobos de confianza de alfa, se encontraba otro lobo. Uno que no era de nuestra manada, pero juraría que no le había visto entre los Silvestres ni los Ululatus, aunque tampoco es que yo sociabilizara tanto como para tenerlos a todos controlados. Tampoco tenía interés en hacer algo así, la verdad.

—¿Todo bien en el instituto, Rubiselle? —Tobías tendría unos cuarenta y pocos. Muchos me habían visto crecer, pero él era de los pocos que me miraban con más ternura que desprecio.

El otro lobo me estudió, intentando captar mi rastro. En otro contexto le hubiera dado un repaso antes de mostrarle una peineta, porque me molestaba que me estudiaran así, pero supuse que Tobías no lo aprobaría y no quería darle más motivos al alfa para que me despachara antes de tiempo.

—Nadie ha intentado matarme hoy, así que supongo que bien, sí, gracias. —Tobías me sonrió, pero vi que el otro fruncía el ceño—. Ahora, mañana es viernes, así que no me hagas prometerte nada.

—No dejes de esforzarte. —Asentí ante su consejo, pero no es que eso me valiera para mucho cuando decidían darme una buena tunda.

—Me han dicho que el alfa ha solicitado que vaya a su despacho. —Miré de reojo al lobo que ahora estaba a mi lado. No se dignó a presentarse, así que me decanté por ignorarle.

—Sí, creo que te están esperando —convino Tobías. Me hubiera gustado preguntarle si me había metido en algún lío, porque era de esos lobos que me hubieran intentado tranquilizar con palabras amables, pero no osé hacerlo en presencia de un desconocido.

Me alejé y recorrí el pasillo en apenas unos pocos pasos. La casa de nuestra manada no tenía grandes pretensiones ni era mucho más que eso: una gran casa, con unas cuantas habitaciones y un comedor lo suficientemente grande para alojar a poco más de veinte comensales a un tiempo.

Me paré frente la puerta del despacho del alfa y golpeé un par de veces con los nudillos. Cambié el peso de un pie al otro, en un gesto nervioso, mientras esperaba que el alfa me diera la autorización para entrar. En cuanto la escuché, no dudé en usar la manecilla para abrir la puerta.

Apenas di un par de pasos y fruncí el ceño mientras mi corazón latía con vehemencia y un olor a madera y cuero endurecido me golpeaba y confundía a un tiempo. Algo estaba fuera de lugar. Tal vez yo. Tal vez alguien a quien aún no podía ponerle nombre.

Tardé unos segundos en reaccionar. El alfa no estaba solo, y eso estaba bien, porque era Emma la que ocupaba uno de los sillones frente a su escritorio, y, junto a ella, estaba sentado el lobo de los Atrum. El beta, su futuro compañero.

Me estremecí de alegría al verla, pero, al mismo tiempo, percibí que algo andaba mal. Lo supe en mis huesos, por ese sexto sentido mío, antes incluso de que su mirada se cruzara con la mía y supiera que en su rostro había una mezcla de miedo y culpabilidad. Me tensé y algo en mí despertó. El instinto, la necesidad, de protegerla. De quien fuera. No importaba. Lo haría. A cualquier precio. Incluso si era una Sinlobo.

—Rubiselle. —El alfa reclamó mi atención y mis ojos contactaron con los suyos. Sentí que intentaba llegar a mí. Someterme. O lo que fuera. Pero en mi estado de nervios, lo único que consiguió fue que me tensara y que mis colmillos se alargasen. La loba que habitaba en mí latía con fuerza. Podía sentir su pulso. Más vivo que nunca. Por una vez.

—Tenía ganas de volver a verte. —Escuché la puerta cerrarse a mi espalda y, al mismo tiempo, percibí una presencia detrás de mí. Una de la que, de repente, todo mi cuerpo era demasiado consciente.

Tragué saliva mientras mi pulso se agitaba y sentía algo.

Una conexión.

Su olor.

Me giré despacio para enfrentarle. Sus ojos eran del verde más intenso que había visto en toda mi vida y su cabello, de un negro azabache, enmarcaba un rostro un tanto angulado y condenadamente masculino. Vi que sus colmillos estaban ligeramente elongados, como si estuviera enojado. O algo más. No quise ponerle un nombre o, tal vez, no me atreví a hacerlo.

Vestía una camiseta de manga corta que evidenciaba unos bíceps más que prominentes y se ajustaba a un torso ancho, fuerte, con unos pectorales de infarto, como el resto de su cuerpo. Destilaba sensualidad por cada maldito poro de su piel, pero, al margen de eso, lo que más llamaba la atención era su mirada, autoritaria y dominante, igual que su gesto.

No debería hacer algo así, pero, contra todo pronóstico, me encontré elevando el mentón, no solo para poder mirarle a la cara, sino como una forma de demostrarle que no le tenía miedo. Que quizá debería, pero ese era un tema aparte. Me sacaba un par de cabezas y era corpulento, así que no dudaba de que sería capaz de romperme varios huesos en el tiempo en el que yo chasqueaba los dedos, pero me traía sin cuidado.

Nos sostuvimos la mirada en el más absoluto silencio.

El ambiente en la sala empezó a volverse tenso. Denso. Y sofocante.

Algo me instaba a retarle. A negarle la autoridad con la que pretendía someterme.

—No sé qué agravio ha cometido esta pequeña, pero os prometo que será reprendida. —Vi que el hombre frente a mí desviaba la mirada por encima de mi cabeza y sentí la presencia del alfa a mi espalda. Había abandonado su asiento y la mesa desde la que solía impartir su autoridad para acercarse a mí. Para apoyarme e interceder por mí. Incluso si no sabía cuál era mi delito. Y eso me emocionó. Lo admito.

El lobo frente a mí no parecía satisfecho con su intervención, pero se limitó a fruncir el ceño y observar a mi alfa, manteniéndose en silencio.

—Su vida entre lobos nunca ha sido fácil y su cuerpo es frágil, así que os agradecería que no me exijáis que sea demasiado severo.

Jamás había esperado que el alfa pidiera clemencia por o para mí. Nunca podría agradecerle todo lo que me había dado. Incluso siendo nadie. Los ojos del lobo frente a mí fueron a mi encuentro. Ladeó la cabeza y me estudió. No parecía molesto por la petición de mi alfa. Más bien al contrario. Si eso tenía algún sentido.

Me negué a achicarme y le sostuve la mirada.

—Eres realmente pequeña —susurró; y, contra todo pronóstico, sonrió. Fue extraño, porque algo dentro de mí pareció encontrar un poco de paz en esa sonrisa—. Creo que saliste con tanta premura que te dejaste algunas cosas en mi casa. Nuestra casa, ahora.

—¿Nuestra casa? —le cuestioné frunciendo el ceño.

—La compañera de Nathiel me ha dicho que aún no eres capaz de transformarte. —Me limité a sostenerla la mirada, si quería soltarme un comentario hiriente, el que fuera, no sería el primero ni el más creativo que había escuchado a lo largo de los últimos años—. ¿Qué edad tienes? —No le contesté, pero no parecía enojado—. Eres tan escurridiza como hermosa, mi pequeña loba fugitiva.

Elevó la mano y la depositó sobre mi mejilla. Debería haber hecho algo. Lo que fuera. Sabía técnicas para defenderme de ese acercamiento. Llaves para inmovilizarlo. Pero me quedé presa de su mirada y me perdí en aquellos ojos verdes que parecían hablar sin palabras.

Se inclinó hacia mí y sus labios buscaron los míos con suavidad, casi tentativos. Sentí un escalofrío que me recorrió de arriba abajo y cómo todas y cada una de las terminaciones de mi cuerpo despertaban al mismo tiempo.

Le reconocí.

De una forma que no tenía sentido.

Me estremecí y él se separó de mí lentamente, como si no quisiera acabar con ese beso, pero tampoco quisiera profundizarlo. Como si no supiera si, al hacerlo, perdería el control. De sus instintos. De lo que era. De lo que éramos.

—Eres mi pareja predestinada —susurré aquello en el momento en el que aquella certeza me golpeó de lleno. La sonrisa que

apareció en su rostro le hizo parecer menos peligroso y más accesible.

—Ahora y siempre, mi pequeña loba.

Retrocedí. Un par de pasos. Lo justo para chocar con lo que bien podría ser una pared, pero era el torso del alfa de mi manada.

Lo que fue un error, porque a mi compañero no le gustó lo más mínimo que me alejara de él. Lo supe por la forma en que su expresión se endureció, cómo sus pobladas cejas se tensaron mientras fruncía el ceño y en vez de la calidez que mostraba su rostro apenas hacía un momento su expresión se volvía dura y autoritaria.

Mi pareja predestinada.

Había encontrado al que sería mi compañero.

Y no era otro que el enorme lobo de pelaje oscuro que me había estado persiguiendo bajo la luna llena. Tenía la certeza de que era él. Y ningún otro.

¿Mi pareja predestinada?

Lo era, podía sentirlo, pero, al mismo tiempo, aquello no tenía sentido.

No podía ser él.

Porque la autoridad que desprendía no era la propia de un omega. Ni siquiera de un beta. El lobo frente a mí era un alfa. Y yo era una Sinlobo. ¿En qué momento se le había ocurrido a la diosa Luna bendecir semejante enlace?

¡Un alfa!

Uno que destilaba poder y arrogancia a partes iguales, uno que necesitaría que a su lado corriera una luna fuerte y audaz y no una Sinlobo huérfana que nada tenía para aportarle ni a él ni a su manada.

—Esto no tiene sentido. No puede ser.

—Eres mía. Me perteneces. —Sus palabras fueron frías, cortantes, pero lo que más me impactó fue la fuerza que depositó en cada una de ellas. Era la orden de un alfa. Una que nada ni nadie podría rebatirle. Tragué saliva, con dificultad, sintiéndome acorralada.

—¿Vuestra pareja predestinada? ¿Rubiselle? —Casi esperaba que el alfa se empezara a reír a carcajadas, pero, en vez de eso, sentí

que se tensaba a mi espalda y retrocedía, alejándose de mí, dejándome sola. Tal vez había estado dispuesto a mediar en mi favor, pero no era tan estúpido como para entrometerse con la voluntad de la diosa ni irritar a un macho, un alfa, antes de que aplacara la necesidad primitiva y visceral de reclamar a su compañera—. Si es el deseo de la diosa Luna, que así sea.

Mierda.

Lo miré y no dejé que su esencia me dominara.

—Lo siento, pero no puedo ser tu compañera.

Parpadeó un par de veces, sorprendido de que tuviera la osadía de negarle algo cuando justo acababa de admitir que era su pareja predestinada. No llegó a enfurecerse, al contrario, una media sonrisa, altiva, asomó a su rostro.

Elevó ligeramente el mentón e inspiró aire con fuerza, como si quisiera descubrir todos y cada uno de los matices de mi olor, de las emociones que me embargaban por dentro. El miedo, sí, pero también el deseo que sentía por esa conexión que compartíamos y por ese beso furtivo, apenas un roce, que me había sabido a poco.

—Fuera. Todos. —No dejó de mirarme, como si no necesitara hacerlo para tener la certeza de que se cumpliría la orden que acababa de emitir. Me estremecí, pero no fue de miedo, sino de algo mucho más primitivo y que mucho tenía que ver con el deseo, como si aquella muestra de poder, por su parte, me excitara.

Nathiel se acercó a la puerta y la mantuvo abierta. Emma fue la primera en salir y no me sorprendió que su rostro hubiera perdido todo color. Una mezcla de miedo y sorpresa, supuse, por todo lo que estaba pasando. Creo que hubiera querido decirme algo. Quedarse a mi lado. Pero no pudo. En su cuello se encontraba la marca evidente de una mordida. Ella y Nathiel ya eran uno, supuse, así que el orangután frente a mí era ya su alfa y no podía negarse a una orden suya. Por mucho que deseara hacerlo.

Detrás de ella salió el que durante tanto tiempo había sido nuestro alfa, pero antes de cruzar el umbral de la puerta me lanzó una mirada neutra, y creo que habría usado su habilidad de alfa y se hubiera enlazado mentalmente a mí para darme su apoyo o un consejo, lo que fuera, si existiera un vínculo real entre nosotros.

Incluso si ese era su despacho, el lobo frente a mí en esos momentos era inestable y las consecuencias de un enfrentamiento directo podrían llegar a ser dramáticas. No se lo tuve en cuenta. Nathiel inclinó la cabeza hacia nosotros antes de salir y cerrar la puerta a su espalda.

Mi compañero no se giró para observarlos partir, pero escuchó el ruido de la puerta al cerrarse, de la misma forma que podía percibir cómo mi corazón palpitaba con fuerza, desbocado, una mezcla de rabia, miedo y esa atracción salvaje, irracional, que me empujaba hacia él. Toda mi vida, aquella que había planificado, ya no tenía cabida en el espacio que nos separaba. Y eso me asustaba. Y cabreaba. A partes iguales.

Una vez nos quedamos solos, su expresión se suavizó. Un poco, al menos. Una sonrisa satisfecha apareció en su rostro mientras aquellos ojos verdes me estudiaban con avidez.



CAPÍTULO 10

UNA JUGARRETA DE LA DIOSA LUNA

SE HUMEDECIÓ LOS LABIOS y me encontré observando cómo lo hacía y percibiéndolo como si fuera la cosa más sensual y erótica que había visto en toda mi vida. Que, a ver, no era que yo en ese tipo de cosas tuviera mucha experiencia, pero era un gesto casual que, sin embargo, había revolucionado por completo todo mi cuerpo.

En solo un par de zancadas llegó hasta mí. Sus brazos me rodearon. Apenas era capaz de reaccionar. De pensar. De hacer nada que no fuera esperar que sus labios se posaran de nuevo sobre los míos.

—Tu olor me fascina, mi luna —susurró apenas a unos pocos centímetros de mí. Acortó la distancia que nos separaba y su lengua recorrió mis labios, trémulos—. Joder, ¡sabes tan bien!

Un ronroneo bajo, una muestra del deseo y la satisfacción que sentía de tenerme allí, así, entre sus brazos, flácida y sumisa.

—Rubiselle, ¿verdad? —me preguntó tras deslizar su nariz alrededor de mi rostro y enterrarlo entre mi revoltoso cabello para empaparse de mi olor y, al mismo tiempo, empezar a dejar el suyo sobre mi cuerpo. La necesidad de que cualquier otro macho pudiera sentir su rastro en mi piel y advertirle de que le pertenecía—. Puedes llamarme Riker.

—Esto no debería estar pasando —susurré mientras mi cuerpo se estremecía entre sus brazos. Le reconocía. Lo hacía. Pero no debería ser así. La diosa Luna había cometido un error. Uno enorme. No podía ser de otra forma.

Capturó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes y lo succionó ligeramente, haciendo que me sacudiera.

—Te escucho. ¿Por qué esto no debería estar pasando? —Apenas conseguí encontrar mi propia voz, porque su presencia me obnubilaba. Sus ojos verdes brillaban de satisfacción mientras una sonrisa genuina iluminaba su expresión, dándole un aspecto mucho más ligero y despreocupado que el del ceñudo y autoritario lobo que había obligado a todos los presentes a abandonar la sala.

—Eres un alfa. —Escuché un ronroneo, como si le divirtiera aquello. Supe que en esos momentos él volvía a ser el cazador y yo su presa; solo que, en esa ocasión, no tenía opción alguna de huir de él.

—Lo soy, mi luna.

—No puedo ser tu luna. Soy una omega. Una huérfana. —Las palabras me salieron a trompicones mientras él continuaba apretándome contra su cuerpo y seguía arrastrando su rostro alrededor del mío, deleitándose en cómo nuestros aromas empezaban a entrelazarse.

—¿Tienes algún otro argumento para negar la voluntad de la diosa? —Su rostro estaba justo frente a mí. Le importaban una mierda todos mis argumentos, eso era algo obvio.

—Sobre lo de transmutar. Es posible que nunca pueda hacerlo. —Lo solté como quien deja caer una granada de mano, sabiendo que todo podía explotar en apenas una fracción de segundo.

Una Sinlobo. ¿Cómo diablos podía convertirse en luna alguien así?

No me sorprendió que aquella afirmación le hiciera perder esa sonrisa cómplice y frunciera el ceño. Sin embargo, su agarre no se suavizó, sino que, al contrario, se volvió más firme, como si la idea de que algo así pudiera ser cierto le asustara. ¿O acaso era el hecho de ser consciente de que no podía ser la loba que él ansiaba incluso si era su pareja predestinada?

—¿Por qué dices eso?

—¿Conoces a alguien que tenga más de dieciocho y que no sea capaz de hacerlo?

Se quedó en silencio, estudiándome, hasta que, en vez de darme una respuesta, se inclinó hacia mí en un movimiento rápido, voraz, y sus labios buscaron los míos en un beso hambriento y exigente.

Como si fuera fuego en estado puro, todo mi cuerpo reaccionó a aquel contacto y nos encontramos enredándonos el uno en el otro en una necesidad física tan intensa que todo lo demás pasó a un segundo plano.

Apenas fui consciente de cómo me agarraba de las nalgas para alzarme y cómo caminó con mi cuerpo aferrándose al suyo para depositarme sobre la mesa de mi alfa, mis piernas alrededor de su cintura y mis manos recorriendo cada centímetro de su musculosa espalda mientras él me apretaba contra su cuerpo y bebía de mi boca como si fuera la primera vez que encontraba algo que calmara la necesidad que le consumía desde hacía tiempo. Gruñó y yo jadeé al mismo tiempo.

Nuestros rostros se separaron. Apenas unos pocos centímetros, lo justo para que nuestras miradas, vidriosas por el deseo, pudieran encontrarse. Ambos teníamos los colmillos alargados, pero en el caso de Riker, no era la única parte de su anatomía. Sentía la presión de su miembro entre mis piernas, ansiando encontrarme y, por primera vez en mi vida, sentía el deseo de que lo hiciera. Que encontrara el camino. Para que fuéramos uno. Incluso si no tenía sentido que lo fuéramos.

—Jamás había deseado a alguien así —me susurró en la oreja, haciendo que su aliento me hiciera estremecer—. Puedo sentir cómo tu cuerpo me reconoce, igual que yo lo hago con el tuyo. Tu olor. Tu deseo. Me pertenece. Igual que el mío te pertenece a ti. Desearía poseerte aquí y ahora, marcarte, para que todos supieran que eres mi pareja, mi esposa, mi luna, mi todo.

—Riker…

Creo que escuchar su nombre en mis labios le excitó, porque su boca volvió a buscar la mía y sus manos apretaron mis nalgas contra su miembro turgente mientras su lengua invadía de nuevo mi boca y se hacía con el control del fuego que nos consumía.

Cuando nos separamos, teníamos los labios enrojecidos y el olor de nuestros cuerpos se mezclaba de la forma única en que suele hacerlo durante el proceso de apareamiento, incluso si solo había sido un beso un tanto ardiente. Nuestro olor estaba cambiado. Los dos podíamos sentirlo. Era absurdo negarlo. La conexión.

—Sé por la compañera de mi beta todos y cada uno de esos peros. No conozco a ningún lobo que no sea capaz de transformarse al llegar a la madurez, pero tampoco a ninguno que no sea capaz de hacerlo. Eres pequeña, quizá necesitas más tiempo.

—¿Y si no llega a suceder nunca? —Su mirada se oscureció.

—Estás destinada a ser mi compañera, Rubiselle, y la diosa Luna no se equivoca cuando crea un vínculo como el nuestro. Lo harás. Estoy seguro —sentenció finalmente.

Una sonrisa fugaz asomó a mi rostro, emocionada por la fe que tenía en mí. La forma en la que creía en ese «nosotros», incluso si éramos dos perfectos desconocidos.

—Créeme que llevo demasiado tiempo buscándote y, cuando te encontré, tampoco es que me lo pusieras fácil. —Vi que su rostro se ensombrecía—. Al principio pensé que eras una espía de los Ferus cuando perdí tu rastro en su frontera, ¿sabes? —Un montón de recuerdos borrosos, grises, era todo lo que tenía de aquella noche—. Pero aún fue peor cuando descubrimos que tus cosas estaban en la misma habitación que la compañera de Nathiel. —Hizo una pausa, como si quisiera aplacar aquel recuerdo—. Él la sonsacó y cuando supe que eras una Fe de Aurora y habías tenido la osadía de meterte

en territorio de los Ferus… ¿Cómo diablos se te ocurrió hacer algo así? ¿En qué diablos estabas pensando? ¡Podrían haberte matado! —Había alzado el tono, como los miedos que le habían estado acechando surgieran de nuevo. Sus ojos se habían vuelto duros, pero contra todo pronóstico, se inclinó para enterrar su rostro en mi cuello, inhaló mi olor y aquello pareció calmarle un poco—. No puedo perderte, Rubiselle, ahora que te he encontrado. Nunca volverás a ponerte en una situación en la que puedas estar en peligro, ¿ha quedado claro?

Sentí el poder de su orden de alfa, la autoridad que impregnaba cada una de aquellas palabras, pero no llegó a enraizar en mi interior. Nunca lo hacía. Igual que con el alfa que me había criado. Aún no formaba parte de su manada y su autoridad sobre mi solo era relativa.

—Creía que el lobo que me perseguía era más peligroso que lo que me podría encontrar allí —le confesé.

—¿Cómo pudiste pensar que tenía intención de hacerte daño? —Se alejó lo suficiente para volver a mirarme a la cara—. Jamás te dañaría, mi luna, eres el regalo más precioso que la vida me ha dado.

Me sonrojé ligeramente por la intensidad de sus palabras y por la emoción que contenían. Las sentía. A flor de piel.

—En primer lugar, no sabía que eras mi pareja predestinada. En segundo, parecías enfadado.

—¡Estaba enfadado! —masculló entre dientes—. Tu olor me estaba volviendo loco y te vi saltando desde un segundo piso y alejándote de mí. ¿Cómo querías que estuviera?

—¿Feliz por mi audacia? —Riker me observó y, tras un tiempo, una pequeña sonrisa acabó asomando a su rostro.

—Creo que contigo nunca voy a aburrirme. —Ahí fue cuando acabó de conquistarme. La ternura con la que dijo aquello. Todo se sentía perfecto. El contacto de su cuerpo con el mío. La forma en la que nuestros aromas se estaban entremezclando para crear uno nuevo, único, que era de ambos al mismo tiempo. Como si pudiera leerme la mente, su expresión acabó de relajarse—. Tú también lo

sientes, ¿verdad? El vínculo, la sensación de que todo está, al fin, en su sitio. Juntos seremos más fuertes.

—Es lo que se dice de los lobos que se vinculan a sus parejas predestinadas, ¿no?

—Sí, lo es. Todo alfa aspira a encontrar a su verdadera compañera para fortalecer su autoridad para con la manada. —Vi que su rostro se volvía pensativo—. Quizá solo necesitabas encontrarme para que lo que yo soy te ayude a materializar a tu lobo.

—¿Crees que eso es posible? —No quise sonar desesperada, pero tal vez dio esa sensación, porque empezó a reírse por lo bajo.

—Eres tan adorable. —Levantó una mano y me acarició el rostro con delicadeza, pese a sus enormes manos, llenas de duricias—. No sé si el hecho de que aún no puedas transformarte podría perjudicarte si te marco aquí y ahora, pero te juro que lo único en lo que puedo pensar en estos momentos es en hacerte mía. Quiero que todos lo sepan. Reclamarte y que seas mi compañera, mi luna.

Me apretó contra su cuerpo con fuerza mientras enterraba su nariz en mi cabello.

—¿Emma y tu beta ya se han vinculado?

—Sí. —Lo sabía, pero no estaba de más confirmarlo—. Al él ser un beta y ella descender de omegas, tardó unos días en recuperarse. —Hizo una pausa—. No sé si es seguro que te marque hasta que seas capaz de transformarte. Hablaremos con mi mentor; es un hombre sabio, aunque un tanto irritante.

Sabía que el proceso del reclamo era un ritual que podía debilitar a cualquier lobo. Emma decía que a base de polvos, pero lo cierto era que mucho tenía que ver con la ascendencia del lobo en concreto. La mordida de un omega tal vez pasaría sin pena ni gloria, pero ¿la de un alfa? Joder, esa no era una cualquiera.

—¿Y si necesito que lo hagas para tener la fuerza para poder transmutar? —En vez de preocuparme, la mera idea de que me mordiera me excitaba y él debió de percibirlo, porque presionó su miembro contra mi cuerpo, haciéndome jadear.

—¿Tanto me deseas que estarías dispuesta a arriesgarte?

—Yo no he dicho eso —negué, haciendo un mohín. Una sonrisa arrogante se insinuó en su rostro.

—Estudiaremos todas las posibilidades, pero mientras no tengamos la certeza de que es un proceso seguro para ti, mi futura luna, seremos cautos.

—¿Y cuándo lo sabremos?

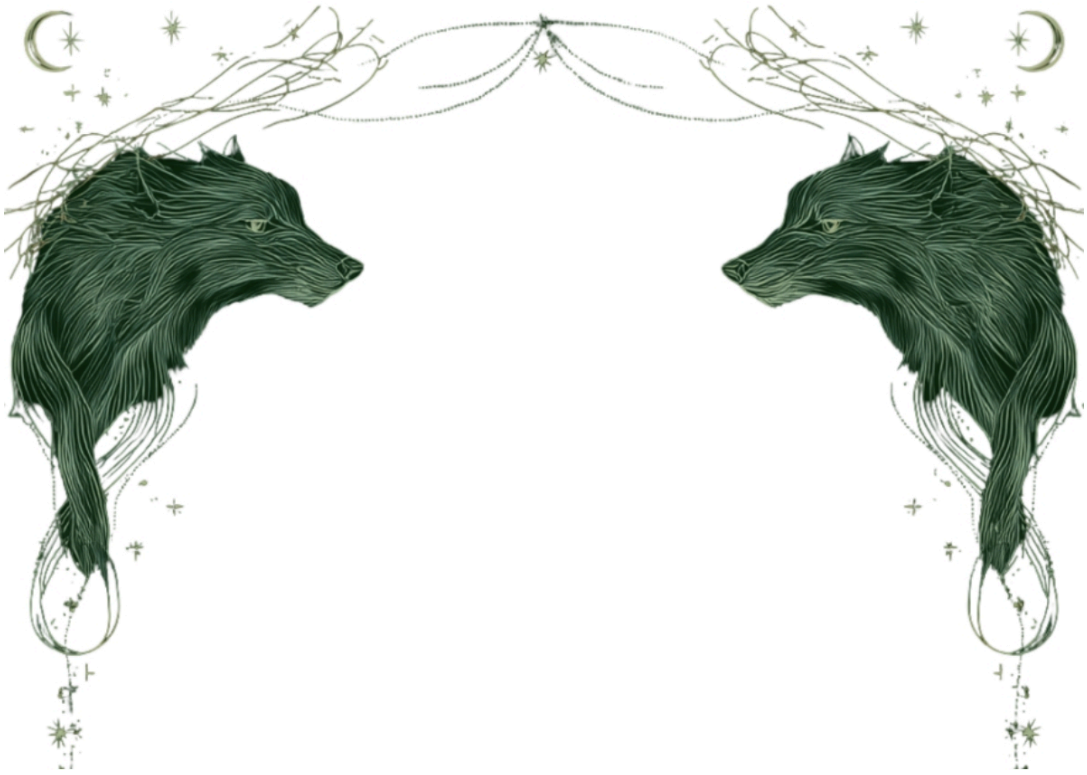
—No lo sé, Rubiselle, pero espero que sea más pronto que tarde, porque esta dulce tortura no voy a ser capaz de aguantarla eternamente. —Acercó sus colmillos a mi cuello y los deslizó sobre mi piel, sin llegar a desgarrarla. Jadeé y me estremecí entre sus brazos.

—Rubis —susurré—. Puedes llamarme Rubis.

—Me gusta cómo suena, mi luna.

Volvió a inclinarse y sus labios buscaron los míos.

Aquella vez no dejó que la pasión nos arrastrara de forma furiosa, pero se sintió como si en aquel beso, más pausado y que se alargó en el tiempo, empezáramos a afianzar el más antiguo y sagrado de los vínculos que podían forjarse entre dos lobos.



CAPÍTULO 11

CONFESIONES

CENAR EN LA MESA DEL ALFA fue una novedad que ni aspiraba ni había deseado en todos los años que había vivido entre ellos. Que me sirvieran las que habían sido durante toda mi vida mis compañeras de tareas se me hacía incómodo, pero era la mirada de Riker lo que me generaba más ansiedad. Esa mezcla de adoración y deseo que podía verse en sus ojos y en cómo mi cuerpo reaccionaba a su olor y a su proximidad, incluso si estaba sentado frente a mí y una mesa nos separaba físicamente.

Tuve dificultades en centrarme en la conversación que mantenían los alfas y sus betas en la mesa mientras Emma y yo estábamos allí, sin acabar de entender cómo, de la noche a la mañana, formábamos parte de aquello.

—Tengo algún licor exquisito —ofreció a sus invitados nuestro alfa. Riker desvió la cabeza hacia mí. Hubiera deseado desaparecer, volatilizarme, mientras toda la mesa se quedaba en silencio y me observaba, esperando que fuera yo la que respondiera a la mirada silente de mi compañero.

—Debería acostarme. Mañana tengo que madrugar —murmuré.

—¿Dónde solías alojarte? —Me perdí en sus ojos verdes. En su mandíbula cuadrada. En la masculinidad que desprendía. De ahí que no encontrara las palabras para responderle.

No era tanto que quisiera negar que mi posición en la manada estaba en el eslabón más bajo de los omegas, era la sensación de que él tenía la intención de ir a mi encuentro. En uno u otro momento. Y no sabía cómo demonios gestionar aquello. Esa mezcla de pánico y deseo.

—Duerme aquí, en la casa de la manada. —Fue Emma la que le respondió, aunque lo hizo con la mirada baja y un gesto sumiso.

—Está bien, en tal caso. —Me humedecí los labios, sin saber qué decir. ¿Podía levantarme sin más?

—Creo que a mi pareja le gustaría acompañarla —intervino Nathiel con una media sonrisa y Emma se sonrojó. ¿Cómo la había calado tan pronto? Quizá por eso del vínculo. Lo que fuera.

—Toda luna necesita una loba de confianza, supongo que ya hemos encontrado a la tuya. ¿Te gustaría?

—Me encantaría. —Riker me sonrió y asintió. Di por sentado que aquello era algo así como una autorización, así que me levanté. No se daban clases de protocolo y ese tipo de mierdas en el Palm Institute, y, aunque los lobos no eran muy *fans* de la etiqueta, sí se les debía respeto a los alfas. Y yo estaba sentada en una mesa con dos de ellos. Aún no daba crédito.

—Podríamos preparar una habitación más apropiada para vuestra compañera en el primer piso, donde solemos instalar a nuestros invitados —intervino el alfa en ese momento, su voz ligeramente ronca, incómodo.

Riker frunció el ceño y se giró para observarle y, de nuevo, fue Emma la que intervino. No tengo claro si por voluntad propia o si su nuevo alfa la estaba animando a hacerlo.

—La habitación de Rubis está en la planta baja, en la zona del servicio. —Vi que aquello le enojaba. Más de lo necesario.

No debería hacerlo, porque sabía cuál era mi situación. ¿Qué se esperaba? ¿Que mi cama tendría sábanas de seda y vistas a las montañas nevadas? Antes de que le diera por soltar algo poco apropiado, decidí intervenir:

—Quizá no es gran cosa, pero la siento como mía. Está bien así, Riker. —Sus ojos buscaron los míos y la tensión en su cuerpo desapareció por arte de magia.

No fui la única en notarlo. Nathiel, sentado a su lado, sonrió mientras me estudiaba, consciente del efecto tranquilizador que ejercía sobre su alfa, y creo que le gustó que poseyera la habilidad de modelar el temperamento de su líder. Observé a aquel lobo, un beta al que, por lo visto, no le importaba que su compañera, *mi* Emma, fuera solo una omega. Llevaba una camiseta sin cuello para que la mordida de su pareja fuera visible, luciéndola con un gesto orgulloso y hasta altivo. Mi humilde ascendencia a Riker tampoco parecía importarle.

—De acuerdo, pero aprovecha esta noche para despedirte de ella. Haré que preparen mis dependencias para que puedas sentirte a gusto en ellas a partir de mañana. —Asentí, incluso si lo hice con el peso de la inseguridad oprimiéndome el pecho.

Todo mi mundo estaba a punto de cambiar. Y no tenía del todo claro si tenía voz ni voto en todo aquello. Lo que me enojaba, pero, al mismo tiempo, no había nada que deseara más que seguir a Riker allí donde el futuro nos llevara.

—¿Mañana? —Tragué saliva mientras conseguía emitir aquellas tres sílabas, un poco a trompicones.

—Mañana, sí. —Vi ese brillo travieso en su mirada. Él y yo. Solos. Y un para siempre. Me sonrojé—. Me sentiré más tranquilo cuando estés en el lugar que te corresponde, protegida por mis lobos.

Se sentía extraño que alguien se preocupara por mí de aquella forma. Como si para él fuera algo sumamente importante. Me levanté y titubeé. ¿Debía acercarme a él?

—¿Buenas noches? —Me sonrió con una expresión cálida, casi diría tierna, mientras me estudiaba.

—Buenas noches, mi luna.

Salí de allí a marchas forzadas, con Emma siguiéndome los pasos.

No fue hasta que llegamos a mi habitación y cerré con fuerza la puerta, a mi espalda, que no entré en pánico. Tan pronto como hicimos contacto visual, nos dio por reír. Una risa un tanto histérica que seguro se oiría desde el comedor, pero que a ambas nos sentó de maravilla.

Tuve la certeza de que Riker estaría sonriendo al escucharnos. Como si esa complicidad entre nosotras le gustara. ¿En serio Emma sería mi loba de confianza? Toda luna tenía una, en realidad. Que pudiera ser Emma solo sería… ¿perfecto?

—¡La madre! ¡En qué lío nos hemos metido! —solté de improviso, dejándome caer en mi cama.

—¡Rubis! ¡El alfa! ¡Por la diosa Luna! ¡Tu compañero es *mi* alfa! ¡Vamos a estar juntas! ¡No sabes lo feliz que estoy en estos momentos! —Solapaba las palabras mientras lloraba al mismo tiempo—. Yo no lo sabía, te juro que no lo sabía. Era consciente de que estaba pasando algo raro, pero no tenía la más remota idea de qué se trataba hasta hoy. —Me miró con los ojos preocupados y añadió en apenas un susurro—: Si llega a encontrarte con Re cerca de su territorio, siendo su pareja predestinada, no sé qué podría haber pasado. —Me tensé y ella, con intención de tranquilizarme, prosiguió—: Es un alfa justo, Rubis, y se ha ganado el respeto y la admiración de toda la manada, pero como buen alfa tiende a ser dominante y temperamental, ya me entiendes, y joder, ¡su pareja predestinada! —Empezó a reír a carcajadas—. Por su olor, te juro que pensaba que tenía intención de reclamarte en el despacho del alfa y quedarse tan a gusto, apestándole la habitación a sexo.

Me dio por la risa tonta, mientras me sentía nerviosa no, lo siguiente.

—Idiota. —Decidí cambiar de tema—: Me ha sorprendido que el alfa haya intentado defenderme.

—Sabes que siempre te han apreciado, tanto él como nuestra luna. Mi antigua luna. ¡Joder! ¡Que vas a ser mi luna! —Apreté los labios. Sonaba imposible. E improbable. Por mucho que fuera nuestra realidad.

—Lamento que no hayan tenido un heredero —solté de improviso y ella asintió.

Qué les pasaría a los Fe de Aurora cuando él faltara era un misterio.

En situaciones similares el alfa regente solía elegir a un sucesor entre jóvenes alfas dentro o fuera de la manada que no estuvieran en disposición de heredar una manada propia. No es que fueran muchos los que cumplían ese requisito, pero en algunas manadas los alfas engendraban dos o tres machos de alto rango, lo que en sus manadas de origen podía suponer un enfrentamiento entre hermanos.

Por pequeñas que fueran, las manadas sin heredero como la nuestra eran una opción plausible para ese tipo de situaciones, pero muchas veces esos nuevos líderes eran retados durante los primeros años por alfas de manadas vecinas que querían expandirse u otros alfas sin manada propia, con lo que no era raro que la manada sufriera ataques y penurias hasta que se consolidara la autoridad de un líder dentro de ella. Eso o acababa extinguiéndose, sin más.

A nuestro alfa le quedaban como máximo un par de décadas en las que nadie se atrevería a cuestionar su autoridad. Ni tampoco sus decisiones. Pero era un problema real del que todos éramos conscientes.

—Cuéntamelo todo —le pedí.

—La noche de la fiesta, unas pocas horas después de conocer a Nathiel, Riker se enlazó mentalmente con sus betas y les llamó. No sé qué hora sería, pero luego convocó a un buen número de lobos, que también desaparecieron, lo que se hizo bastante raro. —Me miró—. Tú eras lo que estaba pasando, ¿verdad? Riker captó tu rastro. —Asentí.

—Había alguien fuera, con Tobías, cuando he subido al despacho. ¿Qué sabes de él?

—Es el otro beta de Riker, Dorian. Está cubriendo el perímetro; le he escuchado decirle a Nathiel que no quiere ninguna sorpresa y considera que este lugar no es lo suficientemente seguro para… para ti, supongo. —Me sonrió y yo hice un mohín.

—Ya, por eso de que soy un fiasco de loba. Se lo he dicho, que conste, pero parece no importarle.

—¿Y no te parece eso increíblemente romántico? —me dijo mi amiga poniéndome ojitos.

—Un poco, sí, no voy a negarlo. —Estaba roja como un tomate, que era lo que ella había pretendido, supongo.

—Tu turno: ¿qué pasó? ¡No puedes no contármelo!

—Supongo que encontró mi rastro y decidió seguirlo. ¡Y vaya si lo hizo! —mascullé entre dientes.

—¿Qué quieres decir?

—Yo solo quería respirar un poco de aire fresco, pero de repente me encontré con que un lobo enorme, con aspecto cabreado, había decidido darme caza.

—¿Perdona? —Mi amiga parecía perpleja.

—Lo que oyes. Si acabé cruzando medio estado en vez de volver a esa cama de sábanas de seda, que se me antojaba la cosa más lujosa que había tenido en toda mi vida, fue porque al señor lobo le dio por perseguirme por todo el bosque.

—¿Que hizo qué?

—Es un lobo enorme que acojona no sabes cómo. Pensé que si me conseguía atrapar acabaría a cachitos —le confesé.

—¡Es tu compañero! ¡Jamás te haría daño! —No sé si estaba más sorprendida de que hubiera pensado algo así o de la posibilidad de que Riker me hubiera perseguido y no hubiera conseguido hacerse con su presa. Yo tampoco sabía muy bien cómo justificar aquello.

—Bueno, es que, en ese momento, no sabía que lo era —murmuré con expresión culpable—. Yo solo vi a un lobo furioso que era enorme y me pareció más sensato poner espacio de por medio.

—Pero ¿cómo diablos conseguiste darle esquinazo? ¿No encontró las rodadas de la furgoneta...? —No llegó a pronunciar el nombre de mi amigo. Decidí contarle la verdad porque, como bien había dicho Emma, no conocía a Riker lo suficiente para poder predecir cómo reaccionaría ante la posibilidad de que un mestizo hubiera estado dentro de su territorio, llevándose con él a su pareja predestinada.

—No había ninguna furgoneta —negué y vi que fruncía el ceño, como si aquello no tuviera ningún sentido—. Dejé que creyeras que alguien vino a buscarme, pero la realidad es que me limité a correr. —Le sonreí—. Creo que tienes razón en eso de que mi espíritu de supervivencia es único, dejémoslo ahí. Riker me siguió hasta que llegué a la frontera.

—Cruzaste todo el territorio de los Atrum. —Asentí—. Y Riker no consiguió atraparte.

—Corrí mucho, en serio, y, además, ya sabes que mi rastro en el bosque se va atenuando.

—Cuando has dicho que te siguió hasta la frontera, dime, por favor, que no te metiste en el territorio de los Ferus.

—No lo diré si no quieres escucharlo.

—Lo hiciste. —Se tapó la boca con ambas manos.

—Culpable.

—¿Estás loca? ¡Un lobo no entra en ese territorio si no quiere acabar en una de sus prisiones! Joder, Rubis, ¿cómo se te ocurre?

—No lo sé, ¿vale? Solo pensé que el lobo que me seguía me desmembraría y que al menos los Ferus primero tendrían que pillarme.

—No quiero pensar lo que debe de haber pasado Riker estos días. —Se mordió el labio inferior y me lanzó una mirada enojada—. Apenas ha dormido desde el domingo porque, claro, estaba buscándote. —Inspiró aire, como si quisiera calmarse—. Sospechaba que había pasado algo con los Ferus, pero, desde luego, no me imaginé que ese algo fueras tú. Intensificaron las patrullas y sé que Riker se reunió con ellos, aunque nadie tenía del todo claro el porqué.

—No tenía la más remota idea —susurré.

—Ahora entiendo por qué ninguno de los Atrum preguntó por tu ausencia. Riker debió de encontrar tus cosas; Nathiel me preguntó por mi compañera de habitación. —Apretó los labios—. Estoy segura de que, cuando lo hizo, él sabía que eras la pareja de Riker. —Me miró—. ¿Cómo se te ocurrió huir de él? A veces eres tan impulsiva como impredecible.

No me lo tomé como una crítica, incluso si lo era.

—No, si ya.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Sabía que te pondrías hecha un basilisco.

—Es que, meterte en territorio de los Ferus… ¡Eso es pasarse de vueltas! —Intentó contener su enfado—. ¿Cómo conseguiste que no te pillaran?

—Fue una noche muy rara, Emma. No sé cómo explicártelo. Creo que la diosa Luna estaba de mi parte esa noche; o tal vez alguien me metió algún tipo de droga en la bebida.

—¿Qué quieres decir? —Se tensó.

—Todo se sentía diferente. —Levanté una mano, tan definida, tan real, tan sólida—. El mundo se sentía mucho más fluido y menos…, no sé… como es. No necesité convertirme en una loba para correr como si lo fuera mientras el bosque…, fue como si me guiara en cada paso. —Alcé la mirada—. Sabía dónde estaban todos y cada uno de los lobos de las patrullas, pero no me preguntes cómo, ni tampoco cómo fui capaz de recorrer esa distancia y sin sentir apenas el cansancio.

—Tienes razón, no tiene sentido. —Le sonreí.

—Ese es el otro motivo por el que no llegué a contártelo. Si no fuera por el dolor que arrastraba al día siguiente, hubiera tenido dudas de si en realidad no había sido todo un sueño.

—Ahora entiendo por qué Riker le ha dicho a Nathiel que quiere atarte en corto.

—¿Eso ha dicho? —me tensé. ¿Sería idiota?

—Huiste de él, ¿recuerdas?

—Ya…, eso.

—Ya eres mayor para saber que toda acción tiene sus consecuencias.

—¿Desde cuándo te has convertido en una traidora?

—Perdona si me pongo de parte del lobo que quiere mantenerte con vida a su lado, lo que, por cierto, será en la misma manada donde está mi nueva casa. —Le mostré una peineta—. Los Ferus, ¿en serio? —No podía negar que tenía razones para estar cabreada—. Eso es pasarse de vueltas.

—Sí, lo sé, pero a mi favor diré que fue un impulso. Prevaleció un posible peligro frente a un lobo que parecía hambriento y que me consideraba un tentempié de lo más apetecible.

Emma me miró y, aunque intentó evitarlo, acabó riéndose a carcajadas.

—Ahí no puedo negarlo: se muere por hincarte el diente.

—Ya, bueno, eso. De momento vamos a aplazarlo.

—No te creo.

—En serio, lo hemos hablado.

—¡Mientes! ¡No me lo creo! ¡Apestáis los dos a feromonas! —Me miró y le sostuve la mirada—. No lo entiendo, Rubis, si ya te llama «luna».

—Dejando al margen mi escapadita nocturna, mírame. —Levanté los brazos—. Mi fragilidad y carencia de habilidad para transmutar no le ha pasado desapercibida.

—Riker sabía antes de venir aquí, a buscarte, que aún no trasmutas y en ningún momento me ha parecido que le preocupara ese detalle.

—Tal vez porque no le has dicho que soy mayor de edad y que apenas mido el metro sesenta o que, tal vez, no sea capaz de transmutar nunca. Creo que se te olvidó comentarle ese tipo de *detallitos*. —Cargué con retintín esa última palabra—. De ahí que no se atreva a marcarme.

—El ritual del reclamo es lo más, pero es cierto que es intenso. —Sonó un poco insegura—. Creo que lo del celo es el premio después de soportar la mordida. Nathiel es un beta y, joder, después de vincularnos, me pasé un par de días fuera de combate. —Mis ojos se deslizaron hacia la marca que lucía en su cuello—. Puedo entender que Riker tenga sus reparos en que hacerlo pueda lastimarte, pero digo yo que, si eres su pareja predestinada, debes tener la fortaleza de sobrellevar su mordida.

—Ni idea, esto me es totalmente nuevo.

—No, si ya, no es que yo pueda aportarte mucho más. —Se encogió de hombros—. Para cuando me desperté, le pedí a Nathiel venir aquí para presentarle a mis padres, pedirle al alfa su traspaso a los Atrum y le dije que, además, quería pasarme a verte. —Empezó

a reír por lo bajo—. ¡No puedes imaginarte la cara que puso! Es que, en serio, esos machos son un poco idiotas, a veces.

—¿Por?

—No se les ocurrió preguntarme por ti, ¿sabes?

—No sé, no.

—Pues que Nathiel me preguntó por ti, como quien no quiere la cosa, pero Riker y Dorian se han pasado la mitad de la semana en tierra de los Ferus; y no hace falta ser muy lista para saber que estaban buscándote, mientras que tú estabas aquí, como si tal cosa.

—¿Ni siquiera se plantearon que hubiera sido capaz de cruzar su territorio sin ser vista? —Emma elevó una ceja—. Vale, las probabilidades no eran muchas. Lo que, por cierto, me llevó a pensar que tal vez mis padres vienen de esa manada del norte, la que vive en la zona de las altas montañas y de los que nadie sabe mucho.

—¿Los Noctis? —Asentí—. Tal vez. Lo que sea. La cuestión es que le dije a Nathiel que quería venir a la tarde, para poderte ver para cuando volvieras del instituto, y creo que le dije algo de que llevabas una semana de esas malas y que igual nos vendría bien un rato de esos de chicas.

—¿Y qué te dijo?

—Se puso blanco como el papel y se limitó a preguntarme cuándo había hablado yo contigo. Lo que era una pregunta estúpida, porque hago muchas cosas mientras él hace las suyas, ¿sabes? —Me limité a esperar a que contestara—. Le dije que había hablado contigo el domingo y acabó mirando mi registro de llamadas.

—A eso yo le llamo una muestra viva de confianza —ironicé.

—Eso fue anoche. Riker volvió a la casa de la manada de madrugada, lo justo para darse una ducha y ponerse presentable para ti, supongo. —Me lanzó una mirada cargada de intenciones y yo puse los ojos en blanco.

—Una semana movidita, ya veo. —Me mordí el labio inferior.

—Cuando se ha puesto en el volante del coche, conduciendo como un maldito animal, pensaba que era algo habitual en él, pero supongo que estaba nervioso por encontrarte al fin. —Empezó a

reír—. ¡Y yo que pensaba que venía para asegurar que el alfa nos diera a Nathiel y a mí su autorización! ¡Ilusa!

—Seguro que eso era un beneficio colateral —murmuré.

—Voy a decirte una cosa: sabes eso que dicen del sexo y el celo, lo que sea que has oído, ¡pues es aún mejor!

—¡Idiota! —La golpeé en el costado.

—¿Ya sabe que va a ser tu primer polvo?

—Grita un poco más, que igual no te ha oído —mascullé molesta.

—Busca la motivación para hacer que tu loba brille, Rubis, porque ese en cuanto te la meta, te muerde, con las ganas que te tiene. —Había una mezcla de diversión y preocupación en sus palabras.

Lo del polvo sonaba bien. Lo de la mordida, no tanto.

Si Emma, que era una omega, había estado comatosa un par de días tras vincularse a un beta, ¿cómo diablos llevaría yo que Riker me reclamara como su compañera?



CAPÍTULO 12

UN DESAYUNO CALIENTE

INTENTÉ NO DESPERTAR A EMMA al salir de la cama, lo que fue todo un reto, porque estábamos apretujadas la una contra la otra.

Me vestí con la escasa luz que se colaba por las lamas de madera que protegían la ventana y cogí mi mochila. Solo entonces fui consciente de que, con los eventos del día anterior, no había hecho la comprensión lectora que tenía que presentar esa mañana. Como si aquello fuera lo más relevante del mundo mundial —o tal vez aferrándome a que lo fuera—, decidí saltarme el desayuno para leer en diagonal el texto y contestar a las preguntas, con respuestas un tanto escuetas, bajo la tenue luz de la linterna de mi teléfono móvil.

Encontré un cierto consuelo cuando cerré el cuaderno, sabiendo que todo estaba en su sitio. Al menos en esa pequeña porción de mi vida seguía teniendo el control. En el resto, no lo tenía tan claro. Y

menos aún cuando, al abrir la puerta de mi habitación, me encontré a un lobo haciendo guardia frente a ella. El otro beta de Riker. El que no se acostaba con mi amiga, vamos. Dorian.

—Buenos días. —No tenía muy claro si él se había pasado la noche allí o acababa de llegar, pero a mí que no me culpara si su alfa tenía un algo de paranoico y, a palabras textuales de Emma: quisiera atarme en corto—. Dorian, ¿verdad?

—Luna. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. El desayuno está preparado y el alfa heredero te está esperando.

—¿Me está esperando? —Miré el reloj—. Pues va a ser que no. Voy tarde. ¡Mierda!

—¿Mierda? —Vi que en su rostro se dibujaba una pequeña sonrisa, y eso me dio la confianza para tomarme la licencia de intentar sortearlo para ir a buscar la puerta trasera del edificio. Si me apuraba, aún encontraría la furgoneta destartalada con uno de los mellizos sentado al volante.

No pude hacerlo. Escaquearme. Dorian me agarró del brazo y ya no había en su rostro señal alguna de diversión, al contrario: su aspecto era el de un lobo fiero, un guerrero, dispuesto a detenerme al precio que fuera.

—No voy a escaparme. —No se inmutó y tampoco aflojó la presión de su mano sobre mi brazo—. Tengo que ir al instituto. Uno de los mellizos suele llevarme y debe de estar maldiciendo a todos mis ancestros porque me estoy retrasando.

—¿No tienes derecho a desayunar? —Por la forma en la que me miró, sospecho que se planteó que mi tamaño viniera condicionado a mi carencia alimenticia.

—¿Derecho? —Tenía el ceño fruncido y vi una crítica impresa en su mirada, lo que podía traducirse en un montón de problemas para mi alfa—. Sí, claro, no es como que no me den de comer ni nada así. Me pasé la tarde con Emma y no acabé mis tareas, así que las he estado haciendo a costa del tiempo en el que normalmente desayuno. ¿Puedo irme ya? —Tiré del brazo y me liberé de él, pero se desplazó apenas un par de pasos y bloqueó el que se suponía que era mi camino hacia la libertad.

—Disponemos de un coche, y estoy seguro de que a nuestro alfa no le molestará asumir la responsabilidad de acompañarte a donde sea, luna.

—¿Riker? ¿En el Palm Institute? —Me dio por reírme—. Créeme que no es una buena idea.

—Créeme que desaparecer de nuevo, tampoco. —Me retó con la mirada. ¡Lobo capullo y arrogante! Solté un gruñido.

—¿A qué viene esto? —La voz de Riker sonó afilada y me hizo dar un respingo. Dorian se limitó a sonreír.

—Hay lobos que suelen ser ariscos cuando están en ayuno —le contestó el lobo frente a mí—. Lleva un rato acabando unas tareas que no hizo ayer y, por lo visto, pretendía irse sin desayunar.

—¿Irse a dónde?

—¡Al instituto! —puntualicé al instante porque Riker tenía el ceño fruncido—. Uno de los lobos de la manada suele acercarme en coche y si no me apuro acabará largándose.

—Dorian. —Riker se limitó a hacer un gesto con el mentón y el beta asintió. Nos dio la espalda y desapareció por el pasillo por el que debería estar caminando yo. Tragué saliva cuando las manos de Riker se acomodaron en mis caderas y sentí su torso apoyarse con delicadeza sobre mi espalda—. No te preocupes por ese lobo; ahora eres responsabilidad mía, ¿recuerdas? —Demasiado bien—. Te dije que podrías ir hoy a tu instituto, así que asumo la responsabilidad de acompañarte y, después, nos instalaremos en mi casa para que la sientas como tuya y no caigas en la tentación de volver a saltar desde una de las ventanas.

Rozó mi cabello con su rostro y sentí su presencia a mi espalda. Me rodeaba. Por completo. Su olor. Cerré los ojos y dejé que esa sensación me envolviera. Sus manos se deslizaron hacia mi cintura y buscaron mis brazos, recorriéndolos un par de veces de arriba abajo, como si quisiera acariciar cada centímetro de mi cuerpo.

—Ven, mi luna, había pedido que nos prepararan algo para desayunar, pero supongo que podemos elegir lo que más se te antoje para que te lo comas durante el trayecto. —Me volteó con cuidado y su mano se deslizó a mi mejilla. Se humedeció los labios antes de inclinarse para besarme con delicadeza, como si quisiera

alargar aquel beso una eternidad, hasta que finalmente se separó, lo justo para apoyar su frente sobre la mía—. Buenos días.

—Buenos días. —Tenía las mejillas sonrojadas y se me había acelerado el pulso.

Se separó de mí, pero buscó mi mano para enlazar nuestros dedos. La necesidad de tocarme. De sentir mi piel contra la suya. Podía entenderle. Porque yo también lo sentía de la misma forma.

Me acompañó hasta un pequeño salón en el que el alfa acostumbraba a leer el periódico y nuestra luna recibía a sus amigas. Los muebles eran antiguos, y siempre me habían llamado la atención aquellos dos sillones orejeros, dispuestos junto a unos ventanales. Habían ubicado un par de mesas bajas frente y en ellas bandejas con blondas doradas con manjares que parecían de otro mundo: bollería con crema y chocolate en una, fruta fresca cortada a pedacitos en otra y todo tipo de embutidos y quesos en la tercera. En el centro de una de las mesas habían dispuesto una panera con tostadas, dos teteras humeantes y, frente a ellas, una jarrita con leche caliente y dos tazones.

—¿De dónde ha salido todo esto? —Había suficiente comida como para que desayunaran siete u ocho personas.

—No tenía claras tus preferencias, así que le he pedido a Nathiel que pidiera algo variado.

—¿Todo esto era para mí? —Le miré, sorprendida y un mucho emocionada, para cuando Dorian entró con unos envases de plástico.

—Supongo que esto servirá.

—¿Café o té? —me cuestionó Riker.

—Café. Con leche. —Dorian asintió y preparó dos cafés con leche. Le tendió uno a Riker y, después, el otro a mí. Apenas le di un par de sorbos mientras el beta colocaba la comida dentro de varias fiambreras.

—¿No tenías tanta prisa? ¿Vamos? —ronroneó mi pareja con aspecto divertido, sacándome del trance en el que me encontraba.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Vamos!

Ya en el exterior, abrió una de las puertas traseras del todoterreno de cristales tintados. Entré y me encontré en el lugar más espacioso

y elegante en el que había estado en toda mi vida. Riker se sentó a mi lado y, deslizó de la parte delantera una bandeja con dos posavasos. Colocó su taza en uno de ellos y luego me miró, así que lo imité. Con una sonrisa traviesa, sin previo aviso, tiró de mí y me obligó a sentarme sobre su regazo.

—Le he pedido a Dorian cinco minutos y, antes de que protestes, te prometo que no llegarás tarde. —No dijo nada más: sus labios buscaron los míos y me besó con ferocidad mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo.

Sentí su erección en mis nalgas y jadeé con la sensación, busqué ese contacto y Riker gruñó al notar que intentaba moverme encima de él. Me alzó, como si no pesara nada, y me colocó a horcajadas sobre él. Sus manos recorrían mi espalda con avidez mientras me besaba con fiereza y, dejándome llevar por la necesidad y el deseo, empecé a frotarme contra su cuerpo.

—Yo también quiero follarte, mi luna —gruñó mientras una mano me agarraba de la nuca y tiraba, lo justo para exponer mi cuello. Vi sus colmillos expuestos y en su mirada el anhelo de clavármelos. No me hubiera importado. Que me mordiera. Que me tomara. Allí mismo. En ese maldito asiento con tapicerías de cuero. Su boca buscó de nuevo la mía y sus manos descendieron a mis nalgas, presionándome contra su erección, que parecía dispuesta a abrirse camino hacia mí, incluso habiendo ropa de por medio—. Tres minutos.

Jadeé. Debería sentarme en el asiento. Intentar pensar en vez de dejar que fuera mi cuerpo el que tomara las riendas y decidiera en mi nombre. Sus manos se colaron por debajo de mi camiseta, para tocar mi piel y sentí sus dedos convertirse en gruesas garras, capaces de desgarrarme. ¿Por qué aquello se sentía tan condenadamente erótico?

—¿Seguro que quieres ir al instituto? Se me ocurren otros lugares mucho más interesantes a los que ir.

—¿Como cuáles? —le cuestioné con un ronroneo. Me alcé sobre su cuerpo. Sus manos descendieron hacia mis caderas mientras yo seguía moviéndome sobre él, solo que empecé a hacerlo más

lentamente, observando cómo cada bamboleo le afectaba de forma considerable.

—Estaba pensando en mi cama. Quedarás preciosa allí, desnuda y abierta de piernas para mí. —Se sintió como fuego líquido y él notó cómo me afectaba aquello en mi olor.

—Pensaba que ayer dijiste… —me atraganté con mis propias palabras y mis pensamientos. ¿No era eso lo que quería? Le deseaba de una forma que hasta dolía. Era cierto lo que decían sobre ese tipo de vínculos. La atracción física entre nosotros.

—Ya no sé qué dije —ronroneó—. Quiero que mi rastro impregne cada centímetro de tu cuerpo. Todos y cada uno de ellos. —Me había quedado quieta, tensa, sobre él. No pareció molestarle que no siguiera moviéndome, con esa cadencia rítmica que era condenadamente excitante—. ¿Te desagrada esa idea?

—No.

—Bien. —Tragué saliva—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—No.

—¿Seguro? —murmuró en el momento en el que la puerta se abrió—. A partir de ahora, no vas a saltarte ninguna comida. Tienes que ponerle algo de músculo a ese cuerpecito tuyo de porcelana.

Me alzó por la cadera para sentarme a su lado antes de girarse hacia Dorian y coger las bolsas que nos había traído. Colocó los envases en la bandeja mientras su beta se dirigía al asiento del conductor. No es que diera mucho lugar a dudas lo que estábamos haciendo en ese coche para cuando él había llegado, porque si no fuera ya bastante malo lo de estar despatarrada encima de Riker, nuestro olor nos delataba.

—¿Hay algo que te apetezca, al margen de que nos lo montemos en el coche?

Lo miré y, enojada, le mostré una peineta. Muy maduro por mi parte, correcto. Riker empezó a reír por lo bajo y cogió un trozo de queso. Pensaba que pretendía comérselo, pero en vez de eso, me lo acercó a la boca. Y su olor volvió a cambiar. Otra vez su rastro se teñía de lo que no podía ser otra cosa que el deseo.

Lo acepté y me decanté por coger un trozo de manzana antes de que a aquel lobo dominante le diera por alimentarme personalmente

durante todo el camino.

—Buena chica —ronroneó al verme comer. Cogió su taza y le dio un sorbo a su café con leche—. Creo que vamos a entendernos muy bien, mi luna, lo presiento.



CAPÍTULO 13

UNA PESADILLA MUY VÍVIDA

APENAS FUI CONSCIENTE de que ya habíamos llegado para cuando el vehículo se detuvo, pero no lo hizo en la zona del aparcamiento, sino que Dorian nos había llevado hasta la mismísima escalera de acceso al edificio principal.

Lo que había llamado la atención de muchos de los rezagados, esos que, como yo esa mañana, llegaban apurando los últimos minutos. El contraste del mundo que había fuera y el lujo del que gozábamos allí dentro me golpeó de lleno. El Palm Institute no era un lugar para alguien como él. Observé las paredes que se caían a pedazos y recordé que él vivía en un edificio con aires de castillo.

Los pocos alumnos que andaban cerca observaban el vehículo como si fuéramos alienígenas que acababan de aterrizar de un planeta lejano. Creo que no eran capaces de reconocerme, porque el metal negro del enorme todoterreno, en todo su esplendor, les deslumbraba, pero yo me sentí pequeña e insignificante. Tal vez Riker estaba a punto de arrepentirse de ese «nosotros». Quizá descubrir mi realidad le ayudaría a darse cuenta de que yo era solo yo. La Sinlobo. Y todo se iría a la mierda.

No debería importarme si algo así pasaba, ¿no? Quiero decir que apenas acababa de conocerle y había cosas suyas que me chirriaban, como esa tendencia a tomar decisiones sin preguntarme al respecto, pero, al mismo tiempo, no podía evitar desear ser el centro de sus miradas, sentir su aliento contra mi piel y sus manos sobre mi cuerpo. Era un instinto. Esa necesidad. Como la de huir de un bosque ardiendo.

—Pareces preocupada. ¿En qué estás pensando?

—En nada importante. —Alzó una ceja, consciente de que estaba mintiéndole, aunque a mí se me antojaba una de esas medio verdades tan mías, pero no insistió al respecto, tal vez por la novedad de que alguien tuviera la osadía de hacer algo así.

Dorian había bajado del coche y se había acercado para abrir mi puerta. Su aspecto era neutro, pero no me pasó desapercibido que estudiaba el lugar. Seguro que no veía nada bueno en ningún sitio. No podía criticarle al respecto.

Bajé y, para cuando intenté coger mi mochila, vi que Riker había salido del coche con una de sus cinchas sobre el hombro.

—Gracias por acercarme, y eso. —Le tendí la mano para que me diera la mochila y, en vez de hacerlo, enlazó su mano a la mía. Escuché murmullos. Cerca. La gente hablando sobre nosotros mientras Riker proyectaba su aura, la del alfa que era, advirtiendo a cualquier lobo sobre cuál era su ascendencia.

—¿Dónde está tu aula?

—Arriba, en el segundo piso. Bueno, hay otra, una solo para lobos, pero para la mayoría de las asignaturas curriculares compartimos el aula con el resto. —Lo que serían humanos y

también mestizos. Qué opinaba Riker sobre ellos era un misterio, así que preferí no mostrar mis cartas. No tan pronto.

—Ha de ser curioso —opinó mientras empezaba a arrastrarme hacia las escaleras.

Eso no podía estar pasando. Por favor.

Dos lobos tenían las mandíbulas desencajadas y nos miraban desde un extremo de la escalera. Tres mestizas babeaban, literalmente, mientras miraban a Riker, y lo jodido era que seguramente no sabían ni por qué.

—No tanto como que alguien como tú pise el pavimento de un sitio como este —mascullé entre dientes.

—¿Alguien como yo?

—Ya me entiendes. Alguien con tu estatus. —Evité decir en voz alta su rango, no fuera que a alguien le diera un telele de la emoción. Alguien como Riker no pintaba nada en el Palm Institute. Si no quería entenderlo, verlo, no tenía la más remota idea de cómo hacérselo entender sin que, al mismo tiempo, se molestara.

—¿Y sí lo es para *mi* luna? —Lo soltó con un ronroneo, pero me puse roja como un tomate, porque no solo había evidenciado su posición como alfa, sino que, además, acababa de remarcar mi nueva condición para quien fuera que quisiera o pudiera haberlo oído.

Le lancé una mirada de esas de «ya te vale», pero opté por callarme el resto de lo que me gustaría decirle. Deseé que la tierra me tragara, pero me vi obligada a ceder.

Afortunadamente, la mayoría de las personas estaban ya dentro de sus correspondientes aulas y los que quedaban en las escaleras o pasillos tenían sus propios problemas y no nos prestaron demasiada atención.

—Es la tercera puerta de la izquierda —le indiqué, separándome de él y reclamando mi mochila.

—Te acompaño. —Fruncí el ceño, sin entender a qué se refería.

¿Adónde diablos se suponía que pretendía acompañarme? Señaló con el mentón la puerta y yo quería morir. Sin más.

—No es una buena idea.

—¿Por algún motivo en concreto? —Vi determinación en su mirada, pero algo más. Estaba molesto. Supuse que no estaba acostumbrado a que la gente se negara a sus caprichos y yo no dejaba de hacer justo eso, incluso si era algo que hacía de forma involuntaria.

Emma me había advertido que tenía un carácter un tanto voluble, y lo último que deseaba era que alguien acabara desangrado en el suelo. O muerto. Especialmente esto último. No es que fuera muy fan de muchos de mis compañeros de curso, pero tampoco era tan arpía como para desearles que sufrieran a manos de un alfa que estaba en eso del proceso del cortejo y el apareamiento. Me acerqué a él y le coloqué la mano en el pecho. Sus ojos contactaron con los míos y se relajó un poco. Pude sentirlo. Una media sonrisa asomó a su rostro.

—¡Mirad! La Sinlobo ha cambiado al mestizo por un lobo de verdad. —Tamara soltó aquello mientras se acercaba a la entrada en el aula, seguida de un par de lobas que optaron por reírle el comentario.

Vi como la mirada de Riker se endurecía y sus colmillos se alargaban. Presioné con mi mano su pecho. Hay quien es idiota, sin más.

—Que te den, Tamara —le contesté en un tono indiferente mientras retenía a Riker, que estaba de espaldas a Tamara, sin saber bien bien cómo.

—Puedes intentarlo, tú misma, pero tengo la corazonada de que acabarás sangrando y lloriqueando en el baño como el último viernes.

Sentí una ligera convulsión y sopesé la posibilidad de que el lobo de Riker tomara el control para lincharla. Si era así, no tenía intención de meterme en medio. Y menos por esa zorra.

—Quiero que me lo cuentes. —Sentí su orden, la del alfa. Seguía sin ser del todo consciente de que no me afectaba. Me encogí de hombros.

—Me empotró contra los azulejos del baño y ganaron ellos. —Me obligué a sonreírle, pero su rictus era severo.

—¿Y lo otro?

—¿El qué?

—El mestizo —soltó aquello en medio de un gruñido. Casi hubiera resultado gracioso si no destilara una agresividad que se me antojó hasta preocupante. Era un macho. Uno dominante. Un alfa. Mejor no pincharle con lo de Re y dejarle las cosas claras desde el principio, que un malentendido, en el estado en el que andaba, a saber cómo podía decidir solucionarlo.

—Es un buen amigo, solo eso. —El mejor del mundo, pero quizá no hacía falta entrar en detalles tan profundos—. Nunca ha pasado nada inapropiado entre nosotros, ¿vale?

—¿Ni un roce furtivo o un beso fugaz? —Seguía tenso.

—Jamás de los jamases.

—Eres mía. Solo mía. —Se mordió el labio inferior y se inclinó para oler la curva de mi cuello. Rozó con su nariz mi oreja y sentí un estremecimiento ante aquel gesto y la sensualidad que desprendía.

Me callé soltarle que se estaba comportando en plan «unga, unga», porque sospechaba que si le acercaba una cerilla prendería por combustión espontánea, y opté por intentar suavizar su arrebato de celos antes de que entrara en el aula en modo apocalipsis en plan lobo alfa descontrolado.

—Re me ha ayudado a lo largo de los años, haciendo que estudiar aquí haya sido un poco más llevadero; así que, por lo que más quieras, no la tomes contra él, ¿vale?

—¿Y dónde estaba cuando esa loba te atacó en el baño?

—En primer lugar, era un baño de mujeres y, en segundo, ¿qué parte de «es un mestizo» no has pillado? —Alcé el mentón—. No tiene derecho de acceso a las clases de combate y tampoco es que pudiera plantarle cara.

—Tú tampoco, por lo visto.

—Ya bueno, eso, si estás pensando en batidos proteicos para que haga músculo, olvídalo, ya lo probé cuando tenía doce o trece años. Es lo que hay. No tener lobo tampoco ayuda a que la gente te respete, seamos sinceros. —Se limitó a mirarme—. Soy lista, eso sí. Tengo el mejor promedio de todo mi curso y llevan años becándome, de ahí que les joda y disfruten recordándome que, al margen de mi ingenio y encanto, tengo algunas carencias.

—Eres perfecta. —Me hizo sonreír—. Solucionaremos tu problema más pronto que tarde, pero, por el momento, supongo que yo sí puedo permitirme alguna que otra licencia.

Me dio la espalda y se dirigió hacia mi clase. Intenté agarrarle por la camiseta, pero no es que tuviera la fuerza necesaria para frenarle en su avance y mi aspecto debía de ser un tanto ridículo, así que opté por liberarle antes de llegar al marco de la puerta y recé en silencio a la diosa Luna para que no montara un espectáculo.

Para cuando entré, el aula estaba en un absoluto silencio, pero no de esos cómodos y plácidos, sino como si todos estuvieran contemplando el fin del mundo. Y ese era Riker, por supuesto, incluso si se mantenía quieto, con mi mochila verde esmeralda sobre aquel hombro de proporciones perfectas y un deltoides tan definido que podía insinuarse bajo la camiseta que llevaba.

Era como vivir una pesadilla.

Tamara y algunas de las chicas le habían reconocido. Apenas hacía una semana que habíamos estado en su casa, en su comedor, bailando y bebiendo con los lobos de su manada. Los que desconocían su identidad, no eran ajenos al aura que proyectaba. Al menos los lobos. Y, en parte, los mestizos. Los humanos no eran tan estúpidos como para no percatarse de que algo raro estaba pasando. Y que el tipo que acaba de meterse en nuestra aula era el peligro encarnado en un ser vivo.

Cuanto más rápido, mejor.

Empecé a caminar en dirección a mi pupitre, pero lo hice sin mi mochila, mientras Riker empezaba a proyectar su aura de alfa. Incluso si no formaban parte de su manada, varios lobos acabaron retrocediendo y agachando la mirada mientras yo intentaba focalizarme en Re y fingir que todo estaba bien.

Mi amigo me miraba, pero al mismo tiempo estaba atento a qué hacía aquel intruso, un lobo, al que nuestros compañeros estaban mostrando una mezcla de miedo y respeto. Me dio tiempo a sentarme mientras Riker se entretenía jugando a intimidar a la totalidad de mi clase con su mera presencia. El cabrón se lo estaba pasando en grande mientras yo me quería fundir con parte del mobiliario.

—¿Quién coño es ese? —me cuestionó mi amigo entre dientes, sin dejar de controlar a Riker y añadió—: ¿Y qué diablos hace con tu mochila?

—Es una larga historia.

Riker dio un par de pasos y se detuvo frente a la mesa de Tamara; se limitó a estudiarla mientras ella bajaba la cabeza en un claro acto de sumisión.

—¿Cómo te llamas? —Vi que levantaba la mirada, con algo parecido a la esperanza de, no sé, que se hubiera prendado de ella, pero el ceño fruncido de Riker hablaba por sí solo.

—Tamara, señor.

¿Señor? Creo que yo le había llamado idiota, más bien, al poco de presentarnos. Casi me da por reírme, pero me contuve a tiempo.

—¿De qué manada?

—Silvestres. —Deslicé la mirada hacia Odín, que estaba tieso como un palo. Tamara empezó a temblar. Riker estaba sometiéndola. Y ni siquiera era su alfa. Lo que decía mucho del poder y fuerza que ostentaba.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Re en apenas un susurro.

—No puede negarse a una orden directa suya.

—¿Por? —Le estudió antes de llegar a la única conclusión posible—: Es un puto alfa.

Riker alzó el rostro hacia nosotros. Re se tensó, pero elevó el mentón mientras yo hacía un mohín. Ambos sabíamos que el comentario era poco apropiado y que le había oído. Lo había soltado sin pensarlo, porque mi amigo no era tan estúpido como para decir algo así y ganar un montón de puntos para acabar estampado contra una pared con varios huesos rotos. Él tardaría semanas en recuperarse.

—No me gusta el tono despectivo que has usado para referirte a mi futura compañera. —El silencio era tan tenso que casi podía respirarse—. Por menos, podría permitirme la licencia de matarte. —Dejó una mano sobre el escritorio de Tamara y sus garras aparecieron de la nada, rasgándolo—. ¿Debería preguntarle qué sucedió el viernes?

Riker desvió la mirada hacia mi posición, dándome la oportunidad de elegir. Creo que, si le decía que sí, obligaría a Tamara a contarle cómo me atacó sin motivo; si optaba por el no, dejaría pasar aquello.

Incluso si esa loba llevaba abusando de mí demasiado tiempo, tener sus entrañas decorando el suelo no favorecería a un buen ritmo de la clase y, la verdad, era posible que al final yo acabara teniendo remordimientos. Soy un poco floja en ese aspecto.

—No vale la pena. —Riker asintió, pero deslizó las garras por la mesa, dejándola totalmente destrozada. Los humanos jadearon. Los lobos apenas eran capaces de respirar bajo el influjo del aura de Riker.

Ignorándolos a todos, empezó a caminar hacia mí. Su garra volvía a ser una mano para cuando dejó mi mochila sobre mi mesa con delicadeza. Estudió a Re y le lanzó una mirada dura, una advertencia, antes de inclinarse hacia mí y besarme de una forma exigente y dominante delante de toda la puta clase. Con Re, en estado de *shock*, sentado a mi lado.

Muy bonito, en serio. Solo le faltaba levantar la pata y ponerse a mear por las esquinas, o algo así. Le lancé una mirada enojada, pero su rostro tenía una máscara de fría indiferencia.

—Dorian se quedará contigo mientras gestiono tu traspaso. —Deslizó la mirada hacia Re y luego la dejó vagar por el aula—. Este sitio apesta.

Creo que se refería a la gente, más que al lugar en sí; pero vamos, que todas las opciones eran posibles y certeras.

—No hace falta. —Creo que no esperaba que le contestara. Su mirada se suavizó un poco al centrarla en mí.

—Insisto. —Aunque usó un tono conciliador, utilizó parte de su influencia de alfa en aquella afirmación. Decidí ceder en ese capricho suyo y asentí. Cualquier cosa con tal de que se fuera.

Suspiré cuando me dio la espalda y empezó a alejarse, pero los astros se alinearon en mi contra y vi cómo el profesor de Matemáticas, un humano entrado en años, llegaba en ese momento. No le gustó ver a alguien que no conocía en su clase, de pie, ni su porte arrogante.

—¿Quién diablos se supone que eres tú? —le espetó.

—Riker Fenrir, alfa heredero de la manada Atrum. —Nuestro profesor retrocedió un par de pasos, como si cada palabra le hubiera supuesto un golpe—. ¿Supone eso algún problema?

Perfecto, ahora ya ni siquiera era un puto alfa anónimo, ahora era *el puto alfa*.

—No, claro, no, es solo que…

—Me lo imaginaba. —Riker alargó las sílabas, dándole un tono arrogante y amenazador al mismo tiempo—. No se trata de una visita formal, solo quería acompañar a mi futura luna y conocer su instituto.

El pobre hombre empezó a mirar a las lobas del aula, sin entender ni saber a quién hacía referencia. No me pasó por alto que a mí ni me miró, pero tampoco se lo tuve en cuenta. Mi metro sesenta me convertía en un objetivo más difícil de localizar que al resto. O lo que sea.

—Nos vemos luego. —Riker centró su atención en mi persona, asegurándose de que el humano frente a él tomara nota de a quién no debía cabrear. Asentí. Estaría bien si no me daba un infarto antes.

Solté un suspiro de alivio cuando le vi salir.

—¿Estás bien? —me preguntó Re, colocando una mano sobre mi rodilla y captando así mi atención.

—Sí, claro, genial, ¿no me ves la cara? —ironicé; y solo entonces mi mejor amigo sonrió de nuevo, aunque le conocía lo suficiente como para saber que estaba francamente preocupado.



CAPÍTULO 14

TODO TIENE ALGUNA VENTAJA

EL RESTO DE LA MAÑANA FINGÍ que no había pasado nada y que todo estaba bien, pese a que todo el instituto nos miraba a Re y a mí de reojo y podía escuchar cómo susurraban mi nombre por cada recoveco.

Por desgracia, la sutil advertencia de Riker no solo había afectado a cómo me trataban mis compañeros, sino que los profesores me rehuían, como si temieran decir algo poco apropiado que pudiera molestarme. Solo por si acaso.

Que sí, que debería considerarme la persona más afortunada del mundo y, lo admito, un poco me sentía como si la princesa marchita

del cuento hubiera encontrado, al fin, a su príncipe, pero también tenía un nudo en el pecho, la sensación de que mi vida había pasado de la miseria a una gloria para la que no estaba preparada. Y me aterraba. Todo.

No tanto Riker, incluso si despertaba en mí un mundo de contradicciones que se resumirían en una atracción incontrolable y un recelo que se me antojaba mucho más sensato.

«Un puto alfa», había dicho Re.

¿Cómo se le ocurría a la diosa Luna elegir a alguien así para que fuera mi compañero?

Se suponía que las parejas predestinadas de los alfas eran lobas fuertes, maduras y seguras de sí mismas, tanto como para poder contener y equilibrar el carácter impulsivo y dominante de sus parejas. Yo ni siquiera podía plantarle cara a alguien como Tamara, una loba cuyo estatus era tan bajo que estaba escolarizada en el Palm Institute.

Aquello era una mala broma del destino.

Me obligué a centrarme en las clases hasta la hora del descanso. Re y yo nos entretuvimos en el aula, como solíamos hacer, para poder salir los últimos. Era un ritual que nos permitía evitar a Oliver, a Tamara y al resto de los lobos.

—¿Sabes quién es ese? —me cuestionó Re cuando salimos a las pistas donde solíamos pasar la pausa, bocadillo en mano. Hice un mohín—. Te está mirando.

—Uno de los betas del alfa de los Atrum. —Podría haber dicho Riker, pero Re y yo no habíamos podido hablar en privado y no era una conversación para mantener mientras nos escuchaban la mayor parte de los lobos del instituto. Tampoco es que tuviera muchas ganas de contarle todo aquello a mi mejor amigo, el autoproclamado antilobos.

Sospechaba que a él le apetecía oír mi historia algo así como una mierda.

—¿No has traído algo para comer en la pausa?

—He tenido una mañana rara, me he olvidado.

—¿El tipo ese…? —Dejó la frase inacabada.

—Emma. Vino ayer a recoger sus cosas y hemos acabado pasando la noche apretujadas en mi cama. —Re asintió. Abrió su mochila y rebuscó dentro hasta sacar un plátano, que me tendió. Me lo comí mientras estudiaba a Dorian.

Estaba junto al director. Los brazos cruzados y la expresión de un depredador al acecho. Intenté enterarme de qué hablaban, pero no logré hacerlo; estaban demasiado lejos. Lo que fuera, me parece que no le gustaba al beta de Riker. Supuse que más que mis logros, le estaban contando todas y cada una de mis desgracias. La lista era larga, les daría para seguir charlando lo que quedaba de descanso.

—¿Puedes oírlos? —Negué con la cabeza—. Por la cara que pone, no creo que le guste lo que le están diciendo.

—Es posible que esté enumerando todas y cada una de mis virtudes. —Re me golpeó en el costado al notar la nota de sarcasmo impresa en mis palabras.

—No estás tan mal, para ser una loba.

—Idiota.

—¿Va en serio? —Supe que se refería a Riker. Hice un mohín.

—No estoy segura. —Re se limitó a asentir y no me presionó al respecto—. Que conste que yo ya he avisado de que soy un fiasco, así que no pueden quejarse.

La mierda era que ni siquiera sabía con certeza qué quería. Tal vez debería mentalizarme con que nuestro noviazgo iba a ser el más corto de la historia y que Riker tendría el sentido común de ignorar la atracción entre nosotros y pasarse por el forro la voluntad de la diosa. Él podría elegir a alguien mucho más apropiado para que fuera su luna. No tenía por qué marcarla ni convertirla en su compañera, pero podía elegir a una loba y convertirla en su luna para que ella liderase, a su lado, a la manada.

Ese papel a mí me pegaba una mierda.

Siendo realistas.

Que eso no quería decir que no sintiera esa conexión con Riker.

La atracción, sí, pero también el hecho de que cuando me rodeaban sus brazos sentía que ese era mi lugar. Como si él fuera ese hogar, ese lugar al que volver, que siempre había aspirado encontrar. Quería que él siguiera creyendo en nosotros. En mí. Pero

me asustaba la responsabilidad que esa posición suponía. ¡Si solo fuera un omega del montón!

Dorian no intentó acercarse a mí, algo que le agradecí, pero no era el único: la gente se apartaba a mi paso, manteniéndose a varios metros de mi humilde persona, como si temieran rozarme siquiera. El único que parecía ignorar todo lo que había pasado era Re. Se mantuvo a mi lado, ignorando las miradas, lo susurros, las preguntas lanzadas al viento y la cara de incomprensión de muchos. La mía entre ellas, posiblemente.

Durante las siguientes clases Re me miraba de tanto en tanto, de reojo, como si quisiera decirme algo, pero no encontrara las palabras precisas o supiera que ese no era el momento adecuado. Y llegamos, sin más, a la hora de la comida. Un día que se me estaba haciendo más denso, y que parecía sucederse a cámara lenta, pero que poco a poco estaba llegando a su fin.

Buscamos la eterna fila para hacernos con una bandeja y que nos la rellenara una cocinera de dudosas aptitudes culinarias y un carácter tan amargo como la comida que solía servir. A su favor diré que, aunque la comida no era exquisita, era abundante, algo que, para la mayoría de los lobos, tiene su punto. Son tragones. Yo, no tanto.

Apenas habían pasado un par de minutos sin que la fila se hubiera movido ni un ápice, cuando Dorian entró en el comedor y, detrás de él, apareció un hombre con un uniforme blanco arrastrando un carrito. No me fijé demasiado en qué transportaba, porque lo que más me impresionó fue la intensidad del blanco de la ropa que llevaba y la elegante forma en la que se cruzaba sobre su pecho. El maltrecho blanco de las paredes de la sala en la que comíamos parecía más apagado que de costumbre.

—Luna. —No fui consciente de que Dorian había llegado hasta nosotros y tardé un tiempo en reaccionar. No me acostumbraría ni muerta a ese título.

—Ah, sí, eso. Hola, Dorian. —Me obligué a sonreír mientras Re daba un paso, lo justo como para que su costado contactara con el mío. Una muestra de su apoyo incondicional. Aunque odiaba a los lobos, no podía evitar comportarse como uno de ellos a veces. Aquel

gesto no le pasó desapercibido al beta de Riker, que le estudió de refilón, pero no pareció darle demasiada importancia.

—Ya está dispuesto todo para que te sirvan la comida.

—¿Qué comida? —Fruncí el ceño y miré la bandeja vacía que tenía en mis manos y la larga fila de humanos, mestizos y lobos que había entre mi humilde persona y la zona en la que se servía el *catering*.

—Vuestro *compañero* la ha encargado personalmente. —No me gustó cómo alargó la palabra compañero, asegurándose de que todos los que nos rodeaban pudieran escucharla. Ni tampoco cómo miró a Re mientras jugaba con las sílabas para darles mayor énfasis, pero aún me gustó menos cuando se escucharon suspiros ahogados, cargados de romanticismo, de muchas de las hembras que andaban cerca, mientras Re mascullaba algo entre dientes. No sé si en lo referente al uso de la palabra «compañero» o a que el *puto alfa* se hubiera molestado en orquestar algo así. Solo por si acaso, no le preguntaría al respecto.

—Ha encargado mi comida. —A este paso, el beta daría por sentado que, además de pequeñaja, era un tanto estúpida.

—Considera que una alimentación apropiada es el primer paso para fortalecer el cuerpo de nuestra futura luna y facilitar el proceso para poder llevar a cabo el ritual del reclamo lo más pronto posible.

Joder. Eso era dar un montón de información innecesaria.

Entendía el interés general de que aprendiera a transmutar, pero, tal y como lo había soltado Dorian, bien parecería que a Riker le urgía morderme y metérmela a un tiempo, lo que tal vez tenía un algo de verdad, pero no era estrictamente necesario soltarlo en voz alta allí en medio.

Agradecí que Re supiera del ritual lo justo, porque ni él tenía especial interés en saber ese tipo de cosas ni era algo que humanos o mestizos conocieran al dedillo. Sí, era de ese tipo de cosas que se explicaban de padres a hijos o, en el peor de los casos, durante las largas y tediosas clases de una asignatura que nos impartían únicamente a los lobos: Marco Actual de la Sociedad Lobo. De ahí sabía lo del famoso veinte por ciento.

—Si me permites acompañarte. —Inclinó ligeramente la cabeza, y creo que a más de una por poco le da un síncope. Era un tipo atractivo, aunque tenía una frialdad que contrastaba con el carácter un tanto impulsivo de mi especie. Aunque, teniendo en cuenta todas mis particularidades, por no llamarlas anormalidades, yo era la última persona del mundo dispuesta a criticarle.

Desvié la mirada hacia Re, que asintió.

No es que necesitara su permiso, pero era mi amigo y no quería que pensara que eso había cambiado. Mis circunstancias, sí, era algo que aún tenía que procesar para hacerme a la idea, pero Re y Emma eran de las pocas personas que le daban un poco de coherencia y realismo a mi vida. A lo que yo era. A lo que siempre había sido. Una paria. Una huérfana. ¡Y a mucha honra!

Ignoré las miradas de la gente mientras seguía a Dorian hasta una mesa que habían vestido con un mantel de tela —¡con bordados!—. El hombre del níveo uniforme había dispuesto de forma profesional un servicio de platos blancos con elegantes grabados a juego con los cubiertos y la cristalería más hermosa que había visto en mi vida.

Dorian retiró la silla y esperó a que me sentara en ella para acomodármela. Me sentía totalmente fuera de lugar. Ese tipo de comportamientos tal vez eran habituales entre lobos de la parte más alta de la jerarquía, pero yo solo había visto a mi alfa ajustar la silla de la que aún consideraba mi luna en contadas ocasiones.

—Seré su camarero hoy, señorita Rubiselle. —Que supiera mi nombre no sé si aún lo empeoraba más. ¿Era el cocinero de la manada de Riker? ¿O acaso le había contratado para formar parte del día más extraño que jamás se había vivido en el Palm Institute?

Extendió en el aire con maestría una servilleta antes de tendérmela. La miré, sin tener la más remota idea de qué se suponía que debía hacer con ella, pero al final me decanté por colocarla sobre las piernas. Era imposible saber si había acertado o no con aquella decisión, porque el hombre mantuvo aquella expresión profesional que era inescrutable.

—Espero que disfrute de la especialidad de la casa. —Se acercó al carrito. En él había tres cúpulas de metal cubriendo diferentes

platos. Optó por levantar una de ellas—. Filete al oporto con su acompañamiento.

Los ojos me hicieron chiribitas mientras un olor exquisito me hacía salivar antes siquiera de probarlo. El trozo de carne que contenía el plato pesaría más de medio kilo y, a modo de acompañamiento, había unas pocas patatas cubiertas por una ligera capa de salsa y finas hierbas. Creo que el camarero pudo ver que me entusiasmaba, porque añadió con una pequeña sonrisa:

—*¡Bon appétit!* —Se retiró y yo intenté que no me temblaran las manos al coger los cubiertos. Dorian se sentó frente a mí.

—Así que este es tu instituto.

—Supongo que no es bien bien lo que te esperabas.

—Te sorprenderías. —Se encogió de hombros—. Tu expediente es brillante.

—Vaya, ¿gracias? —Asintió, como si en realidad considerara valioso ese detalle, y se limitó a mirarme mientras alzaba el cuchillo como si fuera un arma y mi enemigo aquel pedazo de carne.

—¿Qué tal la carne? ¿Está a tu gusto?

—Jamás había probado algo tan delicioso —le confesé tras los primeros bocados. Él me sonrió.

—Se lo haré saber a Riker, estoy seguro de que eso le satisfará.

—¿Quieres un poco? —Frunció el ceño y me miró con aspecto sorprendido—. No tengo tanto estómago como para comer un trozo tan grande y no podemos desaprovechar un manjar como este. Estoy segura de que a él le molestaría que se echara a perder, ¿no crees? —Le mostré una sonrisa inocente que me llegaba de oreja a oreja.

—Lo dicho, eres una loba astuta e inteligente, lo que es interesante, creo. —Me estudió—. Lo único que te falta es fortalecer un poco ese cuerpo para poder convertirte en la luna de la manada más grande de todo el estado.

—Sin presión, claro. —Elevé una ceja y me pareció que Dorian sonreía—. Pienso hacer un buen papel, pero una tiene sus limitaciones. Si como tanta carne, te prometo que acabaré vomitando.

—No miente, le pasa de tanto en tanto. —Me giré para ver a Re, que había conseguido que le rellenaran su bandeja y decidió sentarse a mi lado, ignorando la mirada un tanto siniestra que le lanzó Dorian.

—Lo tendré en cuenta e informaré al alfa heredero. —El tono de Dorian había pasado de amistoso a uno duro. No le gustaba la confianza que había entre aquel mestizo de ojos ambarinos y mi humilde persona.

—Podrías preguntarle si tiene algo verde. —Señaló con el mentón al camarero mi amigo.

—¿Verde? —se entrometió Dorian en nuestra conversación, observándonos.

—Culpable. —Hice un mohín—. No es que me apasione, pero me ayuda a tener digestiones menos pesadas —le confesé. Dorian frunció el ceño antes de asentir y girarse en dirección al cocinero, que negó con la cabeza.

—Ten, los he cogido pensando en ti, sabes que yo los detesto. —Sin mostrarse intimidado por las circunstancias, algo que admiré porque yo me sentía un tanto desbordada, Re usó su tenedor para empujar los guisantes que había en su plato para volcarlos en el mío. Apenas fui capaz de soltar un «gracias», porque Dorian nos miraba con el ceño fruncido y expresión carente de emoción alguna.

No es que los guisantes que cocinaban en el instituto fueran lo más, pero al mezclarlos con la salsa de oporto y pequeños fragmentos de carne, se convirtió en la comida más deliciosa que había tomado en toda mi vida. Conseguí engullir más de la mitad de la pieza de carne que me habían puesto, su guarnición de patatas y los guisantes que me había dado Re, y hasta me permití una pequeña tartaleta de crema pastelera y frutos rojos de postre.

Aquella había sido la mejor comida de toda mi vida. Ser la futura luna de los Atrum también tenía sus cosas buenas, por lo visto.



CAPÍTULO 15

LA FUTURA LUNA

TUVE QUE HACER SERIOS ESFUERZOS para no acabar pegándome una siestecita en la clase de Álgebra. Sentía la barriga pesada después del festín, pero también la mente un tanto aletargada y un cansancio que no tenía claro si era por el estrés de todo lo que había sucedido o por la carencia de horas de sueño de la noche anterior.

Para cuando fui a mi taquilla, Dorian me siguió como si fuera mi perrito faldero. La gente se apartaba cuando me acercaba y miraban sin demasiada sutileza la silueta que se alzaba detrás de mí y la autoridad que representaba. Nadie me insultó ni hubo zancadilla alguna. Lo que era en sí una novedad. Una agradable. Casi podría acostumbrarme a aquello.

Encontré a Re sentado sobre uno de los muros que daban a la entrada del pabellón.

—Pensaba que el horario de los mestizos y los humanos ya había acabado —le espetó Dorian.

—Así es.

—¿Y qué se supone que haces aquí? —le cuestionó Dorian con un tono seco.

—Esperar. —Desvió la mirada hacia mí—. Solo por si acaso.

—Es innecesario. Las cosas han cambiado. —Dorian y él se sostuvieron la mirada, solo eso, pero por un momento tuve miedo de que hubiera algún tipo de encontronazo entre ellos. No tanto por mí. Sino por el odio acérrimo que sentía Re por los lobos y la evidente hostilidad de Dorian hacia su persona.

—Estaré bien, Re, en serio, sospecho que hoy no le apetecerá a nadie romperme ningún hueso. —Vi que Dorian sonreía y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Estás segura?

¿Lo estaba? No, pero de esperanza también se vive.

—Intentaré no meterme en problemas. —Le sonreí y solo entonces él cedió.

—Hay más zorras que lobas allí dentro. —Miró a Dorian al decir aquello.

—Lo tendremos en cuenta.

—Ten cuidado. Nos vemos el lunes, entonces.

Agité la mano mientras asentía y esperé a que él se volteara para suspirar, un poco más tranquila. Lo último que quería era que Dorian pusiera a Re en lo que él considerara su sitio. Me giré para enfrentar otra sesión de combate.

—¿Preocupada?

—Para nada. —Elevé el mentón, dejando que mi arrogancia se abriera paso—. Llevo disfrutando de esto desde hace años.

No le di tiempo a responder. Empecé a caminar hacia el polideportivo. Cada semana que pasaba era una menos. En unos meses me presentaría a los finales y a las pruebas de acceso para optar a una plaza en alguna universidad. Allí no tendría que seguir con un plan personalizado dada mi condición de loba. Y entonces

recordé que ese futuro que había ido planificando ahora era del todo incierto; y no tenía la más remota idea de qué se esperaba de una futura luna.

Cuando entré en el vestuario, fui consciente de que me había retrasado: estaba vacío. No es que eso fuera algo nuevo. Me cambié en un absoluto silencio. Para cuando salí a la pista, Jillian me indicó con el dedo que empezara a trotar alrededor del perímetro. Ni tan mal, la verdad. En otras ocasiones me había ganado series infumables de flexiones y sentadillas.

Empecé a trotar. A mi ritmo. Que no es que fuera rápido, pero al menos había aprendido a dosificarme para poder mantener la misma velocidad durante un par de horas. Era mejor eso que acabar magullada sobre el pavimento, así que agradecí en silencio la deferencia de la entrenadora.

Dejé que mi mente volara mientras los minutos se sucedían uno detrás del otro y me llevó a pensar en cómo había conseguido esquivar a Riker la noche en la que nuestros caminos se cruzaron. No tenía sentido. Cada vez pesaba más la posibilidad de que alguien me hubiera drogado. Tal vez por eso no percibí el vínculo que me unía a ese lobo que me seguía. Había oído de drogas que afectaban a nuestra condición y podía convertirnos en superlobos durante un tiempo. Uno corto. Quizá debería hablar con Riker de eso. Lo que fuera, sucedió en la casa de su manada. Me estremecí. ¿Y si él era consciente? ¿Y si permitía ese tipo de cosas?

No sabía mucho de él, en realidad. Solo su posición, el estatus del que gozaba, y que estaba cañón. Ese pensamiento era muy maduro por mi parte, sí, pero una tampoco es de piedra.

Vi que Jillian estaba emparejando a los lobos y me acerqué al grupo. Solía comenzar con los del último curso, aunque a veces a mí me dejaba un poco atrasada, para cuando seleccionaba los contrincantes de tercero o cuarto; sin embargo, para cuando iba con los de segundo, empecé a incomodarme. Y más aún cuando a los últimos tres mocosos les hizo iniciar un triangular, dejándome al margen.

Tamara me estudió de reojo y me sentí humillada.

—¿Profesora? —Me acerqué a ella. Se giró para mirarme. Su rictus era severo, pero en sus ojos había algo parecido a la culpabilidad.

—Dime, Rubiselle.

—No tengo pareja.

—Por lo visto, han considerado que no es apropiado. —Vi que soltaba aquello con un tono hosco, como si le molestara que alguien hubiera decidido por ella.

Que, a ver, había acabado tantas veces en la enfermería que podría llegarse a la conclusión de que no lo era, pero lo cierto era que gracias a esas clases había aprendido a defenderme.

Me miró. Ambas sabíamos que jamás me elegirían la loba del año, y que ni de coña una manada querría a alguien como yo guardando sus fronteras, pero podía plantarle cara a un mestizo que me doblaba en tamaño, por ejemplo, o incluso encarar a dos o tres humanos a un tiempo. Cuando llegué, hasta el viejo conserje podría haberme tumbado con su fregona y el estropajo. Había aprendido a defenderme en ese pabellón, aunque lo había hecho a costa de que mi sangre acabara tiñendo el suelo.

—Dorian —mascullé por lo bajo y miré a mi profesora, pero ella negó con la cabeza y señaló hacia las gradas con el mentón. Me tensé antes de girarme.

—Nunca fuiste frágil. —Escuché que decía Jillian a mi espalda.

—Hay muchos que siempre me han considerado una fracasada.

—Fracasar implica rendirse y tú no conoces qué es eso. No importa cuántos huesos te hayan roto, jamás te han quebrado, y eso te convierte en una de las lobas más testarudas y con mayor resiliencia que he conocido en toda mi vida. —Mis ojos se encontraron con dos motas verdes en medio de las sombras—. No me preguntes el cómo, pero siempre he sentido que eras especial.

Sonaba mejor que «diferente». Que también lo era.

Di un par de pasos en dirección a las gradas y me limité a mirarle, los brazos cruzados sobre el pecho y el mentón en alto. Me quedé allí unos segundos y finalmente una silueta salió de entre las sombras. No necesité verle para saber que era Riker. Podía sentirle. A través del vínculo, o lo que fuera.

Empezó a bajar por la escalera de las gradas y, cuando llegó al final, saltó por encima de la barandilla para caer de pie sobre el pavimento desde una altura de unos seis metros. Y lo hizo en su forma humana, cuando cualquier persona en su sano juicio se hubiera transformado antes de un salto como aquel.

Riker no era un lobo cualquiera. Era un alfa.

—¿En serio tenías que saltar? Justo detrás tenías las escaleras que dan a la pista, ¿sabes?

—Me gusta que te preocupes por mi salud, mi luna —ronroneó aquello mientras acercaba la palma de su mano a mi mejilla. Su piel era cálida. Su olor embriagador. Pero recordé que estaba algo así como cabreada. Por haber ordenado que no pudiera pelear en la clase de Jillian. Arrugué el ceño. ¿Estaba realmente enojada por eso? Siendo realista, odiaba acabar magullada. Igual debería agradecérselo. ¿Por qué me sentía molesta?

—Deberías haberme preguntado al respecto.

—No sé a qué te refieres. —Sonrió. ¡Cabrón! ¡Claro que lo sabía!

Varios de los combates se habían parado y nos observaban con una mezcla de fascinación y miedo. Era lo que tenían los alfas. Atraían a todos los lobos con su aura. Cualquiera de los presentes se postraría a sus pies, porque no eran más que hijos de los estamentos más bajos de sus respectivas manadas, pese a que algunos, como Odín o Tamara, tuvieran aires de grandeza.

—¿Vas a fingir que no te has entrometido en la forma de hacer habitual de las clases de combate?

—Al contrario: he dado ciertas indicaciones al respecto, sí. —Me miró con expresión traviesa. Se lo estaba pasando en grande.

—No puedes entrometerte así en mi vida. —Sus ojos se volvieron un tanto fieros, pero casi al instante una media sonrisa, ladeada, apareció en su rostro.

—Dorian me ha estado informando de muchas de tus comparecencias por la enfermería a lo largo de los últimos años. —Mierda, sí, eso—. Así que, sí, puedo y pienso entrometerme tantas veces como sea necesario en cualquier aspecto que implique garantizar la seguridad de mi luna.

Dio un paso hacia mí y su aura se volvió más oscura, más siniestra. Estaba cabreado. Mucho. No sé si por el hecho de que, sin apenas darme cuenta, acababa de enfrentarle en público, o por eso de que era mucho más débil de lo que quizá se había imaginado.

—Si me niegas seguir entrenándome, jamás podré defenderme por mi cuenta.

—No es algo que vayas a necesitar hacer a partir de ahora, porque todos y cada uno de los lobos de mi manada estarán felices de dar su vida para asegurar la tuya, pero si ese es tu deseo, yo me ocuparé personalmente de todo lo relacionado a tu preparación física.

—¿Tú? —Hice una mueca y me dio por reír, lo que le molestó un poco—. No puedes pretender que me enfrente a ti. Eres un alfa, ¿recuerdas? —Le sostuve la mirada—. No es por desanimarte, pero a mí me pueden las lobas a las que saco dos o tres años, ¿sabes? —Desde luego, me estaba vendiendo como si fuera mierda.

Si no hubiera sido la diosa Luna la que me había elegido para ser su pareja, él habría usado su sentido común y escogido a alguien mucho más apropiado. Que le pidiera cuentas a ella, que yo estaba siendo tan condenadamente sincera que hasta estaba apuñalando a traición a mi muy querida autoestima.

—Tan desafiante, obstinada y rebelde. —Sonrió, como si aquello le gustara o, al menos, le divirtiera—. De acuerdo.

—¿De acuerdo? —Sonreí, sintiéndome vencedora—. ¿Puedo participar en los combates?

—Claro. —Algo en su mirada me dijo que esa no era su última palabra—. Aunque sabes que los machos durante el proceso de apareamiento son un tanto sobreprotectores e inestables. —Le estudié mientras hacía una pausa un tanto dramática—. Y, dadas nuestras circunstancias, supongo que entenderás que, si alguien le hace el más mínimo rasguño a mi pequeña y delicada futura luna, mi lobo opte por desgarrarle el cuello para que su sangre tiña este desgastado suelo mientras agoniza lentamente.

Ladeó la cabeza con una sonrisa bailando en sus ojos.

No sería capaz.

No lo sería.

¿No?

Tragué saliva mientras le estudiaba. No es que fuera fan de mis compañeros de curso, pero que sus vísceras acabaran esparcidas por el suelo tampoco estaba en mis planes a corto ni medio plazo.

—Vale, casi que paso.

Riker sonrió antes de deslizar la mano que aún mantenía sobre mi mejilla hacia mi cogote y se inclinó hacia mí. Me besó con fiereza, como si la bestia estuviera tomando el control y sintiera la necesidad apremiante de sentirme. Como si quisiera que entendiera que para él aquello era una necesidad vital, primitiva, como respirar.

Escuché que gruñía por lo bajo, una mezcla de excitación y autoridad, que hizo que se me erizara el vello. Creo que no fui la única, y eso que era yo la que estaba consumiéndose en el fuego de aquel beso tan posesivo y exigente como ardiente. Jadeé y se separó de mí. Lentamente.

—Te dije que podías venir hoy a tu instituto, pero ya va siendo hora de que vayamos a casa. —Enlazó su mano con la mía y tiró de ella. No me resistí. No valía la pena.

Salimos del pabellón y nos encontramos a Dorian esperándonos al final de las escalinatas, apoyado sobre el enorme todoterreno de color negro que relucía con los últimos rayos de sol. Riker se acercó a una de las puertas traseras y la abrió para mí, dejándome tan confundida como sorprendida.

—Mi luna, me siento feliz de llevarte a nuestra futura casa. —Dorian rio por lo bajo, no sé si por la actitud o el comentario de su alfa o por mi careto de «lo estoy flipando y no sé por dónde me están cayendo».

—Tengo mis cosas en el vestuario —tartamudeé.

—Ocúpate de que alguien las traiga —le dijo a Dorian y vi que el beta texteaba algo a alguien antes de dirigirse al asiento del conductor.

Miré a Riker y al coche, alternativamente. Entrar allí era el primer paso para aceptar ese vínculo que existía entre nosotros. Convertirme en luna jamás había estado entre mis aspiraciones. ¿Qué se esperaba de mí?

—¿Estás seguro de esto? —le cuestioné.

—¿De qué exactamente, Rubis? —Alargó las sílabas de mi nombre y se sintió como una caricia.

—No sé si soy la persona adecuada.

—Lo eres.

—¿Por qué la diosa Luna así lo ha decidido? —rebatí, elevando el mentón.

Riker apretó los labios y frunció el ceño.

—Creo que solo tú y mi padre tenéis la habilidad de negaros a lo que soy, y eso, mi luna, es un tanto irritante. —Sus ojos se oscurecieron—. Eres fuego en estado puro y créeme que me muero por quemarme entre tus brazos, por sentir tu olor en mis sábanas y despertarme enredado a tu cuerpo cada mañana. —Hizo una pausa—. El vínculo que nos une nos hará más fuertes, Rubis, y le daremos a la manada la prosperidad y la seguridad que se merece. Te necesito a mi lado y tú me necesitas a mí. ¿Lo entiendes?

No le contesté, pero asentí, y me metí dentro del maldito todoterreno.



CAPÍTULO 16

EN LA GUARIDA DEL LOBO

PERDÍ LA NOCIÓN DEL TIEMPO mientras mis ojos devoraban el terreno que transitábamos. Bosques de una belleza perenne. Esos que había atravesado, en plena noche, no sabía aún bien bien cómo.

Llegamos tras el ocaso, aunque aún había ese matiz luminoso que me permitió ver los hermosos jardines y admirar de nuevo aquella construcción regia con aires de castillo.

Dorian abrió mi puerta y, al poco de salir del coche, Riker se colocó a mi lado.

—El protocolo dictaría que llamara a todo el personal para recibirte, pero he pensado que te sentirías más cómoda saltándonos esa parte.

—Y yo te lo agradezco. —Me tendió la mano.

Entramos en el edificio con las manos enlazadas y Dorian siguiéndonos los pasos. Los pocos lobos con los que nos encontrábamos nos miraban con sorpresa, pero se inclinaban ante la presencia de su alfa mientras yo me sentía aún más pequeña de lo que era, consciente de las miradas curiosas y las suposiciones que se hacían muchos de ellos.

—¿Adónde vamos?

—Al despacho de mi padre —me dijo—. Hace un rato me enlacé mentalmente con él, nos están esperando.

Quise pensar que todo estaba bien. Incluso si nada lo estaba.

Nos paramos frente a una puerta y Riker me observó durante unos segundos. Creo que pretendía infundirme ánimos, o algo así. No lo consiguió, en cualquier caso.

Abrió la puerta y le seguí. Apenas dio unos pasos y se movió a un lado, permitiendo que sus padres me vieran por vez primera. Quisiera decir que les gustó lo que veían, pero lo cierto es que creo que les sorprendió mi estatura más que mis encantos.

Estaban sentados en dos sillones de cuero oscuro y, frente a ellos, había dos más alrededor de una mesa baja en la que se encontraba una bandeja con pastas de té, una licorera con algo de color oscuro y cuatro copas diminutas.

—Padre, madre, os presento a Rubiselle.

—¿Ella es tu pareja predestinada por la diosa Luna?

—Así es. —Dorian cerró la puerta, dejándonos a solas con el alfa y la luna regente. Intenté respirar con normalidad mientras me estudiaban y fingí no hacer lo mismo. Ambos tenían el cabello oscuro, pero los ojos verdes Riker los había heredado de su madre.

—Bienvenida, Rubiselle. —La luna regente me sonrió con calidez y me animó a sentarme. Su aspecto era sereno y su belleza pretérita, aunque estaba bastante pálida. Con todo, se veía segura y confiada, lo que hizo que yo me mostrara un tanto intimidada, pese a que parecía tener intención de mostrarse cordial, algo que era de agradecer—. Creo que eres amiga de Emma, la compañera de Nathiel, ¿no es así?

—Sí, señora.

—No es ningún secreto que desde hace unos meses estábamos buscando una loba para que acompañara a Riker y asumiera el rol de luna de los Atrum —empezó el alfa regente y me observó—. Que seas su pareja predestinada debería ser considerado una bendición y facilitarnos a todos la transición, sin embargo, ha llegado a nosotros que tu condición es un tanto particular.

—Es mi futura luna, mi compañera, como bien has dicho, deberíamos estar celebrando que nuestros caminos se hayan cruzado, padre. El resto son nimiedades.

—¿Por qué no la has marcado en tal caso? —Riker apretó la mandíbula, pero no llegó a contestarle y su padre asintió—. Supongo que no soy el único consciente de que es poco probable que una loba que no es capaz de transmutar tal vez no pueda soportar la mordida de un alfa.

—Eres huérfana, ¿verdad? —me cuestionó la madre de Riker.

—Sí.

—Cuéntanos tu historia —me exigió el alfa regente.

—Hay poco que contar. Me encontraron en el bosque desnutrida. Hay quien cree que mi debilidad se debe a las condiciones a las que tuve que sobrevivir siendo una cachorra, antes de que me acogieran.

—Necesita ejercitarse, ganar algo de peso y músculo. Cuando su cuerpo esté preparado, encontrará la fortaleza para convertirse en loba. Mi loba. —Riker le sostuvo la mirada a su padre y vi un gesto desafiante en su expresión.

—Nadie niega que sea tuya, hijo, lo que sí que voy a poner en duda, muy a mi pesar, es si es la candidata idónea para liderar a tu lado una manada como la nuestra. —Vi la tensión entre ellos—. Tu prioridad siempre ha sido, y debe seguir siendo, la manada, Riker.

—Solo necesita un poco de tiempo.

—Dime cuánto.

—No lo sé, padre.

—Sabes que no disponemos de mucho. —Riker estaba rígido y, por un momento, su padre parecía mucho menos imponente. Menos poderoso. Más anciano. ¿Qué edad tendría? La madre de Riker le colocó una mano sobre la pierna, pero ni siquiera aquello pareció calmarle—. Un mes. Dos a lo sumo. Si pasado este tiempo no

consigue transmutar, me veré obligado a buscar una candidata apropiada.

Riker gruñó.

—No vas a atreverte, padre.

—Sin una luna apropiada, perderías tu autoridad frente a los nuestros, y sabes que necesitamos, ahora más que nunca, que te muestres firme y seas el líder que nuestros lobos necesitan. —Su expresión era dura, pero acabó suavizándose un poco—. Tu pareja predestinada debería convertirte en un alfa aún más fuerte de lo que ya eres, hijo, no ser tu debilidad.

—Si la diosa os ha bendecido, quiero pensar que encontraréis la forma de superar este primer reto que ha puesto en vuestro camino —intervino la madre de Riker en un tono conciliador antes de mirarme—. Como madre, nada me hace más feliz que pensar que mi único hijo ha encontrado a la mujer que le complementará y acompañará a lo largo del camino; sin embargo, como la luna que ha visto sufrir a los suyos, necesito tener la certeza de que la loba que ocupe mi cargo sea capaz de capear las tormentas que acechan en el horizonte y darle continuidad a la manada engendrando un heredero apropiado.

Apropiado.

Un heredero que no arrastrara todas mis carencias.

Desearía odiarla.

Pero había pena en su mirada.

Como si le doliera decir aquello.

Admitir esa doble moralidad que vivía en ella.

Y lo peor es que podía entenderla.

—Siento no ser lo que se esperaba de mí. —Riker gruñó al escucharme decir aquello.

—No debes disculparte, pequeña, nadie te culpa. —Se obligó a sonreírme—. Solo espero que la diosa os dé una solución pronto.

—Lo hará. Rubis se convertirá en mi compañera y en la nueva luna de los Atrum.

—Rezaremos a la diosa para que así sea —susurró su madre en un tono esperanzado.

—Lo que necesites para hacerlo posible, cuenta con ello —añadió su padre antes de centrar su mirada en mi persona—. La manada necesita a mi hijo y él te necesita a ti, pero no puedo daros más tiempo. —Apretó los labios y tras una larga pausa añadió—: Me muero. Plata líquida corre desde hace un tiempo por mis venas y ni siquiera los sanadores saben de cuánto dispongo. Lamento no poder daros una seguridad más allá de eso. Esa es mi voluntad y espero que la respetéis.

Me quedé en estado de *shock* al ver al alfa frente a mí. Podía sentir su aura, tan fuerte y poderosa, quebrándose. Riker no parecía sorprendido con las palabras de su padre. Él lo sabía.

Le urgía encontrar una luna.

De ahí que hubieran orquestado las fiestas para conocer a las lobas disponibles de otras manadas y agilizar un proceso que, en otras circunstancias, podría ser tedioso y lento. No disponían de ese tiempo.

Vi como a la madre de Riker le temblaba la mandíbula y los nudillos que agarraban el brazal de su asiento blanqueaban. Solo entonces, lo supe: ellos también eran compañeros y su vínculo había sido predestinado. Quise pensar que eso jugaba a nuestro favor. Ellos podían entender que lo que había entre nosotros era un tanto irracional y que mucho tenía que ver con el instinto del lobo.

—Te prometí que desposaría a una loba, padre, y así lo haré. —Buscó mi mano y la levantó para acercársela a los labios y besarla—. El primer paso era encontrarla. Ahora solo falta solucionar el resto de los obstáculos.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber su madre, recostándose en su asiento.

—Mañana iremos a hablar con Martin. —Se encogió de hombros.

—Es un buen punto de inicio —asintió ella.

—Pase lo que pase, Rubiselle, no quiero que pienses que los Atrum damos la espalda a los nuestros. Siendo la pareja predestinada de mi hijo, siempre tendrás un hogar aquí, entre los nuestros —sentenció el alfa regente. Asentí, pero no me sentí capaz de contestarle.

Riker se levantó y tiró de mí para que le siguiera.

Cerramos la puerta detrás de nosotros y Riker me apoyó contra la pared. Sus ojos estudiaron mi rostro.

—No me preocupa. Sé que encontraremos la forma de hacerlo posible.

—Siento lo de tu padre. —Él asintió y vi una tristeza profunda tiñendo su mirada.

—Tengo que pedirte que seas discreta al respecto —me dijo con un tono suave y colocó su mano sobre mi mejilla.

—No te preocupes, sé guardar un secreto. —Un alfa no podía permitirse ser débil. Que el resto de las manadas sintieran que sus fuerzas flaqueaban.

—Gracias. —Inclinó la cabeza hacia mí. Me alcé sobre mis puntillas y acerqué mis labios a los suyos. Apenas un roce. Una caricia. Una muestra de mi apoyo. No llegué a retirarme, porque sus brazos rodearon mi cuerpo y me besó lentamente, disfrutando y deleitándose de la proximidad entre nuestros cuerpos. No con el ardor propio de dos amantes, sino como dos personas que intentan descubrirse y entenderse sin necesidad de palabras.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban con algo que no podía ser otra cosa que felicidad.

—¿Qué pasa? —le cuestioné, sonrojándome.

—Creo que es la primera vez que eres tú la que me besa. Me gusta. —Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos el uno al otro, con una mezcla de inseguridad—. Si te parece bien, mañana te enseñaré con calma todo esto. Le he pedido a Dorian que se ocupe de que nos envíen algo para cenar arriba.

—¿Arriba?

—A mis dependencias. —Me miró y se corrigió—: Nuestras dependencias, mi futura luna.

Me condujo por un pasillo hasta una escalinata de piedra. Tras llegar al segundo piso cruzamos un gran arco tras el cual había un pasillo con unas pocas puertas. Se paró junto a una de ellas y la abrió, haciéndose a un lado después para que yo pasara primero.

Entré con pasos trémulos.

Empezaba a entender por qué Riker había llamado a aquello «dependencias» y no su habitación, porque era como si existiera un

apartamento completo allí dentro. En primera estancia se encontraba una sala de estar enorme, con una televisión que ocupaba toda una pared y un sofá de varias plazas de cuero frente a ella. La ventana estaba encajada en medio de unas estanterías hechas a medida que se apoyaban en un escritorio en el que podrían trabajar varias personas al mismo tiempo. Apenas había libros, pero sí un montón de copas y medallas, así como carátulas de películas y videojuegos. Como si, al margen de ser el alfa de los Atrum, hubiera podido disfrutar de una vida normal, la de un adolescente que es excepcional en los deportes y le gusta pasar el tiempo jugando a la consola en su tiempo libre.

La tercera pared estaba cubierta de paneles de madera. Deslizó dos de ellos y apareció de la nada una habitación de matrimonio. La cama era enorme y estaba vestida con sábanas de seda de color gris oscuro, que contrastaban con el cabezal de metal negro y los cojines que combinaban ambos colores con el blanco inmaculado de las paredes enyesadas. A un lado, había un enorme armario y, al otro, amplios ventanales que daban al bosque. Ese por el que yo había huido.

Se suponía que compartiríamos aquello.

El espacio. Su cama.

Me cogió de la mano para acompañarme de nuevo hacia la sala de estar y, tras presionar un nuevo panel, este se abrió como si se tratara de una puerta secreta.

—He pedido que te preparen una bañera caliente —me indicó—. He pensado que te iría bien, después del viaje, para relajarte.

Las paredes estaban cubiertas de azulejos de un gris muy suave, con vetas oscuras, que contrastaban con el suelo de pizarra negra. Sin embargo, más que la elegancia del lugar, lo que llamó mi atención fue el olor a lavanda y rosa. Había dos escalones para subir a la enorme bañera, que ocupaba una esquina del baño, y que estaba repleta de surtidores como si fuera un pequeño *spa* de lujo. Estaba cubierta por espuma de color violeta y un camino de pétalos de rosa parecía querer guiarnos hasta su interior.

—Lo de las flores no es cosa mía —murmuró, y vi que su nuez subía y bajaba, como si estuviera nervioso—. Es posible que alguien

haya dado por supuesto que teníamos intención de compartirla. —Me sonrojé—. Que conste que no he dicho que tengamos que hacerlo, Rubis.

—Creo que debo decirte que yo nunca, ya sabes… —Se tensó y me estudió, como si no estuviera del todo seguro de qué era lo que no le decía. Sus ojos se entrecerraron y se humedeció los labios.

—¿Nunca has estado en un sitio así o nunca has compartido un baño caliente con nadie?

—Nunca he estado con un macho. —Vi que se tensaba y me sentí un poco incómoda por el hecho de que supusiera un problema—. Sé que algunos lobos prefieren que sus parejas tengan experiencia para poder complacerles, pero hacerlo porque sí me pareció algo estúpido. Quiero decir que no es que nadie haya querido tener sexo conmigo en…

Riker me calló con un beso profundo y erótico. Jadeé. Y me sentí un poco menos mal. Supuse que su experiencia bien nos valdría para ambos. Cuando se separó de mí, lo hizo con delicadeza.

—No es un problema, Rubis. No sé si podría contenerme de descuartizar al lobo que hubiera osado tocarte antes que yo, de hecho, así que plantéate que tu virtud ha salvado algunas vidas. —Creo que estaba bromeando y dándole al asunto un poco menos de intensidad, pero tampoco estaba segura del todo—. Las primeras veces no suelen ser fáciles para las hembras, el dolor puede enturbiar el propio placer y me gustaría que ese no fuera tu recuerdo de nuestra primera vez juntos. Sin embargo, tenemos toda la vida para crear nuevos y húmedos recuerdos hasta que lo sientas jodidamente perfecto.

—Hay algo que me preocupa —titubeé antes de confesarle aquello.

—¿Algo sobre volumen y tamaños? —me cuestionó con expresión divertida.

—No, idiota. —Arrugué el ceño—. Emma me dijo que cree que cuando tú y yo… —Dejé la frase abierta, en el aire—. Ella cree que si nos acostamos no podrás contenerte y me marcarás.

Se pasó la mano por el frondoso cabello en un gesto nervioso mientras se mordía el labio inferior, sopesando esa posibilidad.

—Es posible. Hablaré con mi padre; él está vinculado a mi madre, que es su pareja predestinada, así que supongo que puede darme una opinión real, más allá de lo que hay escrito en los libros. —Asentí al escuchar como Riker acababa de confirmar mis sospechas—. Es posible que ambas necesidades, la de fundirme en tu cuerpo y la de reclamarte, estén al mismo nivel. Es un instinto, salvaje y voraz, pero eso no significa que no pueda contenerlo. —No sonaba del todo mal—. ¿Y qué hay de ti? ¿Podrás resistirte a la tentación de hincarme el diente? —me retó.

—Dalo por hecho. —Elevé el mentón. A orgullosa pocos me ganan.

Su mirada me recorrió mientras reía por lo bajo de una forma muy sensual y masculina.

—Quizá deberíamos ir acostumbrándonos el uno al otro poco a poco. —Desvió la mirada hacia la bañera antes de centrarla en mí—. ¿Qué te parece si te doy un poco de intimidad, te metes en esa bañera y luego te acompaño?

—Pretendes que nos bañemos juntos.

—Solo si crees que podrías resistirte, claro —ronroneó el cabrón—. Piel con piel, solo eso, al menos por esta noche, mi luna.

—Quizá no tengo experiencia, pero he visto a muchísimos machos en pelotas. —Sus ojos se fruncieron en apenas dos rendijas—. A los lobos les gusta exhibirse.

—Frente a ti, a mí también. ¿Qué me dices?

—Soy de esas lobas un tanto estúpidas que no saben decirle que no a un reto.

—Es bueno saberlo. —Riker me lanzó una mirada, su rostro enmarcado en una preciosa sonrisa lobuna—. Cuando estés dentro de la bañera, avísame.

Salió del baño y cerró la puerta detrás de él.

¿Dónde me había metido?

En la maldita guarida del lobo, eso estaba claro.

Suspiré, sintiendo una mezcla de emociones que se me antojaba extraña.

La sensación de que Riker era mi igual, incluso si mi subconsciente me advertía de que no lo era. Él era un alfa. Y yo una

omega cualquiera.

La Sinlobo.

Había veces que, al estar con él, me olvidaba de todo lo demás y me venía arriba, como si pudiera jugar con él, estar a su altura, ser en realidad su luna.

Sin embargo, el peso de la realidad pendía sobre nosotros.

Las palabras de su padre.

Si no había conseguido transmutar en toda una vida, ¿cómo diablos conseguiría hacerlo en apenas un par de meses?



CAPÍTULO 17

NO SOLO ES UN TEMA DE QUÍMICA

OBSERVÉ MI REFLEJO EN EL ENORME CRISTAL que había sobre el lavamanos. Un rostro cualquiera enmarcado por aquel cabello entre blanco y plata y ese color tan peculiar de mis ojos. Pocos darían crédito a que fuera una loba.

Suspiré. Era un cuarto de baño precioso, mucho más elegante y lujoso que el del alfa de mi manada. Usé el inodoro y empecé a desvestirme. Saber que mientras me desnudaba Riker estaba al otro lado y que apenas nos separaba una puerta de madera, que podría tirar abajo si se lo proponía, en vez de asustarme me excitaba.

Solo piel con piel me había dicho. ¿Y si eso no era suficiente? ¿Y si quería más?

Subí los peldaños que llevaban a la enorme bañera. El agua estaba caliente, a la temperatura justa, perfecta. Con cuidado, apoyé el pie en la base y el agua espumosa me cubrió por completo. Me sumergí y me permití un par de minutos para disfrutar aquello. Los olores. La calidez del agua. Me sumergí y solo cuando volví a la superficie me sentí capaz de enfrentar al que era mi compañero, según los designios de la diosa Luna. Busqué el asiento que había en uno de los laterales de la bañera antes de llamarle.

—¡Puedes entrar!

Riker entró en el baño. Estaba descalzo y se había quitado la camisa. Había podido sentir su fuerza cuando me apretaba contra su cuerpo, pero no era lo mismo que poder observar su fuerte y musculado torso con unos pectorales y abdominales condenadamente bien definidos, igual que esos hombros anchos y los gruesos bíceps que definían sus brazos.

—Me excita que me mires así, ¿sabes? —me advirtió tras unos segundos en los que se limitó a dejar que le estudiara.

—Perdona, es solo que…

—¿Perdonarte? —Se rio—. No hay nada por lo que debas pedir perdón: soy tuyo, ¿recuerdas? —Dio un par de pasos hasta la bañera, pero se paró antes de llegar a los escalones. Sus ojos buscaron los míos mientras sus manos se deslizaban hacia su cintura y dejaba que los pantalones cayeran al suelo, mostrándose totalmente desnudo frente a mí.

Tragué saliva mientras mis ojos se deslizaban hacia su miembro.

Era enorme.

Y era incapaz de quitarle los ojos de encima.

—Esta no es su condición anatómica habitual, pero me parece que será la única que vas a conocer durante un tiempo, mi luna, porque solo pensar en ti, o percibir tu olor en el aire, me enciendo como un adolescente en celo —dijo aquello en un ronroneo, mitad risa.

Sus ojos buscaron los míos mientras deslizaba su mano hasta su miembro y empezaba a deslizarla por toda su envergadura, haciendo

que me pusiera roja como un tomate mientras seguía con mi mirada aquel movimiento, como si tuviera un efecto hipnótico en mí.

—¿Quieres que siga hasta que me corra para ti o prefieres que entre dentro de la bañera a hacerte compañía, mi luna?

Tragué saliva. ¿En serio me acababa de preguntar eso?

—Ven. —Se mordió el labio inferior. No sé si esa era la respuesta que deseaba, pero alejó la mano de su erección y subió los escalones con pasos firmes. Entró en el agua, frente a mí, y esta ocultó la mayor parte de su cuerpo. La espuma le rodeó por completo y deseé ser yo la que hiciera aquello. Lamer toda su piel.

—Voy a acercarme, ¿de acuerdo?

—¿Me harías caso si te pidiera lo contrario?

—Sabes que sí, pero también es cierto que, por mucho que lo niegues, tu olor y tu mirada te delatan y sé que sentirme contra ti es justo lo que deseas, mi luna. Así que me encontraría en el dilema de si escuchar tu petición o, por el contrario, hacer caso a lo que me está pidiendo a gritos tu cuerpo.

No esperó a que le contestara, en una brazada llegó hasta mí, pero se limitó a sentarse a mi lado y rozar mi brazo con el suyo, apenas una caricia.

—Dicen que la lavanda tiene efectos relajantes, pero no sé si será suficiente como para calmarme, teniendo en cuenta que estás desnuda, a mi lado —ronroneó y se inclinó para morderme con suavidad en el hombro en un gesto sensual—. ¿Está a tu gusto?

—Está perfecta —tartamudeé.

—Ven. —Pasó un brazo por encima de mis hombros y me arrastró hacia su torso desnudo, haciendo que parte de mi espalda reposara sobre él. Piel con piel, había dicho. Escuché que suspiraba—. Podría morir mañana y creo que ya mi vida habría valido la pena.

—Paso de convertirme en viuda a mi edad —murmuré mientras sentía a Riker oler mi cabello y rozar mi cuero cabelludo con su rostro.

—Eso suena a que ya te estás empezando a hacer a la idea de que eres mía.

—Quizá, y solo quizá, no me importaría. —Gruñó ante la posibilidad de que tuviera intención de negar lo que había entre

nosotros—. En cualquier caso, es posible que ni siquiera dependa de nosotros; ya has oído a tu padre.

No es que quisiera joder el momento, en un sentido figurado y no en uno en el que Riker y yo acabábamos jadeando, nuestros cuerpos chocando con violencia el uno contra el otro. Era una realidad que no podíamos obviar. Ni siquiera él, pese a ser el alfa heredero.

—Mi padre quería para mí lo mismo que él ha podido compartir con mi madre —me confesó y empezó a acariciarme el brazo con las yemas de sus dedos—. Y, en caso de que no llegara a encontrar a mi pareja predestinada, me hubiera permitido elegir a la persona que considerara apropiada para acompañarme en el liderazgo de la manada.

—Si hubieras podido elegir, seamos realistas, yo no sería tu luna. —Permaneció en silencio, acariciándome, pero no lo negó de entrada. No me ofendió. Prefería que fuéramos sinceros el uno con el otro. Yo era una omega. Una huérfana. Y ni siquiera tenía lobo.

—Quizá por ese motivo la diosa Luna quiso asegurarse de que los contras no pudieran eclipsar los pros. —Apreté los labios, dispuesta a discutirle que mis pros eran algo así como inexistentes—. No posees recursos ni un linaje que te respalde, pero eres una loba formidable. —Se me escapó una carcajada al escuchar aquella fragante mentira—. Lo digo en serio, Rubis. —Me giró para mirarme a los ojos—. Eres la primera persona capaz de escurrirse de entre mis garras, y lo hiciste sin ni siquiera transformarte. La forma cómo te movías por el bosque aquella noche era tan fascinante como irritante. —Me sonrió—. Cruzaste el territorio de los Ferus sin ser descubierta. Joder. Nadie en su sano juicio haría algo así. Y tú lo hiciste. Sin ser detectada. Reitero lo dicho: eres increíble.

—Lo de aquella noche fue inaudito. —Le observé—. No sé si alguien me drogó en la fiesta o qué pasó, pero no quiero que pienses que ese es mi verdadero yo.

—Si alguien hubiera adulterado algo en mi propia casa, créeme que lo sabría. —Me estudió, como si necesitara que le diera crédito en aquello—. Era luna llena; tal vez la diosa Luna te bendijo esa noche para demostrarme el potencial de la pareja que para mí había

elegido y no poner en duda lo que somos juntos. O lo que podemos llegar a ser.

—¿Puedo contarte una cosa?

—Siempre. Lo que sea.

—Después de aquella noche, me he planteado que tal vez mis progenitores formen parte de una de las manadas del norte. —Riker se mordió el labio inferior.

—Tendría sentido. —Me observó—. Sientes curiosidad al respecto, ¿no?

—Es imposible no hacerlo. Me abandonaron al sur. Me gustaría saber el porqué.

—¿Crees que siguen vivos?

—Es posible. —Esperó a que continuara y, pese a que no tenía ganas de contarle el resto, acabé cediendo a favor de su silenciosa petición—. Nunca llegué a vincularme al alfa de los Fe de Aurora.

—¿Qué quieres decir? —Me estudió—. Crees que perteneces a otra manada, pero no sabes a cuál. Si nunca has estado frente a tu verdadero alfa, nunca habrás sentido ese vínculo que te liga a él y, al no ser capaz aún de transformarte, no puedes tirar de la mente colectiva.

—Esa es mi teoría, sí.

—Sabes que, cuando te reclame, cualquier vínculo con ellos va a desaparecer, ¿verdad? —Asentí. Lo sabía, sí.

El hecho de que Nathiel hubiera ido a solicitar al alfa su consentimiento para llevar a Emma al territorio de los Atrum era un mero formalismo. La mayoría de los vínculos que se forjaban con el ritual del reclamo, entre una pareja predestinada, eran demasiado fuertes como para que la unión entre ese lobo y su antiguo alfa pudiera evitarlo. Era diferente cuando eran parejas cuyos enlaces eran concertados y decidían no formalizarlos con el ritual del reclamo ni había una interferencia directa de la diosa Luna.

—¿Supone eso un problema? —Mi silencio había sido bastante significativo.

—Para encontrar mi origen, sí, pero creo que esa no debería ser la mayor de nuestras preocupaciones en estos momentos. —Riker

asintió—. ¿Crees realmente que tu mentor podrá ayudarme a conectar con mi loba?

—Quiero pensar que sí.

—¿Y si no lo consigo? —Me observó.

—No me entra en la cabeza que así sea.

—Es una posibilidad, Riker, no podemos hacer como que todo está bien, cuando nada lo está.

Arrastró mi cuerpo, colocando una pierna a cada lado de él y mis nalgas sobre sus piernas. Sentí la dureza de su miembro contra mi estómago. La espuma cubría mis senos desnudos, pero me sentía totalmente expuesta frente a él.

—¿Nada? —ronroneó—. Yo no diría tanto. Eres mi compañera. Nada ni nadie puede cambiar eso, Rubis.

Sus ojos estaban cargados de silenciosas promesas y decidí creer en todas ellas.

Quise pensar que sería suficiente. Que su mentor encontraría qué era lo que no andaba bien en mi interior, y daría con la forma de hacer mi transición posible. Conseguiría ser una loba por derecho pleno, convertirme en la mujer de Riker y ser su luna. La responsabilidad de la manada recaería sobre mis hombros, pero por una vez tuve la sensación de que podría sobrellevarla. Siempre que él estuviera a mi lado.

—De acuerdo, intentaré pensar en positivo de aquí en adelante —le aseguré y coloqué mis manos sobre sus hombros, acomodándome sobre su regazo e intentando que no se notara cómo me afectaba sentirle de aquella forma—. ¿Puedo preguntarte qué le pasó a tu padre?

—Pocos están al corriente de lo que voy a contarte. —Supe que aquello era información sensible, secretos, y que al compartirlos conmigo estaba demostrando su grado de implicación en ese «nosotros» del que me había hablado—. Hace poco más de un año, empezaron a haber algunos incidentes.

—¿Incidentes?

—Al principio pensábamos que se trataba de pequeños grupos de lobos insurgentes, pero ya no lo tenemos tan claro —me confesó—. Pensábamos que se trataba de algo localizado en nuestro territorio,

pero, por lo visto, es algo mucho más grande. ¿Prefieres la versión resumida o la historia a todo color?

—La que quieras darme. —Riker sonrió. Sus manos buscaron mi espalda y me acariciaron lentamente. Las dejó sobre mis nalgas y me apreté contra él de forma involuntaria, haciendo que él riera por lo bajo.

—Si te cuento lo que me gustaría darte… —ronroneó, apretándome aún más contra él—. Hace cosa de un año hubo lo que inicialmente se catalogó como un accidente eléctrico en uno de nuestros almacenes. Se perdieron abundantes recursos, pero solo fueron pérdidas materiales. En aquel momento no notificamos el incidente en el consejo, pero no hace mucho nos hemos enterado de que los Ferus y los Sangre de Ámbar sufrieron ataques similares en esa época.

—No puede ser una casualidad.

—No, pero supongo que nos hemos dado cuenta un poco demasiado tarde. —Sus manos recorrieron mi espalda desnuda y creo que encontró una cierta calma al hacerlo—. Un par de meses más tarde sucedió en otro almacén, solo que esta vez prendió en fuego y, aunque se encontraron detonantes, dos lobos murieron: uno a causa de las quemaduras, pero el otro estaba acribillado en plata.

—¿Acribillado?

—Lo que oyes. Un grupo insurgente de lobos jamás sería tan estúpido como para usar plata contra los suyos, tiene un olor característico, al margen de que, además, tras el tratado se exigió la eliminación de la plata remanente. Se supone que, hoy en día, nadie dispone de semejante cantidad de plata. —Me miró—. Excepto, tal vez, los faes.

Tragué saliva. Lo que Riker estaba insinuando era grave. Podía suponer un *impasse* en la actual situación política. Y en la paz vigente.

—Una patrulla de Ferus detectó a un fae en su territorio hace medio año. Poco después, una de nuestras patrullas fue abatida. Había rastros de fuego, pero a los lobos los mató la plata líquida.

—¿Qué es exactamente?

—No lo sabemos con certeza, pero estamos trabajando con un laboratorio humano de confianza, para intentar contestar a esa pregunta. —Hizo una pausa—. Se comporta como un veneno que va contaminando nuestra sangre hasta llevarnos a la muerte, pero no es solo una cuestión de química. Creemos que su toxicidad potencia la agresividad de la plata dentro de nuestro organismo, lo que no tenemos claro es si puede hacerse en un laboratorio o depende de algún tipo de interferencia mágica. No huele, así que no podemos detectarla antes de que sea demasiado tarde.

Si no conseguían sintetizarla en un laboratorio solo podía significar una cosa. Que los faes estaban detrás de aquellos ataques.

—Cuando dices que potencia su toxicidad, ¿a qué te refieres?

—Cinco balines de plata clásica pueden tardar varias horas en matar a un omega; la plata líquida consigue hacerlo en cuestión de unos pocos segundos. —Lo dijo con una frialdad notoria y, la verdad, sonaba terrible.

—¿Qué hay de tu padre?

—Dos fragmentos, hace un mes. Una emboscada. —No apartó la mirada—. Murió uno de sus betas y cinco lobos más. No sabemos si fue algo dirigido contra él o fue algo casual.

—¿No se puede hacer nada?

—Le pusieron en una máquina de circulación extracorpórea para intentar purificar su sangre, pero fue imposible. Deberían desangrarle por completo para conseguirlo, pero su cuerpo rechaza cualquier tipo de sangre que no sea la de mi madre y él jamás aceptaría que ella se sacrificara a su favor. Llevamos desde entonces haciéndole transfusiones a diario, pero ni mi madre puede seguir eternamente así ni mi padre se está estabilizando pese a ese tratamiento.

Vi la tensión en su rostro.

—Por eso organizasteis la fiesta para encontrar a tu pareja.

—Fue idea de ellos, pero sí.

—¿Cuántos lobos han muerto?

—Diecisiete en lo que llevamos de año en nuestra manada, pero no puedo decirte con certeza, en total, hasta dónde asciende ese número. —Hizo una pausa—. Están cambiando su *modus*

operandum y han pasado de la destrucción de bienes materiales a ataques furtivos sobre patrullas de dos o tres lobos a ataques frontales contra grupos ya más grandes, como fue el caso de la noche en la que atacaron al grupo de mi padre.

—¿Hubo algún otro superviviente?

—No.

—¿Y qué recuerda?

—Una explosión y poco más; perdió el conocimiento. —Hizo una pausa—. Tardó unos días en recuperar la audición.

—¿Quiénes lo saben?

—Solo los alfas que tienen voz en el consejo y sus betas de confianza. —Lo que significaba que las manadas pequeñas, como la de los Fe de Aurora, no tenían la más remota idea de qué estaba sucediendo—. De momento los ataques se están focalizando en las manadas que ostentamos más poder, como si quisieran debilitarnos.

—Entiendo la premura de tu padre respecto a lo nuestro.

—Yo también. —Sus manos recorrieron mi espalda, sus ojos centrados sobre los míos—. Quizá debería enjabonarte, ¿no crees?

Con cuidado, me devolvió al asiento, a su lado, y se inclinó para coger una jabonera. Movió el dedo, para que me girara y le diera la espalda. Seguí sus instrucciones y empezó a masajearme la espalda y la nuca.

Si su intención era que me relajara, fue un fracaso total: el efecto de sus manos sobre mi piel encendía todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. Supongo que pudo sentirlo.

—¿Quieres que continue con la parte de delante? —ronroneó mientras deslizaba sus manos hacia mis brazos, enjabonándolos, antes de desviarlos hacia mi vientre y rozar apenas la parte inferior de mis pechos, haciendo que jadeara y me apretujara contra él. Gruñó y sentí su erección contra mi espalda—. No puedes imaginarte las ganas que tengo de probar cada centímetro de tu cuerpo, mi luna, pero si no quieres que acabe tomándote aquí dentro, quizás deberíamos plantearnos salir de la bañera y comer algo.

—Claro. —Tenía la respiración agitada y me tembló ligeramente la voz; me maldije por dentro.

Riker se separó de mí. Observé su amplia espalda y su definido trasero, deseándole. Cogió un albornoz blanco que había colgado en un lateral y se cubrió con él. Lamenté aquello. No poder seguir observándole a mi antojo. Se acercó a una estantería y cogió un albornoz idéntico al suyo. Lo sacudió para abrirlo y se acercó a la bañera, quedando a los pies de la pequeña escalera que hacía de acceso.

—Si me lo pides, cerraré los ojos —me indicó con una media sonrisa mientras se mordía el labio inferior y me observaba. Lo haría, pero supuse que no sería justo, así que, con toda la dignidad que pude, me levanté, dejando mi cuerpo desnudo expuesto.

Riker emitió una mezcla de jadeo y gruñido, sus ojos recorrieron mi cuerpo desnudo con el hambre feroz de quien acaba de encontrar el manjar más apetitoso del mundo entero. Sin pronunciar palabra alguna, colocó el albornoz sobre mis hombros.

Me hizo girar y observó mi cuerpo, aún parcialmente expuesto, antes de colocar los márgenes del albornoz sobre mis pechos, rozando con el dorso de sus manos mis pezones erectos, y luego anudó el batín a mi cintura.

—Habrán dejado algo de comida en la sala, dame cinco minutos y estaré contigo. —Fruncí el ceño y él se limitó a inclinarse hacia mí para atraparme en un beso arrogante y furioso, cargado de necesidad y deseo.

Cuando nos separamos, Riker tenía los colmillos expuestos. Y yo estaba temblando.

—Joder, Rubis, necesito aliviarme o acabaré metiéndome entre tus piernas.



CAPÍTULO 18

ESE NOSOTROS

HABÍA UNA MEZCLA DE DESEO Y DESESPERACIÓN EN SU MIRADA. Me mordí el labio inferior. No estaba segura de hacia dónde nos llevaría aquello, pero era mi pareja predestinada. Y yo también le deseaba.

—¿Quieres que yo te…? —Sus pupilas se dilataron y soltó un gruñido bajo. Llegué a plantearme que mi oferta le hubiera molestado.

—Si empiezas a tocarme, acabarás con mis colmillos en tu cuello y mi polla entre tus piernas. —Su voz sonó oscura, más animal y ruda—. Ve a la habitación. Come algo.

Conseguí hacer como que no me molestaba su rechazo.

—¿Tienes algo que pueda usar de pijama?

—Tus cosas están en uno de los armarios, pero estoy acostumbrado a dormir desnudo, y esperaba que tú hicieras lo mismo.

—¿Pretendes que duerma en tu cama en pelotas? —Me atraganté al decir aquello y él se rio por lo bajo.

—Necesito que mi olor cubra tu cuerpo, sentir que eres mía, incluso si aún no hemos formalizado nuestro vínculo. Tocarte me excita y me calma a partes iguales.

—¿Y si yo también te necesito? —le cuestioné y busqué con mi mano su pecho, cubierto por el batín. Cerró los ojos y elevó el mentón. Deslicé mi mano en dirección a su miembro. Le deseaba tanto que era asfixiante. ¿Era cuestión del vínculo? ¿O se trataba de la mera atracción entre un macho y una hembra? Su olor. Las feromonas que emitía su cuerpo.

—Vas a volverme loco —gruñó mientras me alzaba en volandas, sin dejar que llegara a explorar su cuerpo. Me llevó hasta su cama y me lanzó sobre ella. Jadeé al rebotar sobre el mullido colchón. Vi que se abría el batín y buscaba con su mano su miembro—. Quiero verte desnuda.

Su voz sonó autoritaria y, por una vez, me encontré haciendo lo que me estaba pidiendo. Con manos temblorosas, deshice la sujeción del cinturón y el batín se abrió a mis costados. Riker siguió moviendo su mano mientras jadeaba y me miraba con el deseo quemándole.

—Yo también puedo olerte, ¿sabes? Y, joder, ¿qué quieres que te diga? ¡No soy de piedra! —protesté enojada.

Me agarró de los pies y tiró de mí para que mi trasero quedara en el límite de la cama.

—Te entiendo, mi luna, demasiado bien. —Alejó la mano de su miembro hinchado y buscó mis rodillas con ambas manos, separándolas mientras se inclinaba hacia mí.

Mis pupilas se dilataron a la vez que él descendía para buscar con su boca mi sexo. Jadeé al notar cómo pasaba su lengua por cada recoveco, entre mis pliegues, haciendo que me estremeciera. Intenté arquearme, pero sus brazos me retuvieron con fuerza contra el

colchón. Su boca empezó a succionar en un punto sensible y me encontré gimiendo y contorsionándome, apenas fui consciente de cuándo deslizó una mano por mi pierna y cómo introdujo un par de dedos en mi interior. Me tensé ante aquella sensación, pero se limitó a permanecer allí mientras su boca seguía dándome placer el tiempo que tardé en aceptar su presencia; solo entonces empezó a mover los dedos en mi interior, en forma de sacudidas, y me encontré jadeando y arañándole los hombros, furiosa y desesperada por el placer que me estaba dando.

—¿Alguna vez algún macho te ha tocado así? —quiso saber mientras separaba su rostro para mirar cómo sus dedos se introducían y retiraban de mi interior, como si ese movimiento le fascinara tanto como el placer que despertaba en mí.

—No.

—Voy a follarte con la boca y con mis dedos y vas a correrte por y para mí, Rubis. ¿De acuerdo? —profundizó más la entrada de sus dedos y los arqueó en mi interior antes de volver a deslizarlos, haciendo que me arqueara y jadeara.

Debió de considerarlo como una respuesta afirmativa, porque su boca buscó de nuevo mi feminidad y empezó a succionar con mayor avidez mientras sus dedos comenzaron a moverse a gran velocidad, haciendo que el mundo a mi alrededor se desdibujara mientras el placer recorría cada centímetro de mi cuerpo.

Gruñí y mis colmillos emergieron cuando una explosión me golpeó de lleno. Empecé a convulsionar mientras Riker presionaba con fuerza sus dedos en mi interior. Fue el mayor orgasmo de mi vida. El que marca la diferencia entre los «casi» que había vivido hasta ese momento y el vivir en primera persona la explosión de una bomba nuclear. Riker alejó su boca de mi entrepierna y se incorporó, sin retirar los dedos de mi interior, mientras yo caía flácida y sudorosa sobre el colchón.

Le busqué con la mirada, turbia, por aquella sensación de placer incuantificable, y vi cómo empezaba a sacudirse el miembro con la mano que tenía libre. Sus colmillos expuestos. Su olor. Era abrumador. Empezó a penetrarme con los dedos, de nuevo, mientras seguía tocándose y, joder, incluso si aquello no tenía sentido, me

encontré deseándole de nuevo. Excitándome. Ansiando que fuera su miembro el que me colmara por completo.

—Riker, quiero…

¿Sabía en realidad lo que quería?

—Lo sé, lo quieres todo —ronroneó—. Y, por la diosa Luna, te juro que yo también.

Sus colmillos se alargaron, elevó el mentón, como si se resistiera a ese instinto que nos empujaba al uno contra el otro. Empezó a acelerar el ritmo y me arqueé para que profundizara más los movimientos de sus dedos. Quería su boca sobre mi cuerpo, pero ver cómo se daba placer a sí mismo también era jodidamente excitante.

Esperó a que un segundo orgasmo arrasara en mi cuerpo para dejar fluir su propia excitación. En apenas un par de sacudidas, escuché que gruñía justo antes de que su simiente empezara a caer a borbotones por encima de mi abdomen, mis muslos y mis pechos desnudos.

Jadeé al notar aquel líquido cálido contra mi piel y vi en sus ojos una mezcla de lujuria y satisfacción. Deslizó la mano que aún se encontraba entre mis piernas y cubrió su miembro con los restos viscosos de mi feminidad, gruñó y vi cómo su miembro parecía volver a hincharse de nuevo. Sonrió con desparpajo al ver mi aspecto asombrado.

—Soy un alfa que acaba de encontrar a su pareja vinculada y, aunque no pueda follarte, no significa que no piense dejar mi olor impregnando cada centímetro de tu cuerpo. —Se dejó caer en la cama y tiró de mí para que quedara a su altura. Su mano buscó mi estómago y empezó a deslizar aquel producto viscoso por mi piel con cuidadosa delicadeza—. Quiero que todos sepan que eres mía. Y que yo soy tuyo.

No sé por qué se me antojó erótico. Y pecaminoso. Rozó uno de mis pezones erectos con los dedos y lo pellizcó con suavidad.

—Si quieres que pare, pídemelo ahora, porque, en caso contrario, esta noche voy a hacer que te corras tantas veces como sean necesarias, hasta que acabes desplomada sobre mí, ¿sabes? —Sus ojos me miraron con un brillo arrogante y dominante—. ¿Qué me

dices, mi pequeña loba? ¿Te atreves a enfrentarte a la necesidad física que siente por ti tu macho?

Se inclinó hacia mí y capturó el pezón entre sus dientes, haciendo que gimiera y el deseo despertara en mí de nuevo. Busqué a tientas su miembro y cerré mi mano sobre él. Su piel era suave, pero, dada su envergadura, mi mano a duras penas podía rodearle. Jadeé excitada mientras deslizaba mi mano a su alrededor. Intentando ofrecerle un placer similar al que él me había dado.

Sus colmillos rasgaron la piel de mi pecho, aunque no llegó a morderme como tal. Jadeó, eso sí, y gruñó por lo bajo.

—Si sigues así, no sé si seré capaz de no follarte hoy, mi luna —refunfuñó mientras yo empezaba a deslizar la mano por su longitud y me deleitaba por la forma en que eso le afectaba.

—Eres un alfa, sé que eres capaz de contenerte. —Me observó y gruñó por lo bajo, pero parecía divertido con mi osadía.

—Tienes más fe tú que yo sobre mis habilidades, por lo visto.

—Es lo que hace una buena luna, confiar en su alfa.

—Eres una manipuladora.

—Tal vez. —Riker rio por lo bajo.

Buscó mi boca y me besó con avidez y sentí que deslizaba una mano por mi vientre hasta llegar entre mis piernas. Esta vez no me molestó la intrusión de sus dedos, al contrario, me encontré arqueándome para facilitarle la entrada.

—Sígueme el ritmo. —Empezó a mover sus dedos en mi interior y yo intenté imitar sus movimientos, deslizando mi mano alrededor de su erección al mismo ritmo que él estaba marcando en mi interior.

Era una mezcla de excitación y goce, de deseo de complacerle y de que el placer volviera a teñir mi mundo. Cuando me arqueé de nuevo, dejándome llevar por otro orgasmo, grité su nombre y él se deshizo contra mi mano. No me importó sentir otra vez aquel líquido cálido y viscoso sobre mi piel, cubriéndome.

—Joder, Rubis, no sé cómo puedes tener alguna duda de que la diosa nos hizo el uno para el otro —masculló. Jadeé, exhausta, y él me arrastró a su lado. Coloqué la cabeza sobre su pecho y me rodeó con su brazo—. Descansa ahora, mi luna. Quiero pensar que mañana será un gran día.

Me besó en la frente con suavidad antes de cerrar los ojos. Me dormí con la sensación de estar en casa, mientras nuestras respiraciones se acompasaban, como si fueran solo una.

Para cuando me desperté, a la mañana siguiente, Riker me tenía aferrada contra su cuerpo y era imposible abandonar aquella cama sin que él no fuera consciente de mi intención de hacerlo. Lo que era un problema, porque me estaba meando. Eso y que tenía un dolor sordo en una parte muy concreta de mi anatomía. Una a la que le habían prestado más atención esa noche que en el resto de mi vida.

Me moría de vergüenza. ¿En qué momento me había poseído ese deseo y había dicho adiós al sentido común? Podía criticar a Emma por vincularse a su compañero en las primeras cuarenta y ocho horas. Pero, si por mí fuera, creo que nosotros habríamos tardado incluso menos.

—¿Estás despierta?

—No. —Riker rio por lo bajo.

—¿Por qué no paras de removerte, entonces?

—Me estoy meando.

Se movió para inclinarse sobre mí, de forma que quedé atrapada debajo de parte de su cuerpo.

—Buenos días. —Me sonrió antes de descender para besarme. Lo que parecía un beso ligero, acabó profundizándose poco a poco, como si quisiera tomarse todo el tiempo del mundo mientras el deseo despertaba en mí. De nuevo. Y el cabrón lo sabía.

—Me estoy meando, Riker, en serio —protesté y él gruñó, pero al final me liberó para que pudiera salir de la cama. Lo hice, pero me apoderé del cobertor para cubrir mi cuerpo mientras andaba, a trompicones, hasta el baño.

Para cuando salí de allí, él estaba a medio vestir.

—Debería darme una ducha, ¿tengo tiempo? —le cuestioné.

—Me gusta cómo hueles y quiero que toda la manada sepa lo nuestro. Dúchate a la noche.

—Eso suena enfermizo —le solté y, en vez de enfadarse, soltó una carcajada y se encogió de hombros—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. —Le miré y acabé haciendo un mohín al tiempo que cedía a su petición, aunque no me apeteciera ir cubierta de su pringue, supuse que podría vivir con ello.

No sería la primera loba en pasearse entre los Atrum después de una noche de sexo loco, con el olor de su macho cubriéndola, de eso estaba segura. Los lobos tenían ese tipo de cosas, especialmente durante el proceso de apareamiento.

Se acercó a mí y me rodeó para besarme lentamente. Era adictivo. Su olor. Sus besos. Todo. Algo había cambiado entre nosotros, supongo, después de todo lo que habíamos compartido a lo largo de la noche. Un punto medio entre el inicio de la confianza y ese deje de enamoramiento un tanto patológico, que venía condicionado por nuestro vínculo.

—Tu ropa está en esa parte del armario, aunque tal vez estaría bien que actualizáramos tu vestuario, si quieres. —Le miré, confusa—. Nuestra prioridad ahora es solucionar lo de tus transformaciones, pero es posible que en breve seas presentada como la luna de los Atrum, así que necesitarás ropa acorde a ese cargo.

—Casi todo lo que tengo lo he heredado de otras lobas de la manada.

—En tal caso, supongo que no lamentarás si te compro un armario nuevo. —Me sonrió, como si no le preocupara lo más mínimo el dinero que implicaría hacer algo así.

—No hay prisa, con lo que tengo me valgo. —Me acerqué al armario, cubierta aún por el cobertor.

—Ayer descuidamos un poco tu cena. —Observó al ver la bandeja de comida que ninguno de los dos habíamos llegado a probar—. Vamos a asegurarnos de que desayunes como es debido y, después de enseñarte todo esto, te llevaré junto a mi mentor.

Localicé mi ropa y elegí un conjunto de ropa interior limpia, unos tejanos y una camiseta estampada. Me giré para mirar a Riker, que seguía cada uno de mis movimientos con gesto divertido. Levanté un dedo e hice un gesto de rotación, indicándole que se girara.

—¿En serio vas a pedirme que me dé la vuelta después de lo de anoche?

—Lo de anoche pasó anoche. Hoy es hoy —le respondí elevando el mentón. Riker empezó a reír por lo bajo y se acercó a mí.

—Si ese es el problema, puedo volver a comerte hasta que te corras en mi boca antes del desayuno, para que te entre el hambre.

Le golpeé en el hombro mientras me ponía roja como un tomate. El idiota se empezó a reír antes de girarse, para darme la intimidad que le había pedido.

—Vamos a hacer un trato, tú y yo —le solté mientras empezaba a vestirme, asegurándome de que no se volteara—. No hablaremos de este tipo de cosas.

—¿Te avergüenza?

—Supongo, sí, ¡yo qué sé!

—¿Y qué gano yo? Es divertido ver cómo te sonrojas.

—¿Qué quieres?

—Es una gran pregunta. Tendría que pensármelo, porque lo que siempre he deseado, ya lo tengo. —No me dijo el qué, pero supe que se refería a mí y me emocioné un poco, lo admito.

Me acerqué a él, ya vestida, y le abracé por la espalda. Sentí que su cuerpo se relajaba ante mi contacto. No tardamos en salir de las dependencias de Riker.

—Supongo que ayer no te conté demasiado, pero aún estoy a tiempo de corregir mis errores. —Buscó mi mano para enlazar nuestros dedos—. Este piso corresponde a la zona privada de los alfas. La última puerta da a las dependencias de mis padres.

—¿Qué hay de las otras puertas? —Había en total cinco.

—Son estancias vacías. En otras generaciones hubo más de un heredero e incluso vivieron aquí algunos betas, hermanos del alfa heredero.

—¿Qué hay de Nathiel y Dorian?

—¿Tu interés en realidad es saber si tu amiga vive en la casa de la manada? —Hice una mueca, porque me había pillado de lleno, a lo que él optó por reírse—. Mis betas viven justo en el primer piso, debajo de nosotros, pero sé que Nathiel quería llevar a tu amiga a que conociera a sus padres y les he dado un par de días para que puedan hacerlo sin prisas.

Era una concesión por su parte que me hizo apreciarle un poquito más.

—Espero que les guste Emma.

—No tengo ninguna duda al respecto, los conozco personalmente. —Me sonrió—. En la planta baja está el despacho de mi padre y otras áreas que usamos a veces para reuniones oficiales de la manada. —Llegamos a la planta baja y fuimos a buscar el eje central del edificio—. La otra ala ya la conoces un poco; es la que usamos para eventos y donde alojamos a los invitados, para que salten por la ventana y esas cosas.

Me arrancó una carcajada.

—¿Es algo que suelan hacer con frecuencia?

—En realidad, no, solo los que son especiales. —Se inclinó para besarme en la cabeza—. Los dos betas de mi padre se instalaron hace años fuera de la casa de la manada, cuando se establecieron y formaron sus familias.

Me condujo a un pequeño salón en la planta baja en el que habían servido el desayuno. Había carne y huevos en abundancia, pero vi también una bandeja con fruta fresca de aspecto jugoso.

—Dorian me dijo que las comidas copiosas suelen pesarte, así que estaría bien que hablaras con la cocinera para que ajuste tu menú a tus preferencias.

—No sé si llegué a agradecerte la comida de ayer.

—No lo hiciste, no.

—Quiero que sepas que fue lo más delicioso que he probado en mi vida, aunque te odié también un poco por la vergüenza que me hiciste pasar con el espectáculo que dio el pobre cocinero. —Riker sonrió al escuchar aquello.

—Pretendía impresionarte, lo admito.

—No se notó, no. —Puse los ojos en blanco mientras me servía una ración de salchichas y otra de naranja y manzana.

—Hoy tengo que atender algunos asuntos de la manada y quiero pasar algo de tiempo con mi padre, pero antes me gustaría acompañarte para que conozcas al que fue mi mentor.

—El que crees que puede ayudarme con lo de las transformaciones.

—Sí. Créeme que si no fuera porque creo que es de los pocos lobos que tienen un aire de erudito, no te dejaría acercarte a él bajo ningún concepto.

—¿Por?

—Nunca fui uno de sus alumnos predilectos, así que es posible que solo te cuente cosas que preferiría que no supieras de mí. —Me hizo reír esa muestra de inseguridad por su parte, como si le molestara que alguien pudiera decirme algo que me alejara de él—. Admito que sus clases y divagaciones me aburrían; siempre he sido alguien bastante físico, así que jamás fui un buen alumno.

—Algo en lo que admites no ser don Perfecto —bromeé.

—Bueno, en eso, por lo que he oído, me complementas. —Me estudió—. He visto tu expediente. Cuando seas oficialmente mi luna, le pediré al beta de mi padre que te ayude a familiarizarte con la gestión económica de la manada, creo que se te dará bien.

Abrí los ojos como dos platos. Esa era una gran responsabilidad, pero sentirme útil, de una u otra forma, tal vez le daría algún sentido a eso de ser la luna de los Atrum.

Cogió un trozo de pan y lo lanzó al aire para capturarlo con la boca. Me hizo gracia aquello. No parecía el tipo altivo y orgulloso, el alfa heredero, sino alguien más accesible y alegre. Alguien de quien, quizá, podría llegar a enamorarme no solo por el vínculo que compartíamos, sino por la persona que era.



CAPÍTULO 19

RESPUESTAS

RECORRIMOS EL CASTILLO y me presentó al servicio como la futura luna con un deje de orgullo. No es que hiciera mucha falta, en realidad, porque todos podían percibir cómo se entremezclaban nuestros olores sobre el cuerpo del otro.

Apenas dimos un paseo rápido por los jardines mientras me contaba algunas anécdotas de cuando era poco más que un cachorro.

—Hace unos años empecé a dar clases de refuerzo a algunos de los cachorros de la manada y no se me daba mal —le conté—. Me estaba planteando estudiar un grado de Magisterio o algo así.

—Si tú hubieras sido mi profesora, tal vez habría atendido en clase —bromeó.

—Los finales son dentro de unos meses —tanteé, y vi que Riker fruncía el ceño.

—Ahora eso no debería preocuparte. Nuestras prioridades son otras.

Asentí y me sentí un poco culpable por mencionarle aquello. Tal vez tenía razón. Al fin y al cabo, pretendía estudiar Magisterio para poder vivir entre humanos, al margen de una manada que se suponía que acabaría echándome, pero las cosas habían cambiado. Si conseguía transmutar, me convertiría en luna.

Riker tenía razón.

Todo había cambiado.

Supuse que mis prioridades, también.

Fuimos en el todoterreno hasta la casa del tutor de Riker, pero apenas tardamos unos pocos minutos. Riker se acercó a mí y me desabrochó el cinturón de seguridad, aspirando mi olor, y el suyo, en mi cuerpo.

—Si no puedo recogerte, me ocuparé de enviar a alguien. ¿Prefieres volver en coche o darte un paseo hasta la casa de la manada?

—¿De cuánto tiempo y distancia estamos hablando? —Me sonrió.

—Acortando por los caminos, andando, no puede ser más de media hora.

—Creo que preferiré caminar, entonces, por irme familiarizando con el entorno. —Y, con un poco de suerte, conseguir la autonomía suficiente como para que ese trayecto pudiera hacerlo sola para cuando me hubiera familiarizado con él.

—Perfecto.

Bajamos del coche y observé una bonita casa de piedra cubierta por enredaderas de las que pendían pequeñas flores rojizas. El tejado era de pizarra y en él asomaba una chimenea.

—Pensaba que la mayoría de los lobos vivían en vuestro núcleo social.

—La mayoría viven en casas familiares, en realidad —me contradijo y esa apreciación me hizo pensar que los Atrum debían de tener las arcas muy repletas para poder facilitar a todas las familias hogares como aquellos—. En lo que es el núcleo urbano, en

realidad, tenemos oficinas y todo tipo de servicios, además de pisos sociales que suelen compartir los lobos jóvenes que quieren independizarse. Tenemos un hospital, colegios, un instituto propio y una buena variedad de comercios y locales de restauración. No dependemos del exterior, en realidad.

Lo que podía traducirse en que no dependían de las grandes urbes humanas.

Llegamos hasta la puerta de madera y Riker la golpeó con los nudillos un par de veces. Escuchamos unos pasos y, finalmente, se abrió.

El lobo que había al otro lado era anciano: cabello blanquecino hasta los hombros y rostro parcialmente oculto por una barba del mismo color. Sus ojos eran de un marrón ambarino; me planteé que alguno de sus antecesores hubiera sido un Sangre de Ámbar. Miró a Riker, como si su presencia le molestara, pero al final su atención recayó en mí. Elevó el mentón y olfateó el aire. Una pequeña sonrisa asomó al rostro del anciano mientras nos observaba.

—Nuestra futura luna, entiendo.

—Tan pronto como soluciones un pequeño problemilla, Martin. —Riker le tendió la mano y el lobo se la estrechó. Me sorprendió esa formalidad entre ellos y el respeto que podía intuirse que el alfa heredero de los Atrum sentía por su mentor.

—¿Puedo preguntar el nombre de mi futura luna? —Inclinó la cabeza hacia mí en un gesto de solemne respeto, mientras me estudiaba. Me sentí un poco incómoda, pero supuse que con el tiempo acabaría acostumbrándome.

—Rubiselle. —Le tendí la mano, como había hecho Riker, y él la acogió entre las dos suyas.

—Manos pequeñas, pero tu pulso se siente firme —murmuró—. No eres una loba al uso, en cualquier caso, y eso hace que seas especial, supongo.

—Suelen decirme que soy pequeña y frágil, pero me gusta cómo suena eso de especial. —Hice una mueca, sin apenas ser consciente de estar haciéndolo.

El anciano rio al escuchar mi comentario y desvió la mirada hacia Riker, que me pasó el brazo por encima de los hombros,

atrayéndome hacia él y envolviéndome con su presencia.

—Si una cosa nunca le ha faltado a nuestro alfa heredero es fuerza y arrogancia. —Contuve una carcajada al ver cómo le lanzaba una mirada crítica a mi acompañante—. Una luna humilde y sensata suplirá sus carencias.

Casi esperaba que Riker se enojara o le gruñera, pero, contra todo pronóstico, sonrió.

—Como siempre, estás en lo cierto: ella es simplemente perfecta. —Me sonrojé ante aquella afirmación—. No necesita ser fuerte, porque estoy más que dispuesto a defenderla con mi sangre y, por ende, lo mismo hará toda la manada.

Sonaba un poco dramático, pero me emocioné. ¿Quién no?

—Una pareja predestinada, entiendo. —Riker asintió.

—Si tienes un momento, nos gustaría explicarte los detalles de nuestra situación y lo que esperamos de ti. —El tono de Riker se había convertido en algo más duro y rígido, hablaba el alfa, no el muchacho.

El anciano asintió y se hizo a un lado. La decoración del interior de la casa era justo la que esperaba encontrar: paredes de piedra vista, muebles rústicos de madera y objetos de aspecto antiguo. Para ser un lobo, parecía realmente un erudito, lo que era poco común entre los nuestros, más dados al combate y a la ejercitación física que no tanto la de la mente. Me sentí cómoda. Como si, al final, no fuera tan rara. Siempre me había sentido bien entre libros y el lobo frente a mí era un reflejo de ese interés mío.

Nos sentamos en una estancia que hacía de comedor y sala de estar. No había muchos muebles, ni mesas largas en las que celebrar comidas con un número elevado de invitados. Otro punto a su favor: no era un lobo obsesionado con sociabilizar. Con la manada. Con formar parte de un algo mucho más grande.

Apenas consiguió tres sillas desaparejadas para ubicarlas en una pequeña mesa circular. Nos pidió que nos acomodáramos y nos trajo una bandeja con una tetera y un termo de café.

—Os escucho. —Pese a que habló en plural, sus ojos se centraron en Riker, así que opté por permanecer en silencio mientras él le exponía nuestra situación.

—Rubis no es capaz de transmutar todavía. —El anciano frunció el ceño y me observó.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho, tal vez más. Soy huérfana. Los Fe de Aurora me encontraron en el bosque, dentro de su territorio, y me adoptaron.

—Es un caso particular, no conozco de ningún lobo con una maduración tan tardía.

—Hay quien cree que puede estar condicionado por una malnutrición severa. — Riker gruñó por lo bajo, como si esa posibilidad le quemara por dentro. No haber estado allí, incluso si él apenas era, por aquel entonces, poco más que un cachorro. Su instinto de protegerme le quemaba. Era un alfa. Y yo su pareja. Tendría que mentalizarme.

—¿Y tú qué crees? —se interesó el anciano, estudiándome.

Era una gran pregunta.

—No lo sé. —El anciano asintió.

—Tal vez podría justificar tu tamaño, pero el instinto del lobo depende más de la fuerza vital y la voluntad, que no con algo material y tangible como nuestra apariencia humana. —Negó con la cabeza, como si reflexionara en voz alta—. ¿Qué hay de tus ojos? ¿Tu cabello?

—¿Qué pasa con ellos? —cuestionó Riker, que se inclinó hacia mí para capturar uno de mis mechones plateados entre sus dedos. Empezó a juguetear con él.

—Son atípicos. El color dorado es algo característico en los Sangre de Ámbar, pero ese gris… rozando la plata, creo que nunca había visto unos ojos iguales. —Se frotó el mentón—. Me hacen pensar en las cumbres nevadas y en las altas montañas.

—No sabemos de qué manada provienen sus padres, pero es posible que sean del norte. Cruzó el territorio de los Ferus una noche de luna llena sin ser vista.

—¿Eso hiciste, niña? —Creo que no era admiración lo que vi en sus ojos, pero como Riker era el culpable de ponerme en esa situación, me decanté por incriminarle a él.

—Había un lobo negro furioso persiguiéndome. —Ladeó la cabeza y nos observó.

—Culpable. Mi pareja predestinada es lenta de entendederas y consideró que era más inteligente adentrarse en ese territorio que enfrentarse a su destino. —Lo soltó con un tono arrogante, mientras seguía toqueteándome el pelo, sus ojos deslizándose hacia mis labios.

—¡Válgame la diosa Luna! ¿Por qué harías algo así? —Tal vez la intención de Riker era asegurar que Martin me cogiera manía antes incluso de que llegara a conocerme.

—No sabía que era mi pareja predestinada. —Aquello le sonó al anciano como si acabara de golpearle, lo vi en cómo su cuerpo se tensó, en cómo sus pupilas se dilataron—. Mi instinto de lobo en algunas cosas está un poco atrofiado.

—Eso es interesante, por lo menos. Cuéntame más.

—No es solo el tema del tamaño. No disfruto con la caza. Me gusta la calma, más que la gente. Los libros. —Deslicé la mirada hacia una estantería que estaba repleta de ellos—. Los libros me encantan. Son mi zona segura. Eso y el bosque. La nada. Un lago iluminado por la luna. Los ruidos que se pueden percibir en el silencio. —Busqué su mirada antes de soltar el aire y añadir—: Nunca he formado parte de una manada.

—No se vinculó al alfa de los Fe de Aurora.

—¿Significa eso que tus padres viven? —La facilidad con la que había llegado a esa posibilidad que a mí me había costado años, me demostró por qué el hombre frente a mí se había ganado el respeto de Riker y sus padres.

—No sé nada de mis progenitores, pero es posible, sí.

—¿Tal vez eso la limita?

—No debería, excepto que su alfa la hubiera condicionado de forma directa para que no lo hiciera. —Riker y su mentor se sostuvieron la mirada, dejándome al margen de la conversación.

—¿Para que no hiciera qué? —les cuestioné.

—Para que no pudieras transformarte en lobo.

Esa posibilidad, desde luego, no me la esperaba.

¿Quién sería tan cabrón para hacer algo así?

—Lo que nos debe llevar a pensar en por qué un alfa haría algo así sobre un cachorro.

—Cerca de los Fe de Aurora hay un par de ciudades humanas —tanteó Riker.

—En un orfanato humano hubieran verificado su ascendencia con una prueba genética.

—Me han hecho varias. Todas las pruebas muestran mi ascendencia lobuna, pero incluso en los estudios más sensibles para detectar genes latentes humanos, no hay nada. Ni un mal ascendente lejano.

Sería raro, pero si un pequeño porcentaje de mi sangre proviniera de un antepasado lejano humano que hubiera engendrado una línea genealógica de mestizos que se hubieran relacionado, a su vez, con lobos de sangre pura, podría llegar a tener una ascendencia en la que predominara de forma evidente la ascendencia lobuna, pero esa porción de sangre humana contaminaría la del lobo, convirtiéndome en una mestiza un tanto atípica, pero justificaría mi incapacidad para transmutar. Los resultados, sin embargo, eran claros y concluyentes. Era una loba. Fin.

—Tenemos la teoría de la malnutrición y la de un alfa opresivo, pero tampoco tendríamos que descartar que se trate de algo diferente.

—¿Algo diferente?

—Un bloqueo interno. —Me tensé y tragué saliva, pero le sostuve la mirada—. Hay quien cree que ese tipo de cosas pueden inhibir nuestra naturaleza de lobo. Podría decirse que el primer paso para transformarnos es creer que podemos hacerlo.

Riker deslizó la mirada y me colocó una de sus enormes manos sobre la rodilla.

—Es mi pareja predestinada. En su destino está escrito ser la luna de una de las manadas más importantes del estado. Ser mi compañera. —Riker parecía molesto con el comentario de Martin.

—Cierto, pero arrastra un pasado y tal vez le pesa.

—Cuando nos conocimos, se nos planteó un dilema —murmuró el alfa heredero observando a su mentor, tras unos segundos de silencio—. Respecto al ritual del reclamo.

—Temes que tu mordida pueda lastimarla. —Era astuto.

—Sí, pero al mismo tiempo me planteo, ¿y si eso es justo lo que necesita? Lo que yo soy, lo que seremos juntos. —Estaba tenso, como si necesitara que le diera una respuesta. Y yo sabía perfectamente cuál quería que fuera.

El anciano se quedó pensativo.

—El vínculo entre una pareja predestinada puede fortalecerles, sí, pero un humano puede morir con la mordida de un lobo y un omega tardar varios días, o incluso semanas, si es un alfa el que los reclama. ¿Puede tu mordida despertar a su lobo? —Se quedó en silencio—. Creo que es posible, pero también peligroso. Es sensato no descartar la posibilidad de que puedas matarla.

Riker se tensó y su rostro empalideció. Como si acabaran de volcar sobre él un jarrón de agua fría. Que tampoco era muy diferente a lo que habíamos estado hablando, pero con la forma clara y concisa que Martin acababa de exponerlo se me había erizado el vello. Sus manos se cerraron en dos puños y vi que los apretaba con fuerza. Y rabia. No le gustaba su respuesta.

—Por el olor que desprende tu compañera, que no la hayas marcado evidencia que tu capacidad de contención ha mejorado con el paso de los años. Si quieres un consejo, mantén los caninos lejos de su cuello, pero no pienso entrometerme en dónde ni cómo la haces tuya con el resto de las partes de tu cuerpo.

—No podrías evitarlo por mucho que te lo propusieras —le aseguró Riker con un deje arrogante mientras yo me ponía roja como un tomate.

Supuse que contarle al anciano que ese alfa posesivo no me había dejado darme una ducha y frotarme durante un buen rato el cuerpo no serviría de nada o, incluso, lo empeoraría todo.

—Supongo que vas a convertirte en mi próximo reto, ¿verdad, luna? —Me sonrió.

—Eso parece.

—Su transformación es prioritaria. Deja cualquier otra cosa que tengas entre manos y céntrate en lo que sea que creas que pueda ayudarnos a que sea lo más pronto posible. —Sonó a orden.

—¿Cómo está tu padre? —Lo sabía. Lo vi en su mirada.

—Tienes un mes. —Una respuesta que no correspondía a la pregunta que le había hecho, pero, al mismo tiempo, Martin supo entender lo que Riker no había llegado a decir en voz alta.

—Deberías valorar reunirte con los alfas del norte, solo por si acaso.

—No puedo alejarme de la manada —negó—. Pero enviaré delegaciones. Estaría bien saber qué he de preguntarles.

—Te prepararé unas misivas que suenen cordiales y en las que no se note que, si descubres que algún alfa de esas manadas condicionó a tu compañera siendo una cría, disfrutarás destripándole.

—Sería una forma rápida de que Rubis pasara a formar parte de la manada.

—Lo será cuando formalicéis el ritual del reclamo.

—Asegúrate de que eso es más pronto que tarde.

Riker se levantó y me besó con avidez, ignorando a su mentor, antes de despedirse y dejarme a solas con el anciano.

—Si te parece bien, Rubis, me gustaría saberlo todo de ti. Cualquier detalle, por pequeño que pueda parecerte, puede darnos una pista, un algo de lo que tirar. Si todo se reduce a un bloqueo interno, lo único que hemos de hacer es levantar esa barrera que te has autoimpuesto.

—¿Cómo?

—Superando el miedo, la causa, que ha hecho que tu subconsciente la haya construido.

—¿Y si no es un bloqueo interno?

—En tal caso, dependemos de la buena voluntad del resto de las manadas y de que tu cuerpo recupere la carencia que sufrió siendo un cachorro, si eso es posible.

—No sé si un mes se nos quedará corto. —Le miré.

—No lo sabremos hasta llegado el momento, pero si me aceptas un consejo, mi luna, asegurémonos que todo lo que está en nuestras manos sea hecho.

Si la voluntad hacía al lobo, el de aquel hombre debía de ser fuerte. Poderoso. Y sabio.



CAPÍTULO 20

UNA NOTA DISCORDANTE

RIKER ME RECOGIÓ A MEDIA TARDE. Martin le dijo algo de que esperaba poder disponer de mí durante un par de horas más ese día, pero el alfa heredero le soltó un gruñido y se limitó a sacarme de allí e ignorar sus protestas.

Quise disculparme por su comportamiento, pero vi que el anciano sonreía y que su mirada brillaba con diversión. Disfrutaba provocándole. Porque yo era su debilidad. Su tendón de Aquiles. Y Martin quería a Riker no solo como el futuro alfa de los Atrum, sino como el mentor que le ha visto crecer y se siente orgulloso del lobo en el que se ha convertido. De ahí las licencias que se tomaba.

—¿Quieres pasear o te tienta retarme en una carreta? —Sus ojos se volvieron brillantes. La idea de cazar estimulaba a su lobo.

—Vas a ganarme.

—No fue así la última vez —me recordó mientras caminábamos, las manos enlazadas, siguiendo un camino de tierra que se adentraba en el bosque.

—Tú dices que no, pero ese día estaba poseída; si no fue algún tipo de droga, fue la diosa Luna que se vino arriba —bromeé y él elevó una ceja, como si quisiera que desarrollara esa historia—. Eso y que ya sabes que temía por mi vida. Lo que sucedió aquella noche, no creo que jamás vuelva a repetirse.

—Eso puedo asegurártelo: por encima de mi cadáver volverás a adentrarte en territorio Ferus si no es conmigo a tu lado y, aun así, creo que sigue sin gustarme esa idea.

—Por una vez, estamos de acuerdo.

—Hay un sitio cerca de aquí. Supongo que no estarás cansada. —Vi un destello travieso en su mirada y, de repente, su cuerpo empezó a convulsionar.

—Ni se te ocurra, Riker.

—¿El qué? —Su voz sonó más ronca antes de que su cuerpo empezara a transmutar.

Su ropa se rompió en mil pedazos y el hombre que hacía un momento estaba a mi lado pasó a convertirse en un imponente lobo de pelaje negro.

—Idiota —gruñí mientras retrocedía un par de pasos, porque aquel lobo era tan imponente como magnífico, pero, al mismo tiempo, aterrador. Se estiró sobre su estómago y emitió un gemido ahogado, lastimero, que me arrancó una carcajada—. Igual no eres tan bravo, después de todo.

Elevé la mano y se acercó a mí. Me olfateó y luego con su enorme cabeza empujó mi mano, como si quisiera que le acariciara. Sonreí. Ya no me daba tanto miedo, sabiendo quién era en realidad. Mi compañero. Tardaría un tiempo en asumirlo.

Tras rozar su cuerpo contra mis piernas, dejándome la ropa llena de pelos oscuros, pareció darse por satisfecho y empezó a dar pequeños saltos, como si fuera un cachorro con ganas de jugar. Me

arrancó una carcajada y, cuando empezó a trotar, me obligué a correr a su lado.

Adaptó su ritmo al mío, sin forzarme, y me sentí libre en cuanto nos adentramos en la parte más frondosa del bosque. La naturaleza siempre había sido un pilar en mi vida. Mi refugio. El lugar en el que sus ruidos se fundían con mi silencio y calmaba mi maltrecho corazón.

Martin tenía razón.

No me creía mi historia.

Lo que yo era.

La luna que se suponía que debía llegar a ser.

Era como si me faltara un trocito de mí misma, ese que haría que todo tuviera sentido.

Mis padres. Mi linaje. Mi manada. Mi origen.

Llegamos a un claro y Riker se acercó a un árbol para volver a transformarse. Verle desnudo me impresionó tanto o más que la primera vez. Su cuerpo era fuerte, perfecto, y desprendía una sensualidad masculina que era adictiva. Algo en mi olor cambió y también lo hizo en él.

—Me gusta esto: tú y yo. —Me sonrió—. Eso y que esta vez no estás huyendo de mí.

—Si te me hubieras presentado en pelotas, igual no habría salido corriendo. —Soltó una carcajada.

—Así que te gusta mi cuerpo desnudo.

—Es interesante, solo eso.

—¿Solo eso? —Rio por lo bajo—. ¿Sabes que tu olor te delata?

—¿Sabes que es de mala educación decirle eso a una chica en su primera cita?

—¿Es nuestra primera cita? —Sus cejas se alzaron en algo parecido a la sorpresa.

—Podría serlo. Cenar con mi antiguo alfa o enviarme a un cocinero al instituto no creo que cuente.

—Cierto, y anoche hicimos de todo, pero no llegamos a probar nada de lo que nos subieron para cenar, así que tampoco podría considerarse una cita como tal.

—Idiota. —Me sonrió. Se sentó en el suelo, su espalda contra el grueso tronco del árbol y me indicó que me acercara. Me senté entre sus piernas, mi espalda reposando en su pecho.

—¿Qué se suele hacer en ese tipo de convenciones sociales?

—No sabría decirte. Me basta con esto. Creo que es simplemente perfecto. —Riker rozó mi cabello con su rostro—. Me gusta este sitio.

Era un bosque de follaje tupido y un algo de salvaje. Me ayudaba a conectar con lo que era. Con cómo sentía el mundo que me rodeaba.

—Tiempo atrás fuimos salvajes. —Hizo una pausa—. Aún lo somos.

—Supongo que mucho tiene que ver con nuestros instintos.

—¿Esos que hacen que apenas sea capaz de pensar en otra cosa que en cómo me pones de caliente?

—Idiota. —Ronroneó en mi cuello.

—Mis padres me han preguntado si esta noche cenaremos con ellos.

—¿Y qué les has contestado?

—Que si por mí fuera te mantendría despierta toda la noche.

—Dime que no… —Riker empezó a reír.

—Les he dicho que hablaría contigo primero.

Me sorprendió que hubiera tenido esa deferencia para conmigo y me emocionó un poco.

—Supongo que es normal que lo hagamos, cenar con ellos, quiero decir. —Me sonrojé. Igual la idiota era yo, después de todo.

—Perfecto, se lo haré saber. Esta noche me toca salir con un grupo de omegas a patrullar.

—¿Sueles hacerlo?

—Sí. Antes nos turnábamos mi padre y yo. —Se quedó en silencio. Supe que estaba pensando en la plata líquida que corría por sus venas y en el inminente final de aquel alfa que antaño debía de haber sido imponente.

—¿Se supone que debo acompañarte o algo? —le cuestioné porque en los Fe de Aurora apenas había patrullas y, desde luego, en ellas no corrían ni el alfa ni su luna.

—Solo si quieres. Cuando puedas transmutar a lobo.

Me besó con suavidad sobre el cabello revuelto.

Quise contestarle algo, pero me quedé en silencio. Ojalá llegara esa noche en la que pudiera correr a su lado. Siendo una loba. Su luna.

No recuperé mi teléfono hasta última hora de esa tarde, pero lo cierto es que no lo había echado en falta, lo que decía muy poco de mi vida social. Cierto. Estaba sin batería, así que lo conecté a la corriente antes de bajar a cenar con Riker y sus padres.

Querían complacerme o, para ser más exactos, querían complacer a su hijo, aceptándome, intentando hacer que me sintiera una más de aquella casa, y eso me asustaba y emocionaba a partes iguales. Porque era como empezar a construir un hogar, una familia, sin la certeza de qué ocurriría pasado el tiempo que el padre de Riker nos había dado.

Decidí disfrutar del momento.

Había sido un gran día. Despertarme enredada a Riker, pasar el día con Martin para acabarlo en brazos de mi pareja vinculada, besándonos en aquel claro. Mentiría si dijera que no había sido uno de los mejores días de toda mi vida. También es cierto que no tenía grandes momentos con los que compararlo. Estar con él se sentía bien. Como si las piezas de mi vida empezaran a encajar. Incluso si él era un alfa. Y yo la Sinlobo. No parecía importarle. A mí tampoco.

—Si quieres que me quede, solo tienes que pedírmelo —ronroneó Riker tras acompañarnos hasta nuestra habitación.

—No me uses a mí de excusa si no te apetece salir a patrullar.

—No te equivoques, a mí siempre me apetece correr con mis lobos —me indicó con expresión altiva.

—¿Ajá? —Empecé a desnudarme delante de él y vi cómo la nuez del cuello le subía y le bajaba lentamente y cómo se le alargaban los colmillos.

—Si quieres que te folle, solo tienes que decírmelo. Lo entenderán. —Me sonrió con malicia.

—O pensarán que su futura luna te distrae de tus obligaciones. —Gruñó, porque esa posibilidad no le gustaba.

—Cuando vuelva, te quiero desnuda en mi cama.

—Ya veremos.

—Si decides usar un pijama, que no sea uno de los que más te gustan, porque pienso dejarlo hecho jirones cuando venga a por ti. —Sentí el calor en mis mejillas. Mis pezones erizarse. Gruñó, satisfecho, y ladeó la cabeza. Olía el efecto de sus provocaciones. Hizo una ridícula reverencia y se fue, dejándome sola en aquel espacio enorme que sentía como mío.

Me permití el capricho de un baño caliente. Habían dejado varias sales aromáticas y jabones espumosos que ni siquiera la luna de mi antigua manada los usaba. El rastro de Riker no se desprendió de mi cuerpo, pero al menos me sentí aseada.

Con el pelo aún húmedo, fui a buscar mi teléfono y me encontré con que había cuatro llamadas perdidas de Re, lo que me obligó a aterrizar al planeta Tierra, recordar que el mundo era mucho más grande que el aquí y el ahora, que Riker mirándome de forma lasciva y yo deseando que cumpliera todas y cada una de esas promesas calientes de las que me hablaba.

Me senté en la cama.

Tenía una conversación pendiente con mi mejor amigo. Una que podía ser larga.

Cogió la llamada tras el primer tono.

—¿Dónde estás?

—En la casa de la manada de los Atrum.

—Joder, Rubis, dime que estás bien.

—Estoy bien. —Lo estaba. Tal vez un poco demasiado bien, y todo, teniendo en cuenta todos los cambios que mi vida había sufrido en apenas una semana.

—Vale, ¿puedes hablar? —Re tenía muchas cosas, pero era un tipo listo. Sonreí.

—Sí. Riker ha ido a patrullar con algunos lobos. Estoy sola.

—¿Vas a contármelo? —Ahí pareció ligeramente irritado.

—No es que haya mucho más de lo que ya habrás oído, supongo.

—Preferiría oírlo de tu boca y no basarme en la rumorología del populacho. —Vale, eso ya sonaba a enojo. Franco y llano.

—Te conté que vinimos a un evento de los Atrum, por eso de que el alfa heredero tenía que encontrar una luna como que ya y que en la fiesta Emma conoció a su compañero. El tema es que cuando pasó lo de Emma, me vine abajo. —Escuché que hacía un ruido, algo parecido a un «ajá», así que decidí seguir adelante—: Quizá lo que no te conté es que me dio por escapar por una ventana.

—No me jodas.

—Ya, eso, sé que fue poco apropiado, estando en un territorio extraño, pero me encontré haciéndolo, sin más, y te recuerdo que eras tú el que me decías que saltara de la ventana del baño la otra semana, ¿recuerdas?

—¿Y qué pasó?

Esa era una gran pregunta.

—Riker percibió mi rastro y fue a mi encuentro.

—Sigue. —Su tono de voz se volvió gélido.

—Pues el tema es que yo vi a un lobo enorme con aspecto cabreado y me dio por correr, algo que, por cierto, no le sentó muy bien.

—Dime que no te hizo daño.

—No es que le diera la oportunidad: no me preguntes cómo, pero conseguí eludirle y cuando entré en el territorio de los Ferus dejó de seguirme.

—¡¿Qué hiciste qué?! ¡¿Te has vuelto loca?!

—¿Podéis dejar todos de chillarme? —Gruñó, pero acabó callándose—. Sí, ya sé que no fue un gran momento de lucidez por mi parte, pero la diosa Luna estaba de mi lado, así que acabé en mi cama, a primera hora de la mañana, agotada pero feliz.

No le conté la posibilidad de que me hubieran drogado. Re estaba ya bastante nervioso y cabreado como para darle más munición para que acabara calentándose.

—¿Cruzaste medio estado?

—No me pidas que lo repita, pero sí, lo hice. Puedes no creerme; si no te lo conté fue porque, sinceramente, a mí me suena a ciencia ficción, pero es lo que pasó.

—Cruzaste los territorios de los Atrum y los Ferus y no se enteraron. —Tardó un tiempo en asumir aquello y, de repente,

empezó a reír—. *¡Serás zorra!*

—Vete a la mierda. —Sonreí. Se sentía bien hablar con ese Re, con mi amigo de siempre.

—Puedes contarme, entonces, ¿qué diablos pasó el viernes y por qué estás con los Atrum?

—Resulta que soy la pareja predestinada de Riker, ya sabes, el alfa ese tan majo que nos vino a hacer una visita y que por poco levanta la pierna para mear en cada esquina del instituto. —Que no sería el primero en mearse por el Palmer, pero una cosa era hacerlo por joder y otra para marcar su autoridad en aquel territorio.

—No puedes estar hablando en serio.

—Pues va a ser que sí.

—¿Eres la compañera de ese puto lobo arrogante?

—Eso parece.

—Joder, Rubis, ¿y no puedes hacer nada?

—¿Hacer nada? —Fruncí el ceño, sin comprender qué quería decir.

—No puedes someterte a ese tipo solo porque él haya decidido que eres su nuevo juguete.

—No soy un juguete, Re, soy la pareja que ha elegido para él la diosa Luna —le corregí, molesta por su tono.

—Ya, claro. ¿Pretendes decirme que crees en esas gilipolleces?

—No lo creo, Re, es algo que se siente, como un instinto.

—No puedes estar hablando en serio. No conoces de nada a ese tipo. Podría ser un psicópata, Rubis, ¿es que no te das cuenta?

—Sí, ya, bueno, supongo que tengo largo y tendido para conocerle. —Me encogí de hombros.

—No, Rubis, no me jodas. No puedes caer en algo tan absurdo.

—No es algo absurdo, Re; para los lobos, el tema de los compañeros es algo casi sagrado. El vínculo que se forja entre dos lobos cuya relación ha bendecido la diosa Luna les confiere habilidades únicas.

—Así que te quiere por eso, para convertirse en un super lobo alfa, ¡hay que joderse!

—¡No! —gruñí, enfadada.

—Claro, vas a decirme que está enamorado de ti y te quiere por quién eres porque, claro, te conoce desde hace qué, ¿menos de una

semana?

—¿No puedes simplemente alegrarte por mí? —le espeté, enojada, alzando el tono.

—¿Alegrarme de que estés en manos de un lobo que destila arrogancia y gilipollez y que se te esté pegando?

Gruñí, enfadada.

—Quizás no lo recuerdas, pero yo también soy una loba.

—Lo sé, créeme.

—No me gusta el tono que has usado.

—Y a mí tampoco que mi mejor amiga se haya olvidado de todo lo que ha sufrido en las zarpas de esos desgraciados. Nunca te han considerado uno de ellos, ¿recuerdas? Pero supongo que ahora que tienes a ese macho babeando crees que sí puedes encajar, ¿no? ¿Se trata de eso?

—¿Eres idiota?

—Quizá, porque no he pegado ojo y estaba jodidamente preocupado porque ese tipo estuviera abusando de ti. ¡Sé que te sacaron de la clase de combate antes de que se acabara y no contestabas al teléfono! Estaba pensando lo peor, ¿sabes? Y ahora resulta que mi mejor amiga se ha convertido en el corderito que quiere complacer al puto león. Si luego las cosas se tuercen, no me digas que no te lo advertí.

—No sabes de lo que hablas, Re —intenté razonar con él—. Riker es mi pareja predestinada; su instinto le empuja a protegerme, no va a hacer nada que pueda perjudicarme.

—Sí, claro. —Hizo una pausa—*. Incluso si ahora me gustaría darte un par de hostias para que despertaras de la mierda que te estás vendiendo a ti misma, casi desearía equivocarme, porque si esta mierda al final te explota en la cara, pienso recordarte que te lo dije.*

—Re…

—He pasado por un infierno cada maldita hora, pero supongo que es inevitable, teniendo en cuenta que siempre he sido, y seré, tu mejor amigo; aunque no tengo claro si tú ya te has olvidado de todos estos años.

Me colgó.

El capullo me colgó.

Y yo lancé con tanta fuerza el teléfono móvil contra una pared que se rompió en mil pedazos.

Perfecto.

Si Re no quería entender cómo había cambiado mi vida, era su puto problema.

¿No?



CAPÍTULO 21

RUTINAS

ME DESPERTÉ A PRIMERA HORA y me encontré con que apenas podía moverme porque Riker estaba estirado a mi lado, abrazándome. Apenas había sido consciente de cuándo había llegado, y eso que me pasé varias horas dando vueltas en la cama, porque con el cabreo que llevaba, tras la conversación con Re, no conseguía conciliar el sueño.

—Si querías un teléfono nuevo, solo tenías que pedirlo, ¿sabes? —ronroneó sobre mi oreja y me arrancó una pequeña sonrisa.

—Me pareció ver una cucaracha. —Riker rio por lo bajo.

—¿Una cucaracha? ¿En serio?

—Me dan asco.

—Me clavé un trozo de a saber qué en la planta del pie, que lo sepas —me contó, pero no parecía molesto.

—Lo siento. —Me sentí un poco culpable, pero sus brazos me apretaron contra su cuerpo y solo entonces fui consciente de que él también estaba desnudo.

—Siempre podrías compensarme, ¿se te ocurre cómo? —Sonó juguetón y, por si su tono no había sido lo suficientemente sugerente, su boca empezó a recorrer mi cuello, depositando suaves besos en él.

—Ayer le dije a Martin que iría después de desayunar. —Gruñó ante mis palabras, descontento con eso de que le llevara la contraria, pero supe que había cedido porque sus labios dejaron de buscarme—. De acuerdo. Vendré a buscarte a la hora de la comida, ese viejo no puede pretender monopolizarte, déjaselo claro.

—Sí, alfa. —Le gustó que usara su rango y ronroneó mientras apretaba de nuevo su cuerpo contra el mío.

—Daré órdenes para que Dorian te acompañe hasta allí.

—No es necesario… —No me dejó acabar la frase, porque me volteó y se colocó sobre mí. Sus ojos verdes buscaron los míos y vi una mezcla de deseo salvaje y algo que no supe identificar. Su cuerpo parecía encajar a la perfección con el mío, pese a nuestra diferencia de tamaño. Coloqué las manos sobre sus firmes pectorales, tratando de ignorar cómo su miembro intentaba encajarse entre mis piernas, pese a que el pijama le impedía conseguir su objetivo.

—Lo es. Mi olor ya no es tan evidente en tu cuerpo. —Por la forma en la que me miró, creo que sospechaba que me había pasado más de una hora en la ducha, frotándome a conciencia cada centímetro de mi cuerpo—. Me enojaría que alguien de mi manada no se comportara como es debido con mi futura luna.

—Ellos tendrán cosas que hacer, son betas, no niñeras. Iré caminando, con el GPS no puedo perderme.

Sus ojos brillaron con una mezcla de rabia y fascinación. Su boca descendió sobre la mía y me besó con tal intensidad que me dejó jadeante. Solo entonces una media sonrisa apareció en su rostro, junto a una mirada altiva y arrogante.

—Creo recordar que te avisé sobre qué le podía pasar a tu pijama si decidías desafiarme.

—Ni se te ocurra.

—No te muevas, mi luna, porque podría hacerte daño. —Una de sus manos se convirtió en garra y empezó a desgarrar la parte frontal de mi pijama bajo su atenta mirada. Mis senos quedaron expuestos y le gustó encontrar mis pezones erectos. Se inclinó para tomar uno en su boca y empezó a succionarlo lentamente, haciendo que jadeara de placer y me arqueara contra su cuerpo.

Empezó a mecerse contra mí. Movimientos rítmicos. Su cadera buscando la mía. Me encontré presionando contra él.

—Creo que podrías compensarme con un *casi* polvo matutino; después de todo, es lo mínimo que se merece tu alfa, poder dormir con tu olor sobre la piel de su cuerpo, después de pasarse la noche entera patrullando.

—Pensaba que me despertarías anoche —jadeé cuando tiró de mi pezón con los dientes. Riker rio por lo bajo.

—¿Eso querías? —No le contesté, pero mi pulso agitado hablaba por sí solo—. Necesitabas descansar y me pareció prioritario, que eso no significa que no desee retenerte en mi cama para satisfacerme a todas horas.

Riker se balanceaba sobre mí, su miembro desnudo buscando mi cuerpo, frotándose contra mí, cada vez a un ritmo más frenético. Me encontré levantando las caderas, mientras él seguía meciéndose con embestidas firmes, violentas.

—¡Riker! —gemí, excitada.

Sentí la tentación de romperme yo misma los pantaloncitos a rayas del pijama para que su miembro dejara de reptar por la piel de mi vientre y buscara el camino para introducirse en mí. Se sostenía sobre sus brazos, haciendo que toda la presión cayera únicamente sobre nuestras caderas que se buscaban con una necesidad que se antojaba agonizante.

Me arqueé contra él en el momento en el que gruñía con fuerza y convulsionábamos ambos, el uno contra el otro, Riker tensó su cuerpo y elevó el mentón, sus dientes expuestos, ansiando reclamarme, pero consiguió contenerse mientras mi estómago y

parte de mi pijama se empapaban de él. En vez de molestarle, se apoyó sobre mí, su piel contra la mía. Su olor impregnando de nuevo mi cuerpo. Me besó. Con avidez.

—Mucho mejor —ronroneó—. Dorian te está esperando abajo.

—No era necesario —protesté.

—Cada vez que pretendas llevarme la contraria o negarte a mi autoridad voy a optar por hacerte estremecer debajo de mí. Así que, por favor, mi luna, contradíceme tanto como te plazca.

—No sé si esto tiene mucho sentido.

—Cualquier treta con tal de tenerte jadeando contra mi piel me parece plausible.

Me hizo reír.

—Eres un pervertido.

—Solo voy a decirte que me estoy planteando buscar algo así como un bozal, porque ni muerto aguantaré un mes sin colarme entre tus piernas. Me vuelves loco, mi luna. —Me hizo reír esa tontería suya, mientras me sonrojaba y, al mismo tiempo, me planteaba si eso era posible. Que él y yo pudiéramos ser uno, sin la parte de la mordida. Muchas parejas de lobos tenían sexo sin que se mordieran ni se iniciara el ritual del reclamo.

—Le he dicho que no te deje marchar si no desayunas primero.

Era un controlador, pero no se lo tuve en cuenta.

—¿Puedes conectar con ellos a distancia mentalmente pese a no estar en tu forma lobuna? —le cuestioné impresionada.

—Solo con mis padres y mis betas, pero sí. —Me besó la punta de la nariz—. Con el resto de la manada necesito que haya contacto visual y, como lobo, puedo percibir los pensamientos de todos y cada uno de ellos y transmitirles órdenes sin importar dónde estén, siempre que usen su forma animal.

—¿Y si no están transformados?

—En tal caso necesito que haya un contacto visual. —Vi que sonreía con picardía.

—¿En qué estás pensando?

—En que necesito que seas mía como que ya. Me dedicaré a enviarte pensamientos calientes mientras cenamos con mis padres.

—Lo tuyo es enfermizo, en serio —mascullé sonrojándome—. Sabes que lo olerán, ¿no?

—¿Tu deseo? ¿El mío? Es posible que nos hayan oído, si no ahora, en algún momento de nuestra primera noche. Es como ha de ser. Ellos lo saben. Lo entienden. —Su mirada se ensombreció, las dudas de mi fragilidad, la posibilidad de que no pudiera cumplir con lo que me habían pedido a tiempo—. Me pasaría la mañana amándote, pero Martin debería ser nuestra prioridad en estos momentos. Si todo va bien, tendremos toda la vida para seguir con esto.

Lo que no dijo fue que no sabíamos qué pasaría si todo acababa «no yendo tan bien».

Me adapté a mis nuevas rutinas con una facilidad que me sorprendió por completo. Supongo que ayudaba el hecho de que, cuando Riker estaba ocupándose de los problemas de la manada o patrullando, Emma se quedaba conmigo. Lo que estaba genial, porque tener a mi mejor amiga era lo más, aunque me molestaba que apenas sacaba un pie fuera de la casa de la manada había alguien controlándome. Incluso también cuando estaba dentro.

—Es solo que se preocupa por ti. —Esta había sido la justificación de Emma.

—Creo que puedo mear sola, gracias —protesté una mañana en la que me encontré a un omega aposentado frente a la puerta que daba a nuestras estancias, como si fuera un perro guardián.

—No me vengas, que sé que no deja que nadie entre en vuestras dependencias y, por lo que he oído, las sábanas siempre os apestan a sexo.

—¿Vas a tirarme eso en cara tú? —Elevé una ceja y ella se limitó a reírse—. En realidad, Riker y yo aún no hemos…

—Lo sé, pero solo debe de faltarle metértela, porque me parece que el resto ya lo habéis probado. —Le golpeé en el costado mientras me ponía roja como un tomate.

—¿Y si nunca me transformo? —le cuestioné a mi amiga con esa sensación que me oprimía—. ¿Y si Riker y yo nunca podemos estar en realidad juntos?

—Es tu pareja predestinada, digo yo que la Luna no os habría enlazado si tú no fueras a llegar a convertirte en una loba.

—Tenemos un ultimátum.

—¿Qué quieres decir?

—Su padre. —No le di más explicaciones. No podía hacerlo—. Un mes, tal vez dos, y ya han pasado dos semanas.

Dos semanas que habían sido las mejores de toda mi vida.

Dos semanas en las que todo se me antojaba perfecto.

Todo menos el hecho de que seguía sin ser capaz de transformarme.

En ese aspecto, nada había cambiado.

—Míratelo desde otra perspectiva: dudo que nunca hayas tenido una motivación tan *grande* para convertirte en loba. —Usó un ronroneo al mencionar el tema del tamaño, porque era algo que le había preguntado hacía unos días, impresionada por la envergadura de Riker, sabiendo que aquello se suponía que debía acabar encajado dentro de mí. Pensarlo me hacía sentir un cierto recelo, pero cuando estábamos juntos, solo podía ansiar lo que no nos permitíamos. Aún.

—Visto así. —Me reí por lo bajo antes de despedirme de ella, porque habíamos llegado a casa de Martin.

Había dejado de llamar a su puerta: solía protestar porque le interrumpiera de lo que fuera que andaba haciendo y nunca dejaba el pestillo pasado. ¿Quién osaría convertirse en maleante dentro del territorio de los Atrum?

—Buenos días, Martin.

—Rubis. —Señaló con el mentón la tetera, aún humeante, y la taza que había a su lado. Me acerqué para servirme mientras él leía un texto de aspecto antiguo, una taza vacía a su lado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Se bajó los anteojos por encima de la larga nariz aguileña y me observó.

—Todo el mundo da por sentado que Riker y yo hemos empezado con la parte del apareamiento.

—¿Y no es así? —Sus aletas nasales captaron los matices de mi olor.

—No del todo, quiero decir que cada vez que estamos juntos es como si no fuera suficiente porque no deja que el lobo tome el control.

—No está dispuesto a asumir el riesgo que conllevaría perder el control y acabar mordiéndote, pero al mismo tiempo no hacerlo debe de estar torturándole. —Hizo una pausa—. No conozco ninguna pareja predestinada que hayan permanecido juntos tanto tiempo sin completar el ritual, y eso me lleva a pensar que cada día que pasa esa necesidad debe apremiarle. Al principio tal vez le bastaba sentir su olor en tu cuerpo, pero ahora ni siquiera eso le calma, ¿cierto? —Asentí—. Es normal.

—Se está volviendo obsesivo con mi protección —protesté—. Apenas puedo hacer nada sola.

—Si me preguntas, diría que es la primera vez que Riker tiene miedo de algo. Está asumiendo la condición de su padre y le aterra pensar que a su pequeña y frágil compañera pudiera pasarle algo, sea su mordida, una mala caída en el camino o un proyectil de plata líquida. —Me miró—. Existe la posibilidad de que la condición de su padre no fuera un accidente y, en tal caso, tú podrías convertirte en un objetivo. Siente que eres algo así como su debilidad, y está haciendo todo lo posible para tener la tranquilidad de que estás segura, protegida y a salvo.

Su debilidad.

Era una realidad dolorosa, pero no tenía los ovarios de negarlo.

¡Si solo pudiera transformarme!

—La transición de alfa heredero a regente no suele ser un proceso fácil tampoco, y la situación en la que está realizándose es, por lo menos, compleja.

—Me lo contó. —No especifiqué el qué, pero Martin asintió.

—Os siente como su luna, pero aún no sois suya. Ni siquiera puede enlazar su mente con la vuestra, así que saber que hay un lobo cerca con el que sí puede hacerlo y tener la certeza de que estáis a salvo calma un poco esa ansiedad que le genera no poder hacerlo. Paciencia, mi luna.

Si una cosa tenía Martin era su capacidad de ver las cosas desde una cierta perspectiva para ponerlas en su contexto. Eso y que

conocía a Riker desde que había sido un cachorro y yo apenas llevaba un par de semanas allí y, aunque intentaba pasar el máximo tiempo posible conmigo, tenía muchas obligaciones por su estatus.

La condición de su padre empeoraba, pero lo hacía lentamente.

Igual que mis avances intentando conectar con mi lobo.

Durante los primeros días, se había limitado a hacerme hablar de mi vida para ahondar más tarde en mis emociones. Hablar con él de todo aquello fue un proceso un poco tedioso, porque se sentía como desnudar mi alma y abrir todas y cada una de las defensas que había ido construyendo con el paso de los años sin apenas darme cuenta.

Descubrí que en mi sarcasmo había una fuente de resiliencia.

Que encontraba en el miedo algo que me hacía crecer y volverme más fuerte.

Que el no saber por qué me abandonaron me ahogaba emocionalmente.

Que era leal y fiel a mí misma y que por eso odiaba mentir y me decantaba por verdades a medias.

Había aprendido a controlar cambios menores, como convertir mis manos en unas pequeñas garras y que mis caninos se alargaran. Lo que era una mejora que habíamos celebrado con Riker, pero al mismo tiempo seguía sabiéndonos a poco. El ultimátum que su padre nos había dado el día de mi llegada pesaba sobre mi cabeza y sobre mi corazón. Y, también, sobre el de Riker.

¿Reconsideraría el alfa regente el tiempo que nos había dado si veía que me esforzaba en lograr aquello con todo mi empeño?

Tal vez Martin podría convencerle de que algo así no podía forzarse en tan poco tiempo. Que el vínculo que compartíamos Riker y yo bien valía que mostrara un poco de compasión y un mucho de paciencia.

El problema era que tal vez no disponíamos de ese tiempo, y ni siquiera podía quejarme al respecto, porque ¿qué mierdas puedes decirle a un hombre moribundo, un alfa cuyo único deseo es asegurar el bienestar de toda una manada?

—Hemos recibido respuesta de una de las manadas del norte. —Me tensé para mirarle, pero negó con la cabeza—. Niegan saber

nada, pero no es que esperáramos otra cosa, ¿verdad? —Se obligó a sonreírme—. He estado pensando mucho al respecto. —Se levantó y fue a buscar un par de tomos a una de las estanterías.

—Estos no los había visto —le dije frunciendo el ceño.

—Los tenía arriba, en mi despacho de artilugios y antigüedades. —Me sonrió, creo que emocionado de que hubiera sido capaz de apreciar ese pequeño detalle—. ¿Qué motivo podría hacer que un alfa negara a un lobo su habilidad de transmutar?

—¿Es una pregunta con trampa?

—Tal vez. —Abrió uno de los libros y estuvo rebuscando hasta que encontró un árbol genealógico y me lo mostró. Volqué mi atención sobre los nombres y las líneas; Martin se mantuvo a mi lado, impasible, permitiéndome que me tomara el tiempo que necesitaba.

—Es el linaje de los Atrum —murmuré y levanté la vista.

—Lo es. —Resiguió con el dedo hasta llegar a un punto en concreto—. Uno de los alfas tuvo un descendiente con una loba de la manada, una que no era su luna. —Apreté los dientes—. Y las cosas se complicaron. La loba engendró un alfa bastardo que acabó rompiendo los vínculos con los Atrum y arrastrando con él a una buena parte de los lobos de la manada.

—¿Y qué pasó?

—El alfa heredero, influenciado por su madre, prefirió vengar la traición a la que su padre sometió a su madre y obligó a sus lobos a eliminarlos. Murieron muchos, pero eso no fue lo peor de esta trágica historia.

—Se dieron muerte entre hermanos.

—Correcto. Lobos con un mismo linaje, primos, hermanos, padres e hijos tuvieron que enfrentarse porque no podían negarse a la orden de sus respectivos líderes. Eso fue antes del Alzamiento, antes de la guerra con los faes, o, quizás, sea solo una leyenda. —Hizo una pausa—. Tal vez te sorprenda mi teoría, pero si eres digna de ser la pareja predestinada, la compañera, del alfa heredero de los Atrum, puede que tu linaje no sea tan frágil como puedan aparentar tus huesos.

»Dudo que la nuestra sea la única historia con tintes de sangre y de sombras. Los lobos somos dominantes. Territoriales. Pero, por desgracia, la mayoría no encontramos a nuestra pareja predestinada y muchas parejas de lobos no llegan a consolidar un *para siempre*.

»Lo que me lleva a pensar: ¿y si desciendes de un alfa? —Me sostuvo la mirada mientras mi corazón se aceleraba y la respiración se me agitaba—. ¿Uno que tuvo un idilio con alguien que no debería? ¿Uno que supo ver el riesgo que podía suponer criar a un bastardo dentro de su territorio?

—Es imposible. No tiene sentido. No tengo ese algo. —Me costaba hablar—. Y soy una hembra. ¿Qué peligro supondría alguien como yo para un alfa heredero?

—Hemos dado por supuesto que sufriste carencias en tus primeros meses de vida, pero ¿y si eso sucedió antes? ¿Y si tu progenitor, el alfa al que estás vinculada, bloqueó a tu lobo antes incluso de tu nacimiento?

—¿Es eso posible?

—No lo sé, pero es una teoría que considero que debemos explorar. —Me recosté en el asiento, un tanto sobrecogida—. He estado haciendo perfiles a los alfas de las manadas del norte: solo hay tres que no llegaron a vincularse a sus lunas.

—¿Todos los otros encontraron a su pareja predestinada?

—No, es posible que eso solo sucediera en una minoría de los casos, pero incluso si se vincularon a una compañera elegida, no debemos menospreciar el vínculo que se crea con el ritual del reclamo. —Se frotó la tupida barba en un acto inconsciente que solía hacer cuando pensaba y hablaba a un tiempo—. A partir de ese momento, se crea una conexión entre ellos: disminuye la lívido del lobo si no es su compañera la persona con la que está y, además, podría llegar a permitir a su compañera percibir sus emociones, entre ellas la excitación que supone el coito.

—En el instituto nos solían decir que el ritual del reclamo era un «para siempre».

—Lo es y, además, fortalece el linaje del alfa. Es poco probable que un alfa vinculado a su luna buscara la compañía de otra loba.

—¿Por qué no se vincularon a sus lunas esos tres alfas, entonces?

—Hay quien sigue anhelando encontrar a su pareja predestinada y quien no quiere prescindir de una forma de vida más agresiva y salvaje, sin limitarse a una sola hembra.

—Así que es posible.

—No estoy seguro, pero tendría un cierto sentido.



CAPÍTULO 22

CUANDO EL PASADO ENTRA A FORMAR PARTE DEL PRESENTE

UNOS POCOS DÍAS MÁS TARDE, Riker me dijo que el alfa de los Fe de Aurora había solicitado visitarnos. Me sorprendió un poco, pero Martin me había dicho que había estado hablando con él y que tenía la sensación de que no sabía mucho, pero que ocultaba algo.

No fue hasta media tarde que mi antiguo alfa llegó a la casa de la manada de los Atrum. Lo hizo acompañado de sus dos betas y un par de lobos más, como si necesitara mostrar que poseía algún tipo de autoridad o sintiera que estaba pisando terreno fangoso. ¿Tal vez

por los secretos que Martin creía que me había ocultado? ¿Pensaba que, en mi enojo, lanzaría a los lobos de los Atrum contra ellos?

Dudo que ellos acataran mis órdenes, en cualquier caso.

Sin embargo, sí lo harían del imponente lobo, el alfa heredero, que había decidido anular sus obligaciones para quedarse a mi lado. Solo por si acaso.

Habíamos estado hablando de las teorías de su mentor y creo que le satisfacía la posibilidad de encontrar sentido a mi condición. Le había pedido a su padre que invitara formalmente a los alfas de las manadas del norte y él había aceptado hacerlo, pero no teníamos ninguna garantía de que accedieran a desplazarse. Riker estaba dispuesto a ir al territorio del norte, pero no podía abandonar a la manada en las condiciones en las que estaba su padre. Había intentado convencerle de que yo podría ir con una escolta, pero se había negado rotundamente. Así que, aunque tal vez teníamos algo que daba sentido a todo lo que yo no era, no podíamos hacer mucho más.

Lo de no poder reclamarme y el casi apareamiento le llevaba de cabeza. Dorian se burlaba de él y de que apenas podía estar unas pocas horas lejos de su compañera; él no lo negaba, solía soltarle un gruñido y buscaba mi contacto. Solo así su lobo se calmaba. Como si tuviera el poder de darle un poco de paz a ese amasijo caótico de testosterona y adrenalina que le caracterizaba.

—Bienvenido. —Riker le tendió la mano y mi antiguo alfa se la estrechó.

—El jardín es precioso, ¿te importaría acompañarme y mostrármelo, Rubiselle?

—Me encantaría. —Miré a Riker, cuyo rictus se había vuelto severo—. No nos alejaremos, te lo prometo.

Se tomó su tiempo, pero acabó asintiendo, no sin antes lanzarle una mirada cargada de significado a mi antiguo alfa. Algo así como que no le preocuparía desmembrarlo y hacer desaparecer a su manada si algo le sucedía a su pareja vinculada. A mí, vamos.

Le repateaba que caminara sin su protección o la de uno de sus betas junto a un lobo macho que ni siquiera era de su manada, sin entrar en el razonamiento de que me triplicaba en edad y que había

sido mi alfa. Pese a su instinto de mantenerme encerrada en una burbujita, la posibilidad de que pudiera darnos información de mi pasado que me ayudara en el proceso de transmutar era prioritaria.

Se acercó a mí para besarme de forma posesiva, frente al que era mi antiguo alfa, impregnándome en su olor.

—Estaré cerca.

Busqué el camino hacia el jardín de las lavandas que había en la parte trasera. Me gustaba ese sitio. Las fragancias. Riker nos siguió hasta que nos adentramos en él, pero se quedó junto al edificio, la espalda apoyada sobre la piedra, en gesto aburrido, cruzando aquellos brazos de músculos prominentes, sobre su pecho. No estaba dispuesto a perdernos de vista.

—Se preocupa por ti —me dijo al cabo de un rato, cuando llegamos a uno de los parterres de tulipanes. A la luna regente le gustaban aquellas flores y plantaba bulbos cada año. Me había ofrecido que la acompañara a la siguiente siembra, a lo que, obviamente, había aceptado, aunque mis conocimientos de botánica eran pésimos y mi interés, también. Creo que era su forma de hacerme saber que esperaba que siguiera allí para ese entonces.

—Soy su pareja predestinada. —Alfa me miró.

—Pero aún no su compañera. ¿Puedo preguntar por qué? —Sus ojos se habían desviado a mi cuello. Era evidente la ausencia de la marca de su mordida, esa que debería llevar en mi piel hasta el fin de mis días.

—Es complicado. —Desvié la mirada hacia el horizonte—. No sabemos cómo puede afectar a una loba que aún no posee la capacidad de transmutar la mordida de un alfa.

—Entiendo. No lo había pensado. —Asintió—. Vuestra situación no ha de ser fácil.

—La mía nunca lo ha sido. —Le miré—. El tutor de Riker me dijo que tenía intención de llamarte.

—Lo hizo, sí. —Una media sonrisa asomó a su rostro—. Conozco a Martin, coincidimos tiempo atrás. Fue uno de los betas del abuelo de Riker, ¿lo sabías?

—No —negué.

—Siempre fue un tanto peculiar. —No lo dijo en un tono crítico, sino con algo parecido al cariño—. Ese viejo lobo astuto vino a insinuar que, tal vez, la desesperación de no tener un heredero pudo empujarme a buscar un descendiente en otra loba, una que no era mi luna, y que la fragilidad de tu naturaleza vino condicionada porque fuiste engendrada fuera del vínculo sagrado que comparto con mi compañera y la bendición que nos otorgó la diosa.

Me tensé. Martin solo había dejado una idea vaga, al azar, refiriéndose a que descendiera de algún alfa anónimo que, exento de una compañera formal, había tenido alguna amante que no fuera su luna. Sin embargo, las palabras del alfa abrían una nueva posibilidad, una nueva teoría. ¿Tenía eso sentido? ¿Acaso él era mi padre?

—¿Y es así?

—Si lo fuera, debería, al menos, tener algún tipo de autoridad sobre ti, ¿no crees? —Elevó una ceja y me miró con una mezcla de cansancio y tristeza. Era anciano y cada vez era más evidente su condición—. Tu nuevo tutor es un lobo astuto, observador, mucho menos impulsivo que muchos de nosotros, tal vez por eso se ha tomado esto tan a pecho; te ha tomado cariño.

—Y yo a él —admití.

—Es cierto que tú tampoco eres una loba que suela regirse por los cánones a los que estamos habituados. —Desvió la mirada hacia el horizonte y no supe interpretar si aquello pretendía ser un elogio o, por el contrario, me acababa de humillar, aunque a su favor diré que lo había hecho con bastante estilo.

—Martin cree que ocultas algo. —No tenía sentido fingir lo contrario. Tal vez en otra época no habría encontrado el valor de enfrentarle de esa forma, como si fuera mi igual—. Tengo derecho a saberlo.

Se giró para mirarme y elevé el mentón. No se lo estaba pidiendo. Se lo estaba exigiendo. Algo que muy pocos tendrían el valor de hacer frente a un alfa. Incluso si era uno anciano, de una manada minoritaria. Asintió.

Quizá empezaba a creerme eso de que sería la luna de los Atrum; o tal vez mi padre sí era —o había sido— un alfa. De ahí ese punto

de arrogancia y resiliencia que a veces me caracterizaba. ¿Acaso lo llevaba impreso en mis genes?

—Lo tienes, pero no esperes de mí una respuesta. —Me tensé ante sus palabras—. Todo lo que sabes es la verdad.

—Y, sin embargo, hay algo más.

Asintió de nuevo.

Vi que se metía la mano en el bolsillo de los pantalones de corte ejecutivo que había decidido ponerse para la visita oficial que nos estaba haciendo. Sabía que eran los que reservaba para las ocasiones importantes. No es que pensara que yo me merecía ese reconocimiento, pero mi pareja, sí.

Sacó una pequeña bolsa de terciopelo negro.

—Eso te pertenece. Estaba dentro de la canasta en la que te encontramos.

Temblé ligeramente antes de extender ambas manos con una sensación extraña, casi reverencial. El corazón me latía con fuerza. Algo dentro de mí se estremeció. Ese sexto sentido mío.

—¿Qué hay dentro? —le cuestioné, sin encontrar la fortaleza para abrirlo.

—Un colgante y una nota. —No me sorprendió que lo hubiera abierto—. No pone nada sobre quiénes son tus padres, lo siento.

Asentí. Supongo que si el alfa hubiera dispuesto de esa información me habría llevado hasta ellos en vez de adoptarme.

—¿Quieres que te deje a solas? —me indicó en un tono de voz suave.

—¿Hay algo más que quieras contarme?

—Puedo compartir contigo mis teorías, pero siento decirte que solo puedo aportarte eso.

—¿Por qué no me lo entregasteis antes? —reproché antes de abrir aquella bolsa que en mi mano se sentía muy pesada.

—Decidimos, mi compañera y yo, esperar a que transmutaras. —No hizo falta más palabras. Eso nunca había pasado.

Desvié la mirada hacia el pequeño saquito. Tragué saliva y me tomé un tiempo antes de desanudar la sedosa cuerda que cerraba aquella bolsita de tela. Volqué el saquito abierto y lo primero que cayó sobre la palma de mi mano fue el collar. La cadena era de oro,

sencilla, pero el colgante era increíble. Un gran rubí brillaba intensamente bajo la luz del día, como si fuera un pedazo de fuego rodeado por finas hebras de oro que trazaban un nido con forma espiral alrededor de la piedra preciosa. Era tan perfecto que tal vez podría pasarme horas, días, mirándolo.

—Enviamos misivas a las manadas cercanas, pero nadie parecía saber nada de un cachorro perdido. Empezamos a llamarte Rubis-Elle, «la del rubí», cuando nos referíamos a ti y ese fue el nombre que te dimos cuando decidimos adoptarte, conscientes de que quien te dejó en nuestro territorio no tenía intención de venir a por ti.

—Me abandonaron.

—O intentaron protegerte. —Le miré con ojos anegados, pero conseguí evitar el llanto.

—¿De quién?

—No tengo respuestas, pero sí la certeza de que quien escribió esa nota sí las tenía.

Con manos trémulas sacudí el saquito y un pequeño fragmento de pergamino cayó sobre la palma de mi mano. Guardé el collar en el saco de terciopelo con cuidado para poder leer con atención la nota.

La escritura era elegante, de esa que ya nadie hace, y su contenido se limitaba a tres palabras:

« *Nadie podrá someterla* ».

Miré al alfa, que me observaba en el más completo de los silencios.

—¿Qué significa?

—Teorías tengo algunas, certezas, cada vez menos.

—Me gustaría oírlas. —Desvió la mirada.

—¿Quiénes no se someten entre los lobos?

—Los alfas. —Le sostuve la mirada. Martin también tenía esa absurda teoría de que descendía de uno, pero él no se basaba en tres palabras escritas en un viejo fragmento de pergamino, sino por ser la pareja vinculada de uno de ellos.

Un alfa necesitaba a una luna fuerte para llevar el peso de la manada, la responsabilidad, pero también la autoridad que ese

puesto le correspondía a esa loba. Era habitual que las hijas de los alfas y sus betas optaran a convertirse en lunas de otras manadas.

—Eso me llevó a pensar que tal vez no te dejaron en nuestro territorio por una mera casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Eras una hembra, pero si tu ascendencia era fuerte… ¿Tal vez pensaron que serías capaz de liderar una manada que carecía de un heredero?

—¿Yo? —Le miré sorprendida y la incredulidad superó el cabreo que llevaba.

—La nota no mentía: nunca te has sometido a mi voluntad. ¿Acaso lo has hecho a la de tu pareja? —Negué con la cabeza—. Tu condición es peculiar.

Me quedé pensativa mientras él me observaba.

—Martin cree que podría estar vinculada al linaje de mis progenitores. —Yo también, pero estaba segura de que el alfa le daría más credibilidad al anciano que a mí.

—He estado documentándome estos últimos años. En todos los casos de cachorros que han sido adoptados en otras manadas el vínculo con su nuevo alfa acabó forjándose más pronto que tarde.

—No tengo los rasgos característicos de un alfa: carezco del instinto del depredador, la corpulencia de los lobos, ¡y ni siquiera soy capaz de transmutar! —Gruñí—. No sé si es culpa de que soy físicamente demasiado débil para soportar el cambio o es el trauma que arrastro por eso de que mis padres me abandonaran, pero a veces siento un nudo que me ahoga aquí dentro. —Coloqué mi mano sobre mi pecho, mientras sentía un hormigueo por todo el cuerpo, como si la electricidad me recorriera de arriba abajo. Sentí que el mundo a mi alrededor pulsaba durante una fracción de segundo. Como si hubiera latido. Todo. La tierra. El aire. El mundo entero.

Sentí la presencia de Riker antes de que el alfa alzara la mirada hacia un punto muy por encima de mí.

—¿Te ha molestado? —Su voz sonó ronca, autoritaria, y cargada de ese poder suyo, el del alfa que era. Apreté los labios para no ponerme a reír, o a llorar. ¿En serio mi antiguo alfa había pensado

que yo arrastraba ese tipo de poder? ¡Era la cosa más ridícula que había escuchado en toda mi vida!

—No. Estoy cabreada con la vida y con mi pasado, el alfa no es el culpable de que todo sea una mierda.

—¿Qué es eso? —Me preguntó observando la bolsa de terciopelo. Tenía el ceño fruncido—. ¿Un regalo?

Miró al alfa como si quisiera desangrarle, como si aquello lo sintiera ofensivo.

—Estaba en el capazo en el que me encontraron. —Mi intervención le pilló por sorpresa.

—¿Y te lo ha ocultado todos estos años? —Sus colmillos se habían alargado y vi que mi antiguo alfa estaba estudiándole con cautela.

Le coloqué la mano a Riker en el brazo y me acerqué a él. Me arropó contra su cuerpo y sentí que su tensión aminoraba. Un poco, al menos. Martin tenía razón. Cada vez estaba más irritable, pero debía tener paciencia, porque no era su culpa. Su instinto y mi seguridad vagaban en direcciones opuestas.

—Estaba esperando a que transmutara. —Que le justificara le molestó, pero no tenía intención de dejar que sancionara a la persona que me había acogido entre los suyos. Incluso si lo hizo pensando que tal vez yo, algún día, tendría el poder para conducir una manada que, sin un alfa, tarde o temprano podría acabar fragmentada pese a todos sus esfuerzos—. Déjalo estar, Riker, le debo mucho. Si no fuera por él, si no me hubieran acogido en su manada, hubiera muerto en aquel bosque.

—De acuerdo —cedió, al fin, pero observó al alfa—. Si tienes alguna información más, por minúsculo que sea el detalle, es el momento para que nos lo hagas saber. Si hay una próxima vez, no seré tan indulgente en nada que afecte de una u otra forma a mi pareja predestinada.

—Nadie podrá someterla —murmuró mirándonos, pero apretó los labios.

Le conocía demasiado bien como para no saber que estaba reflexionando en silencio.

—¿En qué estás pensando?

—Nada. —Riker gruñó, pero di un paso para avanzarle, no estaba dispuesta a que canalizara su rabia contra la única persona que había velado por mí durante todos aquellos años.

—Por favor, me gustaría saberlo. —La expresión del rostro del alfa se suavizó, Riker enlazó su mano a la mía y se colocó a mi lado.

—Acabo de recordar una vieja leyenda. La de un linaje al que nadie podía someter, pero poseía la habilidad de someter a todos.

—El linaje de los lobos blancos se extinguió hace siglos —intervino Riker tras ladear la cabeza y observar al anciano lobo que había frente a mí.

—Lo hizo, sí. Supongo que son solo las divagaciones de un viejo alfa sin heredero que anhelaba encontrar algo a lo que aferrarse para garantizar la seguridad de su manada para cuando él faltara, incluso si era una pequeña hembra que abandonaron en un capazo. —Me sonrió—. No tengo nada más que decirte, ni respuestas que darte. Solo desearía felicitarte por tu próximo enlace con el alfa heredero más poderoso de todo el estado. ¿Quién hubiera podido sospechar que ese sería tu destino?

Aquello complació a Riker, pero a mí me dejó un sabor amargo en la boca. No era tanto lo que había dicho. Sino cómo lo había dicho. ¿Tenía algún sentido que la diosa Luna hubiera elegido a una omega de mi tamaño y sin la habilidad de cambiar como compañera de un alfa heredero con el poder y la autoridad de Riker? No. Ninguno.

Y eso me hizo volver a pensar en lo que mi antiguo alfa había insinuado: que él siempre había pensado que yo era algo más de lo que aparentaba.

—Acogiste y protegiste a mi pareja, incluso si no fue como a mí me gustaría. —Observó al alfa con el ceño fruncido y creo que estaba recordando cómo era mi vida en el Palm Institute o la diminuta habitación que era mi hogar—. Con todo, supongo que estoy en deuda contigo. Si llegado al momento lo necesitas, los Atrum acogerán a tu manada o apoyarán al alfa que tú elijas para que siga tu legado.

—Eso es algo que apreciaría. —Parecía perplejo. Era una oferta muy generosa en la que garantizaba que apoyaría cualquiera de las decisiones que él tomara. Mi antiguo alfa me observó con una

expresión calmada—. Al final, sí resultó que ese cachorro perdido proporcionó a la manada esa seguridad de la que carecíamos.



CAPÍTULO 23

UN REGALO DE LA DIOSA LUNA

SI BIEN RIKER NO OCULTÓ que había escuchado parte de la conversación que había mantenido con el alfa, no hizo comentario alguno durante la cena que compartimos, como cada noche, con sus padres. Ellos tampoco nos preguntaron al respecto.

A mí me seguía costando acostumbrarme a ese tipo de formalidades, el hecho de que me sirvieran y no fuera yo la que lo hiciera, pero intentaba fingir que aquel papel, el de futura luna de la manada Atrum, no me venía grande. Que lo hacía, y eso creo que era algo que todos veíamos, pero era como si hubiéramos acordado ignorarlo.

Y eso estaba bien.

Seguía sintiendo el tic-tac del paso del tiempo latiendo a nuestro alrededor. Los minutos, las horas y los días se sucedían sin previo aviso y, al hacerlo, cada vez se sentía más próxima la posibilidad de que esa paz, esa felicidad compartida, pudiera sufrir un duro revés.

No fue hasta la noche, cuando estábamos en nuestra habitación, que me preguntó por el contenido de la bolsita de terciopelo. Había llevado el pequeño saco en el bolsillo desde que me la había dado, incapaz de deshacerme de él, pero temerosa de volver a contemplar su contenido al mismo tiempo.

Me senté sobre el colchón con las piernas cruzadas y se lo tendí a mi compañero, que andaba descalzo y sin camiseta. Se relajaba cuando estábamos allí, en nuestras dependencias, como si solo entonces pudiera ignorar el peso de ser el alfa heredero y pasara a ser solo él, Riker, un lobo formidable, apasionado y temperamental, pero también dedicado y atento.

La cama se hundió cuando se sentó a mi lado. Le observé mientras jugueteaba con el nudo del saco con esas manos grandes, de dedos gruesos y nudillos marcados que seguro se había roto en múltiples ocasiones entrenando. Era fuerza en estado puro. Y, aun así, intentaba ser cuidadoso con el contenido de aquella bolsita.

—¿Por qué me miras así? —me cuestionó, elevando una ceja. Hice un mohín. Era un poco irritante que me pillara *in fraganti*, con ese deje de fascinación y ensoñación que despertaba en mí.

—Incluso si no fueras mi compañero, creo que no podría negar que eres el hombre más atractivo que he visto en toda mi vida.

Una amplia sonrisa asomó a su rostro y se inclinó para besarme.

—Suena mejor que un «no estás mal» a secas —ronroneó al separase.

Volcó el contenido del saco sobre las sábanas de seda de nuestra cama. Ya la sentía un poco así, en realidad. Un poco mía. Un mucho nuestra. Cogió el colgante y lo observó con atención.

—Es precioso y, aunque no estoy seguro, creo que no se trata de una pieza de bisutería —murmuró con un deje de admiración.

—Por lo que me ha dicho el alfa, entiendo que no lo es.

—Podría pedirle a mi madre que se ocupara de comprobarlo —me observó, pero no llegué a contestarle—. Algunas joyas tienen

grabados que pueden orientarnos de su procedencia y hay especialistas capaces de reconocer el estilo del orfebre que fabricó una pieza. —Me quedé en silencio, sintiendo emociones contradictorias—. ¿Quieres que te lo ponga?

—No estoy segura. —Riker elevó una ceja, a modo de pregunta—. Si es algo así como una joya familiar, llevarla sería como si reconociera a mis padres y a mis ancestros, pero no sé si eso es lo que quiero. Me abandonaron, y creo que eso no puedo perdonárselo.

—No conoces con certeza tu historia.

—Y ninguno de los alfas del norte parecen tener ningún interés en contármela. —Riker asintió.

—Si no vienen por voluntad propia, puedo presionarles.

—Sabes que es una pésima idea. —Lo último que quería era que los Atrum se enfrentaran a otras manadas por mi culpa—. Lo más sensato sería que yo fuera a presentarles mis respetos.

—Algo que no harás hasta que no seas formalmente mi luna y yo pueda acompañarte.

—¿Y si dependo de ello para poder transmutar?

—Los obligaré a venir, en tal caso. —Su mirada se oscureció. Coloqué mi mano sobre su pecho y negué. Soltó una exhalación y, con ella, disminuyó la tensión sobre su cuerpo—. Quizás tienes que obligarte a perdonarles, para poder avanzar. —Me estudió, aunque no pretendía ser duro, ni crítico, pero sentí que había fuerza en sus palabras. No era una orden, pero, al mismo tiempo, parte de su esencia de alfa las impregnaba—. Si de ello depende nuestro futuro, creo que bien valdría la pena el esfuerzo.

Tenía razón. Debería evolucionar. Avanzar. Dejar atrás esa incerteza. Intentar anular cualquier bloqueo que pudiera estar limitando mi habilidad de transformarme en lobo. Solo así él podría marcarme y convertirme en su luna. Tenía un motivo de peso para pedirme, exigirme, aquello.

Sin embargo, hay emociones que no responden al sentido común.

El amor y el resentimiento eran dos buenos ejemplos.

Re no había sido capaz de entender que el vínculo de compañeros era algo a lo que no me podía negar. Riker sería capaz de encarar a

los alfas de las manadas del norte para solucionar mi problema y, sin embargo, yo me estaba negando a hacer algo tan banal como colocarme una preciosa joya en el cuello. Pero, aunque me lo pidiera a gritos, no podía hacerlo. No comprendía que hay heridas que pueden cicatrizar, pero que no desaparecen, sin más, por mucho que lo desees.

—Déjame que hable primero con Martin de todo esto. —Riker asintió mientras yo me sentía aliviada de disponer de un poco más de tiempo.

—¿Qué opinas de la nota? —le pregunté para romper esa tensión, el pulso de intereses, que latía entre nosotros. Riker guardó el colgante dentro del saco de terciopelo y observó aquel fragmento de papel. Frunció el ceño al leerlo.

—No tiene sentido. —Hizo una mueca mientras me buscaba con la mirada—. Incluso si la teoría de Martin es cierta y desciendes de un alfa.

—Sigo sin tener claro si eso es posible.

—Lo que somos el uno para el otro le da sentido. —El hecho de que fuera su pareja predestinada—. Aunque sabes que no me importa, ¿verdad? El rango que ostentan tus padres es algo secundario. Que no puedas transformarte, ¡eso sí que nos está jodiendo vivos!

No solía quejarse al respecto. Pero no hacerlo no significaba que no le quemara por dentro. Estábamos juntos, pero al mismo tiempo no de la forma que querríamos.

Su padre se estaba muriendo.

Y nada había cambiado.

Seguía siendo la Sinlobo.

Y eso podía condenarnos.

—¿Y si acudieron a un oráculo?

—¿Un oráculo? —le cuestioné sorprendida.

—Algunos humanos afirman tener sensibilidades especiales. Los más osados aseguran que tienen algún tipo de ascendencia fae lejana, de hecho.

—¿Fae? —Aquello me arrancó una carcajada—. Lo dudo.

—Yo tampoco me imagino a uno de esos fríos y emocionalmente planos de orejas puntiagudas disfrutando de algo meramente físico con intención de sentir lo que es el placer, pero ese es un tema aparte. —Guardó la nota en la bolsa—. Algunos de esos humanos que se autoproclaman oráculos aseguran tener la capacidad de predecir el futuro.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Como mi compañera, vas a convertirte en la luna de la manada más grande del estado. Piénsalo: no tendrás que darle explicaciones a nadie.

—Está tu padre —le contradije.

—Cuando me ceda el control de la manada, una vez me haya asentado con mi pequeña y preciosa luna, ni siquiera su autoridad prevalecerá por encima de la mía.

Me quedé en silencio, reflexionando sobre aquello.

—Pero te deberé sumisión a ti.

—Sabes que seremos uno. —Me miró, pero no negó lo que era evidente.

—¿Has ido alguna vez a un oráculo?

—No creo en ellos. —Su sinceridad hizo que empezara a reír.

—Eso hace que todo el rollo que me acabas de soltar pierda todo tipo de credibilidad. Casi me lo estaba planteando, ¿sabes? En plan que alguien predijo que acabaría siendo luna de una manada, pese a unos humildes orígenes, o algo así.

—Bueno, ya… eso. —Se inclinó hacia mí y me besó con suavidad—. Si ir a un oráculo pudiera ayudarte a transformarte, te llevaría. Llámalo desesperación.

Vi que su mirada se ensombrecía.

—¿Cómo está tu padre?

—Ya sabes la respuesta. —Asentí—. Faltan apenas unos días para que haga un mes de la noche de la fiesta. Tiempo no nos sobra.

Desvié la mirada a nuestras manos, enlazadas.

—Creo que Martin quería probar con algo nuevo para intentar desbloquear mis pulsos energéticos, o algo así, no me preguntes exactamente el qué.

—En tres semanas se celebrará la reunión con los alfas del norte. Ninguno ha confirmado que vaya a asistir, pero no hacerlo también podría considerarse un agravio. Confío en que vengan. Si para entonces ya eres capaz de transformarte, aprovecharemos la ocasión para presentarte como nuestra nueva luna y mi padre tiene intención de usarlos a modo de testigos para traspasarme la manada esa noche.

—No lo sabía. —Se encogió de hombros. No tenía por qué contármelo, pero me gustaba esa complicidad que procuraba que existiera entre nosotros—. ¿Y si no lo he conseguido?

—Tenemos esa última oportunidad para lograrlo.

—¿Y si no se obra el milagro?

—No lo sé. —Me miró—. No puedo perderte. ¿Eso lo entiendes?

—Sí. —Me besó en la cabeza.

—Nathiel y Emma te acompañarán mañana. —Sonó a un cambio de tema un poco brusco, pero a Riker no le gustaba hablar de los «y si no», prefería centrarse en el presente. En ese nosotros que estábamos construyendo y que se sentía perfecto.

—Sabes que Emma siempre es bien.

—¿Mejor que cuando te acompaño yo? —protestó.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has insinuado, y eso se merece un castigo. —No pude escaparme cuando empezó a hacerme cosquillas en los costados y, aunque me defendí como buenamente pude, acabé llorando de risa mientras me contorsionaba malamente debajo de él.

Guardé la bolsa de terciopelo en el cajón de mi ropa interior y tuve emociones contradictorias cuando lo cerraba. Tal vez Riker tenía razón. Ponérmelo igual me ayudaría a seguir adelante para asumir mi pasado, el que fuera.

No debería importarme nada que no fuera mi futuro.

Ese por el que sí tenía sentido luchar. Riker y yo.

Desayuné con Emma y Nathiel, algo que solía hacer cuando Riker se ausentaba a primera hora. Me gustaba el compañero de Emma:

era un lobo que no se andaba por las ramas, a diferencia de Dorian, que tenía ese punto más cínico e introvertido.

Nathiel se transformó en lobo antes de que saliéramos de la casa de la manada y se alejó un poco, lo justo para tenernos controladas, pero dándonos algo de intimidad. No era la primera vez que lo hacía. Sospechaba que eso mucho tenía que ver con Emma, porque ella sabía que me repateaba esa sensación de que me controlaban todo el maldito día.

—¿Puedo preguntarte algo? —le cuestioné.

—¿Qué?

—¿Cómo se siente? —Me miró, como si no acertara a comprender a qué me refería, y señalé a Nathiel con el mentón—. El vínculo de compañeros, una vez el reclamo ya ha sido forjado.

—Es intenso, pero en plan genial —me aseguró con una radiante sonrisa en su rostro—. Al margen de que todo se vuelve más sentido, más real, puedes percibir parte de sus emociones a través de ese vínculo, lo que hace que todo sea brutal.

—Con ese «todo», no sé por qué, pero me imagino que te refieres al sexo. —Se rio y, por la cara que puso, no tuve duda alguna de que había acertado de lleno—. ¿Y el traspaso de una manada a otra? ¿Dolió cortar el vínculo con el alfa?

—No, pero es raro. —Se quedó en silencio unos segundos, como si reflexionara sobre aquella experiencia—. Como lobo puedes escuchar los pensamientos del resto de la manada en forma de un rumor de fondo. Aprendes a ignorarlos, pero siempre están allí. Cuando el alfa me rechazó, cuando cortó ese vínculo, se hizo un silencio que era asfixiante. En esos momentos solo quedaba ese hilo invisible, el que me unía a Nathiel. Fue el que de alguna forma me guio hacia su alfa y todo volvió a su sitio, solo que eran otros lobos los que formaban parte de ese algo más grande del que todo lobo forma parte.

—No todos.

—En cuanto Riker te marque, tendrás una manada.

—Primero he de conseguir transformarme en lobo, ¿recuerdas?

—Incluso en su forma humana, Riker podría hacerte partícipe. Puede hablar telepáticamente con Nathiel y estoy segura de que

también podrá hacerlo contigo.

—Primero tendría que morderme, lo que no va a hacer por el riesgo que supone.

—Sí, lo sé, a nadie le ha pasado desapercibido que está en un constante estado de alarma, como si fuera un maldito lobo en celo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Cada día que pasa se hace más evidente que, o te marca pronto o acabará desquiciado. Por mucho que los dos apestáis al otro, lo que sea no consigue calmar el hambre que siente.

—Vale, gracias, me cabrea bastante que todos habléis del calentón que lleva mi compañero a mis espaldas —protesté.

Dolía porque era cierto. Lo sabía. Riker necesitaba más de lo que yo podía ofrecerle.

Desde hacía unos días se contentaba teniéndome desnuda, pero no había vuelto a tocarme ni me había dejado hacer lo propio desde una noche en la que acabó mordiendo un cojín en pleno orgasmo para no marcar mi carne con sus dientes.

Cada vez le pesaba más la frustración de desearme y negarse a tenerme al mismo tiempo. Respetaba ese distanciamiento, incluso si a su vez me afligía. Necesitábamos estar juntos y nos atormentaba no poder estarlo, y, aunque Riker se negaba a culparme, yo no podía evitar hacerlo.

—¡Eh! Yo no me escondo de estar haciéndolo. —Me sonrió y le mostré una peineta, a lo que optó por reírse—. No me das ninguna pena. Se os ve bien cuando estáis juntos. ¿No habéis, no sé… intentado saltaros la parte de la mordida y pasado a la parte del aquí te pillo y aquí te la meto todavía?

—Me acojo a la quinta enmienda y no pienso hablar de eso. —Me agarró del brazo mientras reía por lo bajo.

—Yo también me muero de ganas de que te conviertas en lobo y podamos corretear por los terrenos de la manada como si fuéramos hermanas. Que las dos hayamos encontrado a nuestro compañero entre los Atrum y podamos vivir juntas en la misma casa, ¡me siento tan afortunada! ¡Es un sueño hecho realidad!

—Yo también, pero ¡tengo tanto miedo de que todo se vaya a la mierda! —Emma me observó y vio cómo la máscara que solía usar

de suficiencia se rompía en mil pedazos—. ¿Y si no lo consigo? ¿Y si el padre de Riker decide que no puedo convertirme en su luna por mis carencias? Lo peor es que ni siquiera podría culparle.

—Llevas solo un par de semanas entre los Atrum. No te presiones.

—Han convocado una reunión con los alfas del norte dentro de tres semanas. —No le conté la posibilidad de que alguno de ellos fuera mi padre o, tal vez, mi hermano. Que quizá pesaba sobre mí una orden directa que me impedía transformarme. Eran solo teorías. Y ni siquiera yo me las creía—. Si para entonces nada cambia, creo que nos dará un ultimátum.

—¿En tan poco tiempo? —Asentí.

—Después de llevar toda una vida esperando poder hacerlo, disponer solo de tres o cuatro semanas más me parece muy poco esperanzador.

—Estás contando los días.

—Tú también lo harías si estuvieras en mi piel.

Tuvo la delicadeza de no negarlo.

Caminamos en silencio, juntas, el resto del camino. Nuestro buen humor había pasado a uno mucho más lúgubre, porque Emma compartía mis penas, igual que solía hacerlo con mis alegrías.

—A mí también me gustaría correr a tu lado, escuchar al resto de los lobos y formar parte de un algo más grande, tener una manada.

—Pues entonces, visualízalo. —Mi mejor amiga me puso las manos en los hombros—. Pase lo que pase, sabes que siempre podrás contar conmigo. Y también con Riker.

Me obligué a sonreírle, pero sentí un nudo en el pecho. Ese sexto sentido mío queriendo advertirme algo, pero sin llegar a hacerlo.

Me alejé de ella a la carrera tras abrir ese pedacito de mi corazón y confesarle algo que jamás había dicho en voz alta. Deseaba ser una loba. Una completa. Pero el destino parecía tener otros planes para mí.

No llegué a golpear la puerta con los nudillos: Martin me abrió en cuanto llegué al felpudo de su casita de cuento.

—Algo he oído de que ayer tuviste una visita. —Me sonrió mientras se hacía a un lado para que pasara.

—Tenías razón. Encontraron en mi capazo un colgante con un rubí y una nota —le conté.

—¿Una nota? —Sonreí. No me sorprendió que a Riker le hubiera llamado más la atención la joya, mientras que su mentor fijara su interés en el contenido de un pequeño pergamino.

—No es que tenga mucho sentido, en realidad. —Elevó una ceja, como si se negara a no saber cuál era su contenido—. Algo así como que nadie podría someterme.

—¿No recuerdas las palabras exactas? —Lo hacía, pero me encogí de hombros. No quería que supiera hasta qué punto me había afectado todo aquello, incluso si él podía intuirlo. Le había ido desnudando mi alma a lo largo de los días que habíamos compartido.

—¿Cómo te sientes? —Me gustaría mentirle, pero quería que aquello funcionara. Que me ayudara a dar ese paso que había sido incapaz de hacer durante los últimos años.

—¿La verdad? —Asintió—. Perdida. Como siempre.

Esa era mi verdad. No era solo una obsesión que me conducía a la tristeza. La decepción. La soledad. O la rabia. La verdad, mi verdad, era que me sentía perdida. No tenía del todo claro dónde. Ni qué era lo que me faltaba. Riker se había convertido en un puntal. Era lo más parecido a un hogar que había conocido nunca y, sin embargo, aún quedaba ese miedo, el resquemor de que, al final, todo se acabara.

—Saberlo es el primer paso para encontrar el camino. —Su optimismo era agradable, pero no lo compartía.

—Hoy he estado hablando con Emma sobre el momento en el que se forja un vínculo entre dos lobos. Es algo de lo que nos hablaron en el instituto, pero creo que hay más de lo que dicen los libros de texto.

—Siempre. —Le miré y creo que, debajo de aquella frondosa barba blanquecina, me sonrió—. ¿No pensarás que somos tan estúpidos como para desvelar todos nuestros secretos en libros que humanos y faes podrían consultar para usarlos en nuestra contra?

—No me lo había planteado así.

—Supongo que yo podría darte unas nociones básicas de lo que no pone en los libros.

—Te lo agradecería, Martin.

—¿Sabes que el hecho de vincularte a un lobo, sea o no tu pareja predestinada, puede fortalecer al tuyo?

—Sí.

—En el caso de las parejas predestinadas, ese cambio puede darse antes incluso de que se consolide ese vínculo con el ritual del reclamo, porque esa conexión ya existe de antemano. Es única. Y de ahí que sea tan preciada. Sois uno, incluso antes de llegar a serlo.

—No es como que yo me sienta más fuerte, y no sé qué se supone que debo aportarle yo a Riker, en serio —le contradije.

—Calma. Le aportas calma. Paz. —Hizo una pausa—. Para alguien que vibra con esa energía bruta, primitiva y salvaje eres algo así como un pequeño milagro para él. —Me sonrió—. Una vez vuestro vínculo quede sellado con el ritual de apareamiento podréis sentir esa conexión incluso separados, pero ahora necesita tu contacto para recibir ese regalo que le ha dado la diosa.

Me quedé en silencio.

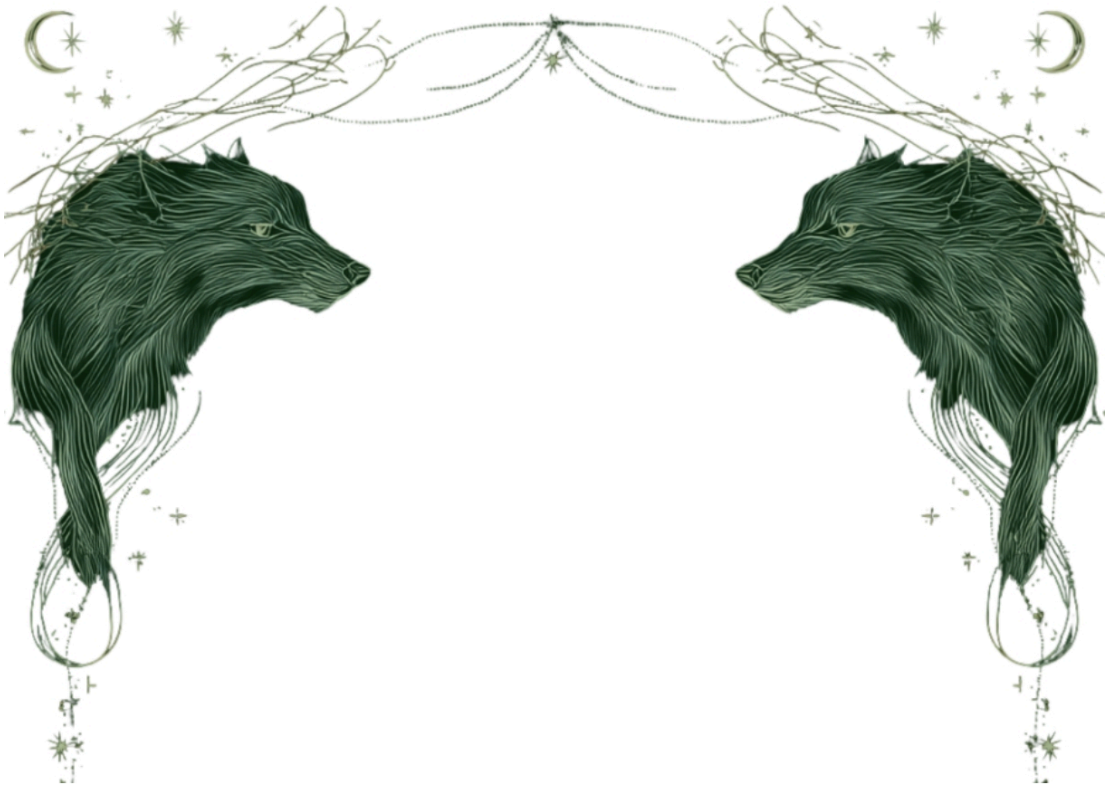
—Él suele enlazar su mano a la mía cuando caminamos y no es raro que aproxime su asiento al mío, cuando cenamos con sus padres, para rozarme con su cuerpo. ¿Quieres decir que busca esa conexión?

—Correcto. Necesita conectar en un plano mucho más profundo, pero la mordida de un alfa no es algo que deba tomarse a broma y él jamás se perdonaría hacerte daño porque sería hacerse daño a sí mismo. —Asentí—. Lo que me recuerda que el vínculo es también un enlace emocional. Hay parejas que pueden sentir el dolor de sus compañeros, la alegría o, incluso, la tristeza. Cuanto más fuerte es la emoción, es más probable que puedan percibirla.

—Algo así había oído.

—Otro beneficio para facilitar que sean parejas sumamente felices. —Vi que cogía un libro de una estantería—. Tener un compañero es un regalo de la diosa Luna. Eres muy afortunada.

—Lo soy. —Me sonrojé. ¿Quién no estaría feliz de que alguien como Riker fuera su compañero?



CAPÍTULO 24

UN AULLIDO A MEDIANOCHE

LA SIGUIENTE SEMANA pasó demasiado rápido.

A lo largo del tiempo que llevaba entre los Atrum, había conseguido controlar de forma voluntaria la aparición de mis garras, un minúsculo triunfo, pero un avance al mismo tiempo

Me había acostado sola tras la cena, porque Riker había salido a patrullar. Cada vez lo hacía con más frecuencia, para estrechar los lazos con los lobos de la manada, ya que su padre ya no estaba en condiciones de hacerlo, pero también sospechaba que le ayudaba a evitar las noches en nuestro dormitorio, los besos robados y el deseo de algo que no nos atrevíamos a disfrutar todavía. Para cuando me

despertaba, él solía estar a mi lado, en la cama, nuestros cuerpos desnudos, buscando el del otro. Nos besábamos. Durante minutos que se me antojaban horas de absoluto bienestar, pero para cuando las cosas empezaban a ponerse calientes, me animaba a ir al encuentro de Martin. Minimizaba riesgos, aunque su mirada era puro fuego.

Grité.

Sé que lo hice, porque Dorian entró en la habitación antes de que tomara consciencia de qué estaba pasando.

—¿Qué sucede, luna? —Ni siquiera fui consciente de que estaba desnuda. A Riker le gustaba sentir mi piel cuando se acostaba en nuestra cama. Eso, al menos, no había cambiado entre nosotros.

El dolor era asfixiante. Insoportable. Me atravesaba. Por todos lados. Observé mi cuerpo. Mientras otras personas entraban en mis dependencias, pero no les presté atención. Miré mis manos y el mundo a mi alrededor se desdibujó. Los colores. Los olores. Todo era diferente. Fluido. Líquido.

Mi mirada se desplazó hacia los ventanales y vi que la luna llena iluminaba el bosque.

Sentí un pulso. Un latido. Y luego otro. Un corazón. Un grito. Agonizante. Fuego. Hollín. Y cuando volví a mirar mis manos, las sentí cubiertas de sangre. Solo que estaban limpias.

Dorian había revisado todas las dependencias. Nathiel estaba junto al alfa regente y Emma a solo unos pocos pasos de ellos.

—Está limpio. —Escuché la voz de Dorian y solo entonces la luna regente se sentó en la cama, a mi lado.

—Ya ha pasado. ¿Una pesadilla? —se interesó colocándome un mechón de cabello detrás de la oreja con una actitud maternal.

¿Había sido eso?

Observé mi entorno. Los reconocía, incluso si sus formas se desdibujaban. Sus rasgos. Su energía. Apenas un hilo residía en el alfa regente. Nunca tuvo tanto sentido como en aquel momento saber que se moría. Escuché un aullido, incluso si no llegué a oírle.

—Riker. Le ha pasado algo a Riker. —Me levanté de la cama, temblando. Mis piernas me sostuvieron, pero apenas fui consciente

de cómo, porque el mundo a mi alrededor parecía moverse. De nuevo.

—¿A mi hijo? —El alfa regente se tensó—. ¿Es eso posible? No puedes saberlo, aún no estáis vinculados.

Su mirada se volvió dura. Crítica.

No me importaba.

Di un par de pasos, trémulos, hacia la ventana.

Dorian se convirtió en lobo, destrozando su ropa en el proceso. A nadie pareció importarle. Tardó unos segundos, hocico en alto, antes de volver a transformarse.

—No responde a mi llamada. —Su voz sonó firme, pero la tensión en su cuerpo era evidente. Escuché a la luna regente gemir mientras se ponía las manos en la boca y sus ojos se humedecían.

—No es posible. No puede ser. Vuelve a intentarlo —le ordenó el alfa. En su estado, él ya no era capaz de hacerlo. Transformarse en lobo. Lo supe por la forma en la que su energía se negaba a responder a sus órdenes. Semanas. Tal vez días. Apenas le quedaban fuerzas para seguir luchando.

Di un par de pasos, trémulos, hacia la ventana. La luna. Podía sentirla. Como si me perteneciera. Como si fuera mía.

—¿Rubis? —me llamó Emma, intentando despertarme de ese trance, pero sin conseguirlo.

—Nada. Sigue ahí, pero no responde. Eso solo puede significar que le ha pasado algo —intervino Dorian tras volver a sufrir la transición por segunda vez.

—Está inconsciente —opinó Nathiel.

—Organizad patrullas, Argus os dirá qué zona estaba cubriendo mi hijo. ¡Quiero a todos los lobos de la manada buscándole!

Di un par de pasos en dirección a la puerta, pero Nathiel se interpuso en mi camino.

—¿Dónde crees que vas, mi luna? —me cuestionó.

—Me necesita. Me está llamando. —Alcé el mentón. El beta de Riker me sostuvo la mirada.

—No salgas de tus dependencias —me ordenó el alfa regente, impregnando sus palabras en su poder. Me giré para contemplarle,

frunciendo el ceño. ¿Pretendía que me quedase allí? ¿Sin hacer nada? Ladeé la mirada y le observé.

—Nadie puede someterme. —Alcé el mentón. Me mostró los colmillos y gruñó por lo bajo. Una advertencia. Estaba retándolo. Lo estaba haciendo. Pero no me importó. Sentía el pulso del mundo. El poder que emanaba la luna. Y sabía que Riker estaba muriéndose. Lo sentía dentro. En las entrañas.

Les di la espalda y observé a Dorian. Era el único que se interponía entre mi posición y la de la ventana. No titubeé. Dejé que el mundo me empujara y corrí hasta allí, sorteándole, para acabar saltando al vacío.

—¡Está viva! —Escuché que gritaba Dorian cuando vio que empezaba a correr, dispuesta a adentrarme en el bosque. A buscar a mi pareja. Allí donde él estuviera. Debía estar yo.

—¡Maldita Sinlobo salvaje! ¿Se ha vuelto loca? —rugió el alfa regente—. Dorian, ocúpate de las patrullas y vosotros dos, traedla de vuelta.

Sonreí.

Podían intentarlo.

Conseguirlo… yo no apostaría por eso.

No tardaron en seguirme. Sentí su presencia, acortando la distancia que nos separaba. Emma. Y Nathiel. Les dejé que lo hicieran. Que pudieran seguir mi rastro. No porque no pudiera darles esquinazo. Sentía que podía hacerlo. Sino porque tal vez necesitaría que me ayudaran. Cuando encontrara a Riker.

Porque tenía la certeza de que podía hacerlo.

Sentía un pulso.

Una energía que me era conocida.

Latiendo. A duras penas.

Y corrí hacia ella.

Sin preguntarme cómo podía saberlo.

Cómo podía percibir dónde él estaba.

Ni cómo había sabido que se encontraba en peligro.

El dolor.

Suyo.

Era mío.

Seguí corriendo.

Atravesando lugares por los que nunca había pasado.

Sin importarme.

El mundo que me rodeaba eran apenas borrones densos, oscuros, que tintineaban cuando los dejaba atrás, como si mi propio paso alterara la quietud que gozaban. Como cuando alguien nada en un lago y desdibuja los reflejos que tiñen su superficie.

Una hora.

Tal vez dos.

Más lobos. Corriendo.

Los esquivé.

No me era difícil hacerlo.

Y entonces me llegó el olor a fuego.

A sangre.

A carne quemada.

Y a plata.

Tenía la piel cubierta de arañazos y heridas, pero era como si no pudiera sentirlas. Como si lo que yo era no tuviera nada que ver con el envoltorio que me contenía. Y llegué hasta un desfiladero.

Me quedé quieta, observando aquello con esos sentidos que todo lo veían distorsionado y, como si pudiera retroceder en el tiempo, escuché un ruido, como si un trueno hubiera impactado en un lugar próximo justo antes de que algo explotara en el suelo y partículas diminutas saltaran en todas las direcciones posibles y, en lo más alto de la pared de roca, una sombra se movía antes de que decenas de rocas cayeran sobre el desfiladero, levantando una nube de polvo.

Ladeé la cabeza mientras los lobos que llevaban todo ese tiempo siguiéndome conseguían darme alcance. Mis ojos recorrieron el maltrecho camino. El olor a la sangre. A muerte. Me negué a perderle.

—Está vivo —dije en voz alta, sintiendo la presencia de los dos lobos a mi espalda—. En algún lugar, entre los escombros, puedo sentirle.

Me acerqué a las piedras y pronto las manos de Emma y Nathiel estaban junto a mí, ayudándome a mover piedras. No me preguntaron cómo lo sabía. Tal vez fue un acto de fe, por su parte,

tal vez podían sentir el olor de su alfa entre aquel tumulto de escombros.

—¡Mierda! ¡Aquí! —gruñó Nathiel—. ¡Avisa a la manada!

Emma se transformó en lobo mientras entre Nathiel y yo tirábamos de él para sacarlo del lugar en el que había quedado apresado. Respiraba con dificultad. Pero seguía vivo.

Pasé la mano por ese pelaje negro que me había aterrado la primera vez que lo había visto y sentí cómo se empapaba de sangre. Observé el charco que había dejado a lo largo del tramo en el que habíamos arrastrado a aquel magnífico ejemplar de lobo.

—Tiene varios huesos rotos y ha perdido mucha sangre. —El beta había analizado de forma meticulosa y manos expertas el estado de Riker—. Su cuerpo no está respondiendo. ¡Joder! ¡Avisa que necesitamos un médico urgentemente! ¡Hay que estabilizarlo!

—No podrá —susurré—. Ese no es el problema. ¿No lo hueles?

—¿Oler? ¿El qué? —Nathiel me observó mientras Emma aullaba a la luna llena, transmitiendo a la manada las palabras de su compañero.

—Plata líquida.

—Eso no tiene sentido. Ha sido un desprendimiento.

Quise contradecirle. Explicarle lo que había visto. Lo que había sentido. Pero nada tendría sentido para él. Ni siquiera lo tenía para mí. Pero no podía negarme que lo sabía. Con la certeza de quien lo ha presenciado. Incluso si aquello era imposible.

—Hemos de sacarle la plata —susurré—. Antes de que contamine su cuerpo.

Y si sobrevive, lo haga solo por un corto tiempo, igual que le sucedió a su padre.

El problema era cómo hacerlo. No disponía de instrumental. Además, Re era al que se le daba bien hacer ese tipo de cosas.

En cualquier caso, ¿cómo diablos pretendía sacar con unas pinzas algo que era líquido? Lo supe: no podía. Pero me negué a perderle.

Deslicé mi mano por su pelaje y encontré uno de esos puntos por los que estaba sangrando. No era un gran corte, como el que tenía en la cabeza o en un costado en el lobo. ¿Qué era lo que había visto? Una explosión. Pequeñas chispas lanzadas hacia todos lados.

Me acerqué a él y coloqué mis labios sobre aquel agujero. Era una locura.

Tal vez esa noche acabaríamos los dos muertos.

Pero no me importó.

Succioné con fuerza. Como si de un veneno se tratara. Lo era.

El sabor de la sangre de Riker empapó mi lengua y mi paladar. Escupí parte de esa sangre y volví a succionar.

—¿Te has vuelto loca? —gruñó Nathiel, a mi lado, e intentó separarme de su cuerpo. Le gruñí, mis colmillos expuestos, no estaba dispuesta a que nadie me separara de mi pareja predestinada. No sin luchar por él. Por nosotros.

Vi cómo el beta temblaba. Dio un paso hacia atrás. Y me permití volver a centrar mi atención en Riker. Succioné con fuerza y sentí un gusto metálico, áspero y gélido que hizo que tuviera una arcada. Escupí aquello, que brilló a la luz de la luna llena.

—Joder. ¿Eso es…? —No sé en qué momento Dorian había llegado hasta nosotros, pero tampoco me importó. Busqué en su cuerpo otra herida parecida y empecé a succionar con fuerza, y esta vez nadie intentó interponerse.

Reconocí el gusto metálico de nuevo. Lo expulsé, vomitando parte del contenido de mi cena en el proceso. Tuve un par de arcadas antes de conseguir estabilizar mi cuerpo y buscar una nueva herida. La plata aún no se había afianzado en su sistema, pero no tardaría en hacerlo.

Conseguí localizar cinco impactos. Si el resto de los lobos que acompañaban a Riker habían recibido semejante cantidad de plata, tal vez habrían muerto antes incluso de que se desprendiera la montaña sobre ellos. ¿Una casualidad? Era poco creíble.

Tras escupir los últimos restos de plata, me dejé caer a un lado. Solo entonces permití que el médico de los Atrum llegara hasta Riker. Nathiel lo había contenido y este no había hecho el intento de negarse a su autoridad, menos después de ver la plata que estaba extrayéndole de su cuerpo. Y cómo lo estaba haciendo.

Me quemaba la boca y apenas podía cerrarla.

Empecé a jadear. A convulsionar.

—¡Luna! —gritó Nathiel, llegando a mi lado. Emma no tardó en acompañarle.

—¿Te has vuelto loca? —masculló mi amiga, temblando, mientras me arropaba entre sus brazos. Dejé que lo hiciera—. ¡Tiene la boca en sangre viva!

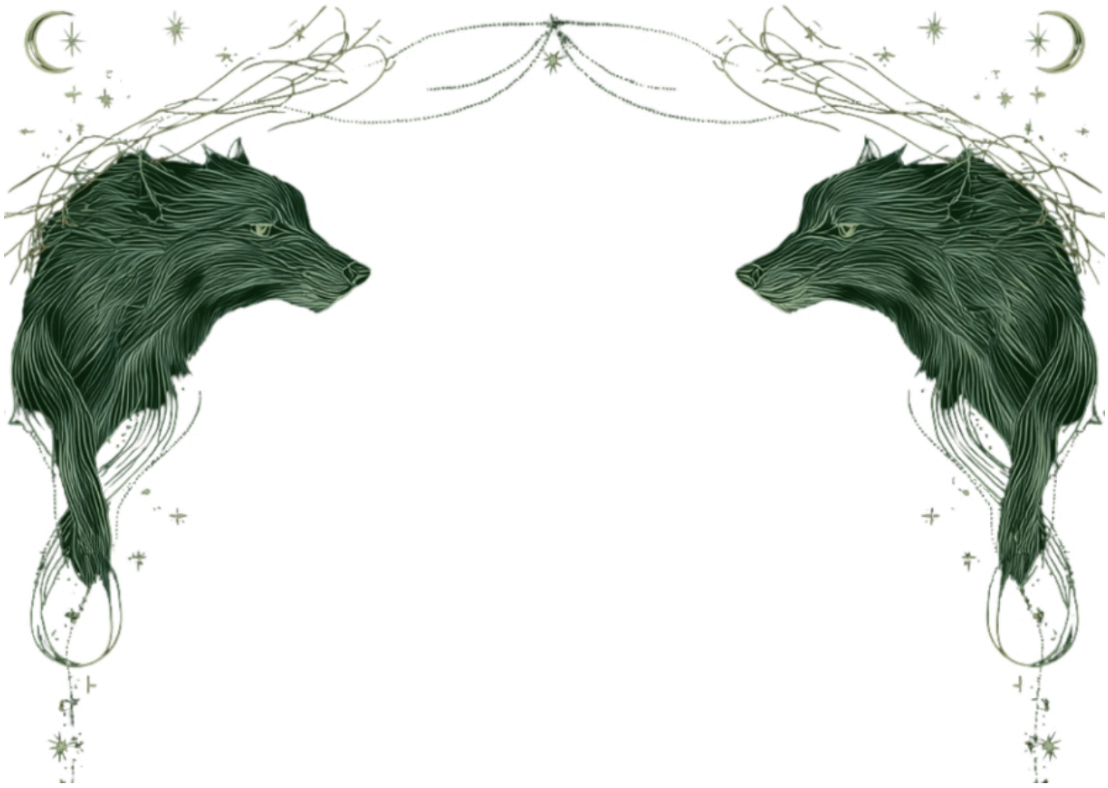
¿La tenía? Cerré los ojos y busqué a Riker con el resto de mis sentidos. Sentí su pulso. Volverse más firme. Estable.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Rubis?

—Yo tampoco puedo perderte. Así que no te mueras.

Sentí una extraña sensación cálida. Como si pudiera percibir su risa, dentro de mí. Solo entonces, me sentí tranquila y perdí el conocimiento, arropada entre los brazos de mi mejor amiga.



CAPÍTULO 25

PARA SIEMPRE

CUANDO TE ENFRENTAS A ALGO en lo que crees que estás a punto de perderlo todo, dejas de pensar. Y te guías por tu instinto. O por ese sexto sentido que nos empuja a todos a levantarnos. Incluso si a veces queremos ignorarlo.

Me desperté con la suave textura de la seda sobre mi cuerpo. Abrí los ojos, pero apenas fui capaz de enfocar la estancia en la que estaba. Me dolía la cabeza. Recordé todo lo que había pasado y conseguí incorporarme mientras las formas que rodeaban la cama empezaron a cobrar forma y sentido. No me eran desconocidas. Al lado de la cama, sentado en un sillón, estaba Martin y, en otro parejo al suyo, la luna regente. Tardé un tiempo en reconocerles. Era

como si mi mente estuviera espesa. Lenta. Como si tuviera que buscar más allá de la niebla que la cubría para entender el mundo que me rodeaba. Tan estático. Tan sólido. Que se me hacía pesado.

El pulso se me aceleró hasta que encontré, tendido a mi lado, con varios vendajes, el cuerpo lobuno de Riker, aún inconsciente.

—Está fuera de peligro. —Escuché las palabras de Martin mientras buscaba a Riker con la mano, para tocar su piel y asegurarme de que estaba caliente y que seguía vivo. Solo entonces suspiré, tranquila—. Actuaste rápido, arriesgando tu propia vida. Has sufrido quemaduras graves en la boca, pero el médico cree que te recuperarás en unos días.

—Gracias por luchar por su vida —me dijo la luna e inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

No le contesté, pero me encontré acomodándome de nuevo entre las sábanas de seda. Buscando el calor de su cuerpo.

—Estarán bien, mi luna —le indicó Martin—. Ya has oído al médico. Solo necesitan descansar. Ambos. Juntos son más fuertes.

—Ella pudo sentirle. ¿Es eso posible? Aún no han consolidado su vínculo.

—Riker siempre ha sido un alfa formidable —opinó el que había sido su mentor—. Y ella es mucho más sensible que la mayor parte de las personas que he conocido.

Cerré los ojos. Apenas podía mantenerlos abiertos.

—¿Hay algún avance con lo de sus transformaciones?

—Sí, pero son cambios sutiles, lentos.

—No disponemos de tiempo, Martin.

—Lo sé, mi luna.

—La manada necesita una luna acompañando a su alfa heredero, pero Riker la necesita a ella.

—Una cosa no debería ser incompatible con la otra, al contrario.

—¿Cómo nos verían el resto de las manadas si supieran que nuestra luna no es capaz de transmutar? ¿Que no posee un lobo?

—Tengo la certeza de que sí lo posee —le contradijo el lobo—, pero es cierto que, sin la autoridad de vuestro marido, cuando él empiece a liderar la manada, algunos podrían considerar esa situación una oportunidad.

—Estás pensando en los Ferus.

—Ambos lo hacemos.

—Siempre han querido dominar toda la frontera del Moonwhisper. Esta sería su oportunidad para hacerlo. No quiero que mi hijo tenga que afrontar ese futuro. Que nuestros lobos teman por sus vidas y las de sus cachorros. —Hizo una pausa—. Esos salvajes hace mucho que buscan algo, o a alguien, a quien enfrentar.

—Es posible que ya haya un enemigo acechando entre las sombras, mi luna.

—Si los faes están detrás del atentado contra mi marido, contra mi hijo… Ahora, más que nunca, no podemos mostrarnos débiles. —Hizo una pausa—. Nadie dará crédito a una luna que no es capaz de transmutar. Algunos, incluso, nos cuestionarán cómo una loba así vive entre nosotros. Nos exigirán que la exiliemos, para herir y debilitar a Riker, que la manada cuestione sus decisiones. Su autoridad.

—Le ha salvado la vida.

—Lo ha hecho. —Escuché un ruido, una silla, tal vez, desplazarse—. No solo eso. Ha sido capaz de negar una orden directa de mi marido y ha conseguido esquivar a Nathiel y al resto de las patrullas de lobos hasta llegar a su objetivo. Es fuerte, pero eso solo nosotros lo sabemos. No servirá para acallar los rumores y que la manada la acepte.

—Ahora, más que nunca, necesitamos estar unidos. Las rocas no arrastran consigo plata líquida, mi luna.

—Alguien ha vuelto a atacarnos. No tiene sentido negarlo.

—Algo se está cociendo, todos podemos percibirlo. —Se quedó en silencio—. Hace demasiado que los faes dejaron de mostrar ningún tipo de interés por los que vivimos a este lado del Moonwhisper; sigo sin entender por qué las cosas están cambiando.

—Dudo que nadie pueda entender qué motiva a esas criaturas desprovistas de emociones.

—Deberías descansar vos también, mi luna. —Escuché ruidos y, poco después pasos. No necesité abrir los ojos para saber que estábamos a solas. Coloqué la cabeza contra la de Riker y le pasé el brazo por el lomo.

Tal vez no podría volver a hablar. Pero no me importaba.

Riker estaba vivo.

—¿Rubis? —Escuchar mi nombre en sus labios hizo que todo el sufrimiento desapareciera por arte de magia, como si todo, de repente, volviera a estar bien. Él. Nosotros.

Sentí su mano acariciar mi espalda y conseguí abrir los ojos. Con cierta dificultad.

Seguía sintiendo la cabeza entumecida.

—No intentes hablar. No te fuerces. —Desvió la mirada hacia mis labios y no le gustó lo que vio, pero no dijo nada al respecto—. Sabía que estabas aquí, a mi lado. Podía sentirte. —Se obligó a sonreírme—. Lo peor de pensar que estaba a punto de morir fue la incerteza de no saber qué sería de ti si yo no estaba a tu lado para amarte, protegerte y asegurarme de que nunca, nadie, se atreviera a expulsarte. Esta es y siempre será tu casa. —Me acarició la espalda. Sus ojos verdes se veían más intensos con la luz del atardecer. ¿Cuántas horas llevábamos allí dentro? ¿Había oído la conversación de su madre y Martin? Me limité a observarle.

—¿Cuánto…? —Mi voz sonó ronca y deslustrada. No acabé la frase, porque Riker sopló con fuerza, como si el aire de sus pulmones pudiera silenciar mis palabras. Lo curioso es que lo consiguió y acabé sonriendo.

—Ayer me encontré entrando y saliendo de un estado de sueño y vigilia. Sé lo que hiciste. Todo. No deberías haberte arriesgado como lo hiciste. —Pese a que sonó crítico, no parecía enfadado—. No soportaría vivir si es a costa de perderte.

—Lo sé.

—He de decirte que nuestro sanador ha elogiado tu capacidad de cicatrización. —Le sonreí—. La mucosa de tu boca está casi regenerada por completo. —Coloqué una mano sobre un apósito que le cubría el pecho—. Las heridas que me infligió la plata están casi selladas, pero ya me han advertido que dejarán cicatrices. No voy a quejarme al respecto.

—Yo tampoco.

—¿Quieres beber un poco? —Asentí. Nos recostamos en el respaldo de la cama. Me tendió una botella de agua con una pajita. Di unos pocos sorbos. Me quemaban por dentro, pero, al mismo tiempo, estaba sedienta—. ¿Vas bien?

—Duele un poco —le confesé.

—Les pedí que te pusieran sueros, o algo, pero me llamaron exagerado —me confesó con una mueca de incomodidad—. Se te veía tan cansada, tan frágil, con los labios en carne viva. Y todo por mi culpa.

—Fue una explosión —conseguí decirle. Riker asintió.

—Pusieron un dispositivo en medio del camino que explotó cuando nos acercamos; el dolor me cegó, pero recuerdo haber escuchado un estrépito antes de que las piedras empezaran a caer sobre nosotros. No pude avisar a la manada. Todo sucedió tan rápido…

—Perdiste el conocimiento. —Conseguí decir aquello con una cierta dignidad. Sílaba a sílaba.

—Pero tú me sentiste. Me lo han dicho. —Me sonrojé ante su mirada. La calidez que había en sus ojos—. Yo también te quiero, ¿sabes?

Esas palabras fueron como un bálsamo para el miedo que había sufrido. Sentí una lágrima, traicionera, deslizarse por mi mejilla. Se inclinó para besarla.

—¿Crees que podrás comer algo? Has perdido lo poco que habías ganado.

—¿Y tú?

—Me han subido el desayuno y la comida. Quería estar a tu lado cuando despertaras. Me preocupaba que te costara tanto recuperarte, pero el médico me advirtió que si tu cuerpo te pedía dormir yo no era quién para actuar en contra suyo. —No le había gustado aquello. Lo supe. Y me encontré sonriendo—. No sé si, sin tu fortaleza, sin nuestro vínculo, habría sobrevivido. Eres la luz que ilumina mi camino.

Se inclinó hacia mí y sus labios buscaron los míos, sin importarle las grietas que aún los cubrían. Nos besamos. No con la intensidad que solíamos compartir, sino como si nos encontráramos por primera

vez y sintiéramos la necesidad de decirnos en un beso lo que a veces las palabras no eran capaces de expresar.

Riker había sobrevivido y me había dicho que me quería.

Ahora entendía a qué se referían con eso de sentir mariposas en la barriga.

Se escucharon tres golpes en la puerta antes de que Dorian entrara en nuestras dependencias. Empujaba un carrito en el que había varios platos cubiertos por cúpulas de cristal.

—Antes de que protestes, el puré de verduras no es para ti —le advirtió a Riker, que sonrió—. El médico ha dicho que durante unos días lo más apropiado es que evite comer sólidos.

—Lleva dos días sin probar un bocado, no se recuperará a base de vegetales —protestó mi pareja.

—Le han puesto carne triturada. —Solo entonces Riker pareció contentarse—. Cuando acabéis de comer, el alfa regente quiere reunirnos. Ya han revisado la zona del incidente.

—Dile que en media hora estaré disponible y llama a Emma para que acompañe a Rubis mientras yo me ausente.

—Así se lo haré saber a ambos. —Dorian deslizó la mirada hacia mi persona—. Me alegro de verte al fin despierta, mi luna.

Le sonreí y eso hizo que Riker le soltara un gruñido que a su beta solo hizo que arrancarle una pequeña carcajada mientras le daba la espalda y se alejaba de nosotros.

—Eso era totalmente innecesario.

—Anduviste corriendo desnuda por todo el bosque, créeme que esa parte me irrita de forma considerable.

—Para salvarte, ¿recuerdas?

—Podías haberte puesto algo, lo primero que hubieras encontrado a mano.

—Que te den, Riker.

—¿Te ofreces voluntaria, mi amor? —Opté por ignorarle mientras me apoderaba de la bandeja con el puré y empezaba a comer con avidez.

Emma no tardó en venir. Lo hizo con una sonrisa en el rostro. Como si todo estuviera bien. Y nada hubiera pasado. La admiré por esa capacidad suya, pero yo no me sentía tan confiada y segura

como ella. Lo que había pasado era grave. Mucho. Conseguí sonsacarle que los cinco lobos que patrullaban con Riker habían muerto. Cuatro de ellos por la plata. El quinto algo más tarde. Tal vez por la plata, quizá por las piedras que le habían aplastado.

Durante años había vivido en la seguridad de los Fe de Aurora. Tal vez por ser una manada pequeña, insignificante, desconocíamos el peligro real que acechaba allí fuera, entre las sombras.

Cogí el teléfono nuevo que me había comprado Riker y usé el pretexto de que quería darme un baño con Emma. Era una de esas verdades a medias. Me apetecía una ducha, pero más aún poner las cosas en orden con Re.

Podría haber muerto.

No me perdonaría hacerlo sin haber hecho las paces con mi mejor amigo.

Me dolía que no se alegrara por todas las cosas buenas que me habían pasado. Por el hecho de que hubiera encontrado a mi pareja predestinada, el que estaba destinado a ser mi compañero. Podía entender sus reticencias, porque Riker no solo era un lobo, a los que Re odiaba, sino que, además, era un alfa. Tal vez no había tenido el suficiente tacto gestionando aquello. Debería habérselo explicado. Hacerle entender que estaba bien. Bien de verdad.

Quizá no lo había hecho porque ni siquiera yo estaba segura de todo aquello al principio. De nuestro vínculo. De si alguien como yo podía aportarle algo a alguien como él. Si realmente ese era el futuro que yo quería.

Lo que me hizo pensar en que nunca me había planteado algo así.

Porque nunca había sentido que podía decidir al respecto.

Era una omega.

Una Sinlobo.

Apenas tenía derechos —ni voz— entre los que se suponía que eran mis iguales.

Tardé varios minutos en decantarme por cómo romper el hielo.

Quise llamarle, pero con lo mal que nos había ido la última vez, con el veneno que escupió contra mí, no estaba segura de si sería

capaz de mantenerme serena si se repetía aquello, así que me decanté por un mísero mensaje de texto.

«¿Cómo llevas los finales?»

El mensaje de texto quedó en visto.

Esperé pacientemente hasta que vi que empezaba a escribir algo y aquello hizo que suspirara aliviada mientras sonreía, esperanzada.

«Bien»

Y el teléfono se quedó en silencio.

Durante un buen rato.

Seguía enfadado.

En la pantalla volvieron a aparecer tres puntos. Escribía de nuevo.

«¿Y tú?»

Decirle que lo había dejado le cabrearía. Era la única forma de poder abrirme paso en un mundo que me caía un poco demasiado grande y siempre se me había dado bien. Explicarle que mis prioridades habían cambiado no tenía sentido. No lo entendería. Todavía. Quería reconectar con mi mejor amigo, pero tendría que hacerlo poco a poco, porque la realidad que habíamos compartido nada tenía que ver con la que ahora me rodeaba. Hacerle entender mi situación actual y que él la aceptara requeriría paciencia. Y tiempo. Pero Re siempre había estado a mi lado y se merecía ese esfuerzo.

«Tengo un tutor personal»

«¿Y qué tal la experiencia?»

«Bien. Martin tiene más de bibliotecario que de lobo. Te gustaría»

«No volverás al instituto»

«No es que eche en falta aquello, pero a ti sí»

Hubo una pausa larga.

«¿Estás bien?»

¿Lo estaba? Podría mentirle. Decirle que todo estaba bien. Cuando no lo estaba. Había estado a punto de perder a Riker. Seguía siendo una Sinlobo. Las palabras de la luna regente aún me quemaban. Sentí un hormigueo en los dedos. Quería estarlo. Quería pensar solo en lo bueno. Pero había demasiadas cosas que se sostenían a duras penas.

«Estoy adaptándome.
Emma me está ayudando»

No nombré a Riker. Supe que mencionar a mi mejor amiga haría que Re se sintiera un poco más tranquilo de cómo debía de ser mi nueva vida. Aunque ellos no se llevaran, sabía que Emma me había defendido en infinidad de ocasiones y que jamás me traicionaría.

«Suena un poco menos mal.
Incluso si estás entre lobos»

«Soy una loba»

«Ya me entiendes»

«Si consigo transformarme,
¿seguirás siendo mi mejor amigo?»

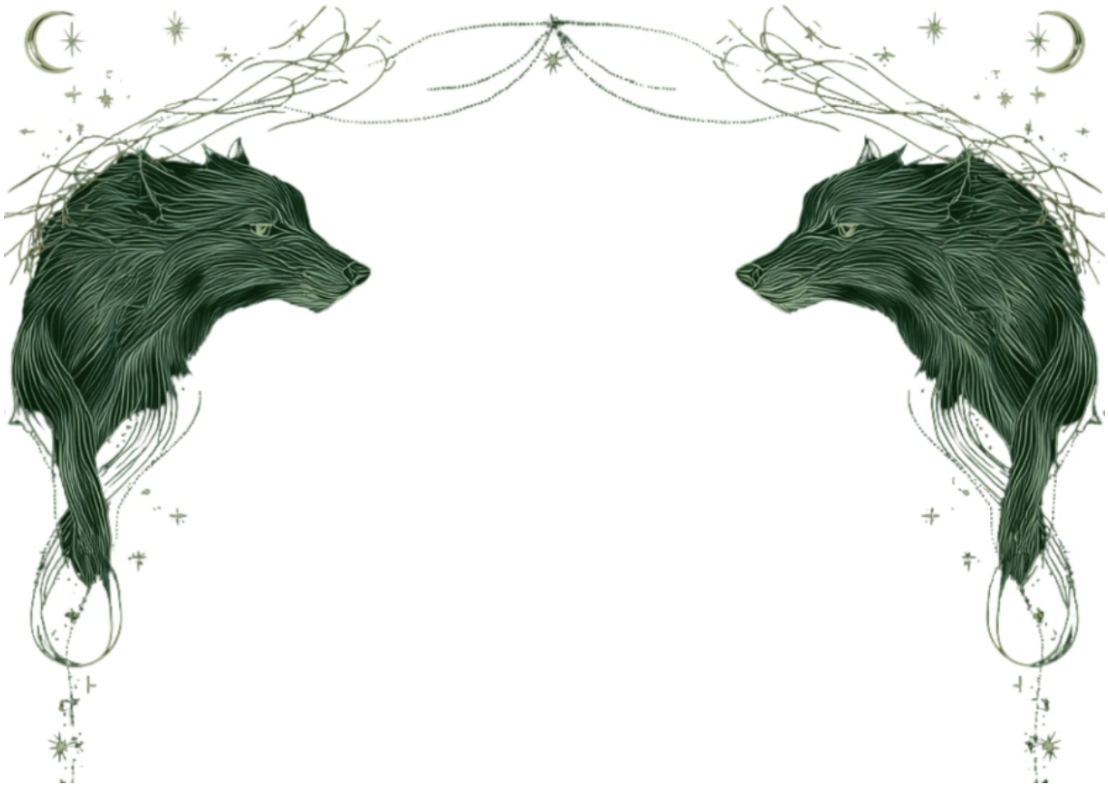
«Aún no te he perdonado por lo de largarte con ese alfa.
Si te perdono eso, lo otro no debería preocuparte»

Sonreí. Le envié una carita sonriente, con las mejillas sonrojadas, y un emoticono de un abrazo. Me contestó con un escueto «No me hagas la pelota» y supe que estaríamos bien. Aunque tal vez tardaríamos un tiempo.

Cuando las cosas se asentaran, le pediría a Riker que me llevara a verle.

No le gustaría, lo sabía, pero no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta.

Con esas vibraciones positivas, por una vez, me metí en la ducha, sabiendo que hay amistades que son para siempre.



CAPÍTULO 26

UNA BOLA DE CRISTAL

EN APENAS UN PAR DE DÍAS Riker estaba a la perfección. La palidez había desaparecido y había recuperado su fortaleza. El sanador dijo que estaba totalmente recuperado cuando volvió a ser capaz de transmutar a su antojo, como si nada hubiera pasado.

Durante aquellos días, no solo el alfa regente parecía haberse debilitado. También lo había hecho su luna, como si por cada día hubiera envejecido poco más de una década. Las arrugas de su rostro se habían acentuado y la fatiga estaba haciendo mella en ella. Tal vez las transfusiones que le daba de forma regular al alfa regente para ralentizar su dolencia estaban cobrándose un precio en ella. Quizá el hecho de haber estado a punto de perder a su único hijo.

No quería imaginarme lo que podía suponer sobrevivir a tus descendientes.

Mi instinto maternal no estaba eclosionando, pero sabía que Riker necesitaría tarde o temprano asegurarse un heredero. La manada dependería de aquello.

No es que me apasionara considerarme poco más que el recipiente, pero entendía que formaba parte de la responsabilidad de ser la luna de los Atrum. Llegado el momento asumiría aquello. Lo de ser madre.

No fue hasta que Riker estuvo totalmente recuperado que volví a casa de Martin. Quedaba poco más de una semana para que se celebrara la reunión con los alfas del norte y eso había vuelto a convertirse en algo así como mi obsesión ahora que ambos estábamos totalmente recuperados.

Ya no sabía si debía preocuparme más por la posibilidad de que los Ferus intentaran apropiarse del territorio de los Atrum, de la posibilidad de que los faes estuvieran intentando minarnos lentamente o el hecho de que aún no fuera capaz de transmutar. Poner en el mismo saco algo tan banal como mi carencia de habilidad contra posibles enfrentamientos que podrían suponer un montón de vidas no era del todo justo, pero como me afectaba en primera persona no podía evitar hacerlo.

Además, estaba el hecho de que, en un orden posible de acontecimientos, era lo que más próximo se cernía sobre nosotros.

Me despedí de Riker con un beso largo, de esos que se prolongaban en el espacio y en el tiempo, antes de entrar dentro de la casa de Martin. Aquel lugar me era conocido y me sentía segura allí dentro.

—Ayer encontré algo en mi despacho —me dijo levantándose de la silla del comedor—. Ven, quiero mostrártelo.

La habitación a la que Martin llamaba su despacho estaba en el primer piso y apenas había estado un par de veces allí dentro y, como quien dice, solo de paso. Era de esos sitios que se sienten tan propios, tan personales, que no te gusta compartirlos. De ahí que las veces que habíamos estado nos habíamos limitado a coger algún

tomo concreto de los muchos que decoraban las estanterías, para leerlo tranquilamente en el salón de la planta baja.

Admito que esa estancia me fascinaba. Que estaría horas allí dentro, husmeando entre los objetos de aspecto antiguo que había en las estanterías, los tomos de cuero, los pergaminos enrollados con cintas, los mapas que decoraban las paredes y los baúles cuyo contenido desconocía, pero sentía una mezcla de fascinación y ansia de saber qué secretos ocultaban.

Todo allí era único.

Especial.

Empezó a rebuscar entre una de las estanterías de libros y sentí un rumor.

Un hormigueo en los dedos.

Vi una esfera de cristal en una de las baldas. Me acerqué a ella con una sensación extraña empujándome a hacerlo. Quizá fue un reflejo, pero, por un momento, tuve la sensación de que brillaba.

Me quedé quieta, absorta por aquella bola que tendría el tamaño de un balón, acercándome lentamente, como si no estuviera segura de si el hacerlo fuera o no una buena idea.

Mi corazón comenzó a palpitar más fuerte. Más rápido.

El hormigueo en la yema de mis dedos empezó a ascender por mis brazos y sentí todo mi cuerpo tensarse mientras una presión se formaba bajo mi pecho.

Como si estuviera presa de un embrujo, mis dedos se deslizaron hacia la superficie perfecta, brillante, de aquella esfera de cristal y, contra todo pronóstico, una sensación de calidez, de paz, me arrastró más allá del lugar en el que estaba.

No me asusté, porque en aquella oscuridad había luz. La de una tormenta cuyos rayos eran del azul más hermoso que jamás había contemplado. El cielo estaba enfurecido. Las nubes eran grises. Y el mundo negro. Y blanco. A un mismo tiempo. Como si luz y oscuridad hubieran pasado a ser lo mismo.

Debería estar asustada. Tener miedo. Porque aquello no podía ser real y, sin embargo, nada se había sentido tan auténtico. Ni tan perfecto.

Como si hubiera calma dentro de la mismísima tormenta.

Y todo se aplacó.

De repente.

Y solo estaba yo.

En medio de la nada.

Una brisa.

La sensación de estar sola y, también, acompañada.

Una silueta se dibujó entre la luz y las sombras.

Frente a mí.

Apenas pude ver el contorno de su rostro, porque toda mi atención quedó presa de dos ojos de un azul tan brillante que parecía que la luz se reflejaba en ellos como si el sol impactara sobre dos zafiros.

Me estremecí cuando nuestras miradas conectaron, y en ese momento sentí un latido. Un pulso. Que se expandía a nuestro alrededor. Con la intensidad de un tsunami. Se me erizó el vello de todo el cuerpo cuando en mi cabeza sonó una voz firme, masculina:

«*Te siento*».

Chillé. Sé que lo hice antes de separar mis dedos de aquella esfera de cristal, de encontrarme de nuevo en aquel despacho y no en ese vacío existencial en el que esos ojos azules podían verme de una forma cuyo recuerdo hizo que me estremeciera de nuevo.

—¡¿Estás bien?! —Martin acudió a mi lado y me sorprendió colocando un trapo encima de la bola de cristal.

Jadeé. Mientras intentaba recuperarme de la impresión.

Acercó una silla para que la ocupara y me dejé caer en ella, las piernas temblándome.

—Rubis, mírame, ¡mírame! —insistió y finalmente consiguió que le prestara atención. Pude ver la preocupación en su rostro—. ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. ¿Qué diablos es eso? —Señalé la esfera de cristal, oculta ahora, mientras volvía a notar esa sensación, el hormigueo, en los dedos.

—No estoy seguro, pero un buen amigo me aseguró que es uno de esos viejos artilugios fae cuya magia se perdió con el paso del tiempo.

Esa afirmación hizo que me estremeciera de nuevo.

¿Un artilugio fae? ¡Se suponían extintos!

Los faes llevaban años haciéndose con los pocos objetos mágicos que habían quedado al oeste del Moonwhisper. Tenían el derecho de hacerlo. Lo decía el tratado, no yo.

—O tal vez no. —Me observó—. ¿Qué ha pasado? ¿Crees que podrías contármelo?

Podría. ¿Quería? No lo tenía tan claro.

—Es como si me hubiera transportado a otro lugar.

—¿A otro lugar? No, puedo asegurarte que estabas aquí, solo que parecías haber entrado en algo parecido a un trance.

—¿Un trance?

—Hay quien cree que los faes poseen magia mental, al margen de la que es propia de la naturaleza. Tal vez esa esfera conserva parte de la magia que poseía antaño, un vestigio, y solo alguien con especial sensibilidad ha sido capaz de percibirla.

—¿Especial sensibilidad yo?

—Pudiste sentir la plata líquida que había en el cuerpo de Riker. No conozco a ningún lobo que pueda olerla.

Jugaba con ventaja, porque había visto qué había pasado. Aunque ese detalle no se lo había contado a nadie. Ni siquiera a Riker. No tengo claro si me hubiera creído. Ni siquiera yo acababa de entender qué había sucedido aquella noche. Pero tenía la certeza de que había visto lo acontecido. Como si poseyera un don extraño, el de la visión. Pensé en los oráculos de los que me había hablado Riker. ¿Y si yo tenía un algo a ese tipo de personas? ¿Y si podía ver o sentir cosas más allá de lo que había en el aquí y en el ahora?

—Es como si hubiera entrado dentro de esa esfera.

—¿Dentro?

—Estaba en medio de una tormenta eléctrica.

—¿Una tormenta?

—Salvaje y brutal. —Y tan hermosa que me era imposible describirla de otra forma.

—Un vestigio de magia fae. Es interesante que puedas percibirla. ¿Alguna vez has sentido algo así?

Miré a Martin como si no entendiera qué me estaba preguntando exactamente.

—Nunca —susurré, sintiendo una extraña admiración y un pánico aterrador al recordar aquello. No solo la tormenta. Sino también los ojos de aquel hombre. Su voz. Me estremecí—. Necesito un poco de aire fresco.

Me levanté y salí del despacho, huyendo, necesitando alejarme de aquello. Desearía tener la capacidad de Emma para fingir que todo estaba bien. Que nada extraño acababa de pasar. Pero jamás había tenido esa virtud suya de navegar solo por la superficie. Lo mío eran las inmersiones profundas, de esas que te dejan aturdido y sin aliento.

—¿Estás bien? ¿Quieres que avise a Riker?

—No. Estoy bien. Creo que ha sido solo una alucinación.

—Tal vez. —Mi mentor no estaba muy convencido. Yo tampoco—. Siéntate.

Le hice caso y él se acomodó a mi lado, sobre una roca. Nos habíamos alejado unos pocos metros de la casa, pero aquel lugar me gustaba. Había algo majestuoso en el bosque que se alzaba, imponente, frente a nosotros. Eso y las montañas que había a modo de telón de fondo. Esas en las que sospechábamos que se encontraba la historia de quién era.

—¿Cómo supiste que Riker estaba en peligro? —quiso saber al cabo de un rato.

—Me desperté por el dolor —le confesé tras tomarme mi tiempo en pensar cuál era la respuesta correcta a su pregunta—. Creo que pude sentir cómo la plata atravesaba su cuerpo.

Asintió y se quedó un rato en silencio.

—Nathiel me contó que apenas fueron capaces de seguirte mientras corrías por el bosque y Dorian que negaste una orden directa del alfa regente.

¿Sonaba crítico? ¿O solo sorprendido?

—Aunque sea el alfa regente, no formo parte de los Atrum todavía.

—Todavía —repitió mi palabra, alargando las sílabas. Estaba pensando en algo más. Yo también.

Volvieron a mí las palabras escritas en aquel pedacito de pergamino. Ese que encontraron en mi capazo. Junto al colgante. El alfa regente no había podido someterme, incluso si, ese día, lo había intentado.

—Parece imposible que alguien pueda eludir a un lobo sin usar su forma animal.

—Tal vez llevo tanto tiempo siendo solo yo que en mi forma humana me manejo mejor que otros. —Una verdad a medias. Aunque tenía el sabor amargo de las mentiras fragrantes—. ¿Puedo confesarte una cosa?

—Te escucho.

—Creo que es algo que tiene que ver con la luna llena.

—¿Con la luna? —Asentí—. Ese es un detalle al que tal vez deberíamos prestar atención.

Me quedé en silencio, mientras Martin reflexionaba y yo simplemente dejaba que mi mente vagara sin rumbo. Los ruidos. Los olores. Me gustaba ese territorio. La compañía de aquel anciano lobo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué pasará si, tras la reunión con los alfas, sigo sin ser capaz de transformarme?

—No lo sé. —Parecía preocupado—. Riker ha de asumir su responsabilidad para con la manada.

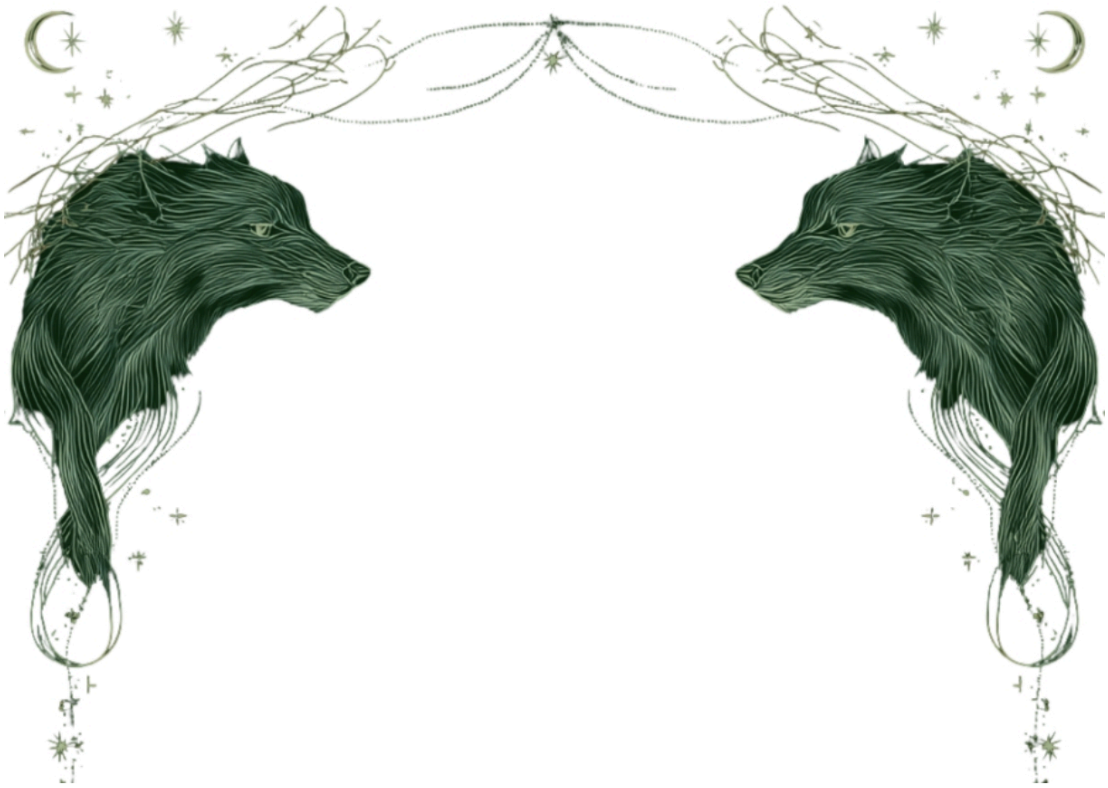
—¿Y no podría hacerlo sin estar comprometido?

—Un alfa que llega al poder sin una luna pone en riesgo la continuidad de su linaje y puede considerarse que aún se trata de un lobo inmaduro que no posee la capacidad de compromiso que requiere un cargo como ese. —Hizo una pausa—. ¿Imposible? No. ¿Aconsejable? Tampoco.

—Y jamás aceptarán a una luna que no sea capaz de transformarse.

—Es en nuestra versión lobuna donde compartimos una mente común y nos permite que exista esa conexión y comunidad entre

nosotros. Una luna sin lobo sería una aberración y, además, serías el foco de cualquier intento de derrocar o destituir a Riker. Tu vida estaría en constante peligro y ni siquiera dispondrías de un lobo con el que intentar defenderte si llegan hasta ti. —Desvió la mirada del horizonte para centrarla en mí—. Pero tu caso, Rubis, es aún más complejo. Ni siquiera formas parte de la manada, y la única forma de que entraras a formar parte de los Atrum sería dejando que Riker te marcara. —Hizo una pausa—. He hablado con él y se niega a hacerlo, porque sabe que existe la posibilidad de matarte en el proceso. Sé que está intentando distanciarse para evitar cometer un desliz del que pueda arrepentirse el resto de su vida. —Busqué el horizonte mientras una lágrima me caía por la mejilla, furtiva—. No tengo una solución para vuestro problema. Solo la esperanza de que encuentres la forma de manifestar a la loba que sé que llevas dentro.



CAPÍTULO 27

UNA REUNIÓN DE ALFAS

ENCONTRÉ UN BONITO VESTIDO DE UN ROJO intenso sobre las sábanas de seda de nuestra cama. Riker salió del cuarto de baño, cubierto solo con una toalla que le tapaba de cintura para abajo, al escuchar la puerta de nuestras dependencias abrirse.

—¿Y eso? —Señalé el vestido.

Habían empezado a llegar algunos de los alfas herederos del norte, y un par de alfas regentes acompañados de sus lunas. Emma me había explicado que para evitar conflictos y que los líderes de los Ferus y los Sangre de Ámbar no pudieran pensar que se estaba gestando una fraternización entre las manadas del norte en las que

se estuviera planteando excluirlos, habían optado también por invitar a sus líderes.

Lo que convertía esa reunión en algo mucho más grande.

Y yo me sentía mucho más pequeña.

Riker había multiplicado las patrullas para asegurar la seguridad del evento.

—¿Te gusta? —me cuestionó.

—Es llamativo. —Sonrió, como si le gustara el comentario. Yo habría buscado algo negro, discreto, para no destacar.

—He pensado que así podría localizarte con más facilidad. —Me rodeó con su cuerpo desnudo y empezó a besarme en el cuello—. Date una ducha y te ayudaré a cambiarte.

—Puedo hacerlo sola.

—¿Y perderme la diversión? Ni loco —ronroneó.

Me escondí en la ducha y dejé que el agua caliente calmara en parte el nerviosismo que me acechaba. Seguía siendo la misma muchacha inquieta, pero solo eso. No había habido ninguna evolución en cuanto al resto de mis capacidades. Era como si una soga empezara a apretarme el cuello. Se nos estaba acabando el tiempo.

Me sequé el cabello y casi esperaba que Riker ya no estuviera para cuando salí cubierta con una toalla. Sin embargo, le encontré ajustándose una corbata a la camisa del traje. Me permití observarle. Su ancha espalda. Había memorizado cada marca en su cuerpo. Los lunares. Las cicatrices. Cada pliegue. Cada recoveco. Le había sentido como mío. Y no sabía si aquello estaba a punto de cambiar.

—Todo irá bien. —Había captado mi mirada cargada de desesperanza.

—¿Y si no puedo sentir ningún tipo de vínculo con ninguno de los que han venido?

—Eres una loba extremadamente sensible. Lo sabrás.

Se acercó a mí y se inclinó para besarme. Por una vez, se dejó llevar por su instinto y sus manos volvieron a recorrer mi cuerpo. La toalla cayó al suelo, pero no me sentí expuesta, al contrario.

—Te deseo tanto, mi luna, muero por hacerte mía. —Me arqueé cuando sus dedos me pellizcaron el pezón—. Tal vez esta noche…

Me estremecí ante aquellas palabras. La posibilidad encendió en mí el deseo, pero, aunque Riker pudo olerlo, se limitó a acompañarme hasta la cama y me tendió el vestido.

Era de un tejido suave que se ajustó a mi cuerpo a la perfección. Riker recorrió mis curvas a través del tejido y masculló algo por lo bajo mientras sus ojos me devoraban con la mirada.

—Siento que no puedas acompañarme a la recepción.

—Yo también.

No tanto porque me apeteciera hacerlo, sino por lo que eso significaba. Yo aún no era la luna de los Atrum y tampoco la compañera de Riker. Era su pareja predestinada, la elegida por la diosa Luna, pero sus padres nos habían pedido que de momento ocultáramos ese vínculo al resto de los invitados. Riker se había resistido, al principio, pero su madre le había advertido que no hacerlo podía convertirme en el centro de interés de cualquier alfa malintencionado. Convertirme en su debilidad. Antes incluso de que fuera suya. Ahí fue cuando acabó cediendo.

Se acercó a la cajonera y vi que cogía la bolsa de terciopelo. Me tensé mientras sacaba de ella el colgante. Retrocedí, de forma instintiva.

—Creo que es el vestido perfecto para hacer que luzca como se merece, ¿no crees? —Riker se acercó con el collar colgando de su mano.

—No quiero llevarlo. —Me pesaba tanto, todo, como para cargar con aquello.

Riker me observó y su semblante se volvió más rígido.

—No puedes no hacerlo, Rubis. —Sus ojos no admitían una negación y sus palabras poseían el poder del alfa que él era, incluso si ambos sabíamos que no me afectaban como al resto de sus lobos—. Es nuestra última oportunidad y no podemos desperdiciarla. Si ese collar puede darnos una pista de quién condicionó tu capacidad de transmutar o si lo relaciona con algún linaje o familia, no podemos desaprovechar la ocasión de descubrirlo. Sabes que a mi padre no le queda mucho y deberé aceptar mis obligaciones para con la manada. Llevo posponiéndolo desde el día en que te conocí, Rubis, pero no puedo seguir haciéndolo eternamente.

Empecé a temblar. Me obligué a no llorar.

Tenía razón.

Pero la mera idea de llevarlo me quemaba.

—De acuerdo —cedí.

Riker me sonrió, pero no fui capaz de corresponderle.

Se acercó a mí y me colocó con cuidado el colgante. El enorme rubí parecía brillar con luz propia, una vez quedó colocado sobre mi pecho. Observé mi imagen en el espejo. Mi cabello gris y mis ojos del mismo tono, tan apagados y carentes de color contrastaban con la intensidad del rojo del rubí y del vestido. Supe que lo había elegido pensando en aquel collar. Y me dolió que no me lo hubiera dicho. Que no me hubiera advertido de su intención para prepararme mentalmente para aquello.

—Estás perfecta, mi luna. —Se inclinó para besarme en la mejilla—. Emma vendrá a ayudarte con los últimos retoques. Te esperaré abajo.

Asentí y dejé que se fuera. Habíamos acordado que bajaría con Emma y Nathiel y sería presentada a los invitados como la amiga de la compañera del beta del alfa heredero. Lo que era, pero sonaba totalmente ridículo.

Intenté que mi amiga no notara mi nerviosismo mientras nos maquillábamos juntas. Dejé que eligiera un rojo intenso para mis labios y un toque de colorete que le diera un poco de vida a mi palidez. Ese día, más que nunca, apenas el rubor cubría mis mejillas.

Tal vez allí abajo, entre todos aquellos invitados, estaría uno de mis progenitores.

Uno que según las teorías *conspiranoicas* de Martin, podía haberme dado la orden, siendo una cría, de que no me convirtiera en lobo. Un condicionamiento que quizá aún me impedía transmutar. Si un alfa podía llegar a tener semejante poder sobre uno de los suyos.

Bajamos a la sala acompañadas de Nathiel y Dorian.

No me pasó desapercibido que este último se mantenía a mi lado, no solo como mi acompañante, sino también como mi guardaespaldas. Supuse que Riker le había dado órdenes al respecto.

Sirvieron el banquete en amplias mesas repletas de canapés y manjares de todo tipo. Vi a Riker en la distancia, junto a sus padres, hablando con otros hombres trajeados de aspecto importante. Es posible que nunca hubiera estado en un lugar con tanta testosterona andante.

—¿Nos conocemos? —Dorian me miró antes de apartarse un par de pasos, no mucho, pero fingió que tenía interés en algo que había en una de las mesas.

Observé al lobo que se me había acercado. Tenía el cabello de un dorado suave, pero eran sus ojos ámbar los que hicieron que tardara un tiempo en reaccionar, porque me recordó a Re.

—Nunca he estado en el territorio de los Sangre de Ámbar —le indiqué y él me sonrió, consciente de que sus ojos le delataban.

—Soy Amadeus. —Me tendió la mano y sospeché que se suponía que debería de saber, solo por su nombre, mucho más de él de lo que yo sabía.

—Rubiselle.

—¿De los Atrum? —Ladeó la cabeza mientras me estudiaba. Negué.

—Soy de los Fe de Aurora, mi mejor amiga recientemente se ha vinculado a uno de los betas del alfa heredero de los Atrum y ha coincidido que estaba visitándola. —Había ensayado esa historia, porque lo de mentir me repateaba—. La luna regente es una mujer amable y una anfitriona encantadora.

—Lo es, sí. —Me sonrió—. ¿Estás disfrutando de tu estancia aquí?

Elevó una ceja. El olor de Riker podía sentirse en mi cuerpo, no tenía sentido fingir lo contrario. Dorian se acercó en ese momento.

—¿Bailas? —Me arrastró lejos de aquel lobo, tras mirarle con esa frialdad que le caracterizaba. Empezamos a movernos por la pista de baile—. Es posible que alguien intente darme una paliza esta noche.

Observé de reojo a Riker mirarnos, desde la distancia.

—Tiene demasiadas obligaciones como para acordarse de una niñería como esta.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Quién era? —le cuestioné refiriéndome al lobo de ojos dorados.

—Otro alfa heredero —me contestó y mis pupilas se dilataron, porque el comportamiento de Dorian no había sido especialmente amistoso—. No tiene pareja. Si seguía coqueteando contigo, ya sabes quién habría acabado entrometiéndose.

—No estaba coqueteando conmigo.

—Créeme que habías despertado su curiosidad.

Decidí no insistir al respecto. Ni yo cambiaría de opinión ni lo haría Dorian. Le conocía lo suficiente como para saberlo.

Volvimos a un lateral de la sala. Emma y Nathiel tomaron el relevo de Dorian.

—¿Alguna sensación? —se interesó el beta de Riker mientras yo dejaba mi mirada vagar alrededor de la sala, por todos aquellos alfas y personajes ilustres.

—Ninguna.

—Vamos a dar una vuelta por la sala, quizás si estás más cerca… —Emma me tomó de la mano y empezamos a caminar. No sabría decir hacia dónde. Ni hacia quién.

Nos interceptaron dos lobos.

—Es un collar precioso. —Tendría unos treinta años, cabello caoba y ojos oscuros. Su mirada era neutra, casi diría fría. No podía ser mi padre, pero sí un alfa.

—Gracias. Es una herencia familiar. —Se me atragantó esa verdad.

—Soy Darius, alfa de los Lunaris del norte. Y él es mi beta, Hugh.

—Emma, la compañera del beta Nathiel de los Atrum.

Me miraron y sentí un nudo en el estómago. Me gustaría poder decir que los había reconocido. De alguna forma. Pero no lo hacía. Elevé el mentón. Sentí un hormigueo y el rubí sobre mi pecho empezó a parecer más liviano mientras la luz emitía sutiles brillos al impactar en su superficie.

—Soy solo una omega que está de paso, de los Fe de Aurora.

—Es una vieja amiga mía, que ha venido a visitarme —intervino Emma mientras yo le sostenía la mirada a aquel alfa. No podía ser mi padre, pero, tal vez, sí mi hermano. Intenté buscar algo. Una conexión, entre nosotros.

Las luces de la sala empezaron a tintinear. Se escuchó un rumor y sentí que se me aceleraba el pulso.

—Necesito ir al baño —le dije a mi amiga y salimos de allí antes de que aquellos lobos pudieran ordenarnos lo contrario.

—¿Estás bien? —Emma me miró mientras me apoyaba sobre la pared del aseo de mujeres—. ¿Has notado algo?

—¿Qué crees que ha sido lo de las luces?

—Una subida o una bajada de intensidad en la corriente; es un caserón viejo —opinó ella sin darle más importancia y, al hacerlo, me ayudó a calmarme. No podía haber sido yo, ¿verdad? Allí estaba de nuevo esa sensación. El hormigueo.

Una puerta se abrió y entró una loba vestida con un elegante traje de terciopelo negro. Llevaba un collar con perlas y pendientes a juego. Desprendía ese algo de quien se sabe superior y que está acostumbrada a que le traten acorde a su posición.

Nos observó y frunció el ceño mientras arrugaba la nariz y dos arrugas se le marcaban sobre el puente de esta. Debía de hacerlo de forma más o menos frecuente, ese gesto.

—Hay quien por mucho que se esfuerce poniéndose joyas caras y vestidos llamativos jamás tendrá la categoría necesaria para lo que anhela, ¿no crees? —Se dirigía a Emma, mientras me miraba de forma despectiva.

—No sé a quién te refieres —le contestó mi amiga en un tono seco.

Se acercó para lavarse las manos mientras nos miraba de refilón por el espejo. Cuando consideró que había acabado, se giró para observarme.

—Supongo que siempre hay omegas que creen que por follarse a un alfa van a conseguir ser alguien. Me dais pena, en realidad, no sois más que putas desesperadas por un poco de atención. Debes sentirte pletórica, con tantos alfas, con tanto poder, a tu alrededor. Sé de algunos que no les importaría tomarte a turnos, ¿quieres que les diga que te busquen?

Me quedé estupefacta. Se me erizó el vello del cuerpo y mis garras aparecieron de la nada. Sentí una fuerza, un pulso, latiendo por salir. Emma intentó interponerse entre nosotras, pero la sorteé.

No sé qué vio en mí aquella loba. La rabia. El odio. Tal vez mi propia desesperación. Retrocedió. Dos pasos.

Sentí su miedo.

—Puedo sentir tu miedo. Eres valiente para insultar a los que te rodean, pero ni siquiera tienes las agallas de enfrentarte a los que no se intimidan por quién eres o de quién eres hija. No vales nada en realidad, ¿lo sabes? —Me giré para mirar a mi amiga—. Aquí hemos acabado.

Salí del baño, sabiendo que Emma me seguiría.

—Rubis. —Me alcanzó en una esquina—. Tus ojos.

Me giré para mirarla. Vi que estudiaba mi rostro, sin estar segura de qué había pasado allí dentro.

—¿Qué pasa?

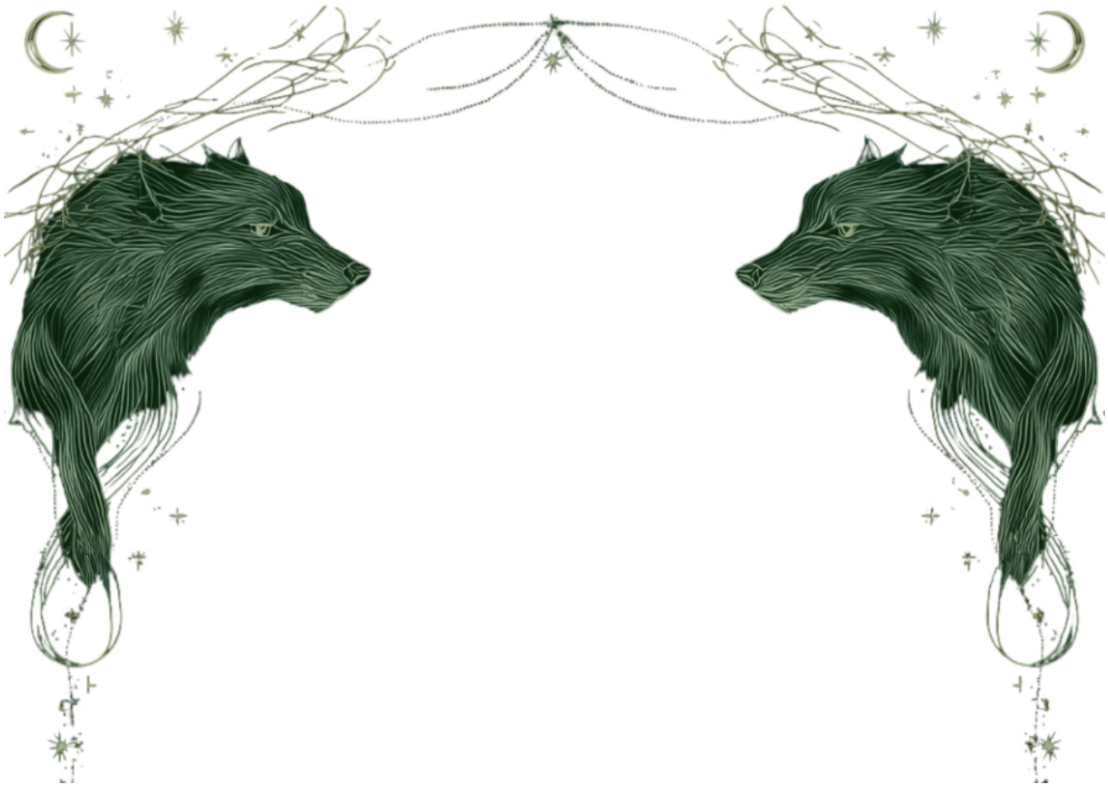
—Me había parecido, por un momento, que eran rojos. —Frunció el ceño—. Debe de haber sido un reflejo del colgante. ¡Qué desagradable ha sido lo de allí dentro!

—Ese era mi día a día en el instituto, no es algo que me venga de nuevo.

Que huyeran de mí, quizá un poco, pero no el resto. Las críticas. Los insultos. Ese aire de superioridad con el que intentaban anularme. Sin llegar a conseguirlo.

—Deberíamos volver a la fiesta.

—Ve tú. Yo no puedo aguantar esta farsa por más tiempo —negué. Le di la espalda y me fui directa hacia la zona en la que estaban nuestras dependencias, sabiendo que, tarde o temprano, Riker vendría a mi encuentro.



CAPÍTULO 28

UN COMPROMISO INESPERADO

DOS DÍAS DESPUES, EL ALFA REGENTE nos citó a su despacho. Intenté negarme a aquello. Esconderme entre las sábanas de la cama que Riker y yo compartíamos.

—Eres mi pareja predestinada. Nada cambia eso. Y él lo sabe.

—Nos dio un ultimátum, y nada ha cambiado. —Estaba tenso y llevábamos un par de días sin dormir apenas. Aunque encontrábamos un cierto consuelo en estar en los brazos del otro, ambos lo sabíamos. Se nos había agotado el tiempo.

—Me salvaste la vida.

—Pero sigo sin ser capaz de transmutar.

—Controlas tus garras, eso es un avance. —Lo era, pero uno tan pequeño que estaba casi segura de que no complacería al alfa

regente. Con todo, me obligué a intentar no entrar en una crisis de pánico.

Me enfundé unos tejanos y una camiseta de color negro antes de ir a enfrentarme a los padres de Riker. Y digo «enfrentarme» porque se sentía un poco así. Nuestros intereses y los suyos no eran los mismos. Incluso si debieran serlo. Me gustaría decirles que, en unas pocas semanas más, en unos meses, podría convertirme en loba. Darles esa garantía. Sin embargo, no tenía la más remota idea de si eso sucedería algún día.

Hacía tiempo que había asumido mi condición.

Sin embargo, a lo largo de los casi dos meses que llevaba allí, había empezado a creerme que eso cambiaría. Que la diosa Luna no podía haber sido tan estúpida como para unirnos y negarnos, al mismo tiempo, a estar juntos.

Entramos en el despacho, nuestras manos enlazadas, como aquella primera vez. Esta vez, el alfa regente estaba sentado en su sillón, detrás del escritorio. Tras él, con una mano sobre el respaldo, estaba su esposa. Ambos tenían la tez pálida y parecían más ancianos que hacía apenas unas pocas semanas.

«Se están consumiendo».

Riker se paró y frunció el ceño mientras me miraba.

—Sentaros. —La voz del alfa sonó firme, pese a su estado de salud.

Riker me acompañó a uno de los asientos frente al escritorio y él se acomodó en otro, a mi lado. Eran dos butacas de cuero algo desgastadas. Tal vez Riker decidiría darle un cambio de aires cuando heredara la manada o, quizá, preferiría conservarlo tal y como estaba, para que la esencia del pasado le ayudara a tomar sus decisiones.

Estaba llegando el momento de que aceptara su responsabilidad.

Y no tenía claro qué papel debería tener yo en todo aquello.

—Sabéis por qué os he hecho llamar. —El padre de Riker apoyó los codos sobre la mesa y cruzó los dedos de las manos, apoyando ligeramente su mentón sobre ellas. Su gesto era neutro, pero su mirada dura.

—Necesita más tiempo —le contestó Riker—. Sabes que no miento cuando te digo que está avanzando. Puedes hablar con Martin.

—Lo sé, pero no puedo daros más tiempo. —Riker se tensó.

—¿Qué insinúas?

—Creo que fui lo suficientemente claro.

—No puedes estar hablando en serio. —Riker se levantó—. ¡Es mi pareja predestinada!

—¡Pero eso no cambia que no puede transformarse! —El padre de Riker había elevado el tono y sentí su aura, dominante, hacer acto de presencia. Mi pareja se removió, ante su autoridad, como si estuviera valorando la posibilidad de negarse a ella.

—Si no fuera por ella, estaría muerto. No puedes negar la voluntad de la diosa Luna, padre.

—Me gustaría poder respetarla, hijo. —Hizo una pausa—. De acuerdo. Márcala. Hazla tuya. Conviértela en tu compañera. Y no podremos negarte que se convierta en tu luna pese a sus circunstancias.

Riker le sostuvo la mirada y soltó un gruñido.

—Sabes que no puedo hacerlo. Podría matarla.

—En tal caso, nada la ata a esta manada. ¿Cómo pretendes que sea tu luna? —Se sostuvieron la mirada. Un pulso de intenciones—. Necesitamos una luna fuerte, que pueda acompañarte para liderar a nuestros lobos, y que sea capaz de darles a los Atrum un heredero. Uno apropiado, capaz de transformarse cuando tenga la edad adecuada y que pueda darle continuidad a nuestra familia ¿Entiendes eso, hijo?

—No puedes pedirme que renuncie a Rubis, padre. —Alzó el mentón. Su esencia de alfa pulsaba. Liberándose de la influencia de su padre.

—Jamás te pediríamos algo así. —Fue la luna la que intervino al ver que las voluntades de ambos estaban enfrentándose. Riker se giró para observarla mientras yo intentaba entender aquel sinsentido—. No puedes renunciar a tu pareja predestinada, pero tampoco negarte al deber que tienes para con la manada. —Hizo

una pausa—. Tu padre ha encontrado una solución compleja, pero que podría enmendar la encrucijada en la que estamos.

—¿Una solución? —Riker frunció el ceño y miró a su padre mientras repetía las palabras de su madre.

—Siéntate. —No le gustó el tono autoritario del alfa regente, pero al final aceptó su orden y se sentó en la butaca que había a mi lado.

—Ilumíname, padre. —Buscó mi mano con la suya y enlazó nuestros dedos.

—Siento que mi próxima muerte te ponga en ese compromiso. —Riker se removió incómodo en su asiento ante aquella afirmación—. Negar vuestro vínculo sería sentenciaros y debilitaros al mismo tiempo, sin embargo, como mi único hijo y alfa heredero, debes tu lealtad a tu manada. —Mi pareja se limitó a quedarse en silencio mientras estudiaba a su padre—. Es imperativo que tomes a una luna apropiada y que le proporciones a los Atrum un heredero. Desearía que esa loba fuera tu pareja predestinada, pero ella es demasiado frágil. Siempre has sido protector para con los tuyos y entiendo que, con ella, ese instinto es más fuerte que nunca.

Colocó su mano sobre la que su esposa había apoyado en su hombro.

—Sigo sin entender dónde quieres llegar, padre.

—Hemos encontrado una loba apropiada que desciende de un alfa y que está dispuesta a ser la futura luna de los Atrum. —Pude sentir que el mundo de Riker convulsionaba antes incluso de que sus colmillos se elongaran y su cuerpo empezara a temblar, como si a duras penas fuera capaz de contener a su lobo.

—Oblígame, padre. —Su voz sonó dura, seca, y llevaba impresa una amenaza.

—Riker, por favor, ¡escucha a tu padre! —Creo que su madre supo que Riker estaba a punto de perder el control. Existía una forma para hacerse con la manada sin que su padre traspasara su autoridad a Riker, pero implicaba matarle.

Quise pensar que no se estaba planteando aquello.

Sus padres habían sido sinceros con nosotros desde el principio.

Y los Atrum no tenían la culpa de que yo fuera… yo.

—No es una loba elegida al azar, Riker: perdió a su compañero, un beta de los Noctis, hace casi tres años. Es una loba ambiciosa que está dispuesta a asumir nuestras condiciones.

—¿Nuestras condiciones? —Vi que parpadeaba, confundido.

—Me reuní con su padre y con ella después de la celebración. —Hizo una pausa—. Entiende vuestra situación y nuestra necesidad. Está dispuesta a convertirse en la luna de los Atrum y cumplir con sus obligaciones para con la manada y aceptar, al mismo tiempo, que mantengas tu vínculo con tu pareja predestinada.

—Os habéis vuelto locos —sentenció Riker, dejándose caer sobre el respaldo de la silla.

—No. —Su padre le miró con un gesto severo—. El que parece estar olvidando su posición y su responsabilidad para con todos nosotros eres tú. —Hizo una pausa—. Nadie va a exigirte que reclames a tu luna, ni tampoco que te alejes de la mujer a la que amas. No puedo darte más que eso, hijo; y aunque lo siento, sabes que no hay tampoco otras opciones. No si ella no ha sido capaz de transformarse.

Se sostuvieron la mirada hasta que su padre empezó a toser. Se colocó un pañuelo en la boca y vi que escupía hebras de sangre. No fui la única. Riker se tensó.

—Tu padre ha querido brindaros su apoyo, convocó a todos los alfas del norte siguiendo vuestra petición, pero no puede daros ese tiempo que tal vez necesitáis. No porque no quiera. No puede. —Vi que una gruesa lágrima caía por la mejilla de la madre de Riker.

Me sentí una mierda.

Por joderles a todos la vida.

Cuando dejó de toser, intentó recomponerse para que su debilidad no fuera tan notoria.

—Solo necesitamos que le des a la manada un heredero, uno que pueda liderar a todos esos lobos que están dispuestos a dar su vida por ti y también por la loba que eligió para ti la diosa Luna. Aceptar estas condiciones sería una forma de protegerla, de asegurar que pudiera permanecer en la manada para siempre, incluso si nunca llega a transformarse. Piénsalo. Tu posición se reafirmaría y

ganaríamos aliados poderosos. Ella estaría a salvo. Aquí. En tu territorio. Hasta el fin de vuestros días.

—Una loba jamás aceptaría unas condiciones como esas —negó Riker.

—Y, sin embargo, lo ha hecho. —El alfa regente miró a su hijo mientras yo sentía un sudor frío por la espalda, como si nada tuviera sentido. Lo que ellos pretendían—. Solo ha puesto dos condiciones y ambas son aceptables.

—¿Cuáles? —Sentía un nudo que me oprimía el pecho. La sensación de que Riker estaba valorando aquella posibilidad. Tanteándola. Desde diferentes perspectivas.

—Rubis deberá vivir fuera de la casa de la manada y no participar en la vida oficial que aquí se desarrolle. —Se sostuvieron la mirada—. La acomodaríamos en un casa que sea de su agrado, cerca de aquí, y nadie te impedirá que compartas con ella tus inquietudes, pero no podrá ejercer las funciones que le corresponden por derecho a una luna.

—Has dicho que ha puesto dos condiciones.

—Has de asegurarte de no engendrar en ella un bastardo que pueda crear un conflicto con el heredero legítimo en años venideros. —Se sostuvieron la mirada—. La principal motivación de nuestra candidata a luna es que su cachorro sea el futuro alfa de nuestra manada, así que ha exigido que en caso de que tu pareja predestinada no tomara las medidas apropiadas y se quedara en cinta, ese embrión debería ser eliminado antes de nacer.

No fui consciente de cómo una mano fue hacia mi vientre. Era imposible que estuviera embarazada de Riker, y, sin embargo, saber que jamás podría estarlo hizo que algo en mí se revelara.

—Vienen tiempos difíciles —susurró la madre de Riker, acercándose a nosotros—. Sé que os amáis, pero también que sabéis que una manada depende de que sus líderes encuentren la fortaleza para hacer lo correcto, incluso cuando eso no es lo que sus corazones desean.

Una lágrima empezó a caer por mi mejilla y sentí que mi esencia se desdoblaba, alejándome de mi propio cuerpo. Estaba allí, en ese despacho, pero era como si al mismo tiempo pudiera ver desde lejos

cómo las defensas de Riker empezaban a agrietarse. Cómo su voluntad era quebrada por la palabra de sus padres.

Cada vez me sentía más lejos de él. De ellos. De aquel lugar.

Como si ese ya no fuera mi cuerpo.

Mi vida.

Como si solo fuera una espectadora de lo que no podía ser otra cosa que un drama de proporciones épicas.

Las yemas de los dedos empezaron a hormiguearme y escuché a mi corazón latir con golpes firmes, como si todo aquello no me afectara. Aunque lo hacía. Era imposible escuchar aquello y quedarme impasible.

Si Riker cedía ante aquella propuesta. ¿En qué lugar me dejaba? ¿Qué se suponía que sería yo? ¿Su amante? ¿La mujer a la que acudía cuando su luna no le complacía? ¿Se suponía que tenía que contentarme con aquello?

—Ven conmigo, Rubis. —La luna regente me tendió la mano. ¿Era una mano amiga? ¿O la de mi enemiga?

—Ve. —La voz de Riker me golpeó de lleno. Una orden. Aunque su tono parecía cansado, como si le doliera obligarme a hacerlo. No me miró. Toda su atención estaba en su padre.

Me levanté.

No tanto porque sintiera que le debía algún tipo de respeto.

Ya no.

No si aceptaba convertirme en la otra y no luchaba por mí. Por nosotros.

Yo había luchado por él, cuando él me había necesitado.

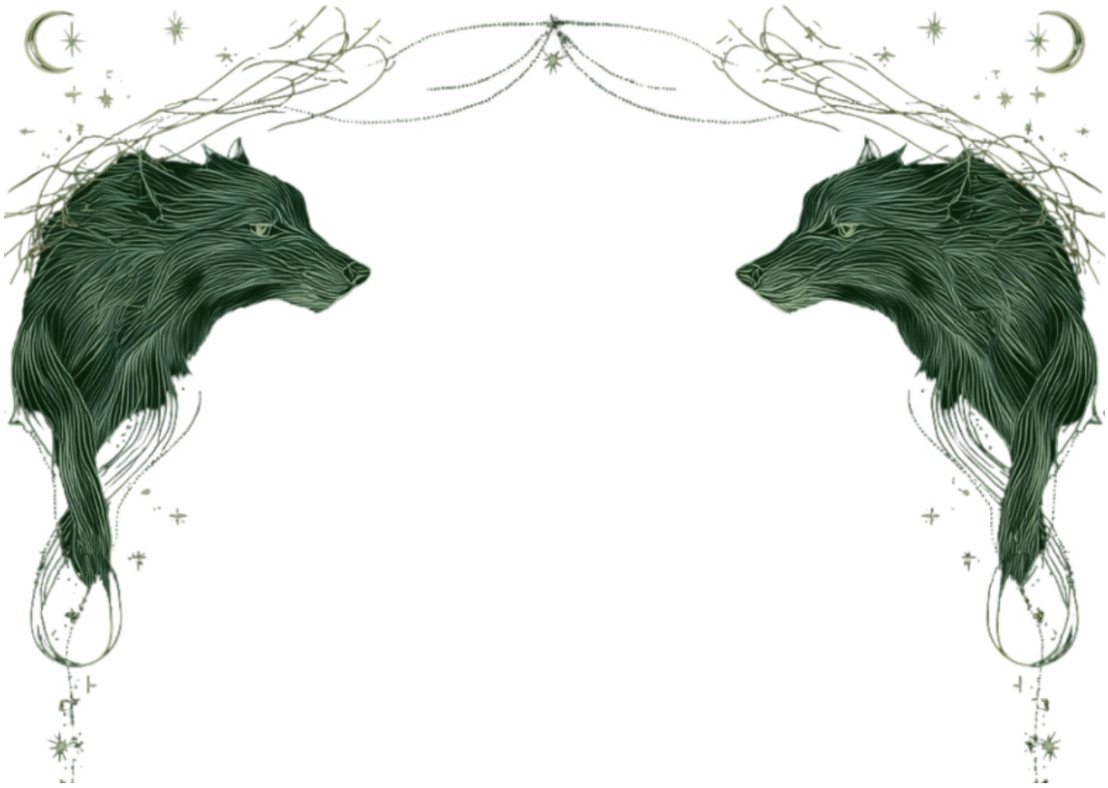
¿Y ahora?

¿Estaba dispuesto a convertirme en poco más que su amante? Él, que me lo había prometido todo. Que me había dicho que me quería. Que no entendía una vida sin mí.

Le miré, esperando que él hiciera lo mismo, pero optó por ignorarme. O fue demasiado cobarde como para enfrentarme.

Miré la mano extendida frente a mí, pero me negué a aceptarla.

Elevé el mentón y una fuerza que latía en mi interior me ayudó a levantarme y salir de allí con la dignidad de una reina, de una luna, una que jamás ostentaría ese título.



CAPÍTULO 29

UN REENCUENTRO AMARGO

SEGUÍ A LA MADRE DE RIKER hasta una salita diminuta en la que solía pasar las tardes bordando. Era su sitio favorito dentro de la casa de la manada y solo un par de veces había estado allí, con ella, intentando conocernos un poco. Lo que fuera que había hecho, no había servido de nada. Pronto habría otra hembra sentada allí, compartiendo con ella estupideces sobre el tiempo o fingiendo interés en su afición a la jardinería.

Me sirvió una taza de una infusión que tenía en una pequeña tetera humeante. Supuse que había ordenado que la dejaran preparada para nosotras. Para cuando hubieran soltado todo aquello.

Habían estado conspirando contra Riker, más que contra mí. Yo era una extraña, después de todo.

—Lo siento. —La miré y, aunque algo en su rostro me dijo que era cierto, que lo lamentaba, sus palabras no calaron demasiado adentro. Mis sentidos estaban entumecidos, como si no fuera capaz de soportar aquello.

—Va a hacerlo. —La estudié y ella asintió. Al menos no pretendía negarlo. Ni tenía intención de consolarme. La realidad era cruda. Dura. Podía haber perdido a Riker hacía apenas unas semanas. Ahora estaba vivo. Y elegiría a otra.

—Riker sabe que la manada necesita un heredero, pero te ama tanto que no puede arriesgarse a marcarte o a que lleves en tu vientre a su heredero siendo tan frágil.

—¿Frágil? —Me dio por reírme y sentí una energía viva, poderosa, latiendo en mi interior. Creo que le sorprendió mi reacción, pero no me criticó por ello. Tal vez pensaba que no era más que una cría sufriendo un ataque de histeria, incapaz de afrontar su nueva realidad. Quizá estaba en lo cierto. Quizá no.

—Sé que no esto no va a ser fácil para ti, pero si le amas, como creo que haces, debes ayudarle a soportar la carga de la responsabilidad que supone ser el alfa de una manada como la de los Atrum.

—No sé si tirarse a una loba que sí consideráis apropiada puede considerarse soportar una gran carga, la verdad.

—Tiene un compromiso con la manada, igual que tú lo tienes con él.

—¿Y qué hay de mí? ¿Y de su compromiso conmigo?

—Tienes su corazón. Nada cambiará ese hecho. Demuestra que eres la compañera que él se merece y que, pese a las adversidades, prevalecerá lo que sois.

—¿Lo que somos? —Me mordí el labio.

¿Qué éramos?

El Riker del que me había enamorado jamás aceptaría un trato como aquel.

Si lo hacía, entonces, no habría un nosotros. Tal vez aquella luna frente a mí no lo entendía, pero sabía que algo así no podría

perdonárselo.

¿Le amaba? Sí. Pero no estaba dispuesta a perderme a mí misma por él. Podía entender que él aceptara aquello, pero nadie podía obligarme a que yo lo hiciera. Riker era un alfa. Se debía a su manada. Aceptaría su decisión. Era libre de hacerla. Tal vez yo haría lo mismo si estuviera en su piel. O, quizá, lucharía contra las convenciones y me revelaría. Se me daba bien eso. Negarme a doblegarme.

«Nadie la someterá».

No. Nadie lo haría. Tal vez un oráculo había pronunciado, en realidad, aquellas palabras. Me las tatuaría en la piel, algún día, para recordarlas.

Me habían humillado durante tanto tiempo, tantas veces, que ya debería estar acostumbrada, pero siempre latía en mí esa semilla capaz de levantarse de nuevo, por dura que hubiera sido la caída. De revelarme.

—¿Qué va a pasar ahora? —No negó que todo estaba planificado. Preparado. Que sabían que Riker cedería. A favor de la manada. Que elegiría sus obligaciones. Por encima del vínculo que compartíamos. ¿Qué esperaba? Esa era su vida. Pero nunca había sido la mía.

—Emma y Nathiel te acompañarán a tu nuevo hogar. Lo que sea que quieras cambiar o necesites, solo tienes que pedirlo. Queremos que lo hagas tuyo. Que te sientas bien allí. Incluso si ahora puede parecerte imposible, queremos que seáis felices.

Eran un montón de suposiciones y aspiraciones.

Erróneas, todas ellas.

No tenía intención de quedarme.

Tal vez aún podría presentar mis finales.

Esconderme en el mundo humano.

Lejos de Riker. Y de todo lo que me había hecho sentir.

—¿Y qué hay de él? —Eso no podía estar pasando.

—Irá con su padre a cumplir con sus obligaciones. —Hizo una pausa—. El enlace se celebrará allí y, para cuando vuelvan, en un par de días, todo esto ya formará parte del pasado. Encontrarás la fuerza necesaria para entenderlo y aceptarlo, porque le amas y

sabes que él te ama a ti. Eso no va a cambiar y es lo que os ayudará a que, en un tiempo, volváis a estar bien. Todos lo estaremos.

No le contesté.

Porque la habría enviado a la mierda.

No salí de la casa de piedra que me habían asignado y no probé bocado alguno a lo largo del siguiente día. Ni siquiera quería ver a Emma, porque ella formaba parte de aquel *ellos*. De una manada que no creía en mí. Que me repudiaba. Que me negaba lo que la diosa Luna me había dado. A mi compañero.

La única cosa que había sentido como mía.

Ya no más.

El que se suponía que debía ser mi nuevo hogar estaba vigilado por media decena de lobos. Nathiel y Emma eran los únicos que entraban dentro, en cualquier caso, y acababan cediendo a mi súplica, a veces húmeda, de que me dejaran sola.

Fue la noche del segundo día en la que encontré un cierto consuelo en compartir mi agonía con la única persona que aún sentía como mía. Alguien que no pertenecía a los Atrum. Y que siempre había estado a mi lado. Me quemó cuando envié aquel mensaje de texto, pero encontré el valor de hacerlo. Un primer paso. Que no tenía del todo claro hacia dónde me llevaría.

«Tenías razón»

«Suelo tenerla»

Me encontré llorando, así que, al no recibir ninguna respuesta, Re volvió a enviar un mensaje de texto.

«¿Estás bien?»

«No»

El teléfono empezó a vibrar, pero rechacé la llamada mientras intentaba reponerme. Un poco, al menos. No quería que me vieran en aquellas horas tan bajas, ni que los lobos que estuvieran

rondando mi casa pudieran considerar que sí era esa frágil loba de la que todos hablaban a las espaldas de su alfa.

«No puedo hablar, hay lobos fuera»

«¿Qué ha pasado?»

«El alfa regente no me considera apropiada
para ser la futura luna de los Atrum»

«No es por joder, pero ¿qué hay del gililobo ese?
Esa pareja predestinada de mierda tuya
que vino con aires de grandeza al Palm»

«Va a casarse con otra loba»

Dolía. Admitirlo. Decirlo en voz alta. A esas alturas, tal vez ya era su esposa. Quizá estaban compartiendo una misma cama. Sentí una arcada mientras las lágrimas se derramaban por mi rostro y no era capaz de hacer que pararan.

«Ellos se lo pierden.
¿Necesitas que vaya a buscarte?»

Ojalá pudiera decirle que sí, pero los Atrum jamás dejarían que un humano entrara en sus tierras. No es que Re no lo supiera, pero tal vez pensaba que ya no estaba allí. Tal vez creía que había vuelto a mi antigua casa. Con los Fe de Aurora.

«Sigo con los Atrum, no porque quiera.
No van a dejar que me vaya»

«¿¡¡PERDONA!!?»

«Espero que todo cambie cuando Riker
vuelva con su nueva pareja.
Quiero irme de aquí.
Me siento como si fuera una prisionera»

«¿Y no puedes volver a escaparte?»

Releí aquel mensaje unas cuantas veces. ¿Podía?

«No lo sé. Apenas he comido. Y me vigilan.
Creo que Riker les ha dado órdenes, por si acaso»

«Si puedo hacer algo, lo que sea,
solo tienes que pedírmelo»

«Ya lo estás haciendo»

No le mentía. Incluso si mis problemas seguían siendo los mismos, poderlos compartir con alguien, los hizo un poco más llevaderos. Mi vida, esa que parecía salida de un cuento de hadas y princesas, ahora era algo así como una pesadilla.

Me acosté sintiéndome sola. Echaba de menos los brazos de Riker abrazándome. La sensación de cómo su cuerpo me arropaba y nos reconocíamos de una forma que era difícil de explicar.

Dos golpes en la puerta me despertaron del estado de letargo en el que estaba. Observé la oscuridad que reinaba fuera para solo entonces saber que era de noche. Me pasaba la mayor parte de las horas hecha un ovillo, en el sofá o en la cama, pero no conseguía encontrar la paz que necesitaba para descansar propiamente, incluso si me pasaba el día haciéndolo.

Ignoré el ruido y, tras una pausa, la puerta se abrió.

Antes de verle, de olerle, supe que era Riker.

Y eso hizo que me tensara. Me levanté, sintiéndome herida. Dañada. Sangraba, por dentro. Sus ojos verdes parecían vacíos, como si hubiera perdido parte de esa vitalidad que solía caracterizarle. Su cabello negro estaba húmedo, como el resto de su cuerpo. ¿Llovía? Tal vez.

Se quedó quieto en el marco de la puerta, observándome. Supongo que lo que vio no debió de gustarle, porque su mandíbula se tensó y vi que su cuerpo temblaba. Había perdido peso. Y mi vida se había convertido en un bucle de absoluta apatía.

—No eres bienvenido aquí, ¿sabes?

—Pues no quiero estar en ningún otro lugar.

Casi recordé cómo era sentirse entre sus brazos. Cómo era la calidez de sus labios. Tan perfecto. Alcé el mentón. Olía a jabón, a

bosque, pero a algo más. Un olor dulce, pero que se me antojó agrio. Y amargo. Y lo supe.

—Por mucho que te hayas estado frotando con jabón y una esponja el olor de ella sigue en tu cuerpo. —Apretó la mandíbula y supe que había acertado de lleno. Me dolió. Pero menos de lo que tal vez esperaba. Me había hecho a la idea. Sabía que cuando volviera, lo haría de la mano de su nueva luna—. ¿Ya te la has follado? Veo que te tomas tus obligaciones muy en serio.

—Eres injusta conmigo, Rubis —gruñó, cerrando la puerta a su espalda—. ¿Qué quieres que te diga? La manada necesitaba una luna y Amaral no solo está dispuesta a asumir esa responsabilidad, sino que, además, al ser hija de un alfa la criaron para hacerlo.

—Genial, una pura sangre. ¿Quieres que te felicite?

—No podía arriesgar el futuro de la manada por mis intereses personales. Nos guste o no, ¡soy el alfa heredero!

—Sí, y hasta hace unos días, también pensaba que eras mi pareja predestinada, mi futuro compañero. —Su mirada se oscureció.

—Sigo siéndolo. —Las palabras sonaron roncas, como si una emoción le embargara al decirlo.

—Para mí, ya no.

—No puedes negar lo que somos.

—Pues eso es lo que tú has hecho.

—¿Crees que esta es la vida que quería? ¿Que esperé tanto tiempo a encontrar a mi compañera para acabar en este matrimonio de mierda? —Golpeó con fuerza la pared y varias grietas aparecieron en el lugar en el que su puño se había estrellado—. Acostarme con ella, consumar nuestro enlace… solo pude hacerlo a base de evocar tu imagen, Rubis, porque eres la única mujer a la que deseo y a la que amo. Ni siquiera borracho deseaba tocarla, ¡joder! ¡Y tuve que hacerlo!

Su cuerpo empezó a convulsionar. Pensé que estaba a punto de convertirse en un lobo, pero, contra todo pronóstico, empezó a llorar y, tras apoyar la espalda sobre la pared, se dejó caer hasta que acabó sentado sobre el suelo. Sus lágrimas cubrían su rostro, ese del que me había enamorado, y su mirada parecía perdida. Como si quisiera decir muchas cosas, pero no supiera cómo hacerlo.

Nos quedamos en silencio y finalmente encontró la calma que acaba de perder. Lo hizo por sus propios medios, porque me negué a acompañarle. A consolarle. Se había acostado con otra que ahora era su esposa.

—Emma me ha dicho que apenas has comido. —Me miró—. Joder, Rubis, no puedes dejarte así. Has perdido peso.

—¿Qué más te da lo que yo haga o deje de hacer? Ya no importa si consigo o no transmutar —le reté mientras me situaba en el otro extremo de la habitación y me sentaba en el suelo, como había hecho él, justo frente a donde él estaba.

—Sigo preocupándome por ti, sabes que siempre lo haré.

—Eso dices, pero tengo mis dudas.

—Te necesito, Rubis. —Me observó.

—Pensaba que habíamos llegado a la conclusión de que lo que necesitabas era una loba apropiada para tener a tu cachorro y que yo no cumplía con los requisitos para interpretar ese papel.

—¿Se trata de eso? ¿De que no serás mi luna?

—Vete a la mierda, imbécil. —Le mostré una peineta—. Se trata de algo que se llama dignidad. Me enamoré de ti. Confiaba en ti. ¡Se suponía que podía hacerlo porque eras mi pareja predestinada!

—Sigo siéndolo.

—Me has traicionado, Riker, y eso no puedo perdonártelo. Hay otra mujer, tu esposa, tu luna, calentándote la cama, esa en la que yo pensaba que había encontrado mi sitio, mi hogar, mi todo. Tal vez soy solo una omega, una Sinlobo, pero me merezco algo más que ser la putita del alfa heredero.

—Sabes que no es así —gruñó enojado.

—Pues es lo que todos van a pensar.

—Me importa una mierda lo que piensen, y si alguien se atreve a decir algo así en voz alta, te juro que lo desgarraré con mis propias garras.

—No creo que sea justo que lo hagas: no soy tu esposa ni tu luna. —Le estudié—. De hecho, no tiene ningún sentido que esté aquí. Quiero volver con los Fe de Aurora y si ellos no me aceptan, me buscaré la vida en el mundo humano. Esta ya no es mi casa.

—¡No! —Su voz tronó y, al ver que yo me tensaba, suavizó su tono antes de añadir—: Te quiero, Rubis, y te juro que jamás dejaré de amarte. —Suspiró—. Pero no puedo evitar ser lo que soy, el alfa de los Atrum, igual que tampoco puedo culparte si no eres capaz de transmutar. No es tu culpa. Ni tampoco la mía.

—Tú elegiste casarte con ella y compartir con ella algo que jamás te has atrevido a hacer conmigo. —Le miré—. Algo que jamás compartiremos. Ya no.

—Entiendo que ahora me odias, pero sé que también me amas. No puedes dejar de hacerlo. —Su mirada volvía a brillar, como si poco a poco fuera ganando algo de confianza o si la pena que le ahogaba empezara a atenuarse—. Te prometo que cuando ella le dé a la manada un heredero no volveré a tocarla y volveremos a ser solo tú y yo. No me importa el cuándo, porque sé que te amaré por y para siempre. Solo necesito que me dejes seguir siendo parte de tu vida y que tú lo seas de la mía.

—¿No te das cuenta de que lo que me pides es una locura?

—Y, sin embargo, no puedo no hacerlo. Formas parte de mí. Y yo de ti. Eso es algo que no podemos negarnos.

—¿Y qué gano yo?

—Pídeme lo que quieras.

—Quiero irme de Atrum. —Elevé el mentón y él gruñó.

—Sabes que eso no puedo dártelo. Perteneces a este lugar.

—Ya no. Ni siquiera formo parte de tu manada. —Frunció el ceño y esa realidad le golpeó.

—Lo harás cuando te marque, cuando seas capaz de transformarte.

—¿Y qué opinará tu luna de eso?

—Sabe que existe la posibilidad. Ella seguirá siendo la luna de los Atrum. Pero tú serás mi todo.

—Eso no va a pasar. No quiero que vuelvas a tocarme.

—No sé cómo ni cuándo, pero, pese a nuestras circunstancias, encontraremos la forma de que lo nuestro funcione. Es la voluntad de la diosa Luna, después de todo. Y tú te olvidas de que eres mi pareja predestinada y que, aunque lo niegues, sigues amándome. —Una pequeña sonrisa, altiva, asomó a su rostro.

—Te has pasado la voluntad de la diosa por el forro, así que conmigo no cuentes.

—Me gustaría pasar esta noche contigo.

Le mostré una peineta, a modo de contestación.

No se enojó, al contrario, una media sonrisa iluminó su rostro.

—Me encanta ese toque tuyo de rebeldía, la fuerza que posees.

—Pensaba que el problema era que me considerabais débil.

—Si te digo que me gustaría hacerte el amor en estos momentos, ¿te sorprendería?

Me levanté y cogí un libro que había sobre la mesita y se lo lancé. Se levantó y lo capturó al vuelo. Se acercó a mí y me lo tendió. Apreté los dientes antes de cogerlo, pero lo liberó. Elevó en mentón y vi cómo intentaba captar mi olor con algo parecido a la desesperación.

—Martin te espera mañana en su casa; quiero que sigas con tu formación. —Soltó el libro y, con él contra el pecho, retrocedí—. Me ocuparé de que Dorian se asegure de que, de aquí en adelante, comas apropiadamente.

—¿Va a dármelo a la fuerza?

—No, pero si no comes, seré yo el que venga; y te aseguro que no me importaría darte de comer, entre besos húmedos y calientes, antes o después de que recorra tu cuerpo con mis manos para demostrarte cómo me siento cuando estoy a tu lado. —Sentí que el pulso se me agitaba. Incluso si le odiaba—. Vendré a verte cada noche antes y después de salir a patrullar, aunque si me pides que me quede, puedo asegurarte que pospondré cualquier obligación para poder estar contigo.

—No te preocupes, no se dará el caso.

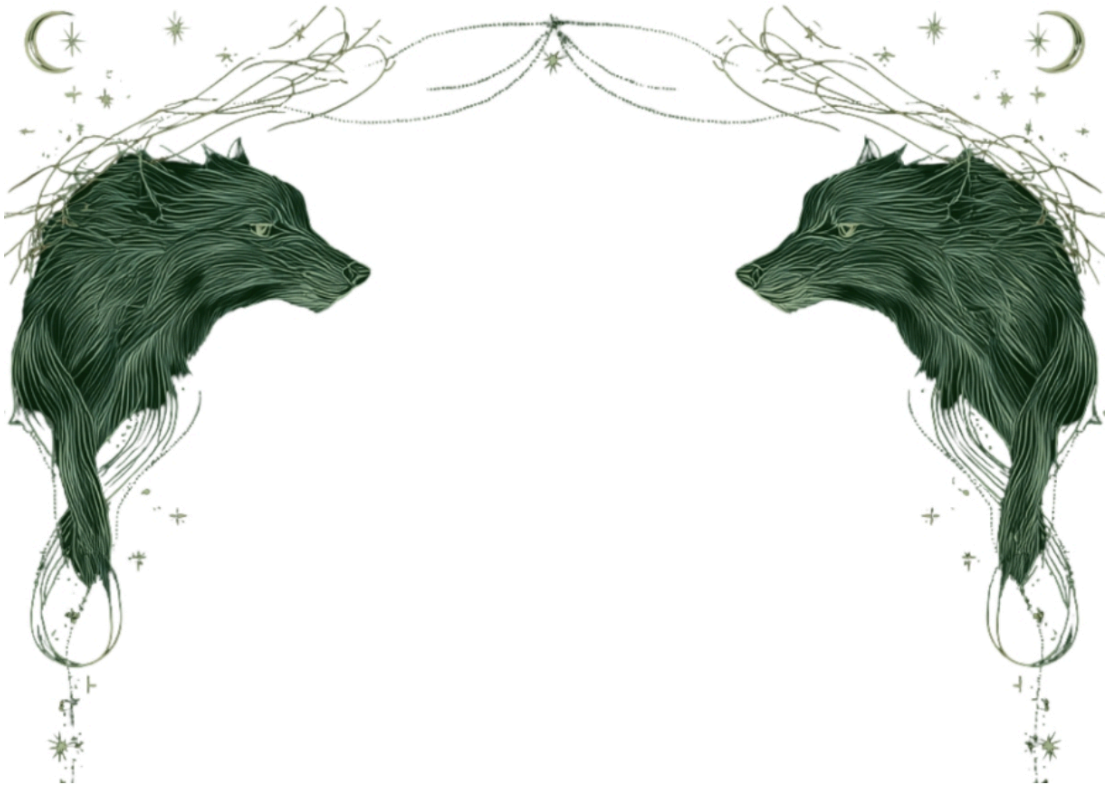
—Sin embargo, si no sigues con tu formación con Martin o me entero de que sigues sin comer apropiadamente, no tengo ningún inconveniente en que nos veamos antes. Tú decides, mi amor.

Le gruñí y él se limitó a dar una bocanada de aire profunda, captando mi olor, antes de darme la espalda y salir de mi casa.

Estaba jodida.

Riker había vuelto.

Y no tenía intención de dejarme ir.



CAPÍTULO 30

LEVANTARME

MI ÚNICO OBJETIVO era levantarme. Y no me refiero de la cama, aquella mañana, sino a un algo mucho más amplio. Un levantarme en plan épico. Resurgir de mis cenizas. Cual ave fénix.

Sonaba bien.

Pero yo me sentía hecha una mierda.

Revisé los mensajes de texto que había compartido con Re antes de acostarme. Cuando había conseguido aplacar la impresión de volver a ver a Riker. Y la rabia de que fuera capaz de seguir despertando en mí emociones. Le odiaba aún más por eso.

«Riker ha vuelto»

«¿Estás bien?»

«Sí, pero pretende no dejarme ir»

«Escápate. Ya lo hiciste una vez»

«Sí, pero no tengo claro cómo»

Pretendí ignorar a la omega que acudió a primera hora de la mañana con un cesto de comida entre la que había fruta fresca, pero Dorian no me lo puso tan fácil. Entró y observó el cesto con curiosidad.

—Sabes que, si no comes un poco, tendré que informarle.

Le lancé una mirada cargada de odio, pero no se inmutó. Me acerqué al cesto, cogí un trozo de manzana y una rebanada de pan. Di un mordisco al pan frente a él y me fui al baño. Tiré el resto de la comida en la papelera que había allí. Era eso o acabar vomitándolo en un rato. Los nervios no dejaban que nada se me asentara en el estómago.

Me habían traído la ropa que había estado en los armarios de las dependencias de Riker para colocar las de su luna, había supuesto. La que se veía gastada era la que antaño había sido mía, pero también había muchas piezas nuevas que Riker había encargado para darme algún que otro capricho. Elegí unos tejanos que había heredado de una prima de Emma con algunos rotos y una camiseta holgada. Vulgares. Añosas. Como todos me veían en esa manada.

—¿Contento? —le cuestioné cuando salí al salón de la casa.

—¿Sabes que la doncella me avisará si has tirado la comida en el baño?

—No puedes, no sé… ¿dejarme en paz?

—Tengo órdenes.

—Envíale a la mierda de mi parte. —Dorian mostró una media sonrisa ladeada cuando le contesté aquello.

—Eso siempre se te ha dado mejor a ti que al resto de nosotros. —Creo que era una concesión. Como si admirara aquello.

—Para lo que me ha servido.

—Lo siento. Todos lo sentimos.

—Pues ayudadme a hacerle entender a Riker que este ya no es mi sitio. —Dorian parpadeó al escuchar aquello.

—Sí que lo es. Eres su verdadera compañera. Su pareja predestinada.

—Si eso no era suficiente para que fuera su luna, tampoco lo es para que me sienta obligada a quedarme aquí. —Le observé—. No formo parte de esta manada. No podéis retenerme contra mi voluntad.

—No piensas con claridad —murmuró, observándome con el ceño fruncido.

Nadie tenía intención de entenderme. De ponerse en mi piel.

Yo no quería sus condolencias.

Quería mi libertad.

Salí de la casa por primera vez desde que me habían obligado a instalarme allí. Apenas me había fijado en el entorno paradisiaco que la rodeaba. Ni era capaz de disfrutarlo en ese momento. Empecé a caminar. Un lobo negro, Dorian, no tardó en acercarse a mí y marcarme el camino a seguir.

El paseo me sentó bien.

Me ayudó a poner en orden mis pensamientos y, para cuando llegué junto a la puerta de Martin, había decidido que de momento a él prefería no odiarle.

Golpeé la puerta, porque ya no me sentía la misma persona que había acudido a aquel lugar hacía apenas unos días. Antes era la futura luna de los Atrum y tal vez ese título me daba la autoridad para meterme en la casa de aquel viejo lobo un poco a su antojo. Ahora era solo una loba solitaria, una Sinlobo, que no tenía ni voz ni voto en nada. Y no tenía a nadie.

Escuché el ruido de una silla que era arrastrada por el suelo y, a continuación, unos pasos. Creo que el anciano lobo no esperaba encontrarme al otro lado, porque su rostro se iluminó como si se alegrara de mi presencia.

—No esperaba volver a verte, mi… pupila. —Intenté no ponerme a llorar allí en medio. Solía llamarme luna. Ya no más. Todo había cambiado.

—Yo tampoco, si he de serte sincera. Preferiría estar con mi antigua manada o, no sé, cortarme las venas. Pero, por lo visto, ni siquiera tengo derecho a opinar al respecto.

—Entiendo. —Elevó el mentón y vi que olisqueaba el aire, como si estuviera estudiando qué o quién andaba cerca—. Pasa.

Le seguí dentro del pequeño edificio y me senté en una de las butacas de su despacho cuando me indició que lo hiciera. Me había sentido cómoda en aquel lugar, pero ahora se me antojaba extraño. No confiaba en nadie. Y no podían culparme de no hacerlo.

—¿Quieres una infusión?

—Preferiría un par de botellas de cualquier aguardiente y, si consigues tumbarme, hasta te lo agradecería.

—Tanto como eso no creo que pueda ofrecerte, pero tengo algo que igual es apropiado para la ocasión.

Se acercó a un mueble y sacó de él un par de vasos diminutos que puso sobre la mesa junto a una botella. Los rellenó y me bebí el mío de un trago. Era fuerte. Áspero al trago. No me importó.

—¿Duermes?

—Apenas —le confesé y él asintió. Me serví otro trago, para vaciarlo del tirón.

Se levantó y fue a una de sus estanterías. De una caja de madera, sacó una bolsita que olía a lavanda e incienso y, tras coger un pequeño quemador, lo depositó todo sobre la mesita que había frente a mi butaca.

—Usa esto esta noche, te ayudará a descansar.

—Gracias.

—No importa lo que tardemos, conseguiremos que tu lobo encuentre el camino hasta la superficie.

—Ya no importa. —Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas, pero no sollocé. Ya no tenía la energía para hacerlo. En vez de eso, volví a rellenarme el diminuto vaso.

—Te mereces alcanzar todo tu esplendor, mi pequeña pupila.

—¿Y si no quiero alcanzarlo? ¿Y si me está matando por dentro saber que el que debería ser mi compañero haya elegido a otra loba para que sea su esposa?

—No eres la única que está sufriendo. —Quise protestar, pero el recuerdo de Riker llorando en mi habitación vino a mi mente—. El mundo que conocemos está cambiando. Los ataques que estamos sufriendo son el principio de un algo mucho más grande. Me aterra, Rubis, pensar qué es lo que está por venir. —Hizo una pausa—. Entiendo que lo que ha hecho nuestro alfa te genera un dolor profundo y que te sientes traicionada, pero él te ama y, a veces, para ganar una guerra, se han de hacer sacrificios. Acaba de convertirse en el legítimo alfa de los Atrum, ha tenido que renunciar a que su pareja predestinada sea su luna y, además, está a punto de perder a su padre. Solo te pido que cuando él te busque, porque su lobo te necesita, tengas eso en cuenta. Sois fuertes y nacisteis para estar juntos; pese a las adversidades que os encontréis en el camino.

Me quedé en silencio. Mirando mi diminuto vaso vacío.

No era justo.

Lo que me pedían.

La vida.

Y dolía.

Seguía existiendo un vínculo invisible entre Riker y yo, uno que no desaparecería mientras él no marcara a la loba que había elegido como esposa y luna. Nuestro vínculo era real, su relación poco más que un par de firmas sobre un pergamino. Nada cambiaría mientras él no la convirtiera en su compañera mediante el ritual, por mucho que se acostara con ella o acabara preñándola. Y si se negaba a hacerlo, a marcarla y reclamarla según las tradiciones de la diosa Luna, yo jamás sería totalmente libre.

Ella era ahora una Atrum porque se había realizado un traspaso entre dos alfas, pero no porque él la hubiera reclamado. De ahí que Riker y Martin, por lo visto, consideraran que lo nuestro no había acabado. Pese a las decisiones que se habían tomado.

Estaban equivocados.

Aprendería a vivir ignorando lo que él era para mí.

Me negaba a jugar ese papel que pretendían que interpretara.

Quizá era una Sinlobo, pero no tenía intención de humillarme hasta ese punto.

Emma nos encontró allí sentados, la botella vacía y la mirada perdida en ninguna parte. Apenas habíamos vuelto a hablar a lo largo de la mañana. Tan solo habíamos dejado que los minutos pasaran y se nos escurrieran entre los dedos. Se me daba bien eso, llevaba haciéndolo desde que los padres de Riker nos habían reunido en aquel despacho. Solo que, por una vez, me permití hacerlo acompañada y no se sintió del todo mal. Tener a aquel lobo mi lado. Incluso si no compartía su opinión. Ni su punto de vista.

—¿Habéis estado bebiendo? —cuestionó mi mejor amiga.

—No lo suficiente —le contesté y vi que cruzaba una mirada con Martin. Una demasiado significativa. Todos sentían lástima por mi situación. Nunca me había importado, antes, cuando alguien me miraba así. Por lo de ser una Sinlobo. Sin embargo, ahora, esas miradas me quemaban por dentro.

—Mañana retomaremos nuestras rutinas. —Se obligó a sonreírme—. Hasta entonces, intenta buscarle un sentido para que todo lo que ha pasado te haga aún más fuerte. Quiero ver a tu lobo corriendo frente a mi cabaña tan pronto como sea posible.

No le contesté. Me limité a asentir y levantarme.

No tenía intención de buscar un sentido a algo que ya entendía a la perfección.

Los porqués.

Riker había sido fiel a los suyos. A su manada. A su padre.

Le odiaba, sí, pero también podía entenderle.

Hacía apenas un par de meses que nuestros caminos se habían cruzado.

La amenaza que se ceñía sobre los Atrum era algo real que estaba matando al que había sido el alfa regente. Algo que podía haber eliminado también a su único heredero. Y no eran solo los Atrum los que estaban sufriendo esos ataques, subversivos. Podía entender la necesidad y que el tiempo apremiaba. Todo había jugado en nuestra contra.

—Nos han preparado algo para comer en tu casa —me dijo mi amiga cuando salimos de la cabaña de Martin.

—No es mi casa. —Levanté la cabeza para mirarla y, por una vez, no me rehuyó—. No la siento como tal.

—Lo sé. —Suspiró, como si se sintiera agotada—. He pensado que, tal vez, querrías que me instalara contigo durante un tiempo.

—¿Te han ordenado que lo hagas? —Se tensó.

—Él no es el único que está preocupado por ti, ¿sabes? —escupió aquello con un tono duro. Llevaba demasiado tiempo evitándola, pese a sus buenas intenciones y que era mi mejor amiga. No podía evitar sentir que formaba parte de ese «ellos» en el que Riker era el epicentro.

—Siento si no soy la mejor de las compañías.

—Tienes todas las razones del mundo para no serlo. —Apretó los labios y me sorprendió ver que una gruesa lágrima asomaba a su rostro—. Sé que no hay nada que pueda decirte que vaya a solucionarlo, pero sabes que siempre estaré aquí. A tu lado, para ti. Eres mi casi hermana, ¿recuerdas?

Me obligué a asentir. A intentar sonreír. Incluso si fue un gesto un tanto patético y desprovisto de emoción alguna.

—Es como si me estuviera muriendo por dentro.

Emma apretó los labios y me cogió de la mano. Sentí su pulso firme. Su energía. Fuerte. Más que antes. Había algo en ella que estaba cambiando. Tal vez por el hecho de estar vinculada a un beta.

—Déjame ayudarte a que no te mueras también por fuera —susurró y añadió con un tono duro que sonó hasta cierto punto desesperado—: Te quiero, Rubis; le odio por lo que te ha hecho. Me gustaría, no sé…

—¿Partirle la cara? —le pregunté y se sonrojó. Tocada y hundida—. Es tu alfa.

—No puede obligarme a que me guste lo que ha hecho.

—¿No puede? —Me quedé pensativa. La teoría de Martin, esa que decía que mi padre tenía que ser un alfa, se basaba en que un alfa tenía que ser capaz de hacer algo así. Que una orden directa suya podía negarle a alguien transformarse en lobo. Apreté los labios, mientras una idea se forjaba en mi cabeza—. Su padre ya le ha traspasado la manada, ¿verdad?

—Sí. —No me dio más detalles y yo tampoco se los pedí. Martin se había referido a él como el alfa, ya no más como el alfa heredero,

de ahí que lo hubiera supuesto.

—¿Qué órdenes te ha dado?

—Venirte a buscar, asegurarme de que comes algo y quedarme contigo, o cerca de ti, hasta que haya el cambio en las patrullas.

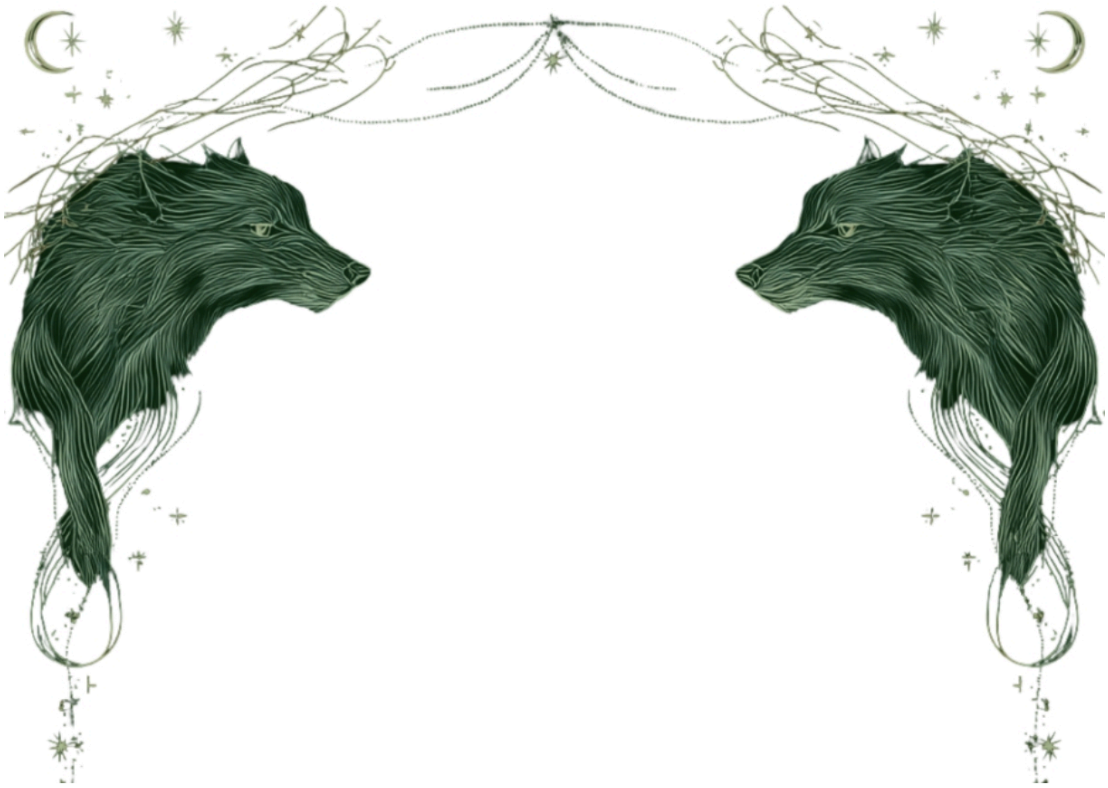
—Me dijo que vendría. Cada noche. Antes y después de patrullar.

—Ha organizado algunos cambios, sí.

—¿Cómo está su padre?

—Mal. A estas alturas lo sabe toda la manada. —Asentí y me obligué a normalizar mi respiración—. Me parece mentira que obligara a su hijo a tomar a esa zorra por luna. Apenas ha llegado y la mitad del servicio de la casa de la manada ya la odia. —Ni siquiera saber aquello me animó—. Ha traído a su ama de cría y es incluso más desagradable que ella.

—Entiendo su necesidad de saber que la manada estará segura en manos de Riker para cuando él ya no esté. Le odio. No puedes imaginarte cómo. Pero puedo entenderle. —Hice una pausa—. Pero no es él quien siento que me ha traicionado. El que me prometió dármelo todo y ahora pretende que sea feliz oliendo a otra hembra en su cuerpo, sabiendo que ha priorizado darle a la manada un heredero apropiado, y negándome a mí la posibilidad de ser feliz o, algún día, ser madre. —Miré a Emma—. A él no creo que pueda perdonarle. Jamás.



CAPÍTULO 31

EL PODER DEL SILENCIO

EMMA NO PRETENDIÓ ARGUMENTAR que para Riker también era un sacrificio. Como si él también fuera víctima de nuestro contexto, cuando eran sus decisiones las que nos habían llevado hasta ese presente plomizo. Se limitó a quedarse en silencio. Caminando a mi lado. Nuestras manos enlazadas.

—No voy a pedirte que lo perdones. Si fuera Nathiel, no sé si podría hacerlo. —Estaba mirando el horizonte—. ¿Quieres que te cuente algo?

—¿Quiero saberlo?

—Aunque se aloja en el mismo piso, Riker no le ha permitido instalarse en sus dependencias. —Aquello me sorprendió—. He oído

que esta mañana, cuando volvía de patrullar, se la ha encontrado en su habitación. —Tragué saliva—. La ha echado a gritos de allí y no solo eso: ha ordenado que cambiaran la ropa de cama. Ha organizado las patrullas para salir con ellas cada noche, y hay quien dice que lo hace para evitar a su esposa y sus deberes conyugales.

—Puedo garantizarte que ya se ha acostado con ella. —No la miré al decirle aquello.

—Si no lo hubiera hecho no tendría sentido que te haya jodido la vida de esta forma. Toda esta farsa es para darle un heredero apropiado a la manada. —Era un punto de vista aceptable—. Lo que te voy a decir no va a gustarte, pero creo que es justo que lo sepas.

—Suéltalo.

—Uno de los médicos de la manada se ha instalado en la casa. —Hizo una pausa—. Sé por Nathiel que Riker le ha pedido que monitorice sus periodos y sus cambios hormonales para ajustar al máximo su ventana de fertilidad.

—Quiere preñarla lo más pronto posible —susurré—. Eso no debería de sorprenderme a estas alturas.

—Después de lo de esta mañana, Nathiel cree que va a rechazarla siempre y cuando acostarse con ella no le proporcione lo que necesita. Un heredero. —Emma apretó los labios—. Sé que no sirve para justificar lo que ha hecho, pero creo que debes saber que ni la busca ni quiere usarla para su propio placer, incluso si está claro que ella está más que dispuesta a calentarle la cama de aquí en adelante.

—No me consuela, no.

—Lo sé.

—Le odio, incluso si aún le amo. —Varios lobos corrían a cierta distancia, observándonos. Supuse que Riker no solo había enviado a Emma, para controlarme—. Ayer, cuando vino, le dije que quería irme de aquí. No formo parte de esta manada, Emma, y ya no tengo esperanza de acabar haciéndolo. Quiero empezar en otro sitio. Olvidarme de todo. Y, en especial, de él.

—No puedes hablar en serio.

—Créeme que sí lo hago.

—¿Le dijiste todo esto a Riker?

—Sí.

Hizo una pausa, como si intentara ordenar sus pensamientos.

—¿Y qué te contestó?

—Cree que tiene algún tipo de autoridad sobre mí. —Miré el horizonte y me sentí un poco más liviana, más consciente de mi situación—. Pero lo cierto es que no es así. Es mi pareja predestinada, pero él ha renunciado a ese vínculo al elegir a otra mujer.

—Sabes que ese vínculo no se quebrará si él no la reclama y se vincula a ella, convirtiéndola en su compañera. Y sabes que él se cortaría las venas antes de hacerlo.

—Para mí, es como si ya lo hubiera hecho.

—Entiendo que estés furiosa, pero no es lo mismo.

—Siempre fui sincera con él. Sabía de mis dificultades y fingió que no importaba. ¡Me mintió! —Las lágrimas empezaron a caer de nuevo de mis ojos. Silenciosas. Una mezcla de rabia y pena—. Me dijo que encontraríamos la forma de que lo nuestro funcionara. No pienso ser la otra, Emma. No pienso ver cómo el que se suponía que tendría que ser mi compañero crea una familia con otra mujer mientras a mí se me prohíbe tener a mis propios cachorros y se me niega vivir mi vida. La que sea.

—Aún le amas.

—Supongo, sí, pero dudo que nadie pueda amar tanto a alguien como para aceptar esas condiciones. —Hice una pausa—. Si él no me ama lo suficiente para aceptarme con mis debilidades, yo no tengo por qué amarle bajo sus condiciones.

—Detestaba verte abatida, pero no sé si me asusta más verte así.

—Ya, bueno, sabes que tengo algo de complejo de montaña rusa. —Tal vez Riker obligaría a mi mejor amiga a que le confesara todas y cada una de mis confidencias. Era su alfa, así que tenía el poder para hacerlo. Debería preocuparme, pero no me importaba que él lo supiera. No tenía intención de esconderme. De fingir que todo estaba bien—. Amarle fue tan fácil como lo es ahora odiarle. —Chuté una piña que había en medio del camino—. Si esa es su decisión, la de complacer a sus padres y asegurar un heredero apropiado para la manada, incluso si me quema por dentro, puedo llegar a entenderlo.

Sé que solo soy una omega, una huérfana, una Sinlobo cuyo error fue creer que podía aspirar a una historia de amor de esas capaces de superar todos y cada uno de los obstáculos que la vida le traía. No debería haberme creído que alguien como yo podía convertirse en la compañera o la luna de un alfa como él. Entiendo que era un papel que me venía demasiado grande y admito que pequé de inocente.

—Tal vez, si hubierais tenido más tiempo…

—O si él no hubiera sido un alfa heredero. —Me encogí de hombros mientras llegábamos a la puerta de la que Emma había llamado mi casa. Nada más lejos de la realidad. Aquel lugar no me pertenecía. No había recuerdos bonitos que atesorar. Solo dolor. Traición. Y una sensación de vacío.

La asistenta había recogido el comedor y dispuesto en la mesa dos servicios junto a varias bandejas con sus respectivas cúpulas. Un bonito ramo de flores silvestres decoraba la mesa.

—Ni tan mal. —Mi amiga me sonrió. No era el enemigo, pero le debía lealtad al hombre que me había traicionado. Nos sentamos en la mesa y Emma levantó las cúpulas. Era la primera vez que hacíamos algo así. Compartir una comida. Hablar. Me había cerrado en mí misma, en un proceso sangrante, un duelo que quemaba por dentro. Ya no más. Les demostraría a todos que era capaz de levantarme y que no era tan frágil como todos suponían.

—Nunca quise convertirme en luna, en realidad. —Miré el plato que me había servido. Emma me conocía lo suficiente como para rellenarlo con unos pocos cortes de un filete aún rojizo y una cantidad abundante de una mezcla de verduras que habían salteado en su jugo.

—Pero sí en su compañera.

—Hubiera asumido ese rol para complacerle —le confesé.

—Él aún tiene la esperanza de que todo vuelva a su cauce. Que, con algo de tiempo, conseguirás manifestar a tu lobo y, aunque no vayas a ser su luna, él podrá marcarte como a su compañera. —Me miró—. No va a dejarte ir, Rubis. Se pasará el resto de su vida, si es necesario, intentando convencerte de que ha hecho lo correcto y

tratando de recuperar lo que sois, incluso si Amaral es su luna y la madre de su cachorro.

—Lo sé, y por ese motivo le odio. El resto me duele, pero puedo entender que quiera lo mejor para los suyos y, si no estuviera tan enojada, quizá hasta le admiraría por ser capaz de priorizar las necesidades de la manada por encima de sus intereses personales. Lo que jamás podré perdonarle es que tras tomar esa decisión pretenda retenerme aquí contra mi voluntad.

—¿Crees que tal vez los Fe de Aurora te acogerían?

—Es posible, no lo sé, pero creo que intentaría buscarme la vida en el mundo humano. Creo que no puedo más con las jerarquías absurdas y desquiciantes de los lobos.

Mi mejor amiga se quedó en silencio, digiriendo aquello. Para alguien que siempre había vivido entre lobos, algo así era una mezcla entre aterradora y sinsentido.

—¿Has vuelto a hablar con Re?

Me tomé mi tiempo antes de contestarle. Si Riker llegaba a saber que había alguien fuera dispuesto a ayudarme a escapar de sus garras, no tengo claro qué haría al respecto.

—Sí, pero está cabreado conmigo. —Una verdad a medias. Lo había estado—. La idea de que hubiera sucumbido a una atracción irracional con mi pareja predestinada le sentó como el culo. Que tuviera razón al advertirme de que no saldría bien no ha evitado que siga tirándome en cara todo a lo que renuncié por él.

—Aún está molesto.

—Bastante. —Asentí antes de añadir—: Con todo, sé que, si tuviera que valerme por mí misma, me ayudaría, incluso si lo haría recriminándome mis errores al mismo tiempo. —Emma sonrió y asintió—. Supongo que es lo que hacen los verdaderos amigos.

—Cierto.

—¿Puedo pedirte una cosa? —Emma ladeó la cabeza y me observó—. Sabes que Martin tanteaba la posibilidad de que descienda de un alfa o, al menos, que uno de ellos usara una orden directa sobre mí para que no pudiera cambiar a mi versión lobuna al llegar a la madurez. —Mi amiga asintió, habíamos hablado de aquello en algunas ocasiones y sospechaba que lo que no sabía por

mí, se lo habría contado Nathiel—. Ahora Riker es un alfa, uno muy poderoso, ¿no?

—Sí.

—Quiero que le pidas que te ordene algo absurdo.

—No te sigo.

—Algo que no tenga sentido y que vaya contra tu naturaleza. —Emma me estudió, sin acabar de entender qué le estaba pidiendo—. Quiero saber si eso es posible. Si un alfa puede obligarte a algo que va contra tu propia naturaleza. Convertirte en lobo. Dejar de odiar o amar a alguien. No sé, algo así, que vaya contra lo que eres, lo que somos. Sé que lo que te pido no es poco, pero él puede revertir su orden, si realmente posee semejante poder.

—Nathiel no me dejará que arriesgue nada que tenga que ver con nuestro vínculo —me dijo y vi que su pulso se había agitado. Quería complacerme. Pero no sabía cómo.

—Puede ser cualquier otra cosa, pero algo que sea lo suficientemente relevante como para que tenga sentido pedírselo. Necesito saber si dispone de ese poder, porque podría ayudarme a entender el porqué de lo que no soy. —Le cogí de la mano—. No necesito que se lo pidas hoy ni mañana, porque creo que, muy a mi pesar, estaré aquí por un tiempo bastante largo.

Me negué a decir un para siempre.

Emma asintió y yo me obligué a comer. Incluso si no tenía hambre.

Se quedó conmigo el resto de la tarde. Buscamos una serie de esas del montón, de acción, porque no quería pensar ni sentir, con la mierda que ya tenía encima me bastaba. La televisión era enorme, de esas de última generación que podía transmitir lo que se te antojara enviarle desde un *smartphone* vía wifi. Nada en aquella casa era vulgar, sino que se habían asegurado de que aquel deshecho de loba que no merecía ser la luna de los Atrum gozara, eso sí, de ciertos privilegios.

Poco después de que nos trajeran la cena, apareció Riker.

Llevaba una camiseta negra y unos pantalones ajustados del mismo color. Apenas nuestras miradas conectaron me encontré acurrucándome en el sofá que compartía con mi mejor amiga. Se

limitó a apretar los labios y observarme mientras yo desviaba la atención hacia la pantalla, dispuesta a ignorarle.

No tenía intención de volver a hablarle.

Nunca más, si podía evitarlo.

Observó los abundantes restos de comida que habíamos dejado y acabó decantándose por sentarse en la silla que yo había ocupado. Se sirvió en mi plato y empezó a comer con el tenedor que yo había usado. Lo sabía. Incluso si no tenía claro el cómo. Que todo aquello lo había usado yo. Y se deleitaba con la sensación de estar compartiéndolo conmigo. Incluso si yo estaba ignorándole.

—¿Te quedarás a dormir aquí? —le cuestionó a Emma tras acabar de comer todo lo que se había servido en el plato. Lo había hecho en silencio, observándome, pero sin dirigirme la palabra. Lo que no estaba del todo mal. No me apetecía discutir con él. Y estaba harta de tanto drama.

Mi amiga me miró.

—¿Nathiel patrulla esta noche? —le pregunté y ella negó con la cabeza—. Ve con tu compañero, vosotros no tenéis la culpa de todo esto.

Creo que notó la crítica impresa en mis palabras, porque apretó los labios. Emma le miró y él asintió. Supongo que le autorizaba a seguir mis instrucciones. Le odié por el poder que tenía sobre ella. Sobre todos ellos.

Riker se levantó y centró su mirada en mí.

—Intenta descansar. —Me negué a contestarle—. Dejaré algo de ropa en el armario del recibidor.

Me hubiera gustado responderle que si lo hacía me ocuparía de quemarla. Frente al porche de la casa, pero me negué a contestarle. A darle la ventaja de saber que todo lo que él decía, hacía, seguía afectándome. Que aún despertaba en mí emociones que desearía enterrar por completo. En vez de eso, opté por alzar el mentón, sostenerle la mirada y negarme a responderle. No se merecía que lo hiciera.

Quizá si optaba por ignorarle acabaría aburriéndole mi compañía y dejaría de visitarme.

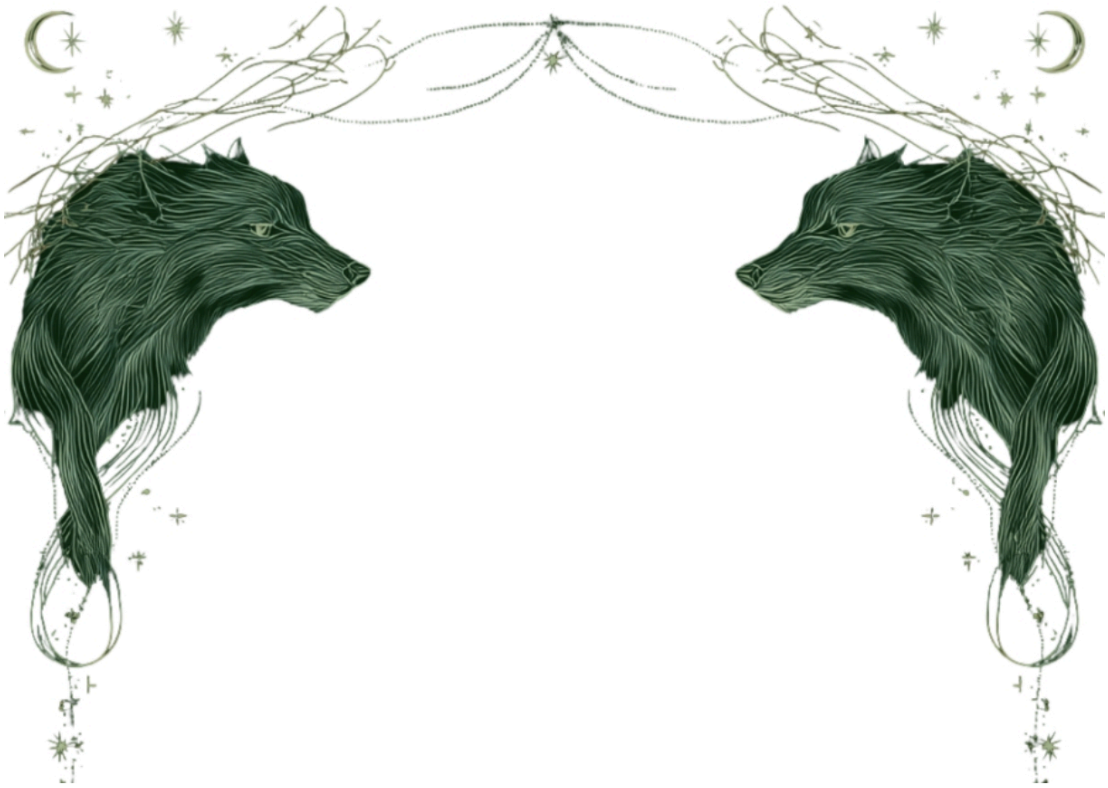
Tal vez, entonces, se daría cuenta de que retenerme allí no tenía ningún sentido.

Que todo lo que habíamos compartido había pasado a la historia.

Y que la vida seguía.

—Incluso si merezco que me desprecies, eso no va a impedir que siga amándote y tú sigas correspondiéndome.

O, tal vez, no.



CAPÍTULO 32

EL CIERRE DE UN CICLO

RIKER HABÍA VUELTO A PRESENTARSE en mi casa a primera hora de la mañana.

Me lo encontré sentado en el sofá del comedor, observando el mundo pasar a través de la ventana, lo que era bastante patético, porque al menos yo ponía la televisión plana que ocupaba media pared para fingir que estaba haciendo algo.

Ignoré sus «Buenos días» y me limité a sentarme en la mesa y servirme un par de pedazos de fruta en un mal plato. Ignoré el café. Nada de aquello me apetecía, en realidad. Riker se levantó y se acomodó en la silla que había a mi lado. Tuvo la decencia de dejar un buen espacio entre nosotros, así que le lancé una mirada que

bien podría ser asesina —si dispusiera de ese poder, el de exterminar moscas y lobos molestos por el mero hecho de desearlo de una forma consciente y profunda—.

Se sirvió una abundante cantidad de huevos revueltos y unas cuantas tiras de beicon y salchichas. No me pasó desapercibido que aquella mañana habían puesto dos servicios y que las bandejas dispuestas en la mesa no solo satisfacían mis gustos personales, sino también los suyos.

Existía la posibilidad de que hubiera dado órdenes de que desayunaría en mi casa esa mañana. Lo que era un suplicio, pero no estaba dispuesta a hacerle saber hasta qué punto me molestaba. Solo tenía la esperanza de que fuera algo puntual. Y no pretendiera convertirlo en una costumbre.

Unos golpes en la puerta me hicieron pensar que alguien había venido a salvarme, pero la mujer que entró bajo la orden de «Adelante» era una perfecta desconocida. Llevaba un uniforme oscuro, con un delantal blanco sobre la gruesa falda, y tenía un rostro duro, de rasgos cuadrados, con excesivo maquillaje para mi gusto.

—Alfa, no sabía que estaría aquí. —A mí apenas me miró, pero vi que le cabreaba la imagen que había frente a ella.

—¿Qué haces aquí? —Riker había fruncido el ceño y parecía suspicaz.

—Mi señora, la luna de los Atrum, me envía. —Sus ojos se iluminaron al nombrarla y a mí por poco me da una arcada—. El médico ha decretado que la loba debe tomar cada dos semanas un remedio y vuestra luna me ha solicitado que garantice que así lo hace, según lo acordado con vos.

Su voz sonó melosa, pero había veneno líquido en sus palabras.

Me tensé.

Observé a la mujer y supe que esa loba a la que hacía referencia era yo. Y supuse que, por gusto, hubiera usado cualquier otra palabra mucho más fuerte y malsonante, pero la presencia de Riker la había animado a ser mucho más sutil y manipulativa.

¿Qué narices había dicho el médico que yo debía beberme?

¿Un remedio?

Solo entonces, lo supe.

La luna de Riker no quería que él y yo pudiéramos tener descendencia. Lo que fuera que me traía esa mujer tenía la finalidad de asegurarse de eso.

—No pienso tomarme una mierda. —No es que hubiera decidido hablarle a Riker, pero lo que tenía claro era que no había necesidad de someter a mi cuerpo a esa mierda por el capricho de una luna que quería asegurar la hegemonía de su descendencia.

—Esas no fueron las condiciones. Vuestra luna no se sentirá complacida, mi alfa, si ella no está dispuesta a colaborar.

—Bébetela. —Riker se levantó de la mesa y vi una sonrisa de triunfo en la mujer que había venido a joderme la vida aquella mañana.

—Riker —le llamé y se giró al instante. Me clavé las uñas en la palma de las manos, porque me había propuesto no volver a dirigirle la palabra, y apenas ya estaba hablándole de nuevo—. Sabes que no es necesario. Es imposible que esté embarazada, tú y yo jamás hemos llegado a hacerlo. No tiene sentido que tenga que beberme algo que seguro que de una u otra forma es tóxico.

Sus ojos contactaron con los míos. La mujer se acercó a la mesa y colocó una pequeña cantimplora al lado de mi vaso. Lo hizo asegurándose de que se escuchara el ruido del envase al golpear la mesa.

—No importa. Hazlo. —Aquella última palabra me golpeó de lleno. Había usado su poder de alfa, imprimiendo una orden en ella.

Le gruñí, pero me ignoró. Me dio la espalda y se marchó.

Me recosté en mi silla, cabreada.

La loba que seguía a mi lado tenía una sonrisa radiante en el rostro mientras me miraba como si fuera poco más que un despojo.

—Puedes irte —le informé.

—Jamás aceptaría la orden de una ramera Sinlobo que ni siquiera sabe, por lo visto, cómo follarse a un lobo en condiciones. —Sus palabras me dejaron aturdida. Me giré para mirarla—. Llevo mucho tiempo sirviendo a la que es ahora la luna de los Atrum y me avergüenza que tenga que compartir a su nuevo macho, un alfa, con una omega huérfana y sin ningún tipo de habilidad o encanto.

—Tragué saliva, porque en mi actual estado de ánimo, sus palabras me quemaban mucho más que en cualquier otro momento de mi vida—. Una huérfana a la que ni siquiera sus padres querían. —Empezó a reír—. Antes de aceptar este acuerdo, mi señora se ocupó de estudiar bien las condiciones, y puedo garantizaros una cosa, él se cansará de ti porque ella tiene todo lo que tú jamás tendrás y, si no lo hace, encontraremos otras formas de que desaparezcas. Mi señora es una loba que sabe cómo hacerse con lo que quiere.

—¿Y qué quiere? —susurré observando aquella mujer a la que ya consideraba una enemiga, antes incluso de saber siquiera su nombre.

—Lo quiere todo. —Señaló el envase que me había traído.

—¿Vas a obligarme? —Una sonrisa lobuna asomó a su rostro.

—Pensaba que nunca ibas a pedírmelo, puta consentida.

No tuve tiempo a levantarme. Me agarró con fuerza de la nuca, tirando de mi cabeza hacia atrás, y mientras intentaba pelear con su agarre, cogió el envase para obligarme a beber de él.

—Me encanta poner en su sitio a los que se creen que son alguien cuando no son más que deshechos. Cuando él se canse de ti, es posible que te envíe a un prostíbulo para que te usen el resto de sus lobos, de sus guerreros, de dos en dos o a veces en grupos. —Se rio mientras empezaba a volcar el contenido en mi boca, obligándome a beber para no ahogarme—. Una lobita débil y frágil como tú apenas durará unos días en un sitio así, créeme, pero para entonces no habrá ningún alfa que le preocupe quién o cómo te la mete. Créeme que, de aquí a poco, el alfa de los Atrum estará tan complacido con mi señora que ni siquiera se acordará de tu nombre.

Para cuando se fue, la mitad de aquel líquido estaba en mi ropa y la otra dentro de mi cuerpo. Supuse que no le importaba, porque no había posibilidades reales de que estuviera en estado. Sin embargo, acabé abrazándome en el suelo de la ducha, llorando, mientras el agua se llevaba parte de mi dignidad y las pocas esperanzas de poder reconstruir mi vida de una u otra manera.

Supe que el padre de Riker había muerto un par de días más tarde. No porque él me lo dijera, sino porque no se presentó aquella mañana en mi casa, y sí lo hizo Emma, vestida de negro, que vino a excusar su ausencia e informarme de primera mano.

Me pasé la mañana sola, encerrada en mi casa, mientras Riker y los suyos le despedían.

No me invitaron a celebrar el evento.

Tampoco sé si hubiera aceptado.

Era difícil odiar a un muerto. Pero tampoco podía lamentar su pérdida.

Tenía la sensación de que se había aferrado a la vida para darle a Riker la oportunidad de dirigir la suya. Sin embargo, aquel par de meses que nos había dado no habían sido suficientes.

Mi relación con Emma era buena. Sabía que cualquier cosa que le dijera podía acabar en oídos de Riker, pero tampoco tenía grandes secretos que ocultarle. Despotricaba de su alfa a consciencia, deseando que le transmitiera todas mis quejas al mismo. Que entendiera que, aunque existía aquel vínculo entre nosotros, le odiaba tanto como le había podido llegar a amar. O tal vez aún le amaba. No estaba segura. Las emociones que despertaba en mí eran contradictorias. El instinto de mi loba estaba allí, en algún lugar en mi interior, y le reconocía. Pero tal vez por el hecho de que era tan débil como para no ser capaz de manifestarse o porque yo era terca de cojones, no dejaba que me dominara esa emoción que me empujaba a intentar entender cada una de sus acciones, a perdonarle y a buscar el consuelo que sabía que encontraría entre sus brazos.

Yo valía más que eso.

Con el único con el que todo parecía fluir como siempre era con Re. Solíamos enviarnos mensajes de texto, porque no me fiaba de que Riker no hubiera apostado lobos cerca de la casa y no quería que alguien pudiera escucharme conspirando con él. Incluso si la mayoría eran poco más que castillos de humo, imaginarme una vida lejos de los Atrum, trabajando o estudiando en el mundo humano, me ayudaba a mantener la cordura.

Re quería que me fugara y, la verdad, me había planteado hacerlo. Pero no tenía la más remota idea de cómo hacerlo posible. No había leyes humanas que pudieran ayudarme mientras estuviera dentro del territorio de la manada. Para poder ser libre debía salir de allí por mis propios medios y sabía que era algo que tenía que hacer sola. Emma no me ayudaría. Incluso si deseara hacerlo. No podía negarse a lo que era. Una de las lobas de Riker. Y él no tenía intención ni interés de ceder ante mi petición de libertad.

Así que estaba jodida.

Pero confiaba en que el tiempo me diera una salida. Quizá Riker acabaría enamorándose de su luna. Quizá la reclamaría y me liberaría del vínculo que compartíamos. Quizá la diosa Luna iluminaría mi camino, uno que me alejara de allí. Como había hecho el día que le había conocido. ¿Tal vez había sido un presagio? ¿Una advertencia del que sería mi sino? Todo se me antojaba caótico y absurdo. No esperaba que Riker acudiera aquella noche a mi casa. Suponía que la pasaría con su madre, o lo que fuera que se supone que se hace cuando uno pierde a un padre.

Sentí una punzada de dolor, una emoción que en realidad no era mía, cuando sus ojos verdes se clavaron sobre los míos. Parecía perdido. Supe que aquello sería lo más cerca que estaría jamás de entender cómo se siente perder a un padre. Su dolor. La rabia. El peso de lo que él ahora era. Y también de sus decisiones. La pérdida. El miedo. Los recuerdos.

Me había negado a hablarle durante todos aquellos días, pero, por una vez, las palabras rellenaron ese silencio entre nosotros.

—Siento lo de tu padre. —Sus pupilas se dilataron y su cuerpo se tensó al escucharme. Apenas fui consciente de cómo acortaba la distancia entre nosotros. Cómo su mano buscó uno de mis mechones de pelo. Retrocedí un par de pasos, para alejarme de él—. No te confundas. Nada de esto significa que te haya perdonado. Ni que tenga intención de hacerlo.

—Te necesito, Rubis.

—Si buscas consuelo, aquí no lo encontrarás. —Alcé el mentón y vi que su rostro volvía a quebrarse por el dolor. La pérdida. Apretó los labios con fuerza.

—Solo déjame que me quede aquí esta noche. —Quise negarme, enviarle a la mierda, pero añadió—: Necesito sentirte, pero estoy dispuesto a contentarme con lo que quieras darme. Saber que estás cerca, poder olerte en el aire, escuchar tu corazón latiendo a mi vera, dame al menos eso, Rubis, esta noche. Por favor.

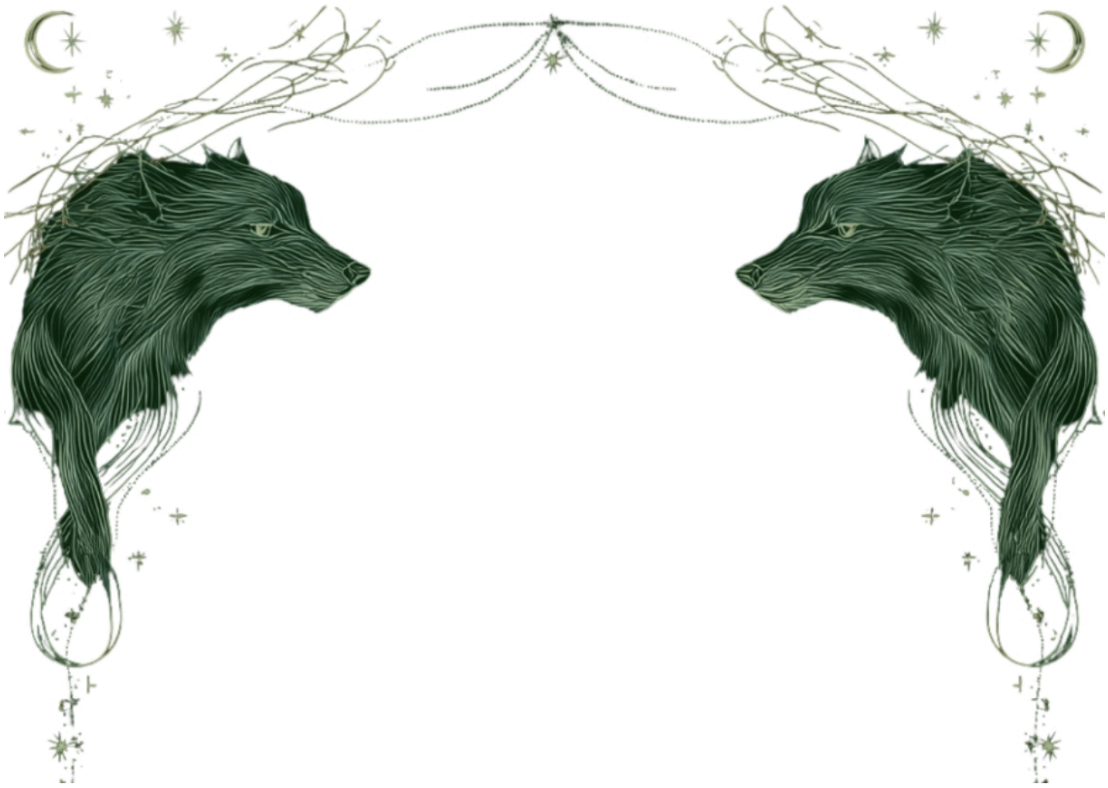
No debí ceder.

Pero le había amado tanto como para extraer la plata líquida de su cuerpo con mi boca.

—Ahí tienes el sofá, pero no me pidas nada más. —Vi que sus ojos brillaban con un deje de esperanza—. Y solo esta noche, Riker, nunca más.

—Sigo amándote.

—No tanto como a la manada. Igual deberías buscar en ella el consuelo que ahora necesitas. —Le di la espalda y me metí en mi habitación tras dar un portazo tras aquel zasca.



CAPÍTULO 33

MÁS ALLÁ DEL AQUÍ Y DEL AHORA

AQUELLA SE CONVIRTIÓ en mi nueva vida. Una que se sentía vacía. Y dolía. Pero en la que aprendí que la resiliencia no es una cuestión de tamaño o de estatus. Dependía solo de uno mismo.

Habría pasado poco más de una semana desde que Riker había traído a Amaral, su luna, y se había convertido en el nuevo alfa de los Atrum. Apenas unos días desde que su padre había muerto.

Ambos cumplían con sus obligaciones para con la manada, supuse, pero sabía por Emma que Riker y su luna no habían vuelto a compartir cama. Incluso si ella no tuviera la mala costumbre de compartir conmigo todos los cotilleos que sonaban dentro de la casa

de la manada, ese en concreto lo sabría, porque tal y como me había avanzado, acudía a mi casa a diario.

Por las noches, solía presentarse tarde, para cuando los lobos empezaban a patrullar, pero nunca parecía tener prisa en irse y solo lo hacía cuando yo me decantaba por ir a acostarme. Se instalaba en mi comedor, en mi silla, y comía en mi plato mientras yo le ignoraba. Si estaba a solas, solía hablarme, incluso si yo me negaba a contestarle.

Me contaba cosas sobre otras personas. Sobre la manada. Detalles impersonales. Que nada tenían que ver con nosotros. Pero rellenaba el vacío que se instalaba, ese frío gélido que sentía que nos separaba. A veces estaba tentada de perdonarle. Y entonces recordaba por qué le odiaba. Que había otra mujer en la casa de la manada.

Por las mañanas, solía dar la cara al poco de que me despertara. Sospechaba que esperaba fuera a que los ruidos evidenciaran que ya me había levantado, pero en alguna ocasión había sentido su olor en mi habitación, lo que me hacía suponer que había entrado en la casa, en mi habitación, mientras yo dormía. Lo que era un tanto siniestro.

Nunca, en cualquier caso, había hecho el intento de acercarse a mí.

Al menos en eso parecía respetarme.

En lo de acatar mi voluntad, no tanto.

No siempre se quedaba a desayunar conmigo y, cuando lo hacía, tanto podía apetecerle rellenar el vacío con palabras banales como limitarse a comer en silencio mientras me observaba como si quisiera saborearme en cada maldito bocado. Odiaba ansiar esos momentos. Sentir su olor. Ese que conseguía embriagarme.

Había momentos en los que deseaba hacerle daño, porque sentía que me había traicionado y me dolía tanto como el hecho de que me sentía prisionera en una tierra que ya nada tenía para mí. Excepto Emma y un poco, tal vez, Martin.

A veces me pasaba el día entero con él y en otras ocasiones mi amiga me pasaba a buscar para comer juntas en mi supuesta casa. Había perdido el interés de hacer cosas, así que cuando decía

quedarse, solíamos pasarnos la tarde en la televisión, para no vernos obligadas a pensar o a fingir que todo estaba bien, cuando nada lo estaba. Y las dos lo sabíamos. No tenía sentido negarlo.

Siempre había lobos rondando mi casa. Una decena, por lo menos.

Riker sabía que no quería seguir allí y una de sus prioridades, al margen de preñar a su luna, era asegurarse de que no pudiera desaparecer de la noche a la mañana.

Le había dicho en varias ocasiones que me sentía como si fuera una prisionera y que, a mi forma de ver, no tenía derecho a retenerme. A mi pesar, me había recordado que mientras estuviera en su territorio, él era la máxima autoridad. Lo que implicaba que, legalmente, podía obligarme a pasar allí el resto de mi vida contra mi voluntad.

Sin embargo, si llegaba hasta el territorio humano, las leyes de ellos prevalecerían. Yo no formaba parte de los Atrum y su autoridad, allí, no tendría ningún efecto sobre mí. Esa posibilidad no le había pasado por alto, así que estaba dispuesto a asegurarse de que, bajo ningún concepto, pudiera escaparme. Y sabía que no era tan frágil e incapaz de hacer algo así como muchos daban por sentado.

Incluso si era algo que podía jugar en mi contra, había hablado con Martin en varias ocasiones sobre cómo reaccioné durante la noche en la que Riker había sufrido aquella emboscada. Según él, creía que era la esencia de mi lobo la que tomaba el control, pese a que no llegara a convertirme, pero que el desencadenante había sido el hecho de que mi compañero estuviera en peligro. Él no sabía que había habido un preludio, en el que ese mismo compañero era quien me perseguía, pero era cierto que existía ese factor gatillo, un detonante, en ambas ocasiones. Eso y que, además, eran noches de luna llena. Lo que me había llevado a pensar en que tal vez bajo su influencia mi esencia de lobo conseguía revelarse más allá de la forma de mi cuerpo.

La mierda de todo aquello era que no tenían más valor que el teórico. Y eso no me solucionaba la vida.

Sabía que si me decantaba por intentar escapar solo tendría una oportunidad. Riker sería capaz de cortar de raíz la poca libertad de la que gozaba si me cazaba en mi primer intento. Cabrearle tenía su punto, pero no quería perder la única baza que me quedaba para darme ese capricho.

Me acosté con el olor de la lavanda y el toque a madera del incienso, como solía hacer cada noche. Prendía el quemador que Martin me había obsequiado con aquellas hierbas que me ayudaban a encontrar una cierta calma y me permitían encontrar un poco de consuelo en un sueño que, aunque a veces era tormentoso, al menos me ayudaba a seguir peleando. Encontraría una salida. La que fuera.

Aquella noche se sentía diferente. Quizá porque en el cielo volvía a erguirse, majestuosa, la luna llena. No tenía ninguna certeza al respecto, pero tampoco ninguna duda.

Cerré los ojos y visualicé un lugar que se me antojara idílico. Lejos de todo aquello. Donde apenas se sintiera el dolor, la rabia o la tristeza. En algún momento, una parte de mi consciencia despertó en ese lugar en el que todo se me antojaba perfecto. Como si yo no estuviera rota y todo estuviera en su sitio.

Estaba sentada sobre una enorme piedra plana, frente a un hermoso prado lleno de flores silvestres entre las que destacaban cientos, o tal vez miles, de amapolas.

Cerré los ojos para dejar que mis sentidos se empaparan de los ruidos y de los olores, deleitándome en cómo de real podía llegar sentirse aquello. Escuché el rumor de un río, no muy lejos, y cuando abrí los ojos vi una cordillera cuyos picos estaban nevados. Era un lugar de una belleza tan perfecta que hizo que, por primera vez en mucho tiempo, me sintiera en paz conmigo misma y también con el mundo.

—¿Dónde estamos?

Me giré para buscar el origen de aquella voz masculina y melódica que parecía formar parte de la visión armónica del propio paisaje. No me sorprendió encontrar a un hombre.

Aparentaba unos treinta y vestía unos pantalones tejanos azul marino y una camisa blanca que llevaba perfectamente abotonada.

Mediría metro ochenta y tantos y, aunque su cuerpo se intuía fuerte, era más esbelto que corpulento, como si en él coexistiera la cantidad justa de fibra y de músculo. Su rostro era angulado y tenía el cabello negro ligeramente revuelto, con mechones que me recordaron al azul de medianoche, pero eran sus ojos azules, del color del mar enfurecido, lo que más me llamó la atención de él.

—*¿Quién eres?* —Fruncí el ceño. Era atractivo, pero no se trataba solo de un tema físico. Era esa sensación de seguridad y templanza que irradiaba. Un remanso de paz en el que acallar el dolor que en mí latía.

—*No sabría decirte.* —Levantó los brazos y observó su ropa, encogiéndose de hombros después, como si le sorprendiera aquello, pero, al mismo tiempo, no le importara—. *Es posible que estemos en algún lugar recóndito de tu memoria, tal vez dentro de algún recuerdo, mientras estás soñando.*

—*¿Un sueño?*

—*Es lo más probable.* —El hombre se acercó a mí—. *¿Puedo sentarme?*

—*Sí, supongo que sí.* —Me giré para observarle—. *¿Eres mi subconsciente?*

—*¿Te gustaría que lo fuera?* —me cuestionó. Sus ojos parecían brillar con algo que tenía vida propia, como si cientos, miles de pequeñas estrellas, revolotearan en su interior.

—*No lo sé. Mi vida es una mierda. Tengo que encontrar la forma de salir de aquí.*

—*¿De este sueño?* —quiso saber tras reflexionar durante unos segundos.

—*No.* —Negué con la cabeza. Observé el lugar. Cómo todo parecía vivir por y para mí. La sensación de bienestar que sentía—. *Creo que esto es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.*

—*A mí también.* —Su comisura se curvó ligeramente en una media sonrisa que le dio un toque bribón, aunque su expresión seguía siendo neutra, como si no tuviera la costumbre de dejar ver sus emociones.

Nos quedamos en silencio. Y se sintió bien esa pausa. Compartida. Por una vez.

—*Creo que nunca he estado aquí* —le confesé al cabo de un rato.

—*Tal vez es una creación de tu imaginación y, en tal caso, debo decir que es perfecta.* —Sentí que sus palabras le daban un poco de calidez a mi maltrecha alma.

—*Gracias.* —¿Tenía sentido que me sonrojara mientras estaba soñando?

—*¿Puedo preguntarte por tu nombre?*

—*Rubiselle, pero suelen llamarme Rubis.*

—*Es un nombre peculiar.*

—*Es una larga historia.* —Una que no tenía intención de traer a la superficie, no fuera que la belleza de aquel momento se contaminara por el dolor de aquel primer rechazo.

—*Puedes llamarme Eryon.* —No le importó que no se lo hubiera preguntado. Supuse que en un sueño, con mi subconsciente, las formalidades no eran necesarias.

—*¿Eryon?* —Me giré para observarle—. *Me gusta cómo suena.*

—*A mí cómo ha sonado en tus labios.* —Vi en su mirada cientos de luces, tintineando, como si hubiera un universo infinito dentro de sus ojos. Era absurdo. Pero si era un sueño, ¿no podía ser posible?

—*Me gustan tus ojos.*

—*¿Mis ojos?* —Parecía sorprendido.

—*Es como si hubiera vida en su interior.* —Asintió, con una media sonrisa en su rostro mientras me estudiaba.

—*¿Cuántos años tienes?*

—*Dieciocho, tal vez más, nadie lo sabe con certeza, soy huérfana.* —Le estudié—. *Ese tipo de cosas, ¿no deberías saberlas?*

—*¿Por lo de que soy tu subconsciente?* —me cuestionó con expresión solemne y yo asentí—. *Supongo que no funciona así o, tal vez, en realidad solo estoy aquí de paso.*

—*Eso no tiene sentido* —le contesté apreciando que poco a poco el dolor se atenuaba y sentía una sensación de bienestar abrirse paso en mi interior.

—*¿Me permites?* —Extendió la mano que estaba a mi lado y me quedé quieta, observando sus dedos. Eran largos y firmes. Apenas había en ellos callos ni durezas. Eran demasiado perfectos. Al fin y al cabo, todo aquello solo era un sueño.

Inspiré antes de acercar la palma de mi mano a la suya y cuando lo hice, sentí una sacudida que me dejó aturdida, como si una descarga eléctrica hubiera recorrido cada centímetro de mi cuerpo al sentir ese contacto. Y pese a esa sensación, no fui capaz de retirar mi mano. En vez de eso, busqué su mirada, serena, mientras la luz que había en sus ojos parecía brillar con mayor intensidad. Sus dedos se cerraron con suavidad sobre los míos.

—¿Qué ha sido eso?

—Supongo que se debe a que el universo reconoce que somos solo uno.

No es que su respuesta tuviera mucho sentido, pero asentí. Quizá estaba reconciliándome con mi subconsciente. Si era así, no me importaría alargar aquel momento. Dejé que mi mirada vagara por el hermoso paisaje que nos rodeaba, dejando mi mano enlazada con la de Eryon.

—Me gustaría poder quedarme aquí, no sé, ¿eternamente? —Contra todo pronóstico, escuché que reía por lo bajo. Me giré para observarle y en ese momento se me antojó como si todo él resplandeciera. Me quedé impactada con aquella belleza suya, etérea.

—Lo siento igual, pero, tarde o temprano despertarás, Rubis. —Sus ojos buscaron los míos*—. Solo puedo prometerte que iré a tu encuentro.*

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, frunciendo el ceño.

—Más allá del aquí y del ahora, tú y yo somo uno. —Elevó nuestras manos enlazadas y acercó el dorso de mi mano a sus labios para besarla.

Aquello no estaba bien.

No lo estaba.

¿No?

—¿No lo sientes? —me susurró mientras se me aceleraba el pulso y mi respiración se agitaba—. *¿Cómo puedo demostrártelo?*

Sus ojos azules tintineaban mientras se inclinaba, lentamente, hacia mí. No fui capaz de moverme. De apartarme. Ni de ir a su encuentro. Sus labios se posaron sobre los míos y sentí que mi cuerpo reaccionaba a la suavidad de su boca, ansiando saborearle.

Se separó de mí en el momento en el que yo quería que profundizara aquel beso. Le busqué con la mirada, anhelando su contacto. Deseando que me ayudara a olvidar mi vida. Mi realidad. La prisión en la que vivía.

—*Dime que me sientes. Que sabes que somos uno. No importa dónde estés, Rubis, te encontraré. Solo dime que tú también me sientes.* —Se inclinó de nuevo hacia mí y sus labios rozaron los míos. Me estremecí, sintiendo un calor lacerante en mi interior, el deseo despertando de nuevo cuando había creído que jamás podría volver a sentir esa emoción. No llegó a tocarme, se quedó apenas a unos centímetros de mí, esperando. Algo.

—*Bésame* —le ordené y sus labios se encontraron con los míos. Me besó con avidez y solo se separó de mí cuando ambos nos encontramos aturdidos, jadeando. Solo con un beso.

—*¿Puedes sentirme?* —me cuestionó tras colocar su frente contra la mía, sus ojos brillando como si fueran dos zafiros.

—*Sí, yo también te siento* —admití aquello en apenas un susurro, pero sus ojos se volvieron pura luz en medio de una oscuridad que nos rodeó de improviso. Sus labios buscaron los míos en un intento desesperado de aferrarse a mí mientras me despertaba de forma brusca porque un dolor sordo había roto la paz de aquel sueño.

Gruñí.

No quería despertarme.

Pateé el colchón, enojada, porque quería volver a ese lugar.

Lejos de mi presente. De mi realidad.

Sin embargo, volvía a estar en esa casa que los Atrum me habían dado, en la misma cama de cada noche, solo que esta vez sentía que mi brazo ardía. Mi mirada se desplazó hacia la manga de mi pijama, para descubrir que estaba empapada de sangre.

Me levanté, jadeando, nerviosa y aún excitada ante el recuerdo de aquel beso robado mientras no entendía qué estaba pasando. Llegué al baño y me quité la parte superior del pijama. Tenía el antebrazo cubierto de sangre, así que opté por abrir el grifo y meterlo debajo. La sangre empezó a aclararse al tiempo que las heridas empezaban a cicatrizar.

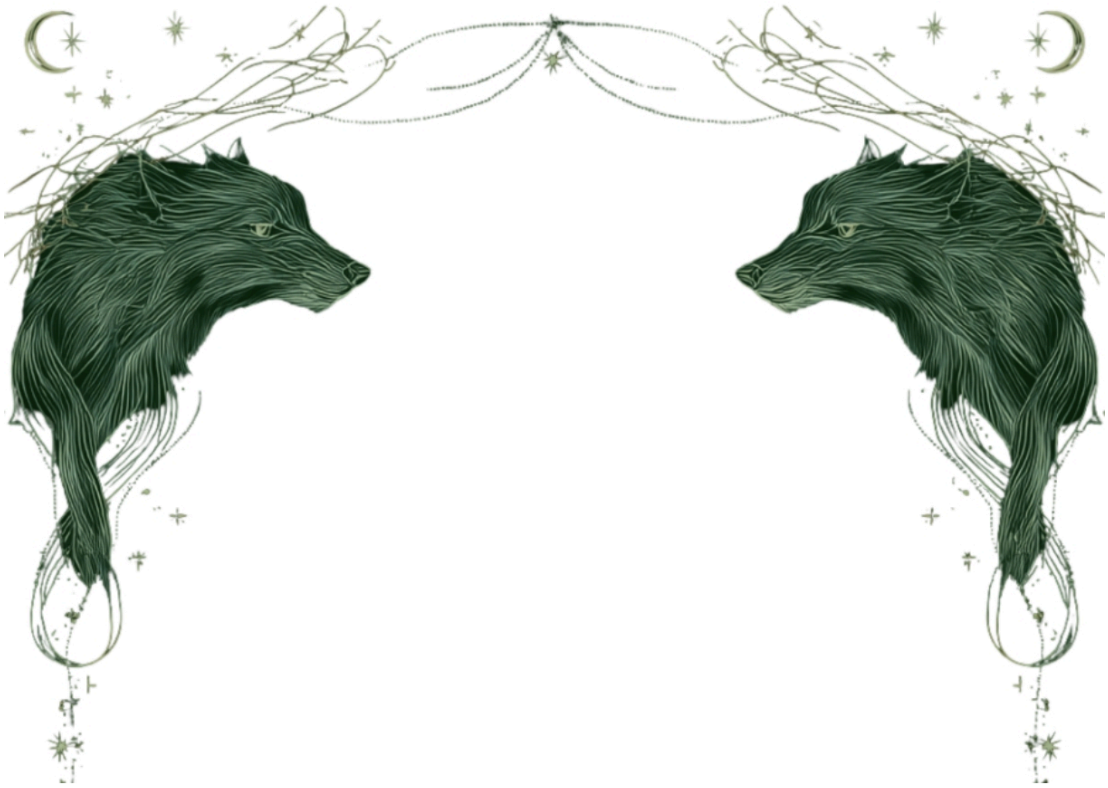
—¿Qué mierda es esto? —Líneas finas que se entrelazaban unas con otras y cubrían desde el dorso de mi mano hasta el hombro. Algunas aún estaban en carne viva, pero a la mayoría mi magistral sistema de cicatrización ya las había sellado y solo se veían suaves líneas blanquecinas—. Joder, joder, joder.

Con una toalla acabé de limpiarme los restos de sangre hasta que las marcas se convirtieron en sutiles cicatrices y, al poco, desaparecieron por completo.

Si no fuera por la sangre que aún empapaba la ropa que había en el suelo y la toalla que sostenía, hubiera pensado que todo aquello había formado parte de un sueño que había acabado convertido en poco más que una pesadilla.

Un ruido sordo, un trueno furioso, cruzando la nada, captó mi atención. Me acerqué a la ventana y vi que una tormenta estaba azotando nuestro territorio. Dura y violenta.

No me sentí capaz de volver a acostarme, así que me limité a calentarme una infusión y me senté en el porche de madera para contemplar la fuerza de la naturaleza y aquel despliegue que era tan terrorífico como hermoso. Como la vida misma.



CAPÍTULO 34

LA TORMENTA

SI A RIKER LE SORPRENDIÓ ENCONTRARME allí fuera, no dijo nada. Llegó convertido en lobo y se limitó a estirarse a poca distancia de donde yo estaba. El agua se acumuló debajo de él, porque la tormenta seguía sin darnos tregua.

No debería de haber sido una noche gozosa con la que correr con sus lobos, eso era algo que tenía por seguro. Me mantuve en silencio y él pareció complacido simplemente estando allí. ¡Tanto que podríamos haber tenido! ¿Y teníamos que confirmarnos con aquello?

Dejé que mis pensamientos volaran hasta que él agachó la cabeza, a modo de despedida, y partió hacia la casa de la manada,

cuando tres lobos de pelaje oscuro llegaron. Me hice con un paraguas y me puse unas botas de agua.

Dorian me acompañó hasta la casa de Martin mientras los otros dos dejaban un desayuno que opté por ignorar en el comedor y se ocupaban de la casa. No es que necesitara servicio, pero tampoco me habían preguntado.

Pasé el día allí, aunque se me antojó extraño, porque a veces sentía un resquemor en la piel, recorriendo desde la palma de mi mano hasta la parte superior de mi hombro. Era absurdo, pero cuando pasaba las yemas de mis dedos sobre esa zona, sentía la piel más sensible y revivía esa sensación de bienestar. Como si no hubiera sido real. ¿O acaso lo había sido? Mi mente era mi refugio. Allí, al menos, Riker no tenía ningún tipo de autoridad.

—¿Has oído alguna vez de que la diosa Luna haya marcado a un lobo? —le cuestioné al cabo de un rato a Martin, que me observó con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Una vez escuché algo de una loba a la que, una noche de luna llena, le aparecieron marcas por el cuerpo. —Una verdad lejana.

Vi que deslizaba sus gafas por el puente de su nariz para observarme.

—¿Recuerdas la historia? —me preguntó y negué con la cabeza—. Creo recordar que tengo un tomo que habla de los bendecidos por la luna. —Se amasó la barba—. Si bien la mayoría de las leyendas hacen referencia a la singularidad de los lobos blancos, creo recordar que había algunas historias que hacían referencia a otras vivencias de lobos a los que la diosa Luna quiso iluminar su camino. Tal vez alguna de esas historias haga referencia a la que comentas, pero ahora no estoy seguro. ¿Quieres que te lo busque?

Asentí y cambié mi volumen por aquel nuevo.

Pasar las horas leyendo me ayudaba a que el tiempo pasara más rápido.

La tranquilidad que disfrutábamos aquella mañana, sin embargo, quedó truncada cuando la puerta de la cabaña se abrió con violencia. Podría haber confundido aquel estrépito con un trueno, porque la tormenta aún no había amainado, pero Riker apareció en

la sala, empapado y totalmente desnudo. Tenía el rictus severo y parecía capaz de desmembrarnos en cualquier momento. Martin se levantó de un salto de la silla, recordándome que, pese a su edad y aspecto añoso, era un lobo.

Yo me limité a quedarme en mi asiento, dispuesta a ignorarle. Aquel viejo y grueso tomo abierto frente a mí.

—¿Qué te ha pasado? —Se acercó a mí y me cogió con fuerza del brazo, obligándome a levantarme. Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo, buscando algo.

—¡Suéltame! —gruñí y acabé pisándole con fuerza, pero no se inmutó.

—¡Alfa! ¡Vas a lastimarla! —La voz de Martin consiguió hacer que Riker reaccionara. Me liberó de su agarre, pero elevó el mentón y se concentró en olisquearme.

—Había sangre en tus sábanas. —Soltó aquello en un tono áspero, cargado de rabia y creo que también de miedo—. No me mientas, Rubis. Si has intentado hacerte daño, te juro que haré que te vigilen cada maldito minuto y me quedaré a tu lado cada puta noche, incluso si al hacerlo solo consigo que me odies aún más, ¿entiendes?

—¿Cómo diablos sabes tú eso? —Le sostuve la mirada, enojada.

—¿Quieres saberlo? —Sus aura de alfa palpitaba con fuerza a su alrededor—. Las doncellas tienen órdenes de recogerlas de tu habitación cada mañana y colocarlas en mi cama, para que cuando me acuesto en ellas pueda sentir tu olor envolviéndome. Solo así puedo conciliar el sueño, Rubis, porque te necesito, joder, y tu olor es lo único que me queda. —Empezó a temblar—. Solo dime que no has intentado hacerte daño. No puedo perderte.

Levantó la mano para colocarla sobre en mi mejilla, pero con un movimiento brusco le obligué a retirarla.

—No puede perderse algo que no te pertenece. —Sus colmillos se alargaron y gruñó por lo bajo. No sé si cabreado. O tal vez excitado. Me importaba una mierda.

—No me has contestado.

—Las lobas también menstrúan, ¿sabes? —Vi que no se había planteado esa posibilidad y me alegré de mi agilidad mental.

Titubeó. Como si de repente se sintiera inseguro. Finalmente dio un par de pasos atrás y me dio la espalda. Se largó sin decir nada más. Y yo no lamenté que lo hiciera.

—Debería decir que desde que su padre ha muerto se ha vuelto más inestable, pero lo cierto es que creo que tiene mucho más que ver contigo que no con algo que todos llevábamos algunos meses esperando.

—Cada uno debe asumir el peso de sus decisiones.

—¿Y si la manada depende de las tuyas?

Le miré.

—Si él estuvo de acuerdo con la decisión de sus padres de que una omega Sinlobo no era suficiente para ser su única y verdadera pareja, no es mi culpa. Yo hubiera estado dispuesta a dároslo todo, pero ellos me descartaron, Martin, y nadie me preguntó mi opinión antes de aceptar ese maldito acuerdo. —Alcé el mentón—. Esta ya nunca será mi manada ni yo ostentaré el título de compañera de Riker. Mi decisión está tomada.

Las ventanas del despacho se abrieron de par en par, y una ráfaga de viento furioso hizo que mi cabello revoloteara mientras decenas de pergaminos salían desperdigados en todas direcciones.

Dorian me acompañó hasta mi casa, aunque no sabría decir a qué hora exactamente sucedió aquello, porque el cielo llevaba cubierto de nubes oscuras todo el día. La belleza del poder de los rayos que surcaban el cielo, la brutalidad de los truenos y la carencia de piedad de aquella lluvia torrencial se sentía como un acto de rebeldía que hasta cierto punto compartía.

Al llegar a la que se suponía que era mi casa, descubrí que tenía una gotera. Coloqué un recipiente de metal y en algún momento me acostumbré al *ding-ding* del golpeteo del agua que se colaba y, tras caer, se rompía en mil pedazos al chocar con el frío metal.

Alguien llamó a la puerta. Miré mi reloj de pulsera y vi que, por la hora, tal vez habían decidido bajarme algo para cenar, pese a que la casa disponía de cocina. Solo me faltaba la energía como para rellenar los armarios y usarla.

Me encontré a aquella mujer de rasgos cuadrados, duros, y mirada suspicaz en mi portal. La doncella de la luna de los Atrum. Me tensé, de forma instintiva, antes incluso de que sonriera con lo que no podía ser otra cosa que malicia.

—No han pasado dos semanas —solté aquello sintiéndome pequeña. Frágil. Aún recordaba el dolor de su garra en mi nuca, su mirada despiadada, sus ojos, rabiosos y llenos de placer mientras, a su manera, me demostraba que ella tenía el control. Porque era una loba. Y yo apenas tenía la fuerza necesaria para intentar enfrentarla.

—La luna de los Atrum ha considerado daros un regalo. —La observé. Llevaba el cesto en el que solían bajarme la cena, pero me fiaba de ella entre poco y menos—. Ella es generosa para los que son los suyos, después de todo, y estamos seguras de que no podréis menos que apreciarlo.

Entró en la casa, incluso si yo estaba a medio camino, interponiéndome en su trayecto. Me apartó con esa brusquedad salvaje y primitiva que la caracterizaba.

Dejó la cesta sobre la mesa y me limité a quedarme quieta, esperando que se largara de allí lo más pronto posible.

—¿Quiere su señoría que la sirva? —Usó un tono condescendiente al decir aquello.

—Me basto sola.

—En tal caso, creo que esto amenizará la velada. —Su sonrisa se volvió oscura, siniestra, y se me erizó el vello de la nuca. Vi que toqueteaba su teléfono y se encendía la televisión del comedor.

Me quedé quieta, sin entender qué estaba pasando, cuando una figura se alejó de la cámara. Llevaba solo un camisón negro que apenas le cubría hasta la mitad de los muslos y que estaba repleto de transparencias. Me quedé helada.

Había visto a aquella loba antes. En los baños de la casa de la manada, el día de la reunión con los alfas del norte. Empecé a temblar. No podía ser ella.

Riker entró en la estancia mientras ella se colocaba frente a la cama. Podía contemplarlos a ambos, por la posición en la que habían dejado la cámara con la que habían grabado aquello.

Vi cómo ella buscaba los tirantes del camisón y los deslizaba por sus hombros, haciendo que la tela cayera al suelo, quedando totalmente desnuda frente a él.

—Túmbate en la cama y ábrete de piernas para mí. —Apenas podía creer lo que estaba viendo. Empecé a temblar. Amaral se tumbó en la cama y vi cómo se abría de piernas frente a él. Sentí una arcada.

Era él quien la estaba buscando.

Él quien estaba desabrochándose los pantalones, observando a la mujer desnuda frente a él. Vi cómo empezaba a masturbarse frente a ella, lo justo para que su miembro acabara rígido y firme.

Se metió dentro de ella en una sola estocada, furiosa. Escuché el grito de placer de la loba al tiempo que un pulso sacudió el mundo que me rodeaba. Me quedé quieta, incapaz de moverme, de reaccionar, observando cómo Riker follaba con su luna. Los gritos de ella, la forma en que gemía su nombre, mientras él seguía penetrándola con fuerza, y cómo él emitía gruñidos sordos al hacerlo.

—¡¡No!! —grité mientras retrocedía. Acabé chocando con una de las paredes, incapaz de seguir viendo aquello, pero al mismo tiempo sin poder apartar la mirada de la pantalla. Sus gemidos sonaban a mi alrededor. Los jadeos de Amaral. Diciéndole que era suya y que adoraba cómo se la follaba mientras él seguía haciendo justamente eso, meciéndose en su interior, entre gruñidos y jadeos. Los gritos de ella acompañaban los movimientos bruscos de él.

—Cuando supo que jamás te había follado de verdad, la luna de los Atrum consideró que merecías disfrutar viendo cómo ella sí sabe complacer plenamente al alfa de la manada. —Empecé a temblar y ella comenzó a reírse.

Los cristales de la ventana del comedor se rompieron en mil pedazos y un enorme lobo negro apareció en medio de la estancia. Observó su entorno y su mirada quedó presa en la pantalla durante una fracción de segundo, el tiempo que tardó en transformarse en hombre.

Riker cogió una lámpara y la lanzó contra la televisión, haciendo que la pantalla se rompiera en mil pedazos. Estaba temblando. Yo

también. Empecé a sollozar. El dolor me quemaba por dentro. Los gemidos de placer de la loba, los gruñidos satisfechos de Riker, todo había desaparecido y solo se escuchaba la lluvia cayendo con fuerza en el exterior. Eso y la respiración agitada de Riker.

—¿Qué coño significa esto? —Se alzó y sentí su aura de alfa irradiar en todas las direcciones. La loba dio un paso hacia atrás, abrumada por su presencia—. ¡¡Te he preguntado qué coño significa esto!!

La mujer empezó a retroceder hasta encontrarse con una pared. Riker acortó la distancia hasta ella y la cogió del cuello. Vi cómo su mano se convertía en garra y la levantaba del suelo en el momento en el que Nathiel y Emma entraban en la casa.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó el beta y se agachó para coger el teléfono de la ama de cría de Amaral. Sus pupilas se dilataron al ver el contenido que aún se estaba emitiendo en él.

Los colmillos de Riker estaban expuestos, al igual que sus garras, pero era su mirada verde la que más me asustó: destilaba rabia, odio y una emoción salvaje, brutal.

—Si la luna de los Atrum tiene algo que ver con esto, será desterrada. —Las pupilas de la mujer se dilataron en algo que parecía ser pánico.

—Ella no… —Apenas podía hablar y respirar a un tiempo, así que Riker suavizó su agarre sobre ella.

—Habla.

—A ella le excita gravarse, pero no tiene más culpa que esa. —Estaba aterrorizada—. Es culpa mía que ella lo haya visto. Mi señora se merece a un macho que no mantenga en su territorio a una vulgar y sucia omega como a su amante.

Riker la estudió y solo entonces se escuchó un ruido. El crujido de los huesos del cuello de esa loba rompiéndose en mil pedazos. Cuando la liberó de su agarre, cayó muerta en el suelo.

Empecé a convulsionar.

—Rubis.

—¡No te acerques! —grité con una rabia y un odio que me quemaban por dentro.

—Rubis, mírame, soy solo yo, Rubis, mírame.

—¿Cómo quieres que te mire después de haber visto cómo te follabas a tu luna hace apenas un rato? —Escupí aquellas palabras con un odio visceral. Elevé el mentón y empecé a llorar—. ¡Aún hueles a ella! ¡Te odio! ¿Cómo has podido…?

Empecé a llorar, contra la pared, mientras convulsionaba a un tiempo.

—Rubis, escúchame, por favor. —Riker se pasó las manos por el pelo y empezó a caminar de un lado al otro de la estancia, como si fuera una bestia enjaulada—. ¡Yo también odio esto! ¡Joder! —Cogió un jarrón y lo lanzó contra una pared—. Pensaba que era más fuerte. Que podría soportar esta carga. Pero, joder, ¡no puedo! —Se quedó quieto. Tenía los pies ensangrentados, pero no parecía ser consciente de aquello—. Rubis, no puedo, no si no es contigo a mi lado. No soy tan fuerte como creía. Ni como creía mi padre. No puedo continuar con esta farsa. Te necesito. Te quiero. Me perteneces. Y yo debería ser solo tuyo. Tienes razón. La tienes.

Intentó acercarse a mí, pero yo le mostré mis colmillos, desafiándole, dispuesta a enfrentarme a él. No aceptaba sus palabras. Sus excusas. Su mierda. No podía hacerlo. En mi cabeza resonaban los gemidos de Amaral. La forma en la que usaba su nombre mientras él la tomaba con dureza.

—Voy a hacer lo que debería haber hecho antes de aceptar ese acuerdo. —Sus ojos brillaban con una emoción contenida—. Voy a hacerte mía.

—Riker, no puedes hacer eso —susurró Emma, tensándose—. Tu mordida podría matarla.

—Contén a tu hembra —le ordenó con dureza Riker a Nathiel, sin mirarlos siquiera.

Dio un paso hacia mí y yo le gruñí.

La tormenta, fuera, había vuelto a acentuarse. Un rayo surcó el cielo mientras Riker daba un segundo paso. Mis garras emergieron. Pretendía marcarme. Reclamarme. Que no pudiera seguir negando el vínculo que existía entre nosotros. Después de follarse a la loba que había elegido para que fuera la madre de sus cachorros. La rabia me quemaba por dentro y sentía la bilis ascendiendo bajo mi pecho.

—Rubis, mírame. —Lo hice, pero solo con la intención de desafiarle—. La diosa Luna te eligió para que fueras mi compañera, mi pareja predestinada. Nada ni nadie cambiará jamás eso. No voy a perderte. No sin luchar por lo que por derecho me pertenece. Eres mía.

—¿Tuya? —escupí levantando el tono—. No quiero ser nada tuyo, ¡¿me oyes?! ¡Has mancillado el vínculo que nos dio la diosa!

—¡Porque me asustaba perderte si te marcaba!

—Al final, no importa, porque me has perdido igualmente. —Alcé el mentón. Me sentía herida, débil, pero al mismo tiempo fuerte. Siempre me crecía ante la dificultad.

—En tal caso, ya no tengo nada que perder.

Acortó la distancia que nos separaba y me arrastró con sus brazos contra su cuerpo. Intenté liberarme, pero era imposible hacerlo. Su fuerza y envergadura nada tenían que ver con la mía.

Mis garras buscaron su espalda y sentí cómo se clavaban en su carne, pero no le importó. Deslizó sus brazos para hacerse con los míos, acorralándome contra la pared. Intenté golpearle con la rodilla, pero usó su cuerpo para bloquear mis últimos intentos de resistirme a él.

—Si no es contigo, nada tiene sentido. No dejes que esto acabe matándonos, Rubis. —Sus ojos buscaron los míos. Había una mezcla de desesperación y anhelo en ellos. Se inclinó y sus colmillos atravesaron la piel de mi cuello. Gemí y Emma gritó, aunque los brazos de Nathiel la mantuvieron a su lado, en el otro extremo de la sala.

Fuego líquido recorrió mi cuerpo, como una ráfaga candente que abrasaba cada una de mis terminaciones nerviosas. Empecé a removerme, inquieta, sintiendo aquel calor que me asfixiaba, pero Riker me sostuvo con cuidado.

Me había marcado. Riker me había marcado.

—Márcame, Rubis, oblígame a ser solo tuyo —me susurró en el oído mientras sentía aquel fuego recorrer y quemar mi cuerpo por dentro—. Si lo haces, el acuerdo quedará anulado y, aunque ella seguirá siendo la luna de los Atrum, jamás tendré que volver a tocarla. Solo seremos tú y yo, Rubis. Muérdeme y hazme tuyo.

Empecé a convulsionar aún arropada entre sus brazos. Sentía un dolor intenso que se entremezclaba con algo que podría ser el deseo. Su olor. Envolviéndome. ¿Debería hacerlo? ¿Morderle? Pese a que en esos momentos le odiaba. Era el lobo que la diosa Luna había elegido para mí. Incluso si no podía perdonarle por lo que me había hecho y la imagen de cómo tomaba a otra mujer aún estaba presente en mi mente. Le deseaba. Y nada podía cambiar lo que éramos —o deberíamos haber sido— el uno para el otro. Si nuestras circunstancias hubieran sido diferentes. Si yo no fuera la Sinlobo.

¿Tal vez algún día podría perdonarle?

Su olor. Me era conocido. Familiar. Era entre sus brazos donde, por primera vez en mi vida, me había sentido en casa.

Quizá sería capaz de volver a amarle…

—¡¡¡Muérdeme, Rubis!!! —La orden de un alfa teñida con un rugido y un lamento, todo a un tiempo. Sentía la mente pastosa, lenta, torpe, pero opté por ignorarla.

El dolor me quemaba. Estaba agonizando.

¿Moriría?

Tal vez ya estaba muriéndome.

Sentí un hormigueo en las yemas de mis dedos y luego una corriente que ascendió por mi brazo hasta llegar a mi hombro y, desde allí, sentí que mi corazón latía con más fuerza. Una vez. Dos veces.

Un trueno sonó a nuestro alrededor, haciendo que los objetos temblaran y los pocos ventanales que seguían de una pieza, en el salón, explotaran en mil pedazos. Como si todo sucediera a cámara lenta, la luz azul de un rayo iluminó todo lo que nos rodeaba segundos antes de que la oscuridad más absoluta nos envolviera por completo.

Una fuerza invisible separó a Riker de mí y lo lanzó contra el otro extremo de la habitación. Debería haberme caído, pero la nada me sostuvo mientras las piernas me flaqueaban y quedé suspendida en el aire.

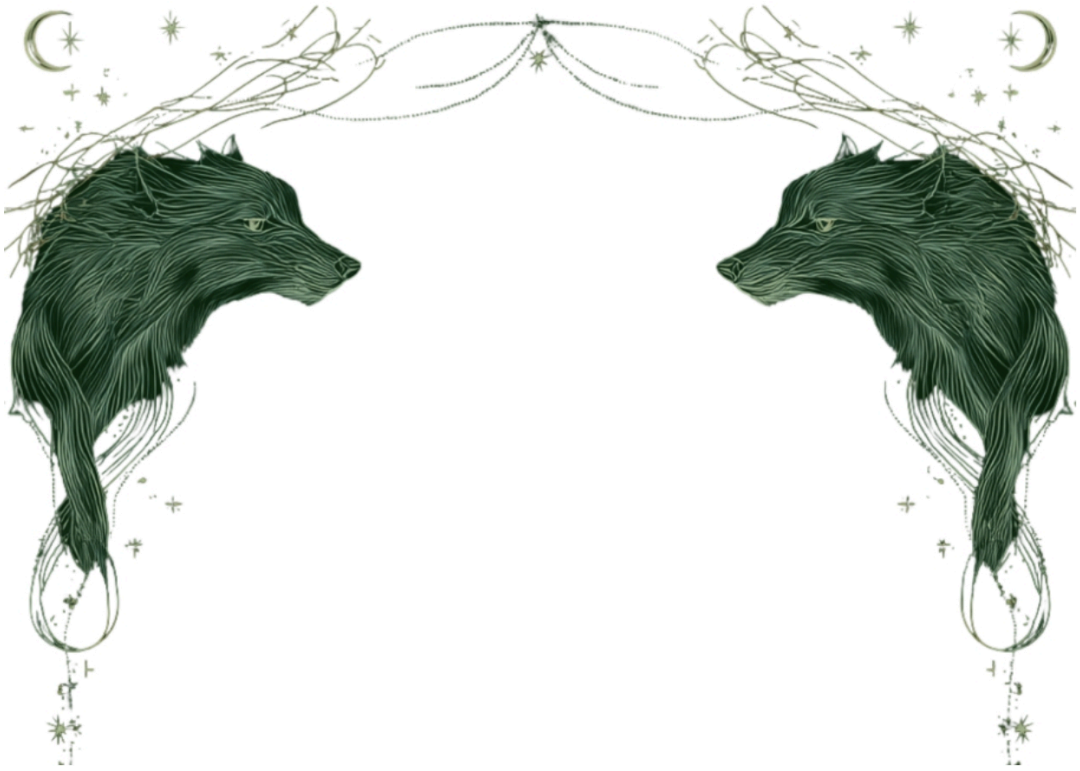
Escuché que Riker gruñía tras el ruido del impacto, pero apenas le presté atención. Un nuevo rayo iluminó la habitación. Había alguien

frente a mí. Una silueta encapuchada. Vestida en negro. Mis ojos buscaron algo en aquel rostro que quedaba oculto entre las sombras, y allí, en medio de la nada, dos ojos azules, brillantes, tintineaban. Como si hubiera vida en ellos.

Sentí una oleada de dolor recorrerme de arriba abajo. La mordida de Riker. Quemándome.

—Te dije que te encontraría. —Su rostro no mostraba emoción alguna, pero en su mirada encontré una calma que me ayudó a templar el dolor que me estaba matando.

Por arte de magia.



CAPÍTULO 35

CUANDO LA REALIDAD SE CONVIERTE EN UNA PESADILLA

QUIZÁ HABÍA PERDIDO EL CONOCIMIENTO y estaba soñando de nuevo, porque el hombre que había frente a mí no existía, incluso si le había visto antes.

Mi subconsciente tenía una mandíbula cuadrada y los ojos más azules que jamás había contemplado. Un fino vello cubría su rostro, como si llevara algunos días sin prestarle atención a su aspecto, pero, al mismo tiempo, se veía simplemente perfecto, si bien las sombras de la capucha ocultaban parte de sus rasgos.

Me quedé quieta, confundida y agotada, sintiendo que el dolor de la mordida de Riker pasaba a un segundo plano mientras la sangre que emanaba de ella empapaba mi cuello y mi camiseta.

Como si pudiera entender mi confusión y quisiera demostrarme que era real, acercó su mano y la colocó sobre mi mejilla. Estaba allí.

Incluso si eso no tenía sentido.

Mis ojos buscaron los suyos y me quedé presa de los cientos de cristales que parecían brillar en ellos. Sentí un hormigueo recorrer mi piel y cosquillas en el estómago. ¿Qué me estaba pasando?

Un gruñido me hizo volver a la realidad. Si es que seguía en ella.

—¡¡Aléjate de mi compañera!! —La voz de Riker resonó en la sala mientras transfería a sus palabras el poder de lo que él era. El alfa de los Atrum.

El hombre frente a mí, ese que se ocultaba entre las sombras de una capa con capucha, ladeó ligeramente la cabeza y sus ojos se deslizaron hasta la marca que había en mi cuello y la sangre que seguía goteando de ella mientras me quemaba la esencia de Riker, el reclamo que había impreso sobre mí.

Supe que estaba enojado, pero apenas frunció el ceño.

Tal vez solo me lo había imaginado, porque su rostro transmitía tanta calma como la superficie quiescente de un lago perdido en medio de la montaña. Quise empaparme de ella y deseé que me llevara a ese lugar en el que nos habíamos conocido.

Sin mediar palabra, me tendió una mano y, tras un titubeo, pese a escuchar el gruñido sordo de Riker de telón de fondo, me animé a aceptarla. Fue extraño. Sentí su fortaleza y, con ella, la certeza de que todo estaba bien. Como si todo encajara de nuevo.

Solo entonces fui consciente de que Eryon estaba ignorando a Riker de forma deliberada. Lo que era estúpido por su parte porque, aunque perteneciera a otra manada, la autoridad y el poder de Riker no podían ser negados. Era un alfa.

Sin embargo, eso fue justo lo que hizo: ignoró su orden, su presencia, sus palabras y sus gruñidos amenazantes y actuó como si solo estuviéramos él y yo, y el resto no le importara. Ni le preocupara.

Sin entender qué estaba pasando, si todo aquello solo formaba parte de un sueño, o de una pesadilla, o si estaba sucediendo en realidad, recuperé el control de mi cuerpo y dejé de temblar. Pese al dolor, conseguí elevar el mentón y observar a los lobos que había en la habitación.

Nathiel estaba junto a Emma y no descarté que la hubiera obligado a mantenerse al margen usando su fuerza. Mis ojos buscaron los de mi amiga y vi su rostro desencajado. El miedo a lo que me pudiera pasar tras la mordida de un alfa y la forma en la que todo nos había explotado a destiempo. Sin que nadie pudiera evitarlo. Observé el cadáver que yacía a pocos metros de donde estaba. No me sentía culpable, más bien agradecida de que la hubiera silenciado. Por su culpa él me había mordido tras sentir la necesidad de demostrarme que era suya. Pese a mi incapacidad de serlo, porque yo no era más que una Sinlobo, después de todo.

Riker estaba en el otro extremo de la habitación. Había grietas a su espalda, como si algo duro hubiera golpeado contra la pared y hubieran acabado en tablas. La tensión era evidente en su cuerpo, que temblaba con una mezcla de ansiedad y rabia, las garras expuestas, igual que los colmillos. Nunca le había visto con esa expresión carente de humanidad, solo rabia, celos y esa posesividad salvaje que mucho tenía que ver con su lobo. Como si valorara la amenaza latente que Eryon representaba. Para él. O para mí. No sabría decirlo a ciencia cierta.

—Te he dicho que te apartes de ella. —Aquella vez no chilló, pero no por eso sus palabras fueron menos amenazadoras. Proyectó su autoridad hacia nosotros y me golpeó su poder. El alfa que era. Jamás había sentido una energía así, tan poderosa y, al mismo tiempo, tan atractiva y masculina. Sentí que la mordida me escocía. Como si reconociera que él era el que me había reclamado. Como si me animara a ir a su encuentro.

Me tensé y sentí que mis fuerzas se achicaban.

Eryon se colocó a mi lado. Sin ocultarme. Sin fingir que eso no estaba pasando.

Su presencia me reconfortó y conseguí mantenerme firme. Allí, observando a Riker, pero negándome en ir a su encuentro.

—Tus órdenes de alfa no me afectan lo más mínimo, chucho.

Me tensé al escuchar su voz. Melódica. Llena de una armonía que se me antojó una caricia.

—No tiene rastro. —Fue Emma la que dijo aquello en apenas un susurro. Eso no tenía sentido. Todos tenemos algo. Un olor. Un rastro que nos convierte en alguien único. Elevé el mentón y fui consciente de que el hombre a mi lado olía a pergaminos viejos y a bosque húmedo. Quizá Emma estaba demasiado lejos y no podía apreciarlo.

Riker gruñó al tiempo que Nathiel tiraba de su pareja y la colocaba detrás de él.

Fruncí el ceño mientras los observaba. Nada de aquello tenía sentido. Riker había pasado de mostrarse furioso a tomar una posición defensiva, casi diría cauta, mientras nos observaba. Se estaba conteniendo.

—Es un fae —sentenció Nathiel con voz fría, estudiando al hombre que había a mi lado, ese que sostenía de forma impasible mi mano.

¿Un fae?

¡Eso era imposible!

¿Es que todos se habían vuelto locos?

—Si le haces un solo rasguño a mi compañera te mataré, fae, pero antes me deleitaré torturándote hasta que me supliques clemencia para que acabe con tu mísera y patética existencia. —Riker se había vuelto frío, despiadado, y estaba mostrando la letalidad propia del asesino, el cazador, que era. Un lobo. Un alfa.

—No son mis dientes los que han desgarrado la piel de su cuello —le recriminó Eryon elevando el mentón y me fijé en el perfil de su rostro, enmarcado por la capucha. Mostraba indiferencia, pero sabía que estaba molesto. ¿Cómo? Por ese sexto sentido mío, tal vez, o quizá por la quietud gélida que irradiaba.

—No sabes nada de nuestras costumbres, fae, ella me pertenece, y yo soy suyo. Vete y no te entrometas, o te juro que lo lamentarás.

—Sé más de lo que te crees sobre vuestras costumbres obscenas. —Su voz era masculina, potente, pero tenía un tono metálico, cual acero, al mismo tiempo—. Hay cosas que ni siquiera un alfa puede

forzar. La quieres reclamar como tuya, pero creo recordar que ese vínculo debía ser recíproco, y no veo sus dientes marcando tu cuello. —Riker le gruñó, pero se limitó a quedarse quieto mientras estudiaba a Eryon y valoraba cómo enfrentarse a él. Sus ojos buscaban los míos y vi en ellos una emoción contenida. Como si quisiera decirme muchas cosas.

—¿Qué quieres? —Eryon se limitó a observarle, pero no le contestó—. Te lo daré.

—No tienes nada que me interese.

—Vete, entonces, y no advertiré de que los faes vuelven a deambular por el territorio a este lado del Moonwhisper. Hazlo, por lo que más quieras, antes de que sea demasiado tarde. —A Eryon no le pasó desapercibido el tono de súplica que imprimió Riker en sus últimas palabras.

—¿Demasiado tarde?

—Si no completamos el ritual, si ella no me muerde, morirá. Necesita mi esencia de alfa para sobrevivir a mi mordida.

Eryon ladeó la cabeza y sentí un hormigueo que recorrió todo mi cuerpo, como si él estuviera valorando mi estado. ¿Podía hacer algo así? Era un fae. Apenas sabía nada sobre su especie.

Sentí un pulso. Algo que latía con fuerza propia y cuyo origen provenía de Eryon. Me sentí un poco más fuerte mientras ese calor abrasador volvía a aplacarse. Un poco, al menos.

—Escúchame, chucho, ni te pertenece ni te pertenecerá nunca. —Riker se tensó—. Ella no te necesita.

Riker soltó un gruñido bajo y empezó a convulsionar, aunque intentaba contener a su lobo. Un enfrentamiento directo, contra un fae, en un lugar tan pequeño, solo podía acabar con vísceras y sangre esparcidas por todos lados.

Nathiel avanzó un paso. Los brazos levantados a ambos costados de su cuerpo.

—El tratado está en la cuerda floja. Llevamos sufriendo vuestros ataques desde hace meses. —Le sostuvo la mirada a Eryon—. Si eso es lo que buscas, si quieres que el tratado llegue a su fin, solo tienes que pedírnoslo y los Atrum alzarán su voz en el consejo para que los lobos se movilicen, siempre y cuando te alejes de ella. —Hizo una

pausa en la que el hombre a mi lado se limitó a estudiarle—. Si tu intención, en cambio, no busca que esa paz que nuestros ancestros pactaron sea truncada, demuéstranoslo alejándote de la futura compañera de nuestro alfa.

Noté que el pulgar de Eryon rozaba con suavidad el dorso de mi mano, como si quisiera reconfortarme, incluso si se mostraba apático.

—No sé nada de esos ataques, pero, ya que sacas a colación el tratado, te diré que, por el momento, no he roto ninguna de las leyes a las que este está sujeto.

—Estás al oeste del Moonwhisper.

—Tenemos autoridad para desplazarnos por vuestras tierras si es para recuperar algo que nos pertenece. —Nathiel nos observó mientras Riker gruñía por lo bajo—. Pocas cosas hay tan sagradas para un fae como el vínculo que se forja entre dos almas gemelas. —Sentí un hormigueo que ascendió por mi brazo al tiempo que en mi piel se hacían visibles finas cicatrices de un blanco nacarado que trazaban una serie de grabados idénticos a las líneas negras que empezaron a cubrir el dorso de la mano y el antebrazo de Eryon—. Os rogaría que dejarais de hostigar a mi esposa o acabaré perdiendo la paciencia y ni siquiera mi interés personal por preservar el tratado evitará que arrase con mi magia vuestro mundo.

Las pupilas de Riker se dilataron y su cuerpo se tensó, como si acabaran de golpearle.

Emma gritó y empezó a temblar. Frente a ella, Nathiel estaba parpadeando, confuso, en estado de *shock*.

Me hubiera dado por reír si Eryon no estuviera levantando nuestras manos enlazadas y me hubiera quedado absorta en la similitud del trazo de aquellas líneas y el efecto hipnótico que ejercía aquella imagen en mi persona. Las líneas eran un reflejo perfecto de las del otro.

Era como si hubieran sido dibujadas al mismo tiempo, siguiendo un mismo patrón, pese a que jamás habíamos estado juntos. ¿O lo habíamos hecho? ¿Acaso aquello podía tener algo que ver con aquel sueño? ¿Con ese beso robado? ¿O con la confesión que me había reclamado?

Le sentía. No podía no hacerlo.

La energía que latía en él, a su alrededor, tan brillante y viva.

—Es imposible. —Nathiel fue el único que encontró la fuerza, el valor, de decir algo. El resto, Emma, Riker y yo, estábamos en estado de *shock*.

—Y, sin embargo, no miento. No es propio de un fae.

—Apártate de ella, fae. ¡¡No te atrevas a tocarla!! —Riker gritó en medio de una convulsión, una que le empujó a saltar contra Eryon, transformándose en lobo en el aire, demostrando su destreza y poder como lobo.

Quise gritar. Presa del pánico. No tanto porque Riker fuera a desmembrarme a mí, sino por la intensidad caótica del momento. Sin embargo, no pude hacerlo. Apenas estaba viendo sus ojos verdes inyectados en sangre, sus garras expuestas, igual que sus fauces, cuando sentí un tirón.

Eryon se movió a una velocidad que hizo que apenas pudiera llegar a ver cómo me rodeaba con sus brazos y su esencia, lo que él era, me envolvía.

El mundo desapareció a nuestro alrededor.

Por completo.

¿Tal vez había muerto?

Sentí que la oscuridad me arrastraba y me engullía, que me calaba dentro, adentrándose en mis huesos, arrastrándome, con fuerza, como si Eryon ya no fuera un hombre, sino más bien la fuerza titánica y salvaje del propio océano.

No pude negarme a aquel vaivén caótico, y hasta cierto punto violento, que me asfixiaba mientras no era capaz de sentir mi propio cuerpo.

Intenté resistirme.

Mientras el dolor despertaba de nuevo.

El calor me quemaba.

Y me flaqueaban las fuerzas.

Apenas notaba mi cuerpo.

Como si, en realidad, hubiera dejado de tenerlo.

Nota de la autora,

En primer lugar, gracias por acompañarme en esta primera parte de la trilogía «Wolves and Faes».

A diferencia de otras series en las que cada tomo es autoconclusivo, la historia de Rubis necesita ser contada poco a poco para que podáis disfrutarla como se merece. Sé que en estos momentos querréis asesinarme, así que voy a confirmaros que la segunda parte de esta trilogía ya está cociéndose para que podáis leerla muy pronto.

De hecho, he pospuesto el final de «Duales», que era una de las sagas que quería cerrar este año, para dedicarme en cuerpo y alma a esta historia y poder daros, así, esa continuidad que sé que esta trilogía necesita.

Quiero pediros que me ayudéis a darle vida, dejando vuestros comentarios y opiniones en Amazon o Goodreads y que os animéis a reseñar también el resto de mis libros en estas plataformas para darles más visibilidad. ¡Es gracias a vosotros que puedo permitirme seguir escribiendo y contándoos historias a este ritmo un tanto frenético!

Como siempre, este libro no habría sido posible sin el apoyo de mi familia y su paciencia infinita, los consejos de las personas a las que acabo enviando audios sobre portadas sin venir a cuento y a las que se adaptan a mis turbulentos *deadlines,* porque bajo presión las hay que trabajamos mejor.

Este ha sido un año extraño en mi vida. Con cambios. Con decepciones. Con sombras. Pero no voy a dejar de pensar en que al final del túnel hay luz. Ni tengo intención de modificar mi identidad, lo que me define, para que se ajuste a lo que vende o a lo que marcan las tendencias. No voy a perder la ilusión ni la satisfacción de hacer las cosas bien o, al menos, todo lo bien que sé hacerlo. Es posible que nunca gane ningún premio ni haya colas interminables en una de mis firmas de libros. Sin embargo, si encuentras un poco de paz y esperanza en mis historias, permiten que te evadas de la

realidad y te ayudan sentir un poco de esa luz que a veces a todos nos faltan, ese será mi gran triunfo.

¡Feliz lectura!

Ahora y siempre
Cristina

SIGUE DESCUBRIENDO A LA AUTORA:



ROM-URBAN-FANTASY-ADULT

CAZADORES OSCUROS (SERIE COMPLETA)

Sinopsis:

Existe una guerra antigua. Casi tanto como el propio hombre.

Criaturas oscuras que se alzan a la noche y valerosos guerreros milenarios que tratan de contenerlas. Pero quedan pocos cazadores. Muy pocos. Y sin ellos, la humanidad está condenada a desaparecer.

Solo un milagro podría cambiar ese destino. Magia antigua. La magia elemental de las Místicas.











Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Demonios, un toque vampírico y magia.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

SENSIBLES (AUTO-CONCLUSIVOS)

Sinopsis:

Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad Media y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.







Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea en Irlanda.

Temática: Dioses celtas, vikingos, hadas, magia elemental y brujas.

Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

HOMBRES LOBO (AUTO CONCLUSIVAS)

Si te gustan las historias de cambiantes y hombres lobo, te enamorarás de los libros de la serie Alfas y la trilogía de Lobos de Dóen. Historias autoconclusivas de



alto voltaje, ino te las pierdas!













Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.
Temática: Hombres lobo.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-URBAN-FANTASY-YOUNG ADULT

ÁNGELES CAÍDOS (AUTO-CONCLUSIVOS)

Sinopsis:

Ángeles y **d**emonios. Vínculos para toda la eternidad. ¿Qué pasaría si un ángel de la guarda acabara enamorándose de un demonio mayor rastreador?

¡Descubre las historias de todos los miembros de la familia Forns!











Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Ángeles y demonios.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

DUALES (AUTO-CONCLUSIVOS)

Sinopsis:

Sophie oye una voz. **S**am es una superviviente.

Un linaje antiguo extinguido.

Los secretos que pretendían ocultar serán desvelados.

Los fénix han vuelto y cambiarán el mundo de los duales.











Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.

Temática: Cambiantes.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

INSTINTOS (SERIE COMPLETA)

¿Quieres la versión Kindle? Puedes acceder al recopilatorio o a los tres libros por separado: El Despertar del Lobo, El Ascenso del Vampiro y El Secreto de los Humanos.

Sinopsis:

Tras la Apertura, los humanos conviven con criaturas que antes eran solo mitos: vampiros, licántropos y cambiantes. Atlantic, frustrada por su fracaso universitario, empieza a trabajar en una biblioteca, donde conoce por casualidad a Jan, un cambiante mitad hombre y mitad lobo. La atracción entre ambos parece inevitable, pero lo que comienza como un encuentro fortuito pronto desvela que su destino —y el mundo que creen conocer— está a punto de cambiar para siempre.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.
Temática: Hombres lobo y vampiros.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

ROM-FANTASY-ADULT

IMPUROS

Sinopsis:

Jade es hija de una de las estirpes más importantes de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrirse la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.



Género: Novela fantasía romántica.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-FANTASY-YOUNG ADULT

PUEBLOS PERDIDOS (SERIE COMPLETA)

Sinopsis:

Invisible. Aina nació con piel dorada pero sin la runa de su raza, marcada por la Diosa Aurum como una maldita. Criada en reclusión, su vida cambia cuando el Consejo la convoca a los Juegos de Honor tras la muerte del Rey. Obligada a enfrentarse a los dorados, parte en busca de su padre y del origen de su maldición. En ese viaje descubrirá aliados, enemigos y el amor de Derek, mientras lucha por romper su destino y desafiar a una Diosa.





Género: Novela fantástica juvenil de aventuras con toques de romanticismo.

Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

ROM-CONTEMPORÁNEA-ADULT

CÓMO CONQUISTAR A UN GENIO (SERIE COMPLETA)

Sinopsis:

Fa busca una vida normal tras dejar las multinacionales; Musa oculta un pasado mientras trabaja en un sex shop y crea algoritmos; Math Damon, estrella deportiva, solo vive su verdadera pasión frente a una pantalla; y Nolan, maestro en manipular números y personas, convierte la vida en un juego que siempre gana… aunque le resulte aburrido.

Cuatro amigos. **C**uatro genios solo parcialmente comprendidos. **¿P**uede existir el amor para alguien como ellos?





Género: Novela romántica contemporánea.
Temática: Genios y robos informáticos.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).